

Óscar Rodríguez Romero
Coordinador



FLORECER EN LA INCERTIDUMBRE

*Dieciséis creaciones dramáticas
en tiempos de pandemia*

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

FLORECER EN LA
INCERTIDUMBRE.
DIECISÉIS
CREACIONES
DRAMÁTICAS
EN TIEMPOS DE
PANDEMIA

Óscar Rodríguez Romero
Coordinador

Universidad de Guadalajara
2023

M862.5

FLO

Florecer en la incertidumbre. Dieciséis creaciones dramáticas en tiempos de pandemia /
Óscar Rodríguez Romero, coordinador.

Primera edición, 2023

Guadalajara, Jalisco: Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y
Humanidades, Unidad de Apoyo Editorial, 2023.

ISBN 978-607-571-975-7

1. Drama. 2. Teatro mexicano - Siglo XXI. 3. Escritura creativa. 4. Escritura creativa - Técnica.
5. Escritura creativa - Aspectos psicológicos. 6. Epidemias en la literatura. 7. Autoría - Técnica.
8. Enfermedades y literatura - Siglo XXI. 9. Teatro e Internet. 10. Violencia en la literatura. 12.
Depresión mental en la literatura. 13. Melancolía en la literatura. 14. Teatro hispanoamericano
- Siglo XXI.
I. Rodríguez Romero, Óscar, coordinador. II. Universidad de Guadalajara, Centro Universita-
rio de Ciencias Sociales y Humanidades, Unidad de Apoyo Editorial.

Primera edición, 2023.

D. R. © 2023 Universidad de Guadalajara
Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades
Unidad de Apoyo Editorial
Av. José Parres Arias 150, San José del Bajío,
C. P. 45132. Zapopan, Jalisco.

ISBN 978-607-571-975-7

Hecho en México / *Made in Mexico*

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| LOS CONFINES DEL DRAMA Y EL DRAMA EN EL CONFINAMIENTO <i>Óscar Rodríguez Romero</i> | 9 |
| ANNA CON DOBLE N <i>Cinthia Vargas</i> | 15 |
| CUARENTENA <i>Daniela Zenteno</i> | 27 |
| DIVINA <i>Isabel Verdín</i> | 39 |
| EL MÁS ALLÁ <i>Regina Barragán</i> | 59 |
| EL VIENTO AÚN SOPLA ENTRE LAS RAMAS <i>Vania Chairez Ahumada</i> | 75 |
| ISMAEL <i>Eduardo Samael Rivera Alvarado</i> | 91 |
| KENOPSIA <i>Fernanda Rodríguez (Mar)</i> | 107 |

| | |
|---|-----|
| LA VIDA Y OTRAS COSAS ENCERRADAS EN CASA <i>Jesús Ramírez</i> | 127 |
| LOS PROCRASTINADORES <i>Valeria Cruz</i> | 155 |
| NOTA ROJA <i>Paola Rodríguez</i> | 171 |
| NUEVO HOGAR <i>David Suárez</i> | 183 |
| POR MANO PROPIA (EL CONDENADO MÁS DICHOSO DEL MUNDO) <i>Salvador Pérez</i> | 191 |
| RECUERDA, MAMÁ <i>Mar Saes</i> | 203 |
| SAKKARA <i>Valeria Gómez Nuño</i> | 221 |
| SERÁ DESEADA O NO SERÁ <i>Daniela Gz Vega</i> | 237 |
| UN FIN DEL MUNDO PERDIDO (23 MINUTOS PARA QUE CAIGAN LAS BOMBAS) <i>Manuel JPG</i> | 257 |
| ACERCA DE LOS AUTORES | 265 |

LOS CONFINES DEL DRAMA Y EL DRAMA EN EL CONFINAMIENTO

Óscar Rodríguez Romero

Los textos dramáticos que integran este volumen son producto del talento de dieciséis integrantes de la primera generación de la licenciatura en Escritura Creativa (LESC) de la Universidad de Guadalajara. Esta carrera tiene una duración de ocho semestres y contempla dos asignaturas básicas relacionadas con la creación dramática. La primera de ellas se denomina «Producción de Textos: Drama» y se cursa en el tercer semestre; la segunda es el «Taller de Artes Dramáticas» y se aborda en el cuarto. Ambas unidades de aprendizaje son de tipo curso-taller y fueron concebidas para hacer un acercamiento a las bases históricas, teóricas y técnicas del drama, al tiempo que se exploran las posibilidades de este tipo de escritura a través del conocimiento y la valoración de textos de diferentes autores, épocas, géneros y estilos.

De tal forma, en «Producción de Textos: Drama» se plantea como entrega final un portafolio integrado por una docena de ejercicios dramáticos breves, mientras que en el «Taller de Artes Dramáticas» la consigna es elaborar un texto dramático en toda la forma. En ese orden de ideas, es pertinente destacar que las obras aquí reunidas fueron escritas durante el confinamiento ocasionado por la pandemia de la covid-19, dentro de la coyuntura de la emergencia sanitaria declarada en Jalisco el 17 de marzo de 2020. En ese momento, el grupo había cursado la mitad de las dieciséis sesiones comprendidas en el programa del «Taller de Artes Dramáticas» y cada estudiante había comenzado a trabajar en su producto. La nueva realidad tomó desprevenido a prácticamente todo el mundo y las comunidades educativas de todas las áreas y niveles debieron adaptarse a los ambientes virtuales a marchas forzadas.

Ante ese panorama, en una primera etapa se dio continuidad al proceso a través del espacio que la asignatura ya tenía en la plataforma Moodle y de un espacio creado en Facebook durante el calendario 2019 B, cuando el grupo cur-

saba la asignatura de «Producción de Textos: Drama», a lo que se fue sumando el apoyo de plataformas como Cisco, Meet y Zoom. Al principio se tuvo acceso a dichas herramientas digitales gracias a sus modalidades gratuitas, con las limitaciones que eso conlleva, pero muy poco tiempo después, la Universidad de Guadalajara gestionó cuentas institucionales en esos medios para beneficio de toda su comunidad.

Además, la institución generó programas de capacitación en el manejo de los recursos virtuales para que el aprendizaje siguiera su marcha en las mejores condiciones que fueran posibles. De esa forma, sorteando los obstáculos y enfrentando la incertidumbre de unos tiempos inéditos y complejos, quienes integraban el grupo de cuarto semestre de la LESC dieron continuidad a su formación en la escritura dramática y la culminaron en una obra, cuya temática pudieron elegir con absoluta libertad.

Así, la pandemia se reflejó en algunas creaciones, mientras que otras abordaron asuntos como la violencia contra las mujeres, la desaparición de estudiantes o los impactos negativos de las redes sociales; otras más se constituyeron en reflexiones sobre la existencia, sin dejar de lado las críticas a la cultura y sus contradicciones; tampoco faltaron los ejercicios meramente gozosos de escribir bajo la guía de una preferencia o afición personal. Ante esa variedad temática, se siguió el criterio alfabético para ordenar los textos que aquí se presentan de acuerdo con el título de cada obra. De tal suerte, integran este libro las siguientes obras:

- *Anna con doble N*. Una jovencita se encuentra inmersa en un mundo en el que las redes sociales han adquirido dimensión humana. A partir de esa condición, dichas entidades muestran sus vicios de carácter y dejan al descubierto sus verdaderas intenciones, entre las cuales el bienestar psíquico de las personas no es prioritario.
- *Cuarentena*. Durante el confinamiento por la pandemia de la covid-19, una joven estudiante encuentra una peculiar manera de sobreponerse al hecho de estar encerrada junto con su malhumorada madre. Gracias a esa vía de escape, su mente puede volar, lo que le permite sobrellevar tanto la ausencia de su padre, como la imposibilidad de ver a sus amigos.
- *Divina*. La gran madre ha enfermado y decide bajar a la Tierra en compañía de su hijo y el tío de este para buscar un remedio para sus males. Esta obra se constituye en una divertida, pero aguda crítica hacia las conductas y contradicciones de los seres humanos; al mismo tiempo, resalta una gran verdad:

la naturaleza tiende al equilibrio y siempre terminará por encontrarlo, cueste lo que cueste, y caiga quien caiga.

- *El más allá*. Un hombre totalmente insatisfecho con su vida es confrontado por un mendigo ciego y anciano. El inesperado encuentro llevará al protagonista a darle un nuevo valor a su vida, pero esa experiencia será solamente el principio de un viaje, en el cual descubrirá que la idea de que todos formamos parte del mismo universo va más allá de lo que él jamás llegaría a suponer.
- *El viento aún sopla en las ramas*. La monótona vida del señor López se ve alterada cuando le toca vivir de cerca un asunto tan lamentable como recurrente y actual: la desaparición de estudiantes. Esta obra es un acercamiento a la psicología del agresor, a la vez que levanta una voz crítica hacia la inseguridad que los jóvenes deben sortear cada día.
- *Ismael*. Un niño debe lidiar con los sentimientos encontrados que le despierta el hecho de estar encerrado con quien, al mismo tiempo que procura aislarlo del mundo exterior con el pretexto de protegerlo de sus peligros, afirma que es la única persona confiable que va a encontrar en la vida. Pero como es de suponer, las cosas no son lo que parecen.
- *Kenopsia*. Marru es una adolescente que vive en un estado permanente de angustia al verse atrapada en un mundo opresivo, hostil y cambiante, al que no puede adaptarse. Rodeada de sombras, la chica debe lidiar con un tratamiento que parece no ayudarle a superar su situación, mientras la cuenta de «nuevos usuarios» de la pandemia de la covid-19 sigue su curva ascendente.
- *La vida y otras cosas encerradas en casa*. Jonathan ve cómo se trastocan todos los aspectos de su vida a causa de la pandemia de la covid-19. El tejido familiar que rodea al joven universitario muestra, poco a poco, sus debilidades, mientras la información confusa y contradictoria convierte a cada persona en una posibilidad de contagio, de la cual es perentorio alejarse.
- *Los procrastinadores*. Un grupo de estudiantes debe realizar un texto dramático colectivo para aprobar una asignatura. Las diferentes personalidades de los jóvenes colisionan ante las dificultades que representa salir de los lugares comunes, situación que empeora porque todos comparten el mismo hábito: dejar las cosas para después.
- *Nota roja*. Esther López, una destacada escritora de novelas policíacas, debe enfrentar un interrogatorio cuando los crímenes que narra en sus obras comienzan a suceder en la vida real. La detective Sophia Evans trata de encontrar las conexiones que pudieran existir entre la autora y los acontecimientos, pero estos comienzan a girar justamente alrededor de la investigadora.

- *Nuevo hogar*. El mundo puede ser un lugar mágico y hermoso para la infancia, o tornarse en un espacio sombrío y lleno de peligros, donde todo tiene la pátina del miedo. La pequeña protagonista de esta historia enfrenta algo más que sus temores el día en que su madre la lleva a conocer la casa del hombre con el que piensa rehacer su vida.
- *Por mano propia*. Malia ha sido asesinada y las numerosas pruebas del caso son desestimadas una tras otra. Arcano, hermano de la joven, ve con desesperación cómo la aplicación de la justicia se convierte en artículo de compraventa, por lo que decide romper unas reglas que, de cualquier manera, le habían servido para poca cosa.
- *Recuerda, mamá*. La vida de Dora se vuelve un monótono infierno tras un desafortunado y terrible accidente familiar. Poco a poco, la vida de la mujer cae en una espiral descendente, donde su amor, su paciencia y su cordura tratan de mantenerse a flote, mientras que, ante la impotencia y la tristeza de quienes la rodean, el desasosiego y la desesperanza anegan cada segundo de su existencia,
- *Sakkara*. Edith reflexiona sobre su pasado, pero el ejercicio se complica cuando este comienza a presentarle algunas facturas pendientes. A medida que sus vivencias familiares y sus propios secretos afloran, tanto las cosas que dejó de hacer como las que hizo van conformando un espejo despiadado, el cual le devuelve una imagen de sí misma que no era la que ella esperaba contemplar.
- *Será deseada o no será*. Cuando se entera de que va a ser madre, Belén debe enfrentarse a una terrible disyuntiva. Su mundo, ya de por sí caótico, se convierte en un páramo desolado, en el cual la felicidad, que podría significar el hecho de dar vida a un nuevo ser, jamás podría echar raíces. Ante ese panorama, sin apoyo y sin recursos, la única salida que la adolescente puede vislumbrar conduce al laberinto de las estadísticas más tristes.
- *Un fin del mundo perdido*. Cuando un tiro que proviene del lado enemigo suena, el teniente coronel soviético Stanislav Petrov debe tomar una decisión que puede costar la vida de millones de personas. Agobiado por el peso abrumador de tamaña responsabilidad, el hombre trata de cerciorarse de la situación para hacer lo correcto. Sin embargo, este último concepto pierde todo su sentido al ser interpretado en términos de guerra.

Cuando se habla de dramaturgia, ya sea en lo que respecta a las cuestiones teóricas o a la producción de textos destinados a la escena, México cuenta con un extraordinario legado; en ambos casos, el firmamento literario del país está

constelado por una serie de nombres que se acrecienta día con día. En ese sentido, habrá que seguir la pista al talento de las dieciséis personas cuyas obras se han reunido en el presente libro. Sea este un testimonio y, a la vez, un caudal de aplausos para cada una de ellas toda vez que, sobreponiéndose a la adversidad de un tiempo con más preguntas que respuestas, se esforzaron por honrar el arte que aman y lograron florecer en la incertidumbre.

Agosto de 2022

ANNA CON DOBLE N

Cinthia Vargas

Personajes:

Anna con doble N (*chica de catorce años*)

Facebook (*red social agresiva*)

Instagram (*red social para subir fotos*)

Tumblr (*red social microblog*)

Google (*buscador de Internet*)

YouTube (*red media para subir videos*)

Twitter (*red social informativa*)

Spotify (*red media para escuchar música*)

WhatsApp (*red social para comunicarse con otras personas*)

I

Anna se encuentra recostada en su cama, mirando su teléfono. El escenario está casi oscuro y hay ropa por todos lados. La ropa limpia en el piso, mientras que la ropa sucia se encuentra en una canasta. Hay dos pares de botas y unos tenis rotos. Pasan otros segundos más, queremos que los espectadores se sientan familiarizados con este sentimiento. La protagonista mira su celular y luego mira a la audiencia. Aparece otro personaje en escena y mira fijamente a la protagonista.

INSTAGRAM: ¿Sabes?, el otro día vi una cuenta de narices.

ANNA CON DOBLE N: Estás jugando conmigo, no hay posibilidad de que eso exista.

INSTAGRAM: ¡La hay! ¡La hay! Mira.

En el fondo se proyecta lo que la protagonista e Instagram miran. Hay narices de todos los tamaños, grandes, pequeñas; de todas las formas, con diferente aspecto y cutis. Aparece una nariz rechoncha y pequeña en la imagen. Anna la mira y luego toca su propia nariz, gira hacia Instagram e intenta tocar su nariz.

INSTAGRAM: ¿Qué haces? Yo no tengo nariz, esto es parte de tu imaginación, así es como crees que me veo... que soy una linda rubia o a veces morena. ¡Ah, eso sí! Siempre me das este increíble cuerpo, y una piel tan suave que parece seda, según tu mente huelo a primavera... y deseas con todas tus fuerzas ser yo, ¿no es así?

ANNA CON DOBLE N: ¿Estoy loca?

INSTAGRAM: No lo creo. *(Se queda quieto)*.

GOOGLE: ¿Por qué no me lo preguntas?

ANNA CON DOBLE N: ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

GOOGLE: Yo nunca me voy, pero vamos, pregúntame. Te mueres por hacerlo.

ANNA CON DOBLE N: ¿Y cómo lo pregunto? «¿Estoy loca?». ¿O debería ser más específica?

INSTAGRAM: Hacer ejercicio es bueno para tu salud mental.

ANNA CON DOBLE N: *(Toca la pantalla del celular)*. Mejor duérmete.

Cada vez que Anna cierra una aplicación, esta se quedará congelada en su lugar hasta que se vuelva a mencionar su nombre o envíe una notificación.

GOOGLE: Solo hazlo, te daré mil respuestas. *(Hace seña de que va a quedarse callada para que Anna pueda preguntar)*.

ANNA CON DOBLE N: Entonces no tiene caso preguntar, no me darás nada seguro.

GOOGLE: Eres humana, vives para encontrar respuestas a tus preguntas.

ANNA CON DOBLE N: Está bien. «¿Cómo saber si me estoy volviendo loca?»

TWITTER: *(Entra, lanza su comentario y sale de inmediato. Por lo general, este será su comportamiento)*. «HashtagTodosEstamosLocos».

GOOGLE: Mira, encontré un test aprobado por la asociación... ¡Hey!, mejor habla con un psicólogo. Aquí tengo disponibles los más cercanos, de hecho, uno tiene página en Facebook.

ANNA CON DOBLE N: ¡No lo llares!

FACEBOOK: Muy tarde, gordi. Mira: aquí está la página; solo tiene 1 405 «Me gusta» y las reseñas no se ven tan confiables; además, ¿quieres un psicólogo? No creo que te ayude con tu problema, solo te quejas y no haces nada.

ANNA CON DOBLE N: Si esto me lo invento en la cabeza, ¿por qué crear a alguien como tú?

FACEBOOK: Soy lo que las personas no se atreven a decir, soy la verdad absoluta, soy la peor parte de los humanos, soy lo que tú también piensas de ti. Es-

tás demasiado gorda para tener catorce, ¿no? Pero ve los comentarios de tu foto de hace tres días: ¡Preciosa! ¡Reina! ¡Eres increíble! Solo lo hacen porque les das lástima.

ANNA CON DOBLE N: Ni me lo digas, no quiero ver más.

FACEBOOK: Solo llegaste a noventa reacciones y diez comentarios, cincuenta eran «Me encanta», treinta «Me gusta», cinco «Me sorprende» y tres «Me divierte».

ANNA CON DOBLE N: *(Le da la espalda a Facebook)*. No me importa.

FACEBOOK: Si no te importa, ¿por qué me sigues escuchando?

ANNA CON DOBLE N: No tengo opción.

FACEBOOK: Sí que la hay, pero...

Google interrumpe a Facebook, quien se queda estático y se dirige a Anna con N.

GOOGLE: Oye, ¿recuerdas que aceptaste los términos de esta página cuando buscabas información? Pues aquí te mandan una notificación, quieren saber más sobre ti. Vamos, vamos, abre el enlace.

ANNA CON DOBLE N: Yo no acepté nada.

GOOGLE: Claro que sí, ¡te lo pregunté dos veces!

II

Anna con doble N deja el teléfono sobre su cama, se acerca al espejo que está en su cuarto y comienza a mirar su cuerpo.

ANNA CON DOBLE N: *(Se gira hacia el público)*. Mamá cree que debo adelgazar. *(Guarda silencio un momento)*. Mamá cree que debo adelgazar y comienzo a creerlo yo también. Es que mírenme, tengo catorce años y no debería lucir así, no me gusta la forma de mi cuerpo. *(Se toca el vientre)*. Estos pantalones me hacen lucir como nieve derretida ¡Cuántas ganas tengo de comer helado! *(Se gira hacia el espejo y ladea la cabeza, observándose)*. Mi cara no está mal. Rodrigo dice que, si estuviera más delgada, andaría conmigo, pero como no lo estoy, prefiere a Karla; ella es muy bonita, es pequeña; la ves por los pasillos caminando *(camina alrededor de su habitación)* con su mochila blanca, parece una hormiga cargando un terrón de azúcar. *(Se pone en cuclillas y trata de caminar así; tras el intento se para y ríe)*. Y en cambio yo, según Fabián, parezco un hipopótamo en la selva bueno, él dijo en el agua, pero yo me sien-

to en la selva. (*Levanta los brazos*). Una selva enorme. En esta selva hay leones, como Rodrigo (*ruge*), hormigas, como Karla (*pone las manos arriba de su cabeza y mueve los pulgares como si fueran antenas*) y changos, como Fabián (*mueve las manos imitando a un chango*). Y existe una hipopótama... ¿Se dice así, o se dice «una hipopótamo»? Bueno, es una o un hipopótamo hembra, una muy sola, que sabe que los demás animales no la quieren ahí, pero no es su culpa estar en ese lugar. (*Se sienta en el suelo y se abraza las piernas*). Ella desearía estar en el agua, nadando, pero en lugar de eso se encuentra en aquella selva y su piel se reseca cada día más. Necesita agua, kilómetros cuadrados de agua y sin el agua sentía que no podía respirar.

Anna con doble N se pone de pie y regresa a la cama, se deja caer en ella y toma su teléfono; de manera inmediata aparece Tumblr.

TUMBLR: Estoy aquí. (*Le toma las manos a Anna con doble N*). Estoy aquí. (*La abraza*). Estoy aquí.

Anna con doble N comienza a llorar, apoyada en el hombro de Tumblr.

TUMBLR: «Never apologize for being you».

Anna con doble N mira a Tumblr, toma el celular y presiona en la pantalla.

TUMBLR: «Nunca te disculpes por ser tú».

ANNA CON DOBLE N: Qué bonita frase, ¿quién la publicó?

TUMBLR: «Poetry for Aliens». Es bastante ingenioso. ¿Quieres saber qué más encontré?

ANNA CON DOBLE N: (*Mientras se limpia el rostro con la manga del suéter*). Sí, sí, sí.

TUMBLR: Encontré esta *playlist* recomendada por «Arianator35» y creo que te podría gustar.

Anna mira el celular y entra en escena Spotify, quien comienza a cantar la canción «Courage» de Superchicken. La pantalla de fondo proyecta la tabla de contenidos que Anna está mirando. Chicas en traje de baño modelando, sonriendo a la cámara, comiendo ensaladas, videos de ejercicios... Anna se levanta de la cama aún con la música de fondo.

ANNA CON DOBLE N: «But when I'm alone, no one hears me cry». (*Pone sus manos en la cara, mira a Spotify y le pide que guarde silencio, Spotify se queda estático en su lugar*). ¿Por qué la *playlist* se llama Ana y Mía?

Spotify solo puede cantar lo que se le pide. No tiene voz propia, por ello contesta «No lo sé», en lenguaje de señas.

GOOGLE: Si quieres saber, puedes preguntarme a mí.

ANNA CON DOBLE N: De acuerdo, ¿quiénes son Ana y Mía?

GOOGLE: Veamos. Tengo cerca de 2 860 000 resultados en menos de .45 segundos. Hay una página por si necesitas ayuda psicológica, una revista tiene un artículo, también hay vídeos informativos en YouTube, tengo perfiles de Twitter, Tumblr e Instagram.

Cuando Google hace mención de las redes sociales, las tres giran la cabeza al mismo tiempo hacia Anna.

ANNA CON DOBLE N: Quiero ver la revista.

GOOGLE: ¡Claro que sí! Pero primero quiere saber si aceptas las *cookies*. ¿Las aceptas?

ANNA CON DOBLE N: ¡No de nuevo con esto! Mándame al perfil de Instagram.

Google asiente y se queda quieto en su posición.

INSTAGRAM: Esta es la cuenta de Ana y Mía, el encabezado del perfil es «Hola, soy una princesa pro-Ana, no odio, por favor. Buscamos aceptación y perfección, no muerte».

ANNA CON DOBLE N: Pero estas chicas están muy delgadas.

INSTAGRAM: ¿No crees que tienen un bonito cuerpo? Porque los comentarios alaban las fotos que postean.

TWITTER: (*Entra*). «HashtagMenteSanaEnCuerpoDelgado». (*Sale*).

La imagen del abdomen de la chica aparece en pantalla, Anna mira la imagen proyectada, luego se gira y ve su propio cuerpo.

ANNA CON DOBLE N: Están muy delgadas, no quiero saber nada más.

WHATSAPP: Tienes tres conversaciones sin abrir. Una es del grupo «2A es el mejor grupo», otra es de «Familia Rosales» y una de «Cristina».

ANNA CON DOBLE N: No quiero contestarle a nadie.

Las luces del escenario comienzan a apagarse, hasta que solamente un reflector ilumina a Anna.

III

Anna está peinando su cabello, sentada en el suelo, en una orilla del escenario, cuando su celular suena y entra YouTube. Google se encuentra en otro rincón, estático.

YOUTUBE: Tengo un nuevo vídeo de ejercicios para ti. *(Anna le da la espalda al público y comienza a buscar entre su ropa; tiras de ropa vuelan por el aire).*

ANNA CON DOBLE N: *(A Google)*. No encuentro mis pantalones de ejercicio, ojalá todo fuera tan fácil como preguntarte a ti.

GOOGLE: Perdón, no puedo encontrar donde están tus pantalones, pero sí te puedo decir cuáles son los mejores pantalones para hacer ejercicios y darte ayuda para cuando tus jeans no te quedan.

ANNA CON DOBLE N: Tienes razón, no me eres útil. ¡Ajá! *(Levanta la mano con unos pantalones deportivos negros, rodea la cama dándole la espalda al público de nuevo y comienza a cambiarse de pantalones)*. YouTube, reproduce el video, por favor.

YouTube y Anna con doble N se mueven al centro del escenario y se colocan de perfil.

YOUTUBE: ¡Buenos días, hermosuras! Hoy comenzaremos con una rutina sencilla.

YouTube hace ejercicios de calentamiento, mientras Anna intenta imitar sus pasos torpemente.

ANNA CON DOBLE N: ¡Para! Ya no puedo más.

TWITTER: *(Entra)*. «HashtagQuéPerroEstáEsto». *(Sale)*.

Anna se sienta en la cama y YouTube la sigue.

YOUTUBE: Ese solo era el calentamiento, debes esforzarte más.

ANNA CON DOBLE N: No puedo, me tiemblan las piernas.

YouTube le toma la mano a Anna con doble N y la guía al lado opuesto de donde estaban haciendo ejercicio.

YOUTUBE: Y... ¡comenzamos! (*Cuenta del uno al diez*). ¡Arriba esas piernas!, ¡arriba!

ANNA CON DOBLE N: Es lo más alto que llego.

YOUTUBE: Eso no es verdad, dame cinco más, tú puedes.

ANNA CON DOBLE N: (*Sin dejar de hacer los ejercicios*). ¿No hay una manera más fácil de bajar de peso?

GOOGLE: ¿Me estás preguntando a mí?

YouTube para y se sienta cruzando los brazos, dándole la espalda a Google y a Anna con doble N.

GOOGLE: Aquí dice que lo más importante para bajar de peso es comer saludable, una dieta balanceada y con una buena rutina podrás tener un cuerpo increíble.

YOUTUBE: Te lo dije.

ANNA CON DOBLE N: Tú cállate. (*Mira a Google, después a YouTube y finalmente al público*). Pero qué cansada estoy. (*Se deja caer en la cama*). Llevo tres semanas haciendo ejercicio y no veo un cambio en mi cuerpo. (*Salta de la cama y va al espejo*). Sigue igual. Y la dieta no me sirve, siempre he sido de buen diente.

Google y YouTube se encogen de hombros en dirección del público y salen del escenario tomados de la mano.

IV

Una cocina. Anna con doble N se encuentra detrás de un desayunador blanco picando fruta, su expresión es muy seria. En un rincón del escenario se encuentran WhatsApp, YouTube, Facebook e Instagram.

ANNA CON DOBLE N: Odio la papaya, la odio, la odio. (*Tira la cáscara en un bote que el público no puede ver*). Pero le pregunté a Google: «Top de cinco frutas más saludables para adelgazar». (*Anna señala a Google*).

GOOGLE: (*Sonríe y saluda hacia el público*). La papaya era el número siete. (*Levanta el pulgar en señal de aprobación*).

ANNA CON DOBLE N: Cristina y yo tenemos un mes haciendo ejercicio y yo subí un kilo. (*Comienza a comerse la fruta*). YouTube es un mentiroso.

YOUTUBE: (*Se acerca a donde está Anna y hace ejercicio mientras muestra una gran sonrisa*). No te desanimes. El proceso para bajar de peso requiere de mucho tiempo y esfuerzo.

WHATSAPP: (*Se acerca a la cocina y toma por los hombros a Anna con doble N*). Tienes tres mensajes nuevos de Cristina.

Anna revisa su celular, mientras que se proyecta la conversación que está viendo; Google y YouTube se quedan estáticos.

Cristina 😊: Annaaaaaaaa

Anna: Ya me tomé el licuado y está del asco 🤢

Cristina 😊: Recuerda que es para agarrar cuerpo

Anna: Pues a ti ya se te ve un cuerpo 😞 y yo sigo igual.

Cristina 😊: pacienciaaaaaaaaa, recuerda que en 15 iniciamos la rutina y Eva se une con nosotras al reto 😊

Anna: Sísisísí mamá, qué pesada eres.

Anna lleva el plato a la tarja, abre la llave y, mientras lava los trastes sucios, aparece Facebook.

FACEBOOK: Guillermo te etiquetó en un meme sobre «Etiqueta a la más tragona».

ANNA CON DOBLE N: (*Lanza jabón a Facebook*). No necesito tu negatividad en este momento. (*Replica, ante las risas de Facebook*). Me estoy esforzando para cambiar mi apariencia, pero no debes avergonzarme por mi cuerpo.

FACEBOOK: (*Le toma una mejilla*). La gente gorda, siempre será gorda.

Anna con doble N sale de la cocina y se pone de frente al público, las redes que la acompañaban se colocan detrás de ella.

ANNA CON DOBLE N: (*Señala a alguien del público*). Señor, ¿usted cree que estoy gorda? ¿Cree que merezco que me odien, que le den «Me divierte» a mis fotos? (*Pone las manos sobre su cabeza*). A fotos donde yo sentía que me veía bonita... (*Señala al otro lado de la sala*). Usted, señora, ¿cree que merezco el odio de tanta gente? He visto cómo me desprecian por usar falda.

INSTAGRAM: (*Se para junto a Anna con N*). Mira, un usuario subió algo a sus historias hablando sobre la gente gorda, ¿quieres abrirlo?

ANNA CON DOBLE N: (*Mira a Instagram, visiblemente molesta*). ¡No quiero oírlo!

INSTAGRAM: «Queridos amigos», y que conste que estoy citando, «¿No creen que la gente gorda está gorda porque quiere? Hay tantos métodos para bajar de peso». (*Anna con N camina lejos de Instagram, pero este la sigue*). Digo, esa gente de verdad da asco, señores.

ANNA CON DOBLE N: (*Se gira y queda de frente a Instagram*). ¡No quiero oírlo!

INSTAGRAM: No me detuviste.

ANNA CON DOBLE N: Te dije que te detuvieras.

INSTAGRAM: (*Abraza por la espalda a Anna*). Y, sin embargo, seguiste viendo las historias.

ANNA CON DOBLE N: No puedo evitarlo, no quiero oírlo y aun así escucho.

Twitter: (*Entra*). «HashtagTodosContraLaGrasa». (*Sale*).

WhatsApp sale de la cocina y va hacia donde están Anna e Instagram; cuando pasa por el centro del escenario, se gira al público y hace una reverencia.

WHATSAPP: (*Toca el hombro de Anna*). Disculpa que interrumpa, pero Cristina te busca.

ANNA CON DOBLE N: (*Se suelta del abrazo de Instagram*). No voy a hacer ejercicio, no tengo ganas.

V

A la derecha del escenario hay un cuarto de baño, donde Anna con doble N aparece colgando una toalla; a la izquierda se encuentra la sala, con dos sillones y una mesita.

ANNA CON DOBLE N: (*Se cruza de brazos*). No estoy comportándome como una niña. (*Se mira en el espejo del baño*). Ya tengo catorce años, yo sabré lo que hago y si decido hacer o no hacer ejercicio.

YOUTUBE: Con esa actitud no vas a lograr nada.

Anna no contesta y entra en la ducha con ropa; abre la regadera, se encorva y deja que el agua caiga sobre su espalda. Sabemos que el agua está caliente por el vapor que comienza a flotar en la habitación.

YOUTUBE: Creo que cuando uno se baña es sin ropa.

ANNA CON DOBLE N: (*Lo mira*). ¡No me digas, capitán, obvio! Si quisiera saber algo, se lo preguntaría a Google.

GOOGLE: (*Se asoma por la puerta del baño*). ¿Me hablabas?

ANNA CON DOBLE N: (*Cierra la llave y sale sin tomar la toalla, mojando el piso del escenario*). No quiero hablar con nadie, los odio a todos. No entienden nada. Nadie entiende nada.

TWITTER: (*Entra*). «HashtagPobreIncomprendida». (*Sale*).

Google y YouTube desaparecen de la escena.

ANNA CON DOBLE N: ¿Y saben qué? Estoy harta.

Anna con N toma el celular, Facebook entra a escena.

FACEBOOK: Gordi, ¿qué quieres?

ANNA CON DOBLE N: Tú eres el peor, por ello te voy a eliminar primero. No te quiero a ti, ni a tus reacciones de «Me divierte», ni a todos los haters que hacen comentarios por diversión; a las personas, que recibimos día tras día su odio, no nos quedan muchas ganas de disfrutar la vida. (*Empuja a Facebook y este cae*).

FACEBOOK: ¡Oye, tranquilízate! Solo eran comentarios con humor, no deberías tomarte todo tan personal; solo son eso, personas con un humor pesado.

ANNA CON DOBLE N: (*Patea a Facebook*). ¿Humor? Cuando una persona llora, y no es de felicidad, ¿eso es humor para ti?

FACEBOOK: (*Mira con desprecio a Anna con N y levanta la barbilla*). No eres tan diferente de ellos, a la primera oportunidad que tienes sacas a relucir tu odio.

Anna con N toca la pantalla del celular; Facebook se desploma y queda inmóvil, en el suelo.

TWITTER: *(Entra)*. «HashtagSeCayóElFace». *(Sale)*

Anna vuelve a presionar la pantalla de su celular.

WHATSAPP: *(Saluda a Anna con doble N, desconcertado)*. ¿Hola? Aún no tienes mensajes nuevos, probablemente deberías contestarle a Cristina y a Eduardo.

ANNA CON DOBLE N: No quiero saber de nadie, así que te voy a eliminar.

WHATSAPP: *(Se pone de rodillas)*. Pero... ¿me necesitas! ¿Cómo vas a comunicarte con tus amigos de manera instantánea? Ya nadie usa las llamadas, ¡no me elimines, por favor! *(Anna con N presiona la pantalla y WhatsApp cae al piso)*.

TWITTER: *(Entra)*. «HashtagSeCayóElWhats». *(Sale)*.

Anna con N busca a Instagram, quien está escondido detrás de un mueble de la sala y hace señas al público para pedirle que no lo delate. Silencio. Anna con N presiona de nuevo la pantalla e Instagram también se desploma.

TWITTER: *(Entra)*. «HashtagEstaNiñaVaEnSerio».

Antes de que Twitter alcance a salir, Anna con N toca la pantalla y lo elimina.

TWITTER: *(En actitud dramática)*. «HashtagNiModoYaMeTocó». *(Se desploma)*.

TUMBLR: *(Entra. Se acerca a Anna con N)*. Anna, yo sé que estás molesta, pero eliminarnos no es la solución.

ANNA CON DOBLE N: No quiero seguir preocupándome por nada.

TUMBLR: *(Toma por las manos a Anna con N)*. Existen otros métodos más sencillos.

ANNA CON DOBLE N: ¿Cómo cuáles?

TUMBLR: *(Se para junto a Anna con N y le susurra al oído)*. La princesa Ana o Mía.

ANNA CON DOBLE N: *(Lo mira, consternada)*. Pero... eso es malo para la salud, son trastornos alimenticios.

TUMBLR: ¡Claro que no! Son una elección de vida. Un mundo mágico en donde la meta es ser delgada, ser una princesa. ¿No quieres ser una princesa?

ANNA CON DOBLE N: Quiero ser bonita, como las demás.

TUMBLR: *(Abraza a Anna con N y acaricia su cabello)*. Deja de comer, el mundo no necesita que comas tantas calorías, ya tienes demasiadas.

ANNA CON DOBLE N: *(Se aferra a Tumblr)*. Tengo miedo.

En el fondo del escenario la pantalla se enciende y se satura de imágenes de chicas extremadamente delgadas, frases apoyando el hecho de no comer, chicas frente al espejo mirando su cuerpo. Una voz fuera del escenario comienza a hablar, mientras Tumblr abraza a Anna y sigue acariciándole el cabello; ella se queda viendo por unos momentos la pantalla de su celular, luego observa al público, y otra vez a la pantalla.

ANNA CON N: Quiero ser bonita, como las demás.

Anna con N comienza a presionar la pantalla del celular, como si reinstalara las aplicaciones. Con cada movimiento que hace, una aplicación regresa al escenario, hasta que todas están de nuevo en escena.

TUMBLR: ¡Bien hecho! Si quieres ser bonita, deberás conocer y respetar al pie de la letra «Los diez mandamientos para Ana con N»:

Las aplicaciones rodean a Anna y caminan en un círculo que van estrechando en torno suyo, a medida que hablan. Twitter mantendrá su comportamiento, entrando para decir sus líneas y salir inmediatamente después.

FACEBOOK: Si no estás delgada, no eres atractiva.

INSTAGRAM: Estar delgada es más importante que estar sana.

YOUTUBE: Muérete de hambre, haz lo que sea para estar más delgada.

TWITTER: «HashtagNoComerásSinSentirteCulpable».

GOOGLE: Contarás las calorías que ingieras y limitarás tus comidas.

FACEBOOK: Los diseños de la báscula son los únicos importantes.

TWITTER: «HashtagPerderPesoEsBuenoEngordarEsMalo».

INSTAGRAM: Nunca se está lo suficientemente delgada.

GOOGLE: Ser delgada demuestra tu fuerza de voluntad.

YOUTUBE: Amarás a tu báscula y a tus huesos sobre todas las cosas.

Las aplicaciones cierran su cerco sobre Anna, como si la engulleran, al mismo tiempo que las luces se desvanecen hasta que se hace el oscuro total.

FIN

CUARENTENA

Daniela Zenteno

Personajes:

Ana (*protagonista*)

Chico (*personaje creado por Ana*)

Chica (*personaje creado por Ana*)

Tomás (*personaje creado por Ana; es también su amigo imaginario*)

Mamá (*madre de Ana*)

I

Habitación de Ana. Hay una cama, un armario, y una silla donde se apila la ropa sucia. Encima de la cama hay una joven sentada con la vista fija al frente, observa a dos personas, un chico y una chica, que hablan frente a ella.

CHICO: (*Nervioso*). Creo... que sé lo que le pasó a tu hermano.

CHICA: No me quieras mentir.

CHICO: ¡Que no! Te digo que lo sé, yo estuve ahí.

CHICA: ¿Por qué has esperado hasta ahora, entonces? Por qué no decirme desde el primer día que tú estabas con él... ¡El día en que desapareció!

Justo cuando la chica está a punto de tirarle una bofetada al chico, la joven de la cama levanta la voz y los dos chicos se quedan inmóviles en su lugar.

ANA: No, ella no reaccionaría así... (*Abre la laptop que tiene en su regazo*). La serie la pone como una persona sin alma, pero en el libro ella siempre fue toda empatía... Ay, pero, ¡qué importa! Si mis lectores leen por el drama, no por lo apegado que sea a la serie original. (*Duda, niega con la cabeza en silencio y luego saca su teléfono, lo enciende y se escucha el sonido de una nota de voz siendo grabada*). ¡Ayuda!, ya no sé qué hacer con mi fic, y si no publico nada por segunda vez en el mes, se van a volver locos los lectores. (*El audio se en-*

vía y ella vuelve la vista a las dos personas que quedaron en pausa). ¿Y si no le dice la verdad aún?

El chico y la chica vuelven a moverse.

CHICO: Creo que... estoy enamorado de ti.

CHICA: *(En voz baja)*. ¿Son las tres de la mañana y decides que es buena hora para declaraciones de amor? Hubiera preferido que me mandaras mensaje...

CHICO: *(Ríe)*. Yo siempre creí que te parecería romántico que me apareciera tan tarde en la noche solamente para decirte que te quiero.

CHICA: ¿Nada más viniste a eso?

CHICO: *(Duda)*. Eh... Sí, solo quería decirte eso.

Al mismo tiempo que Ana habla, la luz que ilumina a los jóvenes se apaga y estos abandonan el escenario como si se hubieran desvanecido.

ANA: ¡Mucho mejor! *(Vuelve a agarrar su teléfono e inicia una nueva nota de voz)*. ¡Se cancela tu ayuda! Ya lo arreglé. Je, si las tareas fueran *fanfictions*, ya hubiera entregado todo.

Se envía la nota de voz. Una mujer entra a la habitación y recoge la ropa sucia de la silla.

MADRE: ¿Ya se acabaron todas tus clases por hoy?

ANA: Sí, hace como dos horas.

MADRE: ¡Pues ya ponte a limpiar el cuarto! Al menos abre la ventana, aquí huele más encerrado que en la sala.

ANA: Sí, ahora lo hago.

MADRE: Maldita cuarentena, te tiene con el cerebro frito.

La madre se va y deja la puerta abierta, Ana se queda viendo la entrada con tristeza.

ANA: Me tiene con el cuerpo anclado y el alma en otros mundos.

II

De abajo de la cama sale un joven de su edad, ella lo mira como si fuera cosa de todos los días. Cuando ha salido por completo, el joven se va a la silla donde está la ropa sucia y comienza a hablar solo, con voz fingidamente melosa.

TOMÁS: Un mes y medio sin salir de casa. ¿Ya te habrás dado por vencida conmigo? Yo sigo soñando que te voy a encontrar. Siento que estoy loco cuando digo eso, que sueño, y que siento, y que tengo la seguridad de que te voy a encontrar. Pero es cierto. Lo único que me falta eres tú, eres lo que me falta para ser feliz, Ana.

El muchacho se ríe y cambia su posición en la silla a una más descuidada. Levanta la vista y por fin se dirige a Ana.

TOMÁS: Sí sabes que nada más en las telenovelas los hombres hablan así, ¿verdad?

ANA: *(Evita mirarlo, fija la vista en la laptop que sostiene entre sus piernas)*. ¿A ti qué te importa?

TOMÁS: No me importa para nada, pero, si quieres mi opinión...

ANA: No la quiero.

TOMÁS: Da igual, la necesitas: eres una cursi.

ANA: Que no la quiero. *(Cierra su laptop y lo mira)*. Estás aquí solo para pasar el rato en la cuarentena. No tengo por qué escucharte todo el tiempo, solo cuando no tengo nada más que hacer. Vete.

TOMÁS: *(Contento)*. Si peleas conmigo, es por una razón, ¿no? Te gusta ponerme atención.

ANA: Eres lo único a lo que le puedo poner atención sin tener un ataque de ansiedad; las noticias, las redes sociales... Y para colmo, mi papá no me ha llamado... Ya no hay nada que no mencione la cuarentena. Bueno, tú y mis *fan-fics* son lo único que me distrae.

TOMÁS: También te quería hablar de eso.

ANA: ¿De qué?

TOMÁS: *(Señala el lugar donde minutos antes habían estado el chico y la chica)*.

Esa fue la declaración más fea que has escrito.

ANA: Menudo hijo de la chingada que te volviste.

TOMÁS: *(Ríe)*. Yo creo que la cosa es que ya no tienes ganas ni de ser romántica.

ANA: *(Se deja caer de espaldas sobre la cama)*. No, la verdad es que ya no tengo ganas ni de existir.

TOMÁS: (*Serio*). Eh, eh. Eso ni en broma. Si dejas de existir, me llevas a mí entre las patas.

ANA: (*Enojada*). ¡Pues igual y te sirve dejar de existir! Lo único que haces es molestarme. Y no eres mi persona ideal, ni me haces feliz. Ya nada más te paras ahí y me dices todo lo que hago mal.

TOMÁS: Eso es tu culpa, yo nada más hago lo que me pides.

ANA: Ya está, entonces te mato.

TOMÁS: Ya no me puedes matar. (*Señala con su dedo índice la cabeza de Ana*). Me vas a tener ahí para siempre. O hasta que estés vieja y ya no te acuerdes de cuántos años tienes.

ANA: ¿Y quién dice que voy a vivir tantos años?

TOMÁS: Nadie. Es un decir, pues.

Silencio. Tomás se levanta y se queda sentado a los pies de la cama.

TOMÁS: Hay otra razón.

ANA: (*Con la vista clavada en el techo*). ¿Razón de qué?

TOMÁS: De que me sigas hablando.

ANA: ¿Tú crees?

TOMÁS: (*Acerca su mano a la pierna de Ana y sonrío*). Que soy guapo.

Ana se vuelve a sentar y aparta la mano de Tomás bruscamente; este se vuelve a reír.

ANA: Ni creas que voy a empezar a fantasear contigo. Prefiero mil veces fantasear con el repartidor que trajo la comida el viernes pasado que contigo. Eres un puerco.

TOMÁS: (*Despreocupado*). Quizá, pero soy lo único que tienes a la mano por el momento. ¿Que no eres escritora? Pues cámbiame, piensa que soy tu alma gemela. Haz que tenga un arco de redención que me haga valioso a tus ojos nuevamente. Y luego, cuando ya te caiga bien nos acomodamos (*se acerca a ella*) pegados, risueños... y ya, fácil. Te tocas un rato fingiendo que soy yo y lo damos por terminado.

ANA: No. Puerco.

TOMÁS: (*Fastidiado*). ¿Por qué no? ¿A qué vine aquí, entonces?

ANA: Así no es como funciona. No te puedo cambiar. No sé cómo, pero desarrollaste una personalidad distinta a la que planeaba, y cambiarte se siente co-

mo trampa. Estoy atrapada contigo, así como tú conmigo, así que te vas a la silla y te quedas ahí hasta que vuelva a ser hora de dormir. Y, si tienes suerte, te imagino una novia, para que te puedas ir de una vez por todas con ella.

TOMÁS: (*Se levanta*). No lo vas a hacer.

ANA: ¿Perdón?

TOMÁS: (*Sube el volumen de su voz*). No vas a imaginarte a nadie porque no tienes idea de lo que me gusta.

ANA: ¿Y? Solo falta que diga «fulanita es tu novia y estás muy enamorado» ¡Y ya está! No necesito saber qué te gusta.

TOMÁS: Pero eres una escritora con principios, no vas a regalarme de esa manera a la primera que se te ocurra. No cuando piensas que las parejas deberían ser entre iguales. O si no, tu lado feminista te odiaría por solo ponerla como interés romántico.

Ana y Tomás se observan mutuamente, con ojos calculadores.

ANA: Tus diálogos lógicos son la peor decisión que he tomado en mi vida. Debería haberte dejado en «curso y soñador». La parte realista no es atractiva.

TOMÁS: No, la peor decisión que has tomado fue la confesión amorosa del tipo. Estaba mejor cuando le decía la verdad a la chica. Por cierto, tu papá dejó de llamarte incluso antes de la cuarentena, ¿por qué sigues esperando sus llamadas?

Ana se levanta de la cama y sale de la habitación, azotando la puerta. Tomás se ríe y es lo único que se escucha mientras la escena se oscurece por completo.

III

Sala de estar. Ana y su madre están viendo un programa en la televisión. Tomás aparece. El chico se sienta en la esquina del cuarto, viendo hacia la ventana.

TOMÁS: ¿Qué crees que esté haciendo?

Ana ignora a Tomás y sigue atenta a la televisión.

TOMÁS: Yo creo que está en su cuarto, probablemente tan aburrido como tú. Ya quiero que se acabe la cuarentena.

ANA: (*Sin voltear a verlo*). ¿Para qué?

TOMÁS: Cuando salgas y lo conozcas, él y yo nos vamos a volver la misma persona.

ANA: Entonces espero que la cuarentena nunca se acabe. Serías insoportable.

TOMÁS: Mírame, estoy tratando de establecer una conversación y tú solo me insultas. (*Se dirige a la madre*). Señora, su hija está...

ANA: (*Se resigna y gira su cuerpo hacia donde está Tomás*). Ya, no digas eso. Es que no me gusta ilusionarme con fantasías. Puede que ni siquiera te parezcas a la persona real. Si no te pareces, no puedes volverte la misma persona.

TOMÁS: ¿No? Podemos decir que me teñí el cabello y crecí un poco. Que usaba lentes de contacto para cambiar el color de mis ojos si resultara que los tengo de otro color. Y si mi piel es diferente, pues imaginas que cambió por el sol, o por la falta de sol. Lo que sea, tú puedes solucionarlo.

ANA: ¿Y el nombre?

TOMÁS: Mi nombre es Tomás, ese sí no me lo cambias.

ANA: ¿Y cómo esperas que explique eso si resulta que tu nombre real es Juan, o Martín?

TOMÁS: Pues me empiezas a llamar Tomás y dices que es mi apodo.

ANA: Ese no es un apodo, es un nombre. Y si resulta que lo odias, entonces, ¿qué?

TOMÁS: (*Lo piensa, luego se encoge de hombros*). Ya se te ocurrirá algo.

ANA: Vas a desaparecer al final. No eres real, pero no te preocupes, aunque no te vuelvas real, voy a encontrarte una historia.

TOMÁS: (*Se levanta y se sienta en el sillón, al lado de Ana*). Nunca terminas tus historias. Nunca voy a salir de aquí.

ANA: A este paso, yo tampoco.

Ana y Tomás observan la televisión.

TOMÁS: (*Sonríe*). No exageres, esto se va a terminar tarde o temprano.

Ana mira hacia el lugar donde Tomás estaba sentado anteriormente.

ANA: Me imagino que él también me está imaginando. No como yo, no me puso otro nombre ni cara, ni voz, ni nada. Es más práctico. Pero creo que está pensando en mí.

TOMÁS: ¿Por qué lo crees?

ANA: No he podido dormir bien. Dicen que, si te da insomnio, es porque tu alma gemela está pensando en ti.

TOMÁS: (*Asiente en silencio. Después de un momento, continúa*). También tiene que ver si cenas a las doce de la noche, ¿no?

ANA: Ay, qué aburrido eres.

TOMÁS: Ya te había dicho, yo creo que él se está muriendo de aburrimiento, como yo. No creo tener la imaginación necesaria para crearme una novia, no como tú.

ANA: (*Halagada*). ¿De verdad crees que soy tan especial?

TOMÁS: O sea, no creo estar tan loco como tú.

Ana levanta la mano para golpear a Tomás.

MAMÁ: (*Se levanta del sillón*). ¡Hora de comer!

Ana mira a su madre y la luz se desvanece sobre Tomás, indicando que él ha desaparecido de sus pensamientos.

IV

Habitación de Ana. Todo está oscuro, solo la luz de su computadora ilumina su rostro; Tomás sale del armario, se queda de pie, apoyado contra la puerta del mueble y la observa intensamente.

TOMÁS: Ya son las tres de la mañana.

ANA: Ya casi termino, estoy a punto de llegar al final del capítulo.

TOMÁS: Ese no es tu escrito, es el Facebook de tu papá. Ya deja de ver sus fotos.

Ana teclea rápidamente por un par de segundos, en silencio. Luego se detiene, lee lo que ha escrito. Mira a Tomás.

ANA: ¿Crees en el destino?

TOMÁS: No sé. ¿Quieres que crea?

ANA: Yo sí creo. Pero creo que solo existe hasta después de que tú lo escoges. Hasta que te decides por un camino. (*Mira su laptop*). Creo que mi papá decidió el suyo cuando se fue. No fue justo, hubiera sido mejor que se esperara a saber qué quería hacer con su vida antes de casarse y tener hijos.

TOMÁS: ¿Cuál es tu destino?

ANA: Voy a escribir la mejor historia de amor. Julieta y Romeo del siglo veintiuno.

TOMÁS: Esa no es una buena historia...

ANA: (*Interrumpe*). Sí, sí... ya sé. Solo digo que será igual de famosa que Romeo y Julieta, pero mejor, vivirá por siglos y siglos, y tendrá un final bueno.

TOMÁS: Suena difícil.

ANA: Sí, pero tengo toda la vida para lograrlo. Y es justo el tiempo necesario. Y no voy a tener una familia hasta que cumpla mi destino.

TOMÁS: ¿Y si quiero casarme y tener hijos pronto?

ANA: Pues hablaremos cuando llegue el momento. Si de verdad me quieres, vas a esperarme el tiempo que sea necesario, ¿no? Y si no llegamos a un acuerdo, pues vas y te casas con alguien más. Yo tengo que cumplir mi meta.

TOMÁS: No parece una vida ideal.

ANA: No me importa. No tengo que vivir una vida bonita. Tengo que crear la historia perfecta. ¿No ves que todas las historias de calidad fueron creadas por personas con vidas precarias y aciagas? Vivir en soledad aumenta tu habilidad para percibir la belleza en las cosas pequeñas. ¿Lo entiendes?

TOMÁS: ¿Pero no sería bonito también vivir la belleza en persona en lugar de imaginarla?

ANA: ¡Que no! La verdadera felicidad viene de los momentos breves, no de tener una casa bonita. Victorias pequeñas, mi escrito es todo lo que necesito.

TOMÁS: Son palabras muy bonitas, pero se nota que eres ingenua. Si quieres escribir la historia de amor perfecta, debes tener experiencias. Si no, la gente no va a resonar con ella. ¿Cómo vas a saber lo que se siente si renuncias al amor tan fácilmente, todo por cumplir con tu dizque destino?

ANA: Mi papá renunció a nosotras por su destino. Es la opción más lógica.

TOMÁS: Pues según Facebook, su destino se llama Tania y es seis años menor que tu mamá. Pero bueno, hasta mañana...

Tomás se retira a la parte oscura del escenario y se pierde de vista. Ana baja la mirada a su laptop y borra lo que acababa de escribir.

ANA: (*Molesta*). ¿En qué estabas pensando?

V

Habitación de Ana. Ella está sola, sentada en su cama. Se encuentra de muy buen humor. Tomás entra corriendo y se deja caer sobre la cama con gran escándalo. Ana lo recibe con una sonrisa.

TOMÁS: ¡Se acabó la escuela!

ANA: El peor semestre.

TOMÁS: ¿Qué vamos a hacer ahora?

ANA: Lo mismo que siempre, solo que sin sentirme culpable por no hacer tarea.

TOMÁS: ¿Vas a escribir algo para mí?

ANA: No sé... ¿Qué historia crees que te queda?

TOMÁS: Pues... soy un muchacho normal. Así que tendría que ser en el mundo real... aunque siempre puede haber magia escondida.

ANA: ¿Crees en todo eso de las cartas del tarot y los fantasmas?

TOMÁS: Soy fan de los fantasmas.

ANA: Sí, lo acabo de decidir.

TOMÁS: Puedo estar investigando el asesinato de mi padre.

ANA: No, olvídalo. No tengo idea de cómo escribir una novela policiaca.

TOMÁS: Puedo ser el que mate a su propio padre.

ANA: No, esa es una fantasía muy privada.

TOMÁS: ¿Y si escribimos un drama?

ANA: Quizá. Bueno, luego podemos pensar en eso, primero debo terminar las historias que tengo empezadas.

TOMÁS: Son muchas, ¡nunca vas a terminar a tiempo! Ya estuvo que me quedé otra vez aquí.

La madre de Ana entra; se ve tensa y está de mal humor.

MAMÁ: Llegó esto en la mañana. *(Le entrega un sobre a Ana y sale).*

TOMÁS: *(Mira hacia la puerta y observa cómo se retira la madre de Ana).* ¡Gracias, señora!

ANA: Es de papá.

TOMÁS: *(Se acerca a ella).* ¿Qué dirá?

ANA: Ábrelo tú.

TOMÁS: Es igual que si lo abres tú.

Ana y Tomás abren el sobre entre los dos.

ANA: Una postal.
TOMÁS: Con dinero.
ANA: El muy cabrón.
TOMÁS: ¿Vamos a contestarle?
ANA: Se fue a Vallarta a pasar la cuarentena.
TOMÁS: ¡Y nosotros volviéndonos locos en este mugroso cuartito!
ANA: A nosotras nunca nos quiso llevar a la playa.
TOMÁS Y ANA: No le vamos a contestar.
ANA: No debería aceptar el dinero.
TOMÁS: No, sí acéptalo. Y le compramos a tu mamá todo lo que quiera. Todo lo que él nunca le quiso comprar.
ANA: Buena idea.
TOMÁS: Ya sé qué historia puedes escribirme.
ANA: Serás el Robin Hood del siglo veintiuno.
TOMÁS: Voy a robar a los ricos, y a los padres abandonadores.

VI

Ana entra a su habitación, Tomás está sentado en la cama.

ANA: Acaban de anunciar el fin de la cuarentena.
TOMÁS: Lo sé.

Ana se sienta al lado de Tomás.

TOMÁS: Y... ¿borraste el número de tu papá?
ANA: Sí. Y terminé dos historias.
TOMÁS: Sí. Pero ya no quieres escribir la mía.
ANA: ¿Crees en el destino?
TOMÁS: Estoy seguro de que él se pregunta lo mismo.
ANA: Te prometo que voy a encontrarlo. Le voy a hablar de ti y a la mejor y decide adoptarte.
TOMÁS: Mi alma está anclada a ti y mi cuerpo anda en otros mundos. Yo no existo. No voy a ser él.
ANA: Tú ya existes. Eres mío, mi Tomás. Y algún día voy a escribir una historia de amor para ti.

TOMÁS: ¿Te digo algo? La confesión de amor no estuvo tan mal. Igual puedes hacer que sea la chica la que vaya a casa del chico, y entonces él se le declara para evitar decirle la verdad acerca de su hermano.

ANA: (*Sonríe*). Era justo lo que estaba pensando. ¿Ves? No necesito cambiarte, eres mi alma gemela.

La luz se desvanece sobre Tomás; Ana está sola en su habitación, agarra su teléfono y comienza a grabar una nueva nota de voz.

ANA: ¿Y si llamo «Tomás» al personaje principal?

FIN

DIVINA

Isabel Verdín

Personajes:

Divina

(es la madre, mujer de mediana edad. Es una divinidad. En su forma divina parece la Madre Tierra, tiene piel de tierra, cabello de vegetación, tiene ríos y océanos. Cuando aparece como humana es morena y de cabello oscuro)

Divinito

(es el hijo, hombre joven y guapo. Es una divinidad. Luce como un ser humano perfecto. Le apodan Vinito, por su nombre [y quizá por su gusto por el vino], así que con esa denominación aparecerá a lo largo del presente texto)

Cuasidivino

(es el primo de Divinito, su apariencia es muy parecida a la del Hijo, menos guapo y menos perfecto, pero más acuático. Le dicen Cuasi, por su nombre y de cariño)

Panaceo

(es el creador, el padre. Un hombre alto, fornido, guapo. De edad madura, con cabello y barba blancos).

Romera 1

(señora que está en una procesión).

Vinito, vestido con una túnica blanca, lee un libro de apariencia antigua; tiene una copa de vino en las manos y con un último sorbo se lo termina de un trago. Luego toma una jarra de agua, la vierte en su copa y la transforma en vino. Continúa con su lectura. Aparece Divina, la madre, que lleva al igual una vestidura blanca, se mueve por la sala donde se halla el hijo. Busca algo en el enorme librero de apariencia infinita. Después de varios minutos de búsqueda, extrae una enci-

cllopedia de especies animales. Parece extrañada. Luego mira a su hijo que se mantiene distraído en su propia lectura, con su copa en las manos.

DIVINA: ¿Otra copa, hijo?

VINITO: Deberías probar, madre. Después de milenios, he logrado perfeccionar la técnica.

La madre hace un gesto para rechazar la copa de vino que le ofrece su hijo. Luego bosteza. Aparece en la sala el Cuasidivino, que tiene una apariencia parecida a la del hijo, pero su piel es más verdosa y acuática, y su rostro es menos perfecto, podríamos decir que es casi perfecto. Toma asiento junto a Vinito y le quita la copa de las manos, toma de un sorbo el restante. Vinito vuelve a llenar su copa de agua y a convertirla en vino.

CUASI: ¿Qué pasa, tía? Te noto en parte aburrida y en parte preocupada. Mira que tengo ya varias décadas repitiéndote que no luces muy saludable. Tu cabello no es del mismo verde radiante, a tu piel le hace falta luminosidad, la llevas muy reseca. Además, te noto más delgada.

DIVINA: A la mayoría de las mujeres les gusta escuchar eso último. *(La madre se pone de pie y se dirige a una fuente que brota en medio de la sala).* Pero es cierto que me veo muy flaca, mi cabello también luce muy opaco y se ha caído mucho *(se toca el cabello con nostalgia, luego acaricia su piel)* y mi piel, no solo está reseca, Cuasi, mis ríos y océanos también lucen menos abundantes y han adquirido un color que no me gusta, incluso, a veces, creo que desprenden un olor desagradable. Y mira *(Divina se aleja de la fuente, se acerca a los jóvenes y les muestra algunas protuberancias que tiene en distintas partes del cuerpo)*, también han aparecido estas bolitas, algunas me causan dolor.

CUASI: *(Observa con curiosidad a su tía, luego piensa con detenimiento).* Dime, tía, ¿te han dado fiebres inexplicables o sudores nocturnos?

DIVINA: *(Reflexiona un momento, luego toma asiento).* Me parece que sí, Cuasi.

Vinito separa la mirada de las hojas de su libro y observa a su madre y a su primo con cierta preocupación, pero muy atento.

CUASI: Interesante. *(Se para y da vueltas por la sala, Divina y Vinito lo siguen con la mirada, va de aquí para allá).* A la excreación favorita de tu padre le suce-

de mucho, ya sabes, los humanos, aunque he visto que a otras especies también les sucede, es menos común, y creo que es culpa de los mismos humanos.

DIVINA: ¿Qué les sucede? Ellos son muy diferentes a mí.

CUASI: Sufren de una enfermedad que acaba con ellos: cáncer.

Vinito se levanta sorprendido de su lugar, da una vuelta por la sala, vuelve a su lugar, toma la copa, vierte agua y lo convierte en vino. Luego vuelve a tomar asiento y bebe un sorbo, hace cara de que ha descubierto algo.

VINITO: A pesar de todo lo que me han hecho (*se sacude un escalofrío*), a veces me gana la misericordia y me da por escuchar sus plegarias, ¿y sabes qué? Escucho mucho esa palabra. Aun así, pocas veces intervengo, solo cuando creo que lo ameritan, pero casi nunca sucede eso. No me había cuestionado mucho lo que significa «cáncer», creía que tenía que ver con una invasión de cangrejos, lo que de hecho me daba mucho gusto. Ya me gustaría que dominara una especie diferente.

CUASI: Se podría decir que es una invasión de cangrejos. Pero muy pequeñitos (*alarga la palabra «muy», al tiempo que hace una medida diminuta con los dedos*). Una invasión que daña gravemente o, incluso, destruye... (*hace una pausa*) a los humanos.

DIVINA: (*Se lleva una mano al corazón, preocupada, pero luego niega con la cabeza*). Pero dudo mucho que ese sea mi problema. Yo soy una divinidad, yo no me enfermo ni muero como ellos.

CUASI: (*Se encoge de hombros, luego le vuelve a quitar la copa a Vinito y se la toma de un trago*). No lo sé, tía. No lo hemos visto, pero yo he escuchado de dioses que han enfermado y morir... (*Se calla ante la mirada asesina de Vinito y la de susto de Divina*). Bueno, pero ellos no tenían la importancia que tú tienes, ni una relación tan directa con Panaceo. (*Sonríe, nervioso*).

DIVINA: (*Pone una cara digna; ella no es cualquier diosecilla de la belleza, de la guerra o de la luna. Ella es la madre, la naturaleza, la fertilidad, la vida. Se pone de pie y se estira cuan alta es, luego mira hacia abajo, a su sobrino*). Tú tampoco estás en tus mejores años que digamos.

CUASI: (*Se toca las escamas, pensativo, luego se encoge de hombros*). Cierto, estoy tratando de convencer a mi tío de que haga algo al respecto, pero sigue ignorando mis peticiones.

VINITO: Mi padre está muy ocupado con sus asuntos, yo tengo algunos milenios pidiéndole favores y nada que me hace caso. Ni siquiera le importaron todos mis sacrificios. En fin, suerte con eso.

DIVINA: A tu padre le entran rachas en las que se obsesiona con sus creaciones, nos involucra y luego se desentiende. Ya ves que yo le tuve que dar mi corazón a su creación, porque tu padre ya se había hartado de los dichosos humanos y estuvo a punto de destruirlos; pero el agua también es vida...

CUASI: Muy cierto. Además, mi tío se había esforzado mucho con sus creaciones, a mí me gustaban casi todas. *(Cuasi hojea la enciclopedia que antes sostenía Divina)*. Por cierto, hay muchos de estos que ya no he visto...

DIVINA: ¿Verdad? Tenía algunas décadas que no abría mi enciclopedia, pero definitivamente me faltan varios especímenes...

VINITO: *(Ha vuelto a meterse en su lectura, sin levantar los ojos, comenta)*. Seguro mi padre les envió otro diluvio, o algo así.

CUASI: *(Ríe)*. No. Tu padre ni siquiera se ha dignado a mirar. En realidad, una de sus creaciones es la que está haciendo todo el desmadre, y ya te imaginarás cuál...

VINITO: *(Tiembla como si hubiera tenido un escalofrío)*. No me los recuerdes.

DIVINA: Tú, Cuasi, bajas regularmente a visitar a los humanos, ¿verdad? ¿Cómo están las cosas? ¿Siguen peleándose?

CUASI: *(Vuelve a quitarle la copa al hijo. Se recuesta en el sillón y bebe del vino)*. Ay, tía. No sé ni por dónde empezar. Pero creo que sería mucho más ilustrativo si te dieras una vuelta.

DIVINA: *(Vuelve a ponerse de pie y se dirige a la fuente. Observa su figura nuevamente y acerca su rostro, tiene unas ojeras que nunca se había visto en el rostro)*. Creo que me gustaría ver esa enfermedad en los humanos. Quiero presenciar cómo lucen y qué es lo que les sucede. Deberíamos tener un médico que se especializara en eso...

CUASI: Oncólogo.

DIVINA: Un oncólogo en el paraíso, ¿no?

CUASI: Seguramente.

VINITO: Estoy seguro, madre.

DIVINA: Iré a buscar. *(Sale)*.

Se ve otra vez a Vinito en la misma sala, tiene su copa de vino a un lado, pero ahora está pescando en la fuente del centro. Cuasi se divierte controlando el agua a distancia para dificultarle la tarea a su primo. Aparece Divina, lleva un turbante

en la cabeza en donde ha metido sus cabellos verdes; usa la misma túnica blanca. Se ha puesto más maquillaje sobre el rostro. Los dos jóvenes la miran.

VINITO: Me gusta cómo te ves, madre. Ese turbante realza tus facciones, lo mismo que tus labios de ese color tan rojo. Te dan mucha vida.

Divina sonríe tristemente, luego va hacia el gran librero y toma un libro gigante sobre la historia de la humanidad, se pone a hojearlo. Vinito regresa a sus labores pesqueras.

CUASI: ¿Qué te dijo el doc, tía?

DIVINA: Me dio una plática muy ilustrativa sobre el cáncer, Cuasi. ¿Sabías que es una enfermedad que data desde tres mil años antes de Cristo? (*Vinito suelta un pececito que había atrapado y dirige su atención hacia la plática de Divina y Cuasi*). Fueron los egipcios los primeros en notarlo, se dieron cuenta de que había tumores en el pecho, y desde entonces no existe una cura. Claro que me explicó que los avances científicos ayudan a que, en algunos casos, sea erradicado. Es interesante, retiran las células cancerígenas antes de que se expandan y lleguen a más órganos. Pero los tratamientos pueden ser muy agresivos.

VINITO: Eso suena como si a las excreaturas favoritas de papá les arrancaran pedazos de sus cuerpos.

DIVINA: Sí, a eso me sonó. Como que el cáncer se junta en bolitas que se adhieren a distintas partes del cuerpo...

CUASI: Tumores.

DIVINA: ...y luego los doctores las arrancan, para que no sigan infectando al enfermo. Al parecer esa puede ser una medida eficaz para acabar con la enfermedad, pero no siempre. También me habló de las «quimioterapias».

CUASI: Quimioterapias.

VINITO: (*Abre los ojos, esperando a que su madre le cuente más acerca de las quimioterapias*). ¿Terapia a base de alquimia? Eso suena a que toman esas bolitas de cáncer...

CUASI: Tumores.

VINITO: ...y las transmutan en otra cosa, ¿qué será? ¿El quinto elemento!

CUASI: (*Pone los ojos en blanco*). Existen ciento diecisiete elementos, posiblemente ciento dieciocho, descubiertos hasta ahora, en el tiempo más actual de los humanos. ¿Cuándo fue la última vez que bajaste o por lo menos te asomaste a ver la creación de tu padre?

Vinito prefiere ignorarlo.

DIVINA: No, no transmutan en nada, creo que esa sería una buena solución, hijo, ahora que lo mencionas. Que transformaran las células cancerígenas en buenas. Pero lo que hacen con la quimioterapia...

CUASI: Quimioterapia.

DIVINA: ...es destruir las células malignas, pero se llevan las sanas también, por eso es un tratamiento agresivo, porque barre por igual. Y el cuerpo humano muchas veces no soporta esa invasión, sobre todo si el cáncer ya está muy avanzado.

Los tres se quedan en silencio, cada uno digiriendo la información. Incómodos.

DIVINA: Ya sé que empezamos a hablar de este tema, porque a Cuasi se lo ocurrió que yo podía padecer una especie de cáncer.

VINITO: ¿Y te revisó el médico cancerólogo...?

CUASI: Oncólogo.

DIVINA: (*Asiente con la cabeza*). Sí, dice que nunca había tenido una paciente divina, que era difícil de asegurar, pero que, si yo fuera una humana y me presentara con mis síntomas, él estaría casi seguro de que padezco de algún tipo de cáncer y que aparentemente aún estaría a buen tiempo de iniciar un tratamiento o de intentar algo; recomendó que, de querer tomar medidas, podíamos investigar si hay algún tipo de quimioterapia...

CUASI: Quimioterapia.

DIVINA: ...apta para divinidades.

VINITO: ¿Una especie de sustancia que aniquile tus células malignas, pero que acabará también con las benignas? Eso me suena a diluvio.

Divina se pone evidentemente nerviosa.

CUASI: (*Niega con la cabeza*). No, no hay que ser tan extremos, eso podría prácticamente matar a tu madre. No, no... hay que ser más (*pausa dramática*) pragmáticos.

Divina y Vinito observan a Cuasi. Esperan su respuesta «pragmática».

VINITO: ¿Cómo?

CUASI: Ya lo hemos hecho antes, cuando tu madre quería hacer un *detox*.

VINITO: ¿Diluvio?

CUASI: (*Pone los ojos en blanco*). ¿Alguna otra respuesta?

VINITO: ¡¿Meteorito?! ¡Oye! Eso casi dejó a mi madre estéril y sin vida para siempre...

Cuasi suspira y niega con la cabeza. Dirige la mirada hacia Divina, ella comprende a lo que se refiere. Se dedican un tiempo de mirada cómplice. La mujer trata de decirle que no quiere con la mirada, pero que tiene razón. Cuasi asiente comprensivo, sabe que es una medida drástica, pero es mucho más saludable.

CUASI: Lo sé, lo sé. Pero el diluvio es mil veces más doloroso y el meteorito definitivamente podría terminar contigo, Divina. Sin tu existencia, ¿qué nos queda a los demás? ¿Estar en este paraíso demasiado perfecto e insípido, en donde se pasan los días, lenta y dolorosamente, todos iguales?

Vinito asiente, aprobando, él disfruta ese tipo de vida. Pero luego cae en cuenta de que no quiere la muerte de su madre.

VINITO: No, no, no. No queremos una vida eterna sin ti, madre. ¿Cuasi se refiere a una (*pausa dramática*) epidemia?

CUASI: ¡Bra-vo! Sí, sí, así es.

VINITO: ¡Híjole! ¿Qué tan mortal debería ser, para los humanos?

CUASI: No tanto, no tanto. Yo creo que con que haya un rango de vulnerabilidad y una tasa baja, así como del 5 % al 10 %, aproximadamente. Eso para probar si tu madre mejora.

Divina los mira, sopesando los números que Cuasi está echando.

VINITO: Sí, madre, podría ser una prueba para saber si la excreación favorita de mi padre es la causante de tu mal estado.

DIVINA: Suena a que ya lo tenías pensado, Cuasi.

CUASI: Les dije, a mí también me afectan esas creaciones, ¿o te olvidas de que, por mis travesuras, mi tío ató mi condición a los océanos de su creación? Les dije que he tratado de hablar con Panaceo. Y miren, solo me soltó esto, de la última vez que le pedí ayuda.

Cuasi extrae una carpeta de su túnica acuática. Divina y Vinito se acercan a Cuasi, este abre la carpeta. Los tres miran el contenido, curiosos. Divina hace cara de sorprendida, Vinito aprueba el interior del documento.

VINITO: ¡Virus pandémico!

CUASI: Es un prototipo, claro.

DIVINA: Ay, no sé. Aunque fuera cierto que los humanos están acabando conmigo, no puedo evitar sobrecogerme. Les tengo un poquito de cariño. Hemos estado juntos tanto tiempo, ahora. Son esa mascota que alguien trajo a tu casa sin preguntar, que te molesta, pero con la convivencia terminas por perdonarles mucho y encariñándote.

VINITO: Pues, ahora sí que es tu cuerpo y tú decides, madre.

CUASI: O podrías bajar primero y ver cómo están las cosas. A diferencia de los humanos, tú sí puedes ver tus entrañas, tía. Ve y convive con ellos. Ve y decide si quieres llegar más lejos con la decisión de este virus, o si prefieres confiar en que esas creaturas necias se den cuenta ellas solitas y cambien por su propia iniciativa.

VINITO: Podríamos darles un incentivo. *(Vuelve a mirar el contenido de la carpeta y sonrío con malicia).*

DIVINA: Ya veremos, hijo. Creo que me tengo que tomar un tiempo para pensar.

CUASI: Pero no te tomes muchas décadas, tía. Creo que no aguantarás más de dos o tres.

DIVINA: No, no. Solo serán unos meses. Necesito tratar de curarme por mí misma, es que creo que no me he estado poniendo tanta atención. No te preocupes, hijo. Puedo degradar lo que me sobra.

CUASI: *(Casi para sí mismo y para el público).* Es que no conoce el plástico...

VINITO: Bueno, madre, piénsalo bien. Yo estoy dispuesto a ayudarte a colocar el virus pandémico, si así lo deseas.

DIVINA: Gracias hijo, dame unos meses, vuelvo pronto. *(Sale).*

Divina entra y sale con diferentes cambios de aspecto, como si no se decidiera por uno. Cuando al fin lo hace, sale con un vestido blanco, sencillo, de corte moderno, se ha cambiado la piel a un color moreno claro, y el cabello a negro, con un corte arriba de los hombros, se acomoda el fleco mirando su reflejo en la fuente del centro de la sala mientras tararea. Se le ve más animada que antes.

VINITO: ¿A dónde vas, madre?

DIVINA: A la tierra, hijo. (*Se pone un poco de labial*). Me he decidido ver por mi propia cuenta qué es lo que hacen los humanos, en qué andan, cómo viven su cáncer los que lo padecen...

Se escucha la voz de Cuasi, quien luego aparece en la sala.

CUASI: No es una experiencia muy agradable, ya te lo digo yo. Lo mejor sería que de primera instancia vayas a algo más alegre, o que sea algo más a tu gusto; primero ve cómo se comportan y luego ya, si te quedan ganas, visitas a los enfermos... ese es mi consejo. Vayan, vayan a ver primero.

DIVINA: ¡Qué intriga!

VINITO: ¿Por qué no nos sueltas la sopa ya? ¿Qué está pasando?

CUASI: No, no, de verdad, es una experiencia que no les quiero robar. (*Sonríe malicioso*).

DIVINA: (*Lo considera por un momento*). Ya sé, iré a México, hace como quinientos años que no voy. Y ahí siempre me han querido mucho.

VINITO: ¿En serio vas a bajar a la tierra?

DIVINA: Sí, sí quiero ver lo que dice Cuasi. Antes de pensar en enviarles un virus pandémico, quimioterapia divina...

CUASI: Quimioterapia divina.

DIVINA: Y es que hasta me está dando vergüenza admitir que hace ya como un siglo que no me asomo, desde la Primera Guerra Mundial (La Gran Guerra, en ese entonces), qué carnicería tan horrible; y luego me contaron de la Segunda y por eso ya ni me quise asomar, aunque algunos me contaban que, después de esta, cambiaron muchas cosas y también su comportamiento. Hijo, ¿por qué no me acompañas?

VINITO: (*Sin contener el grito*). ¡¿A la tierra?! (*Se retuerce, como si le dieran escalofríos*). No sé, madre. Las últimas veces que he ido me han sacrificado.

DIVINA: He escuchado que ya son mucho más civilizados ahora. ¿Verdad, Cuasi?

CUASI: (*Como es su costumbre, se ha robado la copa de su primo. Bebe un sorbo del vino cuando Divina le hace la pregunta. Se atraganta un poco y prefiere no responder afirmativamente*). ¿Más civilizados que en el año cero? Sí, sí, claro. (*Se pone de pie e inventa cualquier excusa para salir de ahí*). Tengo que... (*sale de la escena*).

VINITO: ¿Y vas a México como... Coatlicue? (*Saca su traje de Huitzilopochtli de debajo del sillón y lo extiende, es un hermoso y colorido ejemplar de arte plumario*).

DIVINA: No, hijo, ahí la última vez me confundieron con la Virgen María y ahora soy Nuestra Señora de Guadalupe.

VINITO: (*Dobla el traje, visiblemente frustrado*). ¿Entonces debo ser Jesucristo? Cómo les encanta esa imagen mía ahí en la tierra. (*El muchacho acaricia las plumas de su traje de Huitzilopochtli, mientras lo guarda*). Tantas representaciones mucho más vistosas y les encanta mi imagen de hombre agonizante, desnudo y con un taparrabos.

DIVINA: Bueno, bueno (*la madre luce como una mujer común mexicana de la actual clase media*), yo pensaba ir a ver cómo están las cosas, no quería que me rindieran culto. Dijo Cuasi...

VINITO: ¿Al que le encanta ir y hacerse pasar por mí para crear sectas?

DIVINA (*Ríe*). Ya escuchaste lo que dijo: que debería ir a visitar la Tierra, que están haciendo cosas muy raras, dijo que fuera a un lugar donde me sintiera cómoda. Me dio la impresión de que nos vamos a sorprender mucho acerca de cómo están las cosas, pero no de la manera más positiva; por lo tanto, sospecho que vamos a querer meterlos en cintura y considerar el virus pandémico. Pero antes de decirle a tu padre que envíe diluvios, meteoritos o un virus pandémico, quimicaterapia...

CUASI: (*Grita, fuera de escena*). ¡Quimioterapia!

DIVINA: ...divina. Quiero ir a ver de incógnito, y a un lugar donde creo que me voy a disgustar menos; quiero ir a donde la gente sea más espiritual, donde se le rinda culto a nuestra imagen.

Vinito se prepara para replicar a su madre. Ella no lo deja hablar y continúa.

DIVINA: Aunque también prefiero pasar desapercibida porque he escuchado que, hoy en día, no nos creerían dioses, sino esquizofrénicos.

VINITO: (*Se viste como un joven común*). ¿A dónde vamos?

DIVINA: (*Se sonroja*). Escuché que hoy me veneran en Guadalajara, en una romería a Nuestra Señora de Zapopan.

VINITO: (*Burlesco*). La que no quería veneración. Vamos, madre, ya han despertado mi curiosidad, ese Cuasi y tú.

Frente a la Catedral de Guadalajara, Divina y Vinito se confunden entre los asistentes a la romería.

VINITO: (*Tose*). ¿Qué es ese olor?

DIVINA: (*También tose*). No sé, es como si hubieran quemado algo. Se siente el aire denso...

VINITO: Sí, es raro, es como una especie de humo y de niebla juntos con mal olor y que no me deja respirar... (*Tose otra vez. Mira a la gente, que está caminando como si nada. A él le cuesta aclimatarse*).

Divina y Vinito no pueden moverse del lugar, está atiborrado de humanos. Vinito observa a un niño llorando, unos viejos comprando elotes en vasos de plástico, señoras vendiendo café y pan dulce, jóvenes recostados en el piso haciendo bromas, niños tirando petardos y grupos de personas con máscaras de diablos y demonios.

VINITO: ¿Qué es esto? ¿Toda esta gente viene a adorarte?

DIVINA: Eso me dijo Cuasi, a él le pedí una recomendación. Pero, además, la romería es una peregrinación de purificación, recuerda, hijo.

VINITO: (*Observa a los danzantes prehispánicos, que llevan tocados de plumas en la cabeza, el torso desnudo y huaraches, mientras se escuchan los cascabeles que llevan en sus tobillos y resuenan tambores con ritmos tribales*). Este... ¿Dijiste que son cristianos?

Divina y Vinito siguen una caravana que camina en dirección a la avenida Juárez.

DIVINA: Sí, mira.

Algunos de los danzantes llevan la imagen de Guadalupe en su túnica o en estandartes, cual si fueran el cura Hidalgo. Hay grupos de personas que van cantando alabanzas y dándose latigazos en la espalda. Divina y Vinito observan la caravana asombrados, viendo imágenes muy contrastantes: danzantes, beatos, jóvenes, niños, payasos, demonios, vendedores, familias, músicos, fotógrafos, televisoras, radio, conquistadores, princesas de Disney, enmascarados con largas pelucas...

VINITO: (*Observa a la banda que va tocando tambores, trompetas y trompas; eleva la voz para hacerse escuchar entre el ruido*). Madre, ¿cómo puede dormir el resto de la gente con todo este ruido? Es mitad de la noche, ¿no?

DIVINA: No sé. Tal vez nadie duerma hoy, hijo. Debe ser una celebración muy importante. Yo creo que todos los tapatíos y zapopanos están aquí.

VINITO: Probablemente. No me creo cuánta gente hay, ¿y esto solo será la población de dos ciudades?

DIVINA: A veces también vienen desde otros lugares a adorar, Vinito.

VINITO: Ah, sí, seguramente no trabajan durante toda la semana, debe ser como en Semana Santa.

DIVINA: Estoy segura, aunque he escuchado que los mexicanos son muy chambeadores, capaces de no descansar ni en Semana Santa. Pero seguro que son exageraciones que llegan a mi oído, es imposible trabajar sin tener por lo menos dos días de descanso a la semana y unos dos o tres meses de vacaciones al año.

Se escucha una voz detrás de ellos.

VOZ: Son ciertos los rumores, los mexicanos no descansan ni en Semana Santa, ni en Nochebuena o año viejo. Menos les van a dar el día para una romería, por más beatos que sean.

Las dos divinidades se giran para encontrarse con un personaje que lleva una máscara de diablo. Él la levanta y les enseña su cara acuática, es Cuasi. Vuelve a colocar la máscara sobre su rostro.

VINITO: *(Muy sorprendido)*. ¡¿Por qué?!

CUASI: *(Se encoje de hombros)*. ¿Sistema capitalista? ¿Consumismo? ¿Opresión del tercer mundo? ¿Avaricia de las empresas?

VINITO: Pero mi padre creó el mundo en seis días y descansó en el séptimo, para que sus creaciones estuvieran bien abastecidas.

DIVINA: ¡Y yo les doy todo en la naturaleza para que puedan vivir como reyes, y debería alcanzar para todos!

CUASI: *(Canta)*.

Busca lo más vital, no más,
lo que has de precisar, no más.
Nunca del trabajo hay que abusar.
Si buscas lo más esencial
sin nada más ambicionar

Mamá Naturaleza te lo da.¹

Vinito baila al ritmo de la canción. Divina asiente con el ceño fruncido, afirmando cada oración de la canción que canta su sobrino.

CUASI: Esto es un *cover* de la canción «Busca lo más vital», de la película *El libro de la selva*. Tengo que especificar eso antes de que Disney me demande por no darle créditos. (*Ríe. Divina y Vinito lo miran con cara de «¿Y?»*). Ya sé, ya sé, divinos, que ustedes creen que las cosas deberían ser más equitativas. Sobre todo tú, Vinito, que eres fiel creyente del socialismo y has venido varias veces a promoverlo, pero a los humanos nos les gusta. Y siento decirles que la mayoría de ellos, como los mexicanos, no tienen opción. De hecho, les disgustan mucho esas ideas «radicales» y, además, les tienen pavor.

VINITO: ¿Pavor? ¿Por qué le tienen miedo a tener todos alimentos, vestimenta y un lugar donde vivir?

CUASI: (*Ríe, no sabe ni por dónde comenzar a explicarle la realidad a su primo*). Verás, creo que el mayor defecto de las creaturas de tu padre es que son totalmente egoístas y egocéntricas... (*Entre dientes*). Creo que se tomaron muy en serio eso de la imagen y semejanza.

VINITO: ¿Y el destierro del paraíso?, ¿y el diluvio?, ¿las guerras?, ¿las hambrunas?, ¿las plagas y epidemias?, ¿mi sacrificio?, ¿las guerras?, ¿la colonización?, ¿las guerras? ¿No han aprendido nada?

Cuasi se queda en silencio.

VINITO: ¿Mis sacrificios?

DIVINA: ¿Y mis sacrificios? Yo les doy todo, ¿para que lo desperdicien?

CUASI: (*Entre dientes*). Y lo tiren a la basura.

Las divinidades se quedan cada una en sus pensamientos, procesando lo que acaban de escuchar, siguen caminando detrás de la procesión. Vinito observa la romería. Ve a los danzantes vestidos apenas con taparrabos, el sudor les recorre la piel. Atrapado entre un mundo de gente, el muchacho comienza a sentir calor; ob-

¹ A. D. Santos. (1996). Busca lo más vital [Canción]. En *El libro de la selva*. Walt Disney Records.

serva que su madre se mantiene fresca con un abanico que habrá aparecido en algún momento, o quizá lo compró a uno de los múltiples vendedores que los rodean.

VINITO: Hace mucho calor para ser octubre, ¿no?

DIVINA: *(Responde dubitativa, haciendo memoria)*. Eh... Sí... Seguro es porque estamos cerca del trópico.

VINITO: No sé, má. De mis tiempos como Huitzilopochtli, no recuerdo el otoño así de caliente.

DIVINA: Puede que tengas razón...

CUASI: *(Escupe entre dientes)*. Cambio climático.

VINITO: ¿Qué?, ¿qué?, ¿qué es eso que dijiste?

DIVINA: ¿Cambio climático?

VINITO: ¿Pero que no mi padre hizo este planeta, de entre todos, perfecto y equilibrado?

CUASI: Eso dice. *(Con voz dramática)*. Pero luego «hizo al hombre».

DIVINA: Además, si este planeta es perfecto y equilibrado, es porque yo le doné mi corazón. Le doné mi piel, mis cabellos, mis ríos y océanos, le ayudé a diseñar a todas las demás especies... *(entre dientes)* que creo que han resultado mucho más valiosas, ¿recuerdas?

VINITO: Pero, ¿cómo es eso de cambio climático y qué tiene que ver «el hombre»? *(imita la voz dramática de Cuasi. Luego conecta las ideas de lo que acaba de decir)*. ¿Me estás diciendo que los hombres cambian el clima a su antojo? *(Grita, entre sorprendido y asombrado)*. ¡Santo Niño de Atocha! Los deja uno, unos cuantos siglos, y ya controlan el clima.

DIVINA: ¡Qué poder! ¿Controlan el clima a su antojo? ¿Para qué?

VINITO: Podría ser más productivo, madre. Imagina que tienen su campo de siembra, podrían hacer que llueva constantemente, así tendrían más cosecha... ¡para compartirse entre todos! *(Dice esto último con frustración)*. Y en las poblaciones podrían saltarse los fríos y calores extremos y... ¡en noches especiales como esta, quitarían el frío para que la gente pueda seguir la procesión tranquilamente durante la noche!

Ambas divinidades se miran asombradas y, hasta cierto punto, emocionadas. Cuasi, detrás, se quita la máscara y se dirige al público, les hace caras para burlarse de la ingenuidad de las divinidades; se aguanta la risa. Luego se coloca nuevamente la máscara sobre el rostro.

VINITO: ¿Y cómo funciona el cambio climático? ¿Cómo se decide qué clima cambiar y bajo qué condiciones? ¿Cómo es que logran controlar el clima? Muero de curiosidad. Tú sí sabes, primo, ¿verdad? ¿En qué consiste el cambio climático? ¿Han puesto un domo gigante y emulan las estaciones a su antojo?

CUASI: (*Responde con sarcasmo mal disimulado*). Creo que no es así.

DIVINA: ¿Entonces? ¿Cómo funciona?

CUASI: (*Decide acabar con la ingenuidad de Vinito. Pone cara de hastío*). Más bien, el clima se está saliendo de control.

VINITO: ¿En serio?

Los tres siguen en silencio a la multitud. En sus mentes, Divina y Vinito tratan de procesar las revelaciones que Cuasi les acaba de hacer.

VINITO: ¿Cómo vergas (*esta palabra se puede cambiar al gusto del actor y/o director*) lograron los humanos que el clima se saliera de control?

DIVINA: No creo que sea un logro.

VINITO: ¿Qué vergas hicieron los humanos para que el clima se saliera de control?

DIVINA: Ya me gustaría a mí saberlo, yo que me sentía perfecta. Es evidente que hay un grave desequilibrio...

VINITO: ¿Y dicen que yo soy extremista?

Los dos continúan caminando, nuevamente en silencio, Cuasi va detrás de ellos.

VINITO: Me pregunto qué tan fuertes son como para desequilibrar tu naturaleza, madre, estoy tratando de imaginar. Tendrían que comer en cantidades excesivas, ¿no? Y arrancar y quemar vegetación, matar animales y especies como si les pagaran por ello, ¿no? Y cambiar de vestimentas cada día, como si fueran trapos viejos, ¿no? Y sacar el agua de sus cauces para tirarla sobre pisos de piedra, ¿no? Pero todo eso sería una locura, ¿no?

CUASI: (*Ríe*). No sabes cuántos aciertos acabas de tener, Vinito.

Vinito vuelve a toser a causa de la contaminación. Las tres divinidades observan que la gente tira en la calle las envolturas de sus golosinas, bolsas de plástico de todo tipo y un sinnúmero de residuos, al mismo tiempo que venera la imagen de la Virgen.

VINITO: ¿Qué es eso? ¿Por qué lo tiran a la calle?

DIVINA: Tal vez no se han dado cuenta. Hay que decirles. (*Levanta uno de los envoltorios de dulces y se lo lleva a la señora que lo acababa de tirar*). Señora, disculpe. Se le cayó esto.

ROMERA 1: (*Mira con odio a Divina, le tira un manotazo para que quite el envoltorio de su rostro*). ¡Hazte de aquí, hippie! Venimos a adorar a la Generalísima, no a una marcha ecológica. (*Continúa cantando sus alabanzas y sigue caminando en la procesión*).

DIVINA: ¿Cómo que hippie? ¿No sabes quién soy?... (*Comienza a arremangarse el suéter ligero que lleva puesto, pero Vinito la detiene*). Soy la mismísima Genera... (*Vinito le tapa la boca*).

VINITO: Madre, acuérdate que nos crearían esquizofrénicos. Ya no nos reconocen como antes.

DIVINA: (*Divina recupera el ritmo de su respiración, mira a su sobrino y le enseña la envoltura que lleva en la mano*). ¿Qué es esto, sobrino? No se deshace, por más que estoy usando mis manos degradadoras.

CUASI: Eso, tía, es plástico. No es biodegradable.

Vinito y Divina observan el plástico.

VINITO: ¿Cómo que no se degrada? ¿Entonces qué pasa con todo ese... plástico?

Cuasi señala sus escamas estropeadas y la piel de Divina. Ella, aunque tiene apariencia humana, evidencia la deshidratación y el maltrato de su propia piel de tierra.

VINITO: ¿De dónde sacan eso?

CUASI: Mira, Vinito, la verdad me da mucha flojera explicarte de dónde lo sacan, pero digamos que los restos de los dinosaurios —sí, aquel primer prototipo de tu padre— se han convertido en una sustancia llamada petróleo, de ahí sacan el combustible que quemán en todo momento para mover sus naves —y por eso todo está lleno de ese humo/neblina que no te permite respirar, se llama «esmog»—, y también lo trasforman en plástico. Les gusta el plástico porque es duradero, no se descompone como otros materiales, es resistente, soporta líquidos y no se quiebra como el cristal, ni es pesado como la madera o la piedra.

VINITO: ¿Entonces, por qué lo tiran?

DIVINA: Ya escuchaste, hijo. Es basura para ellos.

VINITO: Es que no entiendo, si es basura y lo van a desechar, ¿para qué quieren que sea duradero y resistente?

CUASI: Es más cómodo. Es más seguro y mucho más barato tener las golosinas en plástico que en papel o tela o cartón, o cualquier otro material.

DIVINA: Es más cómodo para ellos... *(comienza a mirar a los humanos con odio)*.

Varios señores llevan su café y sus taquitos en vasos y platos de unicel que dejan indiferentes por la vía, mientras continúan cantando alabanzas; jóvenes danzantes toman bebidas hidratantes de botellas de PET, que también dejan abandonadas para continuar su baile en honor a la Zapopana. El piso parece estar decorado con papeles y globos ponchados.

DIVINA: *(Con voz triste, que denota su gran decepción)*. Son la contaminación y la sobreexplotación de mis recursos las que les están generando el cambio climático.

VINITO: *(Observa cómo las personas siguen tirando basura)*. Deberíamos informar a los humanos acerca del cambio climático.

DIVINA: Creo que ya lo saben, no son estúpidos.

VINITO: Pues yo creo que sí, ¿qué clase de estúpido sabe que el cambio climático es por culpa de la contaminación y sigue generando basura, plástico y esmog? ¿Qué clase de tonto sabe que tiene recursos para toda la población y los siguen derrochando inútilmente entre unos cuantos? *(Muy enojado)*. ¡¿Para esto me dejé crucificar?!

Las tres divinidades continúan caminando. Con la madrugada sobre sus espaldas, el frío aparece. Las personas se acercan más unas a otras. Los padres sacan las cobijas de sus mochilas y se las pasan a los niños, que luchan por permanecer despiertos. Vinito mira hacia un parque donde los vagabundos observan la romería, sin poder dormir, resignados, tapándose con periódicos. Una mujer le golpea el hombro con un «niñito Jesús» de cerámica que lleva puesta una chambrita tejida. Vinito vuelve a molestarse. Un hombre termina de fumar un cigarro y lanza la colilla.

VINITO: *(A Divina)*. ¿No dijiste que esta era una peregrinación de purificación?

Divina comienza a llorar por ella misma: es la Madre Tierra, que había permanecido indiferente, en un estado de aletargamiento ante una verdad que comenzaba a ser insoportable. Vinito la abraza, la comprende.

VINITO: A mí también me han crucificado.

CUASI: Vámonos, ya. Regresemos al paraíso, creo que han visto suficiente. (Al público). Qué bueno que no los llevé a una fábrica o a una zona industrial, o a un rastro, o a un basurero, o a un río contaminado, o a un bosque deforestado. Se me muere la pobrecita Divina, bueno, no se muere porque es una divinidad, pero ustedes ya saben a lo que me refiero.

Las tres divinidades deciden dejar la romería, a los mexicanos, a los humanos y regresan a su hogar. Divina ha dejado de llorar. Observa su piel de tierra y sus cabellos de vegetación que lucen opacos y sin vida. Vinito la acaricia.

VINITO: Aunque sean la excreación favorita de mi padre, te están matando, madre.

CUASI: ¿Nadie va a interceder por ellos?

VINITO: Ya me cansé de eso. Ya perdí la esperanza en ellos.

CUASI: ¿Sí vamos a enviar diluvios y meteoritos?

VINITO: Se lo pediré a mi padre.

CUASI: O, ya de perdis... ¿Soltamos el virus pandémico?

Divina los mira con el semblante serio. Ella sabe que los humanos solos se están llevando a su extinción.

DIVINA: (Sentenciosa). No es necesario. Ellos solos se están encaminando a su extinción.

CUASI: Sí, tienes razón, pero, ¿y las demás creaciones? ¿No te importan tus bonitas especies, las demás, las que se siguen comportando en equilibrio contigo?

DIVINA: Claro que me importan, pero no veo cómo un virus que solo se va a llevar al diez por ciento de la población humana me va a beneficiar.

CUASI: Es un prototipo, tía, recuerda. Te va a ayudar a que valoren el daño que te causan...

VINITO: ¿Soltamos el virus?

CUASI: Es que no terminaste de leer el plan de mi tío. Él creó este virus para acabar con tan solo el diez por ciento de la población, pero es un virus que ha-

rá que todos los demás paren sus actividades, por miedo a enfermarse y por «responsabilidad» social. Es un virus que no solo se lleva un porcentaje de la población, te va a dar un respiro a ti cuando ellos se resguarden.

VINITO: ¿Te ponemos tu primera sesión de quimioterapia?

CUASI: Quimioterapia.

Divina lo considera. Luego asiente. Sabe que le va a doler, pero también sabe que pronto sentirá un respiro.

DIVINA: (*Eleva la voz con autoridad*). ¡Panaceo!

Primero no se oye nada, luego de unos instantes se escuchan unos pasos que se acercan. Aparece un hombre alto, fornido, guapo, maduro, con barba y cabellos blancos, lleva una túnica blanca. Es Panaceo.

PANACEO: ¿Sí, mi reina?

DIVINA: Quiero que nos des el virus pandémico que creaste, el de ese expediente. (*Señala la carpeta que Vinito tiene en las manos*).

PANACEO: (*Extrae un frasco de su túnica; dentro se ve una sustancia verde y brillante*). Lo creé para ti, es tu primera quimioterapia.

Vinito se dispone a cuestionarlo, pero desiste ante un ademán de Panaceo.

PANACEO: Yo soy omnipresente y omnipotente. Sé que te ayudará y te hará considerar tus opciones. (*Sale*).

VINITO: Entonces, ¿dónde liberamos el virus?

DIVINA: Cuasi, ¿cuál dirías tú que es el país más contaminante?

CUASI: China.

VINITO: Pues ya, a la chingada... ¿o cómo era? ¿a la chinada?

Se cierra el telón.

FIN

EL MÁS ALLÁ

Regina Barragán

Personajes:

Hombre

Esposa

Mendigo ciego

Dios

Niño 1

Niño 2

Campesina

Escena I

Aparece en escena la mujer, está en su casa. Entra el hombre, en traje de oficina, se ve cansado y molesto; se sienta en el sofá y deja su maletín a un lado.

MUJER: ¿Así nomás llegas? Sin pararte a saludar, como si fuera un hotel. Yo he fregado todo el día. Tengo que soportar a los niños que no dejan de pelear, lavar la ropa, mantener todo en orden y aparte hacer de comer tres veces al día. Todo este esfuerzo para que tú llegues y, sin saludar, te aplastes en el sofá. ¡Estoy harta de ti! ¡No sirves para nada! ¡Toda la presión se carga en mis hombros y yo ya no puedo con tanto!

Hombre: (*Luce estoico ante la histeria de su esposa*). A ver, mujer, todos los días cuando llego me gritas lo mismo. Parece que hasta lo ensayas porque ya tienes el diálogo bien aprendido. Entiende que yo vengo del trabajo, de doce horas sin descanso, yo también me parto la madre para traer dinero a esta casa y que todos vivamos bien. Lo único que deseo mientras estoy en el trabajo es llegar y descansar un poco. Lo último que quiero es que tú llegues, me grites y me culpes de tus responsabilidades, yo solo cumplo las mías al igual que tú.

MUJER: Solo te importa tu trabajo. Desde que te ascendieron de puesto te has alejado de la familia. Ya no juegas con los niños, ya no eres detallista conmigo, ya no me tocas... estoy harta. Has cambiado demasiado. Cuando yo me

casé contigo tú no eras así. Eras caballeroso y detallista. Ahora solo llegas y parece que estás casado con el televisor porque es lo único que te mantiene atento. ¡No sé cuánto más aguante con esta vida! A veces he pensado que...

HOMBRE: Ay, mujer, otra vez con tus dramas. ¿Qué no puedes tener un poco de empatía? Si antes era detallista, fue porque estaba joven, lleno de energía, y con mucho menos trabajo que ahora. Solo busco un descanso, y el hecho de que todas las noches llegue y lo primero que hagas sea gritarme no ayuda en nada.

MUJER: Sí, pero es que a ti no te importa. Yo veo a los esposos de mis amigas, les compran detalles, las sacan a cenar, se van de vacaciones a varias partes, hacen muchas cosas; mantienen vivo su matrimonio. A ti... parece que a ti ya no te importa. Los niños te están olvidando. ¿Sabes qué me dijo la maestra hoy?, me enseñó un dibujo que nuestro hijo hizo en un trabajo de la primaria, les pidieron que dibujaran cada uno a su familia. El niño nos dibujó a mí y a su hermano grande, en medio, tomados de la mano; y a ti... a ti te dibujó en una esquina de la hoja, chiquito y solo. ¿Sabes qué significa eso? Que el niño siente que estás muy alejado. Los psicólogos dicen que los niños siempre expresan su subconsciente en los dibujos que hacen. Esa es la prueba de lo que te repito todos los días. ¡Te estás alejando de tu familia! ¡Ya no te importamos!

HOMBRE: Pero, ¿cómo puedes decir que no me importan? Si todo mi esfuerzo, tiempo y trabajo es para ustedes. Todos los días me levanto a las 7 de la mañana para que tengan que comer en la casa. Me esfuerzo el doble para que tú estés con los niños y no tengas que trabajar. Si llego cansado, es normal. Si no salimos como antes es porque las cosas están cambiando. Claro que el niño me dibuja chiquito y en la esquina, ¡porque sabe que estoy trabajando para su familia! Como cientos de miles de papás en el mundo. Si fuera millonario y no tuviera que trabajar, me quedaría con ustedes o viajaríamos y tendríamos muchas cosas que hacer juntos, pero esa vida no nos tocó. Tenemos que aceptar y agradecer lo que tenemos.

MUJER: Pero es que tú no piensas en mí. Yo también necesito atención. Es muy cansado ser una simple ama de casa. Desde que tú trabajas tanto me siento sola, estoy presa de mis obligaciones como mamá. Muchas veces me quedo envuelta en la vida, siempre es lo mismo, ya no tengo ninguna motivación. Antes me sobraba ímpetu, quería hacer mil cosas, me ilusionaba mi matrimonio, nuestra primera casa, nuestro primer embarazo, el primer bebé. Éramos tan felices. Pero poco a poco nos fuimos alejando. Te has vuelto más frío. Estamos envejeciendo y siento que no disfrutamos nuestra vida. He perdido

mi propósito. ¿Acaso para eso venimos a la tierra? ¿Para perder las ilusiones, trabajar, llevar las pesadas cruces de la vida y luego morir? He perdido el sentido, no tengo con quién desahogarme; tú eres el único con quién puedo hablar, y aun así me ignoras, siento que para ti ya no existo más.

La mujer comienza a llorar. Los niños entran a escena, se ven preocupados. El hombre se para y abraza a su mujer.

HOMBRE: Tranquila, no te enfriques en los problemas. Todo podría ser mucho peor... (*Se dirige a los niños*). Ustedes váyanse a dormir, ya es muy tarde para estar despiertos. Mañana hay escuela. (*A su mujer*). Tú exageras mucho los problemas. Entiendo que estás cansada, pero... así es la vida, esto es lo que hay. Tenemos que aprender a agradecer lo poco que tenemos, a convivir con armonía y a aceptar las cosas como son.

MUJER: (*Continúa llorando*). Yo me siento muy mal... a veces he pensado en... en...

HOMBRE: ¿En qué? No digas tonterías, no te sientas abatida por las cosas cotidianas. Eres más fuerte que eso.

MUJER: No es verdad, en ocasiones siento que ya no puedo más ¡Son demasiados problemas! (*Llora con mayor intensidad*).

HOMBRE: Pero, ¿qué tienes mujer? ¿Por qué lloras tanto?

MUJER: No lo sé... me duele mucho la cabeza... necesito tranquilizarme (*Respira profundamente. Se calma un poco*).

HOMBRE: Saldré a la farmacia a comprarte una pastilla para que puedas descansar. Quédate aquí y tranquilízate.

Escena II

El hombre camina a la orilla de la carretera, pensativo; es de noche y los coches pasan con las luces encendidas.

HOMBRE: Tiene razón mi mujer. ¿Qué sentido tiene la vida? Algunos nacen y son ricos y ya tienen toda la vida comprada. Otros nacen huérfanos y tienen que ser mendigos. Algunos se superan y crean enormes riquezas. Otros tienen una desgracia y lo pierden todo. Cuando somos jóvenes tenemos motivaciones, un motor encendido que nos ayuda a sobresalir en las adversidades. Pero conforme va pasando el tiempo nos olvidamos de esa energía vital

y perdemos las esperanzas. Cuando adolescente soñaba con ser un gran empresario, tener diferentes negocios y gozar de grandes riquezas. Ahora me he conformado. He caído en el juego del capitalismo. Soy un empleado más, recibiendo órdenes, cumpliendo un horario. Y aunque me esfuerzo al máximo para darle todo lo posible a mi familia, ¡nunca es suficiente! Me pregunto por qué Dios es tan injusto; deja que personas inocentes mueran cada día, que haya hambre y enfermedades, asesinatos y violaciones. A algunos parece que los desprecia y les da vidas infernales, mientras otros gozan de las riquezas que sus empleados producen para ellos. Todo es tan injusto. Hay gente buena que le va muy mal y gente mala que le va muy bien. Yo estoy en el medio. No me quejo de mi vida de la manera en que lo hace mi esposa, pero tampoco soy el hombre más agradecido de la tierra. Realmente no pienso tanto en estas cosas, pero hay días tan malos que, no importa para dónde vea, parece que no hay salida de esta trampa llamada vida. Que Dios me perdone, pero a veces, cuando me siento vacío, he pensado en el suicidio. Pero después llego a mi casa, y veo cómo mis hijos llegan felices a abrazarme... eso es lo que me mantiene vivo. Quiero seguir trabajando y darles lo mejor. Verlos crecer, superarse. Deseo verlos graduados algún día, con trabajos y familias. Quiero ser abuelo, quiero jubilarme. Esos deseos son los que me mantienen en vida. Pero... llego a mi casa y después ella me desalienta con sus comentarios. Me hace volver a caer en este hoyo de incertidumbre y preguntarme si realmente vale la pena este camino, esta vida común, sin chiste. ¿Realmente soy importante? ¿En realidad hay un Dios que se preocupe por mí? ¿Valdrá la pena levantarse todos los días a las 7 de la mañana para trabajar una larga jornada?

El hombre se queda en la calle, ensimismado. Entra un mendigo ciego con un bastón, pidiendo dinero.

MENDIGO CIEGO: (*Camina tanteando su alrededor con el bastón*). ¿Hay alguien ahí? Escuché a alguien por ahí. Señor, señora... joven, señorita... quien sea. ¡Una ayudita, por favor!

El hombre se le queda viendo, pensativo, pero no dice nada.

MENDIGO CIEGO: Seré pobre, ciego, pero no soy sordo y soy muy listo. Joven, amigo, le ruego una ayudita. Sé que anda por ahí. Tan solo una moneda para comerme un taco.

El hombre sigue mirándolo sin hacer nada, parece que simplemente va a ignorar al mendigo, se ve abatido. Pasa un camión por la carretera, a alta velocidad; el ciego atraviesa la vía, buscando con su bastón a la persona que escuchó. El hombre, preso de pánico, se lanza a rescatarlo.

HOMBRE: ¡Cuidado! *(Toma al hombre por un brazo y lo conduce a la orilla del camino).*

MENDIGO CIEGO: *(Grita, desconcertado).* ¿Qué sucedió? ¿Joven? ¿Eres el muchacho que escuché hablar solo?

HOMBRE: Sí, soy yo.

MENDIGO CIEGO: ¡Qué bien! Lo estaba buscando. Verá, llevo caminando por esta carretera todo el día. Solo escucho vehículos, pero no me había encontrado con ninguna persona. Lo escuché hablar y creí que ya me estaba volviendo loco de tanta hambre. ¿No me podría dar una moneda o alimento que sea de su voluntad? Que el hambre ya me está calando más que los pies, y crea o no, pasar hambre es peor que estar ciego.

HOMBRE: ¿Pero por qué está perdido? Va en sentido contrario. El centro de la ciudad es para allá *(apunta hacia su derecha)*, acompáñeme. Lo llevaré a un lugar seguro.

MENDIGO CIEGO: *(Exclama con sarcasmo).* ¡Para allá, muy bien! Me entusiasma su idea, hombre bueno, pero, por favor... cuando lleguemos, regáleme una migaja de pan frío tan siquiera, que mis tripas ya no aguantan más.

HOMBRE: Por su puesto, yo le daré esta noche un gran banquete para que cene con el estómago contento.

MENDIGO CIEGO: *(Muy feliz y sonriente).* Pero muchas gracias, buen samaritano, valió la pena caminar tanto en ayunas. Yo sabía que algo iba a encontrar por esos rumbos. Pero, ¿cómo se lo podré pagar? Salvó mi miserable vida. Y es que hay una cosa peor que ser un ciego, hambriento y mendigo.... Y esa cosa es: ¡morir! Que Dios me deje también sordo o mudo, pero que, por lo pronto, no me mate.

HOMBRE: No se preocupe... no me tiene que pagar con nada. Además, no lo quiero ofender, pero, ¿con qué me pagaría? Su amor a la vida ya sería pago suficiente para mí. Verá, venía después de una discusión con mi esposa, un poco deprimido, y verlo a usted en sus circunstancias y con ese gran entusiasmo ya me alegró un poco la vida.

MENDIGO CIEGO: ¡Oh! Entonces el hombre que escuchaba hablar solo, quejándose de la vida, era usted. Creerá que yo no tengo nada que ofrecerle, pero en efecto, tengo algo muy preciado, por lo cual usted me envidiaría.

HOMBRE: *(Sin tomarlo muy en serio)*. Ah, ¿sí? ¿Qué cosa?

MENDIGO CIEGO: Quizás me vea como un pobre, viejo y ciego vagabundo, de lo cual niego nada, pues sé y acepto lo que soy. Llevo muchos años viviendo en la calle, y sin ojos... bueno... solo con estas dos perlas de adorno. Pero cuando un sentido se debilita o se pierde por completo, otro sale a relucir mejor que nunca. En mi caso sería mi sentido del oído, puedo escuchar conversaciones completas a metros de distancia sin perder ningún detalle. Pero no solo eso, mi vida callejera llena de peligros me ayudó a desarrollar una gran inteligencia y la habilidad de aprender. He escuchado miles de conversaciones, es como si supiera la historia de la vida de cientos de personas. Me dedico a coleccionar experiencias de gente ajena, le puedo dar muchos consejos, desde negocios hasta cómo preparar avena sin que se le pegue, o cómo encontrar el mejor televisor con la más alta definición. Le aseguro que nadie escucha las experiencias de tantas personas como yo. Me dedico a eso, y si encuentro a alguien tan buen samaritano como usted, también me dedico a dar consejos.

HOMBRE: *(Lo escucha con atención sorprendido, se nota conmovido por lo que le dice el ciego)*. Me tiene sorprendido, la verdad que ahora le tengo mucho respeto, pero dígame: si escuchó mi conversación conmigo mismo hace unos minutos, ¿qué consejo me daría?

MENDIGO CIEGO: Por lo que escuché, noté que está muy descontento con su vida. ¿No es así?

HOMBRE: Sí, así es.

MENDIGO CIEGO: Su mujer se queja mucho y lo culpa por sus frustraciones, ¿verdad?

HOMBRE: Es verdad.

MENDIGO CIEGO: Está usted harto de trabajar todo el día y que parezca que su familia no lo agradece, ¿me equivoco?

HOMBRE: No, no se equivoca. Tiene usted mucho de razón.

MENDIGO CIEGO: Pues déjeme decirle algo, amigo mío: usted es la persona más cotidiana que conozco. Ustedes, los de la clase media, siempre tienen los mismos problemas. Se quejan por nimiedades, no agradecen que tienen un trabajo, familia y casa. Todos los días, afuera de los cafés, puedo escuchar cómo las mujeres se quejan de sus maridos porque no les compraron un pendien-

te o las nuevas zapatillas; oigo cómo están hartas de sus hijos y los llevan a guarderías; cómo están cansadas de lavar y hacer de comer. Pero también me ha tocado escuchar conversaciones afuera de hospitales donde madres lloran a mares porque no les alcanza el dinero para pagar la terapia para el cáncer de sus pequeños hijos, lloran a mares y harían cualquier cosa por tenerlos en sus casas, sanos, haciendo travesuras todo el día. Pero esas mujeres de clase media no conocen los verdaderos problemas. Verá, el cerebro humano es una cosa muy chistosa, le gusta mantenerse ocupado, más el de una mujer, que su trabajo es quedarse en casa y cumplir las labores cotidianas. Cuando todo está bien... ¡Pum! El cerebro se encarga de que la mente se mantenga ocupada creando grandes problemas a partir de las cosas que no tienen importancia. Si estas mujeres conocieran los verdaderos problemas, serían agradecidas de su vida y dejarían de quejarse tanto.

HOMBRE: (*Pensativo*). Usted tiene mucha razón.

MENDIGO CIEGO: Pero claro que la tengo.

HOMBRE: La verdad, yo también soy culpable de ese mal.

MENDIGO CIEGO: No lo dudo ni un segundo.

HOMBRE: Estoy enfrascado en mi vida de «godín». Ya nada me llama la atención.

MENDIGO CIEGO: ¿Y sabe usted por qué le pasa eso?

HOMBRE: ¡No! ¡Eso quisiera saber!

MENDIGO CIEGO: Es que usted ha perdido la chispa.

HOMBRE: ¿Cuál chispa?

MENDIGO CIEGO: La llama, el fuego... bueno, quizás nunca la ha encontrado realmente...

HOMBRE: ¿Cuál llama? ¿Cuál incendio?

MENDIGO CIEGO: No, incendio no. Fuego, bobo. Hablo de... de...

HOMBRE: ¿De qué?

MENDIGO CIEGO: Pues de su pasión... de lo que lo hace vibrar... su propósito de vivir.

HOMBRE: ¿Propósito de vivir?

MENDIGO CIEGO: ¿Que usted solamente sabe hacer preguntas? ¿No hablamos el mismo idioma? Ay, no... le digo que estos jóvenes de ahora son un poco bobos. Será porque ven ese aparatito con el que hablan por teléfono. De verdad le agradezco a Dios que soy ciego, si no, ya estaría igual de bruto.

HOMBRE: (*Sin darse por aludido*). Pero, dígame usted, ¿a qué propósito se refiere?

MENDIGO CIEGO: ¿Usted nunca sintió, al hacer cualquier actividad, ya sea física o intelectual, que el corazón le latía más rápido, que se llenaba de energía y se le enchinaba la piel?

HOMBRE: Pues...

MENDIGO CIEGO: ¡Y no, no me refiero a eso, no sea mal pensado!

HOMBRE: ¿Qué? No, no estoy mal pensando, cómo cree.

MENDIGO CIEGO: Bueno, entonces dígame qué actividad le ha causado una extrema pasión... alguna que, al hacerla, hasta se le quita el hambre y el sueño, y solo se concentra en ella con una extrema felicidad.

HOMBRE: (*Sonríe mientras recuerda*). Cuando era niño me gustaba salir a jugar baloncesto. Podía jugar horas y horas y sentir que el tiempo no existía.

MENDIGO CIEGO: Ajá, ¡a eso me refiero! ¿Qué más lo ha hecho sentir así?

HOMBRE: Si soy honesto, tengo decenas de años que no me paro a jugar en una cancha, pero el simple hecho de jugar cualquier cosa con mis hijos me hace sentir que todos mis problemas desaparecen. Soy muy feliz.

MENDIGO CIEGO: ¡Ahí lo tiene! Si aún tiene la oportunidad disfrutar a su familia, ¿no valdrá la pena seguir trabajando para ellos?

HOMBRE: Sí... pero...

MENDIGO CIEGO: Pero, ¿qué? (*Irritado*). No lo puedo creer, cada vez compruebo que la gente que ve nada más usa los ojos para ver problemas.

HOMBRE: ¡No solo los ojos! También los oídos, cada vez que llego del trabajo mi esposa no para de gritarme lo infeliz que es.

MENDIGO CIEGO: Oh... ya veo...

HOMBRE: Mi trabajo es agotador, mi jefe me hace soportar todas las obligaciones de la empresa y es demasiado para mí.

MENDIGO CIEGO: Uf... eso suena mal. ¿Qué bueno que no necesito trabajar!

HOMBRE: A veces he llegado a la conclusión de que morir es lo mejor. Estos problemas son demasiado peso para mis hombros.

MENDIGO CIEGO: ¿De verdad se quiere morir?

HOMBRE: (*Pensativo*). Mmm... Sí.

MENDIGO CIEGO: No lo veo muy seguro.

HOMBRE: Sí, sí. Sí me quiero morir.

MENDIGO CIEGO: Si se muere, ya no hay vuelta atrás.

HOMBRE: Lo sé.

MENDIGO CIEGO: Sus hijos se quedarán huérfanos de padre.

HOMBRE: Supongo...

MENDIGO CIEGO: Su mujer tendrá una nueva razón de qué quejarse.

HOMBRE: Eso es cierto.

MENDIGO CIEGO: ¿Pero sabe qué es lo peor?

HOMBRE: ¿Qué?

MENDIGO CIEGO: Que después del duelo que sufra su familia, usted solo será un lejano recuerdo. La tierra y los gusanos se lo van a tragar. Su mujer se quedará con el trabajo que usted sembró, después, encontrará a un nuevo hombre de quién depender y quejarse de sus problemas. Sus hijos recordarán con rencor a su padre porque fue un egoísta que se suicidó. ¿Y usted? Usted simplemente ya no existirá. Será parte de la nada. Se convertirá en polvo.

HOMBRE: (*Se queda callado unos segundos*). Sí, pero al final... al final mi familia estará bien. Yo ya no voy a tener que cargar con estos problemas. En efecto, simplemente seré polvo. Una partícula más del aire que se respira. Seré... libre.

MENDIGO CIEGO: Entonces, ¿qué espera?

HOMBRE: (*Hace una pausa*). Es lo que yo me pregunto: ¿Qué espero?

MENDIGO CIEGO: ¿Que, mágicamente, todo se transforme? ¿Que se gane un billete de lotería y su vida cambie?

HOMBRE: Eso nunca pasará.

MENDIGO CIEGO: ¡Exacto! Y por esa razón, ¿por qué no se lanza a la carretera y elige su muerte?

HOMBRE: (*Cabizbajo*). Porque... soy un cobarde.

MENDIGO CIEGO: No se preocupe. ¡Yo lo ayudo! (*Lo toma por los hombros y lo lanza a la carretera, mientras pasa un camión que va a toda velocidad*).

HOMBRE: (*Grita, aterrado; por poco se estampa contra el vehículo, pero logra regresar a la orilla*). ¡¿Está usted loco?!

MENDIGO CIEGO: No, señor, estoy ciego. La locura todavía no es uno de mis males.

HOMBRE: ¡Casi me mata!

MENDIGO CIEGO: Así es, usted lo pidió.

HOMBRE: ¡Yo no le pedí eso! ¡Usted dijo que me iba a dar un consejo! ¿Y me lanza a la carretera?

MENDIGO CIEGO: Le estaba haciendo un favor.

HOMBRE: ¡Realmente no quiero morir! ¡Solo intentaba desahogarme!

MENDIGO CIEGO: Yo sé que no quiere morir.

HOMBRE: ¿Entonces? ¿Por qué lo hizo?

MENDIGO CIEGO: Para que se diera cuenta de ello. De las cosas absurdas que estaba diciendo. Para que pesara el valor de su vida. Si realmente quisiera morir, no necesitaría mi ayuda para hacerlo.

HOMBRE: Tiene usted razón... no quiero morir.

MENDIGO CIEGO: Yo tampoco. Y caminemos más rápido que, si seguimos charlando tanto, me voy a morir de tanta hambre.

HOMBRE: Muchas gracias a usted por ayudarme, me di cuenta de que en realidad sí tiene valor seguir viviendo.

MENDIGO CIEGO: Sí, sí, como sea. Lléveme por un taco, que estoy a punto de desmayarme.

El hombre y el mendigo ciego salen de escena.

Escena III

Varios carros pasan por una autopista. Aparece de nuevo el hombre, va solo; pasa un tráiler y lo embiste. El hombre queda inconsciente en la carretera, se escuchan sirenas de ambulancia y gritos. Una ambulancia cruza la escena. Oscuro, solamente aparecen iluminados Dios y el hombre.

HOMBRE: *(Se pone de pie, observa todo a su alrededor; mira su propio cuerpo, que luce ensangrentado)*. Pero... ¿Qué pasó? Estoy... estoy... ¿Muerto?

DIOS: Sí, sí estás muerto.

HOMBRE: *(Grita)*. ¡No! Pero eran solo tontos lamentos míos. En realidad, no deseaba morir.

DIOS: Lo sé, pero no te preocupes, no te sientas mal. Todo el mundo muere.

HOMBRE: Pero... soy muy joven. ¡Mi esposa, mis hijos! ¿Qué va a pasar con ellos?

DIOS: Es verdad que eres muy joven, pero, de todas maneras, tu hora había llegado, quisieras morir o no.

Se ilumina el centro del escenario, donde aparecen sus hijos, quienes juegan despreocupadamente.

DIOS: Todo estará bien, tus hijos serán felices, te recordarán con solo buenos momentos. El ciego no sabía de lo que hablaba, eran muy pequeños para guardarte cualquier tipo de rencor.

Un extremo del escenario se ilumina y aparece su esposa, devastada, llorando.

DIOS: Y tu esposa... bueno, ella te llorará en el exterior, pero por dentro estará aliviada. Su matrimonio ya iba muy mal, tenían muchos problemas, y tu muerte será una salida de ellos.

HOMBRE: (*Triste, ve a su esposa*). Ah, ¿sí?

DIOS: En el fondo también se sentirá culpable por sentirse aliviada, si es que eso te hace sentir mejor.

El hombre está cabizbajo, luce confundido; se queda pensativo unos segundos.

DIOS: (*Observa al hombre con atención*). ¿Qué piensas?

HOMBRE: Estoy intentando procesar todo... todo pasó tan rápido.

DIOS: Así es, pero así se supone que es la vida también, rápida.

HOMBRE: Nunca me imaginé que moriría en un abrir y cerrar de ojos.

DIOS: Lo sé, y es que así es la mayoría de los humanos. Viven sin vivir el momento, pero se olvidan de que en un parpadeo pueden dejar de hacerlo.

HOMBRE: Y lo acabo de comprobar.

DIOS: Como te dije, no te preocupes. La muerte es natural. Lo único que la vida tiene seguro es... la muerte misma.

HOMBRE: Oh... claro, es congruente. (*Se queda en silencio unos segundos, observa su cuerpo, cada extremidad; observa a Dios, que a su vez lo mira con expresión compasiva*).

HOMBRE: ¿Dónde estoy? ¿Esto es lo que hay después de la muerte?

DIOS: Mmm... sí, algo así.

HOMBRE: ¿Acaso estoy en el limbo?

DIOS: Los humanos le dan muchos nombres, pero es lo que es y, en realidad, no importa cómo le llames.

HOMBRE: Entonces... ¿Tú eres Dios?

DIOS: Sí, así es.

El hombre observa a Dios atentamente, con expresión incierta.

DIOS: No soy como creías, ¿verdad?

HOMBRE: No... yo me imaginaba a una paloma... o a Jesús.

DIOS: Lo sé, los humanos también tienen diferentes figuras para identificarme.

HOMBRE: (*Mira a Dios con una cara de terror*). ¿Y qué sigue? ¿Me llevarás al cielo?... ¿O al infierno? (*Se hinca y ruega*). Te pido perdón por todo lo que hice y dije en mi vida. Perdón por no valorar mi vida, perdón por no ser feliz en

mi trabajo y agradecer el pan que me dabas todos los días, perdón por alejarme de mi mujer y ya no jugar tanto con mis hijos. Perdón, también, por las travesuras que hice de niño, por la vez que me robé ese chicle de la farmacia, y por la vez que me quedé con el cambio de mi mamá, perdón porque...

DIOS: (*Risueño*). Tranquilo... no hay necesidad de eso.

HOMBRE: (*Llora*). ¡Pero me siento muy culpable!

DIOS: Calma, deja de llorar, ya no tiene caso sentirse culpable.

HOMBRE: Ah, ¿no? (*Deja de llorar tras un último sollozo*).

DIOS: No. Debiste arrepentirte en tu vida para disfrutar más de ella, pero esas son lecciones que aprendiste muy tarde.

HOMBRE: (*Con temor*). Entonces, ¿me llevarás al infierno? (*Voltea hacia el piso como si fuera a encontrar el Infierno. Después mira hacia arriba*). ¿O al cielo? (*Guarda silencio unos segundos, pensativo*). ¡No, ya sé! Me llevarás a ese lugar que llaman purgatorio, para quemar mis penas y mis pecados.

DIOS: No... a ninguno de esos tres lugares.

HOMBRE: ¿Entonces?

DIOS: Vas a reencarnar.

HOMBRE: ¿Reencar... qué?

DIOS: Reencarnar. Regresarás a la tierra en la vida de otra persona.

HOMBRE: Si es así... ¿Entonces los budistas tenían razón?

DIOS: Mmm... sí... en parte.

HOMBRE: (*Atento*). ¿A qué te refieres con «en parte»?

DIOS: En realidad, todas las religiones tienen algo de razón.

HOMBRE: Oh... ya veo. Pero si he vivido muchas vidas, ¿por qué no las recuerdo?

DIOS: Realmente sí las recuerdas, dentro de tu espíritu están todas las experiencias de tus vidas pasadas.

HOMBRE: Pues yo no recuerdo más que una...

DIOS: Tu mente no, pero tu espíritu tiene miles de experiencias que, con ayuda de tu intuición, sirven para no cometer los mismos errores.

HOMBRE: Tiene sentido.

DIOS: Cuando vuelves a nacer, lo haces dentro de un cuerpo renovado y puro, y una mente también nueva. Inicias desde cero, sin ningún recuerdo. Es una nueva oportunidad.

HOMBRE: Pero, ¿oportunidad de qué? ¿Cuál es el sentido de vivir una y otra vez?

DIOS: Es para que aprendas y tengas todas las experiencias posibles, para que madures, porque en algún momento tú serás como yo.

HOMBRE: (*Muy sorprendido*). ¿Qué quieres decir con que algún día seré como tú?

DIOS: Quizá me veas como alguien parecido a ti, aunque no logras descifrar si soy hombre o mujer.

HOMBRE: Sí, en efecto. Eres como un ser humano, aunque no identifico tu género.

DIOS: ¿Sabes cuál es la verdad de muchas religiones?

HOMBRE: En este punto ya no sé qué es real y qué no...

DIOS: La verdad es que tú eres mi hijo, te hice a mi imagen y semejanza, eres uno de mi especie, y yo creé el mundo para ti.

HOMBRE: ¡Sí! Recuerdo haber aprendido eso en el catecismo.

DIOS: ¿Y para qué crees que te hice el mundo entero?

HOMBRE: Mmm, no lo sé... ¿Porque nos amas?

DIOS: Sí, hice todo esto porque te amo con un amor infinito que tu pequeña mente aún no puede comprender.

HOMBRE: Pero si nos amas tanto, ¿por qué hay tanto sufrimiento? Hay desgracias e injusticias en el mundo, no comprendo nada.

DIOS: En realidad no es como dices. De hecho, el mundo es la más justa de mis creaciones. Es un campo con la ley que lo rige: cada acción tiene una reacción. Lo cual lo hace infalible en justicia.

HOMBRE: Sí, pero, por ejemplo: ¿Para qué reencarnamos tantas veces? ¿Para qué regresar al mundo en repetidas ocasiones si en la tierra hay mucho sufrimiento y trabajo?

DIOS: Para que aprendas las diferentes lecciones que el mundo tiene que ofrecerte, hasta que, algún día, seas tan sabio como yo. Además, no es malo en su totalidad, es un mundo que te ayuda a experimentar todas las emociones y circunstancias posibles. Puedes llegar a tener el mayor sentimiento de felicidad, pero si no experimentaras dolor o tristeza, no sabrías qué significa el goce. El dolor y el sufrimiento también son un regalo, pero eso aún no lo comprendes.

HOMBRE: Todo suena muy confuso.

DIOS: No importa, pronto vas a reencarnar y te olvidarás de esta conversación.

HOMBRE: Entonces... ¿Cuántas vidas he vivido?

DIOS: Uf... decenas, cientos, miles... y miles te seguirán faltando. Tienes toda la eternidad para seguir reencarnando y volver a ensayar una y otra vez. En esta ocasión, te tocará ser una mujer campesina del año 500 d.C. en China.

Una mujer con rasgos asiáticos y ropa antigua cruza la escena lentamente, carga baldes de agua.

HOMBRE: ¿Qué? ¿A qué te refieres con 500 d.C.? ¿Voy a reencarnar en el pasado?

DIOS: Sí, así es. El tiempo no es como los humanos piensan, es moldeable y manejable. Se puede estirar, pausar, adelantar o atrasar. Solo que cuando estás en la tierra no lo sientes así.

HOMBRE: Eso quiere decir que... si puedo reencarnar en el pasado, ¿también puedo encontrarme reencarnado conmigo mismo en dos vidas diferentes?

DIOS: Sí, así es. De hecho, sucede todo el tiempo, pero tú no te das cuenta. No tienes idea de que estás tratando contigo mismo. Muy en el interior de tu alma lo sabes, pero las barreras de tu mente no te dejan comprobarlo.

HOMBRE: Pero no entiendo. ¿Cómo es posible? Si hay tantos miles de millones de personas en la tierra, ha habido miles de millones en el pasado y lo habrá en el futuro, ¿por qué nadie se ha dado cuenta?

DIOS: ¿Nadie? ¿De quiénes hablas? Solamente somos tú y yo. No hay nadie más.

HOMBRE: *(En confusión total)*. ¿Qué?

DIOS: Sí, así es. Yo únicamente te he creado a ti. Mi único hijo. Y te di todo lo que tengo en mi poder. Te di el mundo entero. Y te di todas las vidas existentes, habidas y por haber, para que tuvieras toda la experiencia posible y así aprendieras, crecieras y maduraras.

HOMBRE: *(Estupefacto)*. Te refieres a que... todas las vidas que existen y han existido... ¿Soy yo reencarnado una y otra vez en diferentes tiempos y contextos?

DIOS: Ajá, sí, así es. Todas las personas que has conocido en tus vidas pasadas has sido tú, reencarnado. Todas las veces que has hablado, abrazado o besado a alguien, has sido tú. Las veces que has hecho sentir a alguien feliz, seguro o amado, te lo has hecho sentir a ti mismo. Las veces que has hecho mal, que has mentido, golpeado o maltratado... te hiciste eso a ti mismo. Y, por el contrario, las veces que alguien te hizo un favor, te ayudó o te hizo sentir bien, incluso con un simple cumplido, te lo hiciste a ti mismo. Por eso en todas las religiones se recalca que se debe respetar y amar al prójimo como a uno mismo. Todos son la misma persona, están hechos de la misma esencia, son un solo ser. Mi creación.

HOMBRE: Eso quiere decir que... ¿Yo he sido Beethoven, Michael Jackson y Madonna? ¿He sido Picasso, Miguel Ángel y Van Gogh? ¿Fui Aristóteles, Platón, Isaac Newton y todos los grandes pensadores?

DIOS: Así es.

HOMBRE: Pero... ¿También fui Hitler, Judas y Maquiavelo?

DIOS: Sí... también.

HOMBRE: ¿He sido Jesucristo?

DIOS: Sí, y los doce apóstoles.

HOMBRE: No lo puedo creer, es que no puedo recordar nada de todo aquello... quisiera poder recordar.

DIOS: No lo puedes recordar porque es por tu bien que no lo recuerdes. Si lo hicieras, cargarías con toda la culpabilidad y problemas de otras vidas. Pero yo en cada muerte te doy una nueva oportunidad, una mente en blanco, porque te perdono y deseo que te perdones. Hasta que un día hayas aprendido todo, y puedas volver a recordar siendo alguien como yo. Pero estamos charlando mucho... es hora de comenzar otra vez, si te quedas aquí por mucho tiempo, comenzarás a tener recuerdos pasados. Es hora de volver a nacer.

Dios le toca la cabeza al hombre, quien la inclina para recibir una bendición. Los dos desaparecen de la escena, que se transforma en un vasto campo, al tiempo que entra la campesina asiática cargada con baldes de agua y arriando algunos animales. Se cierra el telón.

FIN

EL VIENTO AÚN SOPLA ENTRE LAS RAMAS

Vania Chairez Ahumada

Personajes:

Señor López

Javier

Elena

Andrés

Señora López (*mamá del señor López*)

Compañero de trabajo

Policía 1

Policía 2

I

Es de noche, en un bosque. Los árboles oscurecen todavía más la escena. En medio de los árboles se encuentran sentados Javier, Elena y Andrés.

JAVIER: No nos quedan más que los recuerdos, los recuerdos de todas las cosas que pasamos juntos, cuando sentíamos que éramos uno mismo. Vivimos momentos divertidos, tristes y emocionantes juntos, hasta enloquecimos juntos también. A veces los amigos son la única familia que uno tiene. (*Elena y Andrés asienten, despacio, Javier mira hacia el público y comienza a hablar*). Habíamos vivido juntos desde hacía algunos años, cuando nos fuimos a la ciudad a estudiar en la universidad. A veces pienso que todo lo que pasó fue mi culpa.

ELENA: No fue tu culpa, fue de todos.

ANDRÉS: No, tampoco fue nuestra culpa. Fue de él. Aprovechó nuestra ingenuidad y nuestra juventud. No perdió el tiempo que pudo usar en nuestra contra.

ELENA: Me alegra que pude llegar con ustedes hasta el final del camino, nos equivocamos y acertamos juntos. Creo que ya no tiene sentido ni siquiera arrepentirse de lo que pasó.

JAVIER: Arrepentirse no cambia nada, mentir o pretender que no pasa nada, tampoco.

II

En el comedor del departamento de los López. Es de noche, la luz de un foco sin lámpara ilumina la mesa donde la señora López, con cierta melancolía, le sirve la cena a su hijo. Este permanece en silencio, solamente espera que ella sirva el plato.

SEÑORA LÓPEZ: Aquí está tu comida. *(Pone el plato frente a su hijo y se sienta).*

SEÑOR LÓPEZ: Gracias, mamá. ¿Supiste lo que pasó?

SEÑORA LÓPEZ: ¿Qué de todo, hijo?

SEÑOR LÓPEZ: Tres muchachos que viven en el departamento de enfrente están desaparecidos. No los han visto desde hace como tres días. Espero que vuelvan a casa pronto. Con las cosas que pasan actualmente en el país no me sorprende que le pasara a alguien cercano. Aunque eso no lo hace menos triste, siempre es triste cuando cosas así les pasan a los jóvenes.

SEÑORA LÓPEZ: No lo sabía. Imagínate ser papá de esos muchachos. Yo no sé qué hubiera hecho yo si, a su edad, te me hubieras perdido tú, estando yo sola no creo que hubiera logrado mucho.

SEÑOR LÓPEZ: Lo bueno es que no pasó *(sonríe)*. Seguramente los van a encontrar y podrán volver a su vida normal, seguirán estudiando la universidad, serán personas exitosas y nosotros los recordaremos como esos muchachos que vivían en el departamento frente al nuestro.

SEÑORA LÓPEZ: Ay, hijo, qué bueno que hablas así. *(Sonríe, pero muestra una gran preocupación en su semblante).*

III

Es de noche. Habitación del señor López, donde hay una cama, un pequeño escritorio, una silla y un ropero. La pared, de color gris, está decorada con posters de mujeres y de películas sobre el espacio. Una pequeña radio suena con música, a volumen muy bajo.

SEÑOR LÓPEZ: Ah, ¿qué sería de mí si me hubiera casado? *(Se estira para después acostarse en su cama, trae puesta su pijama, una camiseta blanca y un panta-*

lón de franela, enciende el radio y cierra los ojos). ¡Como si hubiera tenido la oportunidad alguna vez de casarme!

Javier entra y se sienta en la silla, junto al escritorio; el señor López abre los ojos y al verlo se asusta y se sienta sobre la cama, alejándose lo más que puede de la silla.

JAVIER: *¿No le da vergüenza mentirle a su madre? (El señor López permanece en silencio y se mueve lentamente por la cama hasta quedar lo más lejos que puede del chico). ¿No va a contestar?*

SEÑOR LÓPEZ: *¿Ah? Yo no le miento a mi madre. Yo nunca le he mentido.*

El señor López jala las sábanas y se cubre el cuerpo con ellas. Elena entra y se sienta sobre la cama, a poca distancia del señor López. Él se mueve hacia ella y al sentir que está ahí se descubre el cuerpo. Junto a la puerta se encuentra parado Andrés. Los tres jóvenes miran al hombre con seriedad, mientras él los observa asustado. Los tres muchachos se acercan a él y lo observan, él se queda inmóvil.

ANDRÉS: *¿A qué le tiene miedo? ¿A nosotros?*

El señor López se cubre la cabeza de nuevo; se escucha como respira con fuerza. Los tres chicos permanecen en silencio, caminan hasta la cama y se sientan alrededor del señor López. Después de unos segundos, él se descubre la cabeza lentamente. Al verlos sentados con él en medio, comienza a gritar, se levanta y corre hacia el otro lado de la habitación. Los tres chicos ríen a carcajadas.

ANDRÉS, ELENA Y JAVIER: *Esperamos volver bien a casa.*

Los tres comienzan a reírse a carcajadas de nuevo, ríen cada vez con más fuerza, hasta que el señor López empieza a gritar. La puerta se abre, la señora López entra a la habitación y mira a su hijo, preocupada.

SEÑORA LÓPEZ: *¿Estás bien, hijo? ¿Qué te pasa?*

SEÑOR LÓPEZ: *Ah... Ah... Ahí (Apunta hacia la cama, donde están sentados los tres jóvenes).*

SEÑORA LÓPEZ: *¿Qué debería ver? Ahí no hay nada. ¿Hay algo en tu cama?*

SEÑOR LÓPEZ: *¿No ves... la araña? (La señora se acerca a él y pone una de sus manos sobre su mejilla).*

SEÑORA LÓPEZ: Hijo, no puedes ponerte así por eso. No te preocupes, no te va a hacer nada, si vuelves a verla, dime, pero sin hacer tanto escándalo. Has de haber despertado a los vecinos. *(Sale de la habitación, el señor López se gira hacia la cama y se sorprende al ver que los jóvenes ya no están).*

IV

Es de noche. Los muchachos entran en la habitación del señor López, se sientan en la cama mientras él duerme. Despierta. Los muchachos comienzan a clavarle unos cuchillos que llevan en las manos. El señor López grita, le duele. Los chicos cantan, ríen y celebran mientras continúan clavándole los cuchillos. De repente, dejan de cantar y de herirlo. Salen de la habitación. El hombre, cansado, enciende la luz y al revisar sus heridas se da cuenta de que no le ha ocurrido nada.

V

Oficina, escritorios llenos de papeles, libros, sillas con sacos colgados en ellas y un ventilador que hace más ruido que lo que refresca. Los empleados hacen su trabajo, luz blanca que hace que todos los empleados se vean pálidos. La oficina desprende un fuerte olor a café. El señor López pone azúcar a su café, mientras piensa en lo que ocurrió la noche anterior. Su mirada luce extraviada.

COMPAÑERO DE TRABAJO: Buenos días, López. *(Repara en la actitud de su compañero).* ¿Qué tienes? ¿Estás bien?

SEÑOR LÓPEZ: Estoy preocupado. Unos chicos se perdieron por donde vivo. Eran mis vecinos del edificio de enfrente. Este país está cada vez más inseguro.

COMPAÑERO DE TRABAJO: Caray, lo siento mucho, espero que aparezcan pronto. ¿Los conoces bien?

SEÑOR LÓPEZ: Solo hablé con ellos algunas veces y nunca fueron conversaciones profundas, pero eran muy amables.

COMPAÑERO DE TRABAJO: «Son». No seas pesimista, López, ¿o crees que ya están muertos?

SEÑOR LÓPEZ: *(Sonríe forzadamente).* Tienes razón. «Son» muy amables.

COMPAÑERO DE TRABAJO: ¿Y viste el partido de ayer? Les pusieron una que hasta daban ganas de apagarle a la tele.

De abajo del escritorio sale la mano de Andrés y comienza a jalar el pantalón del Señor López, quien permanece inmóvil e intenta disimular el susto, mientras escucha a su compañero.

COMPAÑERO DE TRABAJO: Fue una goliza impresionante, no pude evitar enojarme y lo peor es que mi esposa tuvo que pagarla, pero si ven que estoy enojado, no entiendo qué afán tienen de molestarme.

Andrés jala el pantalón del señor López con más fuerza cada vez; el señor López observa a su compañero para saber si él nota algo.

COMPAÑERO DE TRABAJO: Así que te imaginarás qué noche tan mala tuve. ¿Cómo estuvo tu noche?

SEÑOR LÓPEZ: Ah... Creo que es mejor que me siente. Estoy algo cansado, no pude dormir bien y tengo muchos reportes por llenar. *(Mueve la pierna para soltarse de Andrés).*

COMPAÑERO DE TRABAJO: Pues todos tenemos mucho que hacer y muchas bocas que alimentar.

El hombre se aleja, el señor López camina hasta el otro lado de su escritorio, se agacha para ver lo que hay debajo de este; al ver a Andrés se asusta y da unos pasos hacia atrás.

COMPAÑERO DE TRABAJO: ¿Estás bien?

SEÑOR LÓPEZ: Sí, sí, estoy bien. *(Ve sentados frente a él a Javier y Elena; Andrés sale de abajo del escritorio y se para junto a ellos. El señor López los observa, aterrorizado. Los chicos tienen golpes en el rostro, sangre en la ropa y una expresión sombría y triste).*

COMPAÑERO DE TRABAJO: Deberías sentarte, parece que viste un fantasma. *(Ríe).* Dile al jefe que te deje ir temprano, quizá te ayude dormir un poco.

SEÑOR LÓPEZ: No, no, no. Estoy bien, solo que me acordé de unas cosas que tengo que comprar. *(Se sienta. Su compañero vuelve a su lugar. Los muchachos permanecen inmóviles, viéndolo. Susurra).* Respira, respira, respira. No son reales, es solamente tu mente, está jugando contigo.

COMPAÑERO DE TRABAJO: López, si quieres, puedo acompañarte a la enfermería, te ves muy pálido.

SEÑOR LÓPEZ: No. ¿Cuántas veces debo decirte que estoy bien? ¿Por qué no me dejas hacer mi trabajo en paz?

COMPAÑERO DE TRABAJO: No seas necio, López, ya hasta hablas solo. Me estás preocupando, creo que es mejor que te vayas.

El señor López se levanta con una expresión furiosa, su compañero se asusta por reacción. El señor López camina hasta donde se encuentran los tres muchachos, mientras su compañero lo sigue con la mirada.

SEÑOR LÓPEZ: Y ustedes, ¿qué chingados quieren, que me vuelva loco? ¡Váyanse de aquí, si los vuelvo a ver...! *(Su compañero de trabajo lo interrumpe poniéndole una mano sobre el hombro. El señor López se da la vuelta, observa la reacción temerosa de su compañero y trata de controlarse).*

VI

La luz del mediodía alumbra las calles que recorre el señor López en su auto, de regreso a casa; observa que los muros de las casas y en los postes hay pegados carteles en los que se distinguen los rostros sonrientes de Andrés, Elena y Javier.

SEÑOR LÓPEZ: ¿Y qué va a ser de mí? Me estoy volviendo loco imaginándome a esos muchachos perdidos, hasta me sacaron de la oficina. ¿Será que en verdad me estoy volviendo loco? *(Pausa)*. Eran buenos muchachos, su casera hablaba de lo bien que les iba en la universidad, se preocupaban por sus vecinos, eran buenos amigos. ¡Yo, al contrario, un viejo fracasado que los da por muertos y que lleva más de diez años en el mismo puesto, sin amigos, ni pareja! ¿Pero cómo más van a estar si no están muertos? En estos tiempos se mata y se muere cualquiera. ¿Tres universitarios más qué diferencia hacen? Y esperan que uno les esté llorando. Yo no puedo llorarle a todo el pinche mexicano que se muere diario. ¿Eso quieren, que les llore? ¿Así me van a dejar en paz? Lo único que me queda en esta vida es el sueño y mi madre, y hasta eso me quitan. Todos preocupados por esos. Si no se quieren morir, que no salgan. Así es la vida: un día eres el mejor pinche universitario de México y al otro te encuentran enterrado debajo de los árboles del bosque. Que les llore su mamá, que los dejó salir de su pueblo para venirse a la ciudad; si uno cría hijos fuertes, no se le andan muriendo a los tres meses. Y la ciudad ahora llena de sus caras, con sus sonrisitas de niño que no sabe cómo es de verdad la vida.

(Pausa). ¿Pero qué estoy diciendo? Alguien tiene las oportunidades que yo no y le deseo la muerte. Esos muchachos... mientras más hablo de ellos, más cercanos los siento a mí; quizá no somos tan diferentes ellos y yo, criados por buenos padres, con metas que ni ellos, ni yo vamos a cumplir. En este punto ya no sé si podría cambiar mi vida para mejor y tampoco ellos, incluso si estuvieran vivos, su vida no volvería a ser la de antes. Si pudiera volver en el tiempo, sería como ellos, habría entrado a la universidad mientras trabajaba con papá en su taller, habría conocido alguna mujer y quizá en este punto de mi vida podría tener hijos y no me estaría lamentando en las calles por ver letreros de niños perdidos. (*Estaciona su auto en un sendero cercano al bosque para tomar un respiro, camina hasta llegar a un área donde hay juegos para niños, se sienta en la banca que encuentra sola, junto a un árbol que tiene tierra revuelta, como si hubieran escarbado recientemente*). La sombra en este árbol es muy cómoda. Tan cómoda como para quedarme sentado aquí por el tiempo que me queda de vida, sintiendo cómo sopla el viento en mi cara. Bueno, no es tan malo estar solo cuando se tiene a uno mismo. Yo no me voy a fallar como todas las personas que han estado en mi vida, ni voy a permitir que ninguna alucinación pendeja me haga perder todo lo que ya tengo. Por más triste que sea, no me dejaré afectar por la desaparición o muerte de nadie que no sea yo mismo, o mi madre.

VII

La luz de la tarde se mete por las ventanas del departamento del señor López. En la sala se encuentran los tres chicos sentados, esta vez no tienen golpes en el cuerpo, ni en el rostro. La puerta se abre y entra el señor López.

SEÑOR LÓPEZ: ¿Ustedes qué hacen aquí? ¿No entienden que quiero que me dejen en paz?

ELENA: Después de todo lo que ha hecho sigue siendo el mismo hombre desagradable de siempre. Nos equivocamos pensando que reflexionaría sobre sus acciones, pero vemos que no ha cambiado en absoluto y que sigue pensando que no habrá consecuencias.

SEÑOR LÓPEZ: ¿Consecuencias? No deberían preocuparse por mí, deberían preocuparse por ustedes mismos, ustedes son los que llevan cuatro días sin aparecer.

ELENA: ¿Cree que no nos preocupamos por nosotros mismos y que venimos simplemente a molestarlo porque eso es algo que nos gusta hacer? ¿No piensa que prefiriéramos librarnos de usted y de todo lo que pasó?

JAVIER: ¿No se da cuenta de lo que hizo? ¿No se arrepiente?

SEÑOR LÓPEZ: No tengo nada de qué arrepentirme. No lo entiendo, tengo viéndolos desde ayer, me persiguen y me acechan, los veo en todos los lugares a los que voy. Ya no lo soporto.

ANDRÉS: No puede pretender que no pasa nada, pronto descubrirán lo que hizo.

SEÑOR LÓPEZ: ¿Pretender qué?

ANDRÉS: Pretender que no fue usted quien nos asesinó.

SEÑOR LÓPEZ: ¿Yo? ¿Yo los maté? No puede ser, yo solo los vi una o dos veces, me enteré de su desaparición ayer en la noche, antes de llegar a casa. (*El señor López se queda pensativo*). Si yo los maté, ¿cómo es que no lo recuerdo?

JAVIER: Pues lo recuerde o no, usted es nuestro asesino, lo que queremos es que haya justicia.

SEÑOR LÓPEZ: ¿Creen que asustándome y persiguiéndome a donde quiera que voy van a tener justicia?

JAVIER: No, queremos que usted se entregue. Lo volveremos loco, le haremos daño físico si es necesario. No es justo que un asesino como usted pueda vivir una vida cómoda sin ningún tipo de castigo. Si somos nosotros quienes debemos castigarlo, lo haremos.

SEÑOR LÓPEZ: Pero ustedes están muertos. (*Habla para sí mismo mientras cierra los ojos*). Calma, calma. Respira profundo, cuando abras los ojos, se habrán ido.

ANDRÉS: Señor, si no nos hemos ido desde ayer, no nos iremos ahora, ya le dijimos qué es lo que queremos y esta es su primera advertencia.

SEÑOR LÓPEZ: (*Abre los ojos*). ¡Por favor, déjenme en paz!

ELENA: ¿Usted no se cree capaz de algo así, si hace un rato decía que no importaba la muerte de tres universitarios más?

SEÑOR LÓPEZ: Un pensamiento no me vuelve un asesino. Y estaba cansado de encontrarme con ustedes, de la vida que llevo. ¿Por qué no pueden entenderlo? Eso no me hace culpable.

ANDRÉS: Entonces piensa que nosotros venimos a molestarlo y a decirle que fue usted quien nos asesinó. ¿Por...?

SEÑOR LÓPEZ: No lo sé. Quizá siento culpa porque no pude proteger a un grupo de muchachos como ustedes, tan amables y talentosos, de los peligros que

hay en la ciudad. Realmente me siento mal por lo que sea que les pudiera haber pasado, pero yo no tuve nada que ver con su muerte.

ANDRÉS: Quizá la culpa que siente es por otra cosa. Si usted no sabe lo que hizo, no perderemos ni un minuto más y se lo diremos.

JAVIER: Si no le da miedo saber de lo que es capaz, escúchenos.

La puerta se abre y entra la señora López.

SEÑOR LÓPEZ: Mamá, ¿dónde estabas?

SEÑORA LÓPEZ: Fui al mercado. ¿Tú qué haces aquí tan temprano?

SEÑOR LÓPEZ: Me sentí algo mal en el trabajo y vine a descansar.

SEÑORA LÓPEZ: Ay, hijo. ¿Pues qué haces aquí? Ve a acostarte, descansa un rato. *(El señor López se levanta).* ¿Y con quién hablabas, hijo? Antes de que te vayas.

SEÑOR LÓPEZ: Hablaba por teléfono con unos compañeros del trabajo, querían saber cómo sigo.

VIII

El silencio es lo único que acompaña al señor López mientras permanece acostado en su cama; lleva la ropa y los zapatos de la oficina puestos. En una esquina de la habitación hay un espejo y junto a él un montón de ropa, que luce sucia, como polvorienta.

SEÑOR LÓPEZ: Yo no soy un asesino. Reconozco que de vez en cuando soy un hombre tonto que no piensa más que en sí mismo y en su madre, pero no soy un asesino. Sé que estoy lleno de rencor, de desesperanza y a veces de odio, pero no sería nunca capaz de algo así. ¿Terminar con la vida de tres jóvenes? ¿Para qué? Eso no me haría un mejor hombre, no solucionaría mis problemas. Pero entonces, ¿de dónde viene toda esta culpa? ¿Por qué si cierro los ojos puedo sentir la sangre que sale de sus cuerpos acompañada con lo que les queda de vida? Todas mis visiones donde soy un hombre del que puedo sentirme orgulloso se convierten en nada, algo inalcanzable, algo que una persona como yo no puede ser. Me avergüenzo de mí mismo, me doy miedo. No he dejado de pensar, desde el primer momento, en que esos fantasmas aparecieron frente a mí diciendo que yo soy el causante de todo. Me aterra que esos deseos fugaces de terminar conmigo mismo, de que las gotas de mi sangre salgan por completo de mi cuerpo y que mis ojos por fin dejen de

ver, se hayan convertido en realidad, en la realidad de esos muchachos. Sería una injusticia provocada por mis propias manos. ¿O quizá es mi cerebro el que quiere culparme porque quiere tener una razón más para odiarme? ¿Será que esos jóvenes no son más que un invento de mi imaginación para terminar de destruirme? Tal vez, si no estuviera tan solo, sería distinto, podría haber encontrado a alguien que me ayudara a cargar el peso de mi existencia, aunque sé que ese peso debo cargarlo por mí mismo. (*Se levanta y se mira en el espejo*). Mírate, eres un hombre patético y desagradable. ¿Sabes por qué? Porque todos estos años has vivido para ti mismo, te has encargado de aislarte, de alejarte de cada persona que se ha interesado en ti, porque cada vez que una persona es amable contigo sientes que le debes algo, y que quiere utilizarte como un títere; no puedes confiar en nadie, ni siquiera en ti mismo, tu mente juega contigo y los malditos fantasmas dicen que tú los mataste. Si eso es verdad, por lo menos habrás puesto el nombre de alguien en la estadística. Quizá esos chicos sean recordados por haberse esfumado de la tierra y no por alguno de sus méritos. Tal vez, a final de cuentas, no sería tan malo. Tal vez deberían darte las gracias porque ahora sus nombres y sus caritas inocentes están por toda la ciudad. (*Se recuesta en la cama*).

ANDRÉS: (*Sarcástico*). No, pues gracias, supongo.

SEÑOR LÓPEZ: (*Sobresaltado*). ¿Continúan aquí? ¿Hasta cuándo van a molestarte?

ELENA: Hasta que haga lo que ya le dijimos.

SEÑOR LÓPEZ: ¿Ya me contarán la manera en que los «asesiné»?

JAVIER: Si quiere que lo hagamos, tendremos que comenzar con la verdad, porque finalmente es lo que todos queremos que se descubra, ¿no es cierto?

SEÑOR LÓPEZ: Claro, no tendría sentido que vinieran a contarme mentiras.

JAVIER: (*Sonríe*). Hace unas semanas nos vio saliendo de nuestro edificio, nos saludó desde la banqueta de enfrente, sonrió entrecerrando los ojos, nos engañó con una sonrisa que parecía genuina. ¿Eso lo recuerda?

SEÑOR LÓPEZ: Sí, lo recuerdo.

JAVIER: Nos sorprendimos porque ningún otro desconocido nos había saludado nunca, siempre nos volteaban la cara, nos hacían gestos, preferían seguir siendo desconocidos, pero usted fue amable. Después de esa mañana, sin falta lo veíamos irse al trabajo en su coche, siempre nos saludaba y nosotros, tontos, confiamos en que eso lo hacía una buena persona y no el enfermo que en realidad es.

SEÑOR LÓPEZ: Así es la vida en la ciudad muchachos, no se puede confiar en nadie. ¿Qué esperan enseñarme con eso?

ELENA: Déjelo hablar, usted ya tuvo su tiempo, usted ya dijo todo lo que tenía para decir.

JAVIER: Hace cuatro días salimos de la universidad y caminamos hacia nuestro departamento. Usted sonreía, como cada mañana mientras manejaba su auto. Se detuvo frente a nosotros y se ofreció a llevarnos a casa. ¿Eso también lo recuerda?

SEÑOR LÓPEZ: No, eso no lo recuerdo.

JAVIER: Nos subimos, nos sentíamos aliviados de haber conocido a alguien en quien podíamos confiar, nos sentimos protegidos por un momento. Usted comenzó a hablar de sus arrepentimientos, de cómo su vida nunca iba a poder ser como la nuestra, nos dijo que teníamos mucha suerte. Nos preguntó si queríamos ir a caminar con usted al bosque. Le dijimos que no podíamos, que teníamos clases, usted nos dijo que el mundo estaba vivo, que entre los árboles se podía escuchar cómo la tierra latía. No nos hizo caso y manejó a toda velocidad, hasta que frenó abruptamente, sin avisarnos.

SEÑOR LÓPEZ: ¿Los llevé al bosque?

ANDRÉS: Nos llevó al bosque. Cuando despertamos, estábamos atados a un árbol; sus ramas nos golpeaban y se enredaban en nuestro cabello. Nos dijo: «Qué hermoso se escucha el viento cuando sopla entre las ramas».

ELENA: También nos dijo que en todos los árboles había ramas que siempre tenían alguna parte que les sobraba, una parte como la que se quedaba en nuestro cabello, dijo que esas ramas simplemente se cortaban, de todos modos, el árbol no moriría por eso. Dijo que el viento solamente movería las hojas.

ANDRÉS: Se encargó no solo de asustarnos, nos destruyó. A cada uno de nosotros nos dejó fragmentados, dudando en cada una de las decisiones que habíamos tomado desde que nos fuimos de casa. Después, nos dejó recostados sobre la tierra mientras se nos salía toda la sangre del cuerpo; se rió cuando, en nuestro último aliento, nos susurrábamos que nos queríamos. Nos tocó, sintió lo húmedo de la sangre que nos cubría, dijo que no sabía si eso lo haría sentir mejor, pero que eso era algo que solamente el tiempo iba a decidir. Nos sorprendió cómo tuvo más fuerza que nosotros, cómo nos tomó desprevenidos, cómo nos dejamos matar por usted.

JAVIER: Después nos llevó hasta el hoyo que hizo junto al árbol. Silbó una canción alegre, nos puso a los tres juntos, con la misma sonrisa que esboza cada mañana. Dijo que nos dejaría así porque pudo ver cuánto nos queríamos y

ni siquiera la muerte iba a acabar con nuestra amistad. Se fue lleno de tierra a su auto, se cambió de ropa y volvió a casa dónde su madre lo esperaba con una cena caliente; a nosotros solamente nos cubrió la tierra fría.

ELENA: Volvió a su vida, conversaba con su madre de lo bueno que era estar vivo; con sus compañeros del trabajo, sobre lo bien que había pasado la noche anterior, de lo motivado que estaba, mientras nosotros nos pudríamos bajo tierra sin que nadie supiera que hacíamos falta.

El señor López escucha, cabizbajo.

JAVIER: ¿Eso lo recuerda, maldito cínico? ¿Recuerda? (*Silencio*).

ANDRÉS: ¿Aún quiere que le agradezcamos por tener nuestras caritas por toda la ciudad?

X

Es de noche. En su departamento, la señora y el señor López cenan sin hablar. De vez en cuando cruzan miradas y sonrisas pequeñas. Comen hasta terminar lo que hay en sus platos.

SEÑORA LÓPEZ: Hijo, estoy muy preocupada por ti. (*Suspira*).

SEÑOR LÓPEZ: ¿Preocupada? ¿Por qué?

SEÑORA LÓPEZ: Desde que me comentaste lo de los muchachos desaparecidos has empezado a hablar solo otra vez. Y me preocupa que vuelvas a tener problemas como en el pasado. Uno de tus compañeros del trabajo llamó para preguntar por ti y me contó lo que pasó en la oficina; además, dijo que ellos no te llamaron durante la hora en la que llegué a casa.

SEÑOR LÓPEZ: No te preocupes, tengo esto controlado, ya no pasará nada como antes, pero quiero pedirte que por favor no te entrometas en mi vida.

SEÑORA LÓPEZ: No me entrometí, él me contó lo que pasó y yo te escuché hablando solo. Hijo, entiende que solo quiero lo mejor para ti, no quiero hacerte daño. Ahora solo nos tenemos el uno al otro y tenemos que trabajar para protegernos entre nosotros. No quiero que nada nos pase a ninguno de los dos. Por favor, cuídate mucho. Prometo que no me meteré en tus asuntos.

SEÑOR LÓPEZ: Eso espero, no quiero que te preocupes por nada.

SEÑORA LÓPEZ: Perdóname, hijo, no quise cuestionarte. Te quiero mucho, verás que pronto todo será mejor.

SEÑOR LÓPEZ: Mamá, hoy dormiré en el sofá. No te molesta, ¿verdad?

SEÑORA LÓPEZ: No, claro que no. Te traeré unas cobijas y almohadas para que estés cómodo.

SEÑOR LÓPEZ: Muchas gracias.

XI

En un sofá viejo que adquirió una tonalidad beige por el tiempo, el señor López se encuentra recostado, intentando dormir. Mira el techo y suspira de vez en cuando.

SEÑOR LÓPEZ: ¿Qué esperas? Duérmete, esta es la única parte buena del día. *(Comienza a escucharse un llanto de mujer)*. ¿Qué es eso? *(El llanto se escucha más fuerte)*. ¿Mamá? ¿Eres tú?

ANDRÉS: Debe ser horrible escuchar un llanto así y que sea el de su madre, ¿no cree?

SEÑOR LÓPEZ: ¿Le hicieron algo a mi madre?

ELENA: Claro que no, no dañamos a inocentes, aunque ella tampoco es tan inocente: dio a luz a alguien como usted.

SEÑOR LÓPEZ: Ella no tiene nada que ver con esto, siempre fue amable con ustedes; según me dijo, ella los veía comprando cosas en la tienda y siempre los saludaba. Me decía que ustedes le recordaban a mí y que se notaba que eran unos chicos sanos, que despertaban su instinto de madre protectora.

ANDRÉS: Seguramente le parecíamos igual de indefensos que su hijo enfermo.

SEÑOR LÓPEZ: Yo no estoy enfermo, yo no soy un asesino y, si he hecho cosas, es porque...

JAVIER: No tiene sentido discutir con usted. Se lo advertimos: si la única forma de hacer justicia es con nuestras propias manos, la haremos.

Los tres chicos toman al señor López de los brazos y las piernas, lo llevan por la habitación y salen por la puerta del departamento.

XII

El bosque, en la noche. La luz de la luna es lo único que ilumina la escena. Andrés, Elena y Javier sostienen al señor López contra un árbol.

SEÑOR LÓPEZ: ¿Van a matarme en el lugar dónde ustedes murieron?

ANDRÉS: No, aunque nos gustaría. Solo venimos a que haga lo que debe.

SEÑOR LÓPEZ: No entiendo qué es lo que quieren de mí.

ELENA: Señor, solo queremos que nos saque del hoyo donde nos puso, queremos que se entregue y que todos sepan quién es en realidad usted.

SEÑOR LÓPEZ: Pero todavía no sé si esto es real o si es solo mi mente engañándome, nadie puede verlos ni escucharlos más que yo, y ustedes quieren que cumpla su capricho de excavar a estas horas, en medio del frío, en el bosque. ¿Qué pensará mi madre si despierta y no me ve dormido en el sofá?

JAVIER: Creo que dejará de creer que es un capricho cuando nos encuentre.

SEÑOR LÓPEZ: ¿Por qué no me matan simplemente? ¿Por qué llegar hasta este punto si he causado tanto daño?

ELENA: Porque no vamos a darle una opción de salida fácil.

Los jóvenes sueltan al señor López, quien camina hasta su auto. El hombre extrae una pala del vehículo, la lleva al lugar y comienza a cavar.

SEÑOR LÓPEZ: ¿Estará bien empezar aquí?

JAVIER: Empiece ahí, al pie del árbol.

SEÑOR LÓPEZ: ¿Ahí es donde están enterrados?

ANDRÉS: Eso usted lo sabe, intente hacer memoria, no vamos a hacérselo más fácil.

El señor López excava mientras los chicos esperan sentados en la banca. La pala topa con algo, el señor López saca una bolsa negra grande de entre la tierra. La vacía, y de ella solamente sale más tierra. Repite la acción otras dos veces, con los mismos resultados. Una luz cenital ilumina al señor López, mientras las figuras de los tres jóvenes se desvanecen en la penumbra.

SEÑOR LÓPEZ: Malditos muchachos.

Oscuro.

XIII

La luz de un buen día entra por las cortinas e ilumina el departamento. La señora López se encuentra sentada a la mesa, tomando café con dos policías.

POLICÍA 1: ¿Entonces, la última vez que vio a su hijo fue cuando le entregó unas cobijas para que durmiera en la sala?

SEÑORA LÓPEZ: Así es, oficial, entre sueños escuché que preguntaba por mí, pero creí que era parte de mi sueño o pensé que él soñaba conmigo, muchas veces ha hablado dormido.

POLICÍA 1: ¿Es común que salga así, sin avisar?

SEÑORA LÓPEZ: Normalmente me avisa cuando va a salir; no me dice a dónde, pero sí me avisa que saldrá para que no me preocupe, pero nunca había salido a esas horas. Deben ayudarme, por favor.

POLICÍA 2: No se preocupe señora, haremos lo que podamos. Sí le comento nada más que tenemos muchos casos más urgentes que el de su hijo. Espérese un ratito a ver si llega, a lo mejor quería tomar algo de aire fresco en algún parque de por aquí cerca.

POLICÍA 1: Sí, señora, no se me ponga triste.

POLICÍA 2: ¿Y cuántos años dice que tiene su hijo?

SEÑORA LÓPEZ: Tiene 46 años, aunque luce mayor. Tiene cara de ser muy amable, pero no se deje engañar por su edad y su apariencia; a veces es algo extraño, impulsivo y podría hacerse daño o dañar a alguien.

POLICÍA 2: ¿Se ha herido o ha lastimado a alguien en el pasado?

SEÑORA LÓPEZ: Sí, a mi esposo, hace años. Él ya falleció. No a causa de mi hijo, les aclaro, pero sí vivimos un episodio un poco complicado años antes. Mi hijo se puso muy violento con su papá, lo acusaba de cosas muy feas. Y últimamente habla de que hay unos muchachos desaparecidos y no suelta el tema, aunque le he dicho que todo está bien. Lo he sorprendido mirando por la ventana hacia el edificio de enfrente, en el que rentan cuartos para estudiantes. Yo le sigo la corriente con su tema, pero la verdad es que ya me tiene muy preocupada.

La escena se oscurece lentamente sobre la mujer y los policías mientras se ilumina otra área del escenario, donde se hace visible una parada de autobuses. En el lugar están Andrés, Elena y Javier, con sus mochilas al hombro, y una cuarta persona, que lee un diario, el cual cubre su rostro.

ANDRÉS: Chin. No voy a alcanzar a llegar y tengo examen. ¿Por qué siempre se tarda tanto en pasar el autobús?

JAVIER: Es una lata, ojalá tuviéramos auto. Es lo malo de ser «estudihambres» proletarios, ja, ja. No llegamos ni a una pinche bicicleta.

ELENA: Ya sé. Pero qué miedo andar en bicicleta, los autos no te respetan. Ojalá fuera como en mi pueblo, que todo queda cerca, pero la maldita universidad está hasta la fregada.

La cuarta persona que espera en la parada se descubre el rostro: es el señor López.

SEÑOR LÓPEZ: (*Dobla el periódico mientras habla; trata de ser agradable*). Hola, jóvenes, buenos días. Disculpen que me entrometa, mi nombre es Fidencio López y soy su vecino de enfrente. Vivo ahí, donde está la luz prendida, ahí tienen su casa. Vivo con mi madre, quizá la han visto antes, es una señora alta y guapa que siempre anda de negro.

ELENA: Sí, me parece que la he visto en la tienda.

ANDRÉS: Yo también, y sí, es muy amable.

SEÑOR LÓPEZ: Estaba esperando que llegara un amigo que se va conmigo al trabajo. Todos los días nos vemos aquí, pero no llega y ya debo irme. Escuché que van tarde para llegar a la universidad y yo paso por ahí, los puedo llevar si gustan.

JAVIER: Gracias, es usted muy gentil, pero no creo que se tarde el camión.

ANDRÉS: (*Por lo bajo, a Andrés*). Menso, como tú no tienes examen...

ELENA: Este... ¿pero no se desvía?

SEÑOR LÓPEZ: Para nada, me queda de camino. Ahí está mi auto, a media cuadra.

Los tres jóvenes se miran entre sí. Andrés, decidido, empuja a los otros dos en dirección al auto, mientras que Elena y Javier ofrecen una mínima resistencia. El señor López camina tras ellos y todos salen de escena. Se escucha el abrir y cerrar de las puertas de un auto, un motor que arranca y su marcha, que se detiene unos momentos más tarde; sonidos de bosque (pájaros, cigarras, viento que sopla entre las ramas) y los ecos de una pala que escarba y que se convierten en una mezcla de los latidos de tres corazones, que cesa abruptamente. Sobre la escena, en silencio, se proyecta el volante en el que aparecen los rostros de Andrés, Elena y Javier. La imagen parpadea, hasta que la escena queda en oscuridad total.

FIN

ISMAEL

Eduardo Samael Rivera Alvarado

Personajes:

Ismael

Jonás

Fantasma de la madre de Ismael

Escenario: una cama de altura por encima del promedio, con algunos peluches, junto a ella una ventana alta y tapiada, por donde se filtra la luz en la escena, un interruptor para la luz, un buró o mueble (con cajones), un teléfono (sobre el mueble) y una puerta cerrada. Para mejor efecto en el desenvolvimiento de la obra, sugiero que Jonás sea interpretado por un actor alto y robusto, mientras que Ismael lo sea por uno pequeño.

I

El cuarto. Ismael juega con algunos peluches.

ISMAEL: *(Suena el teléfono y se para junto a él, nervioso, fingiendo que contesta). ¿Sí?... ¿Qué pasa?... Nada de eso, nada de eso. ¿Puede no volver a llamar nunca? (Ríe nerviosamente y el teléfono deja de sonar).*

Ismael se percata de un olor extraño cerca del teléfono, en el buró, y justo cuando va a abrir un cajón, olfateándolo, el teléfono vuelve a sonar. Ismael comienza a hiperventilarse y dar vueltas por el cuarto.

ISMAEL: *(Fuera de sí). ¡Ya cállate! ¡Cállate! ¡Cállate!*

Por un instante, Ismael levanta el teléfono, escucha una voz y cuelga enseguida. Voltea a ver a todas partes del escenario. Acto seguido, se tira al piso y comienza a arrastrarse hacia su cama; cuando está a punto de meterse debajo de esta lo saca de golpe la mano de Jonás, quien comienza a salir, reptando, de ese lugar.

ISMAEL: *(Con ganas de llorar)*. ¿Qué es lo que quieres tú? ¡Lárgate! Pensé que te habías ido.

JONÁS: Yo no quiero nada, tú estás llorando. Te arrastras a mi cama. Sabes que no puedes entrar aquí.

ISMAEL: ¡Es mi cama y es mi casa!

JONÁS: Es una litera. *(Remarca cada sílaba)*. ¡Li-te-ra!, y es nuestra casa. ¡Merezco tanto como tú aquí!

ISMAEL: ¡Lárgate! *(Empuja a Jonás y trata de arrastrarse de nuevo debajo de la cama)*.

JONÁS: *(Lo toma furioso del pie y lo aleja de la cama, después lo toma por el cuello)*. ¡Escucha, maricón: no tengo la paciencia de lidiar con tus berrinches! Así que... *(Suelta a Ismael y dice lo siguiente con un tono dulce y comprensivo)*. ¿Qué pasa, cariño?

ISMAEL: *(Se levanta asustado y se recarga en su pecho, llorando y balbuceando)*. Me hablaron de nuevo. Volvió a sonar el teléfono.

JONÁS: *(Acaricia la cabeza de Ismael)*. Ese tonto teléfono, arruinando a mi muchachote siempre. *(Lo toma en sus brazos y lo sube de forma que Ismael está colgándole del cuello; lo sujeta por piernas y brazos. Camina cargando con él)*. ¿Qué te hizo el tonto teléfono?

ISMAEL: Me volvió a gritar.

JONÁS: ¡Ay! Pobrecito de mi niño... siempre le gritan, lo maltratan, todo le pasa a mi corazón.

Ismael se acurruca en el cuello de Jonás mientras este lo consuela.

ISMAEL: *(Con ganas de llorar)*. Busca a alguien, está enojado, no sé qué quiere. No me deja en paz.

JONÁS: *(Se quita súbitamente a Ismael de encima, enojado)*. ¿A alguien? O sea que... ¡¿Contestaste?!
ISMAEL: *(Nervioso, asustado)*. No, pero es lo que pienso. Ya sabes que siempre grita para que lo levante, pero no lo hago, aquí no hacemos eso.

JONÁS: Muy bien, corazón, es cierto, es cierto, no hacemos eso. *(Se acerca y le toma de los hombros, a la par que se inclina hacia él para igualar su estatura)*.

¿Entonces, tú a quién crees que esté buscando?

ISMAEL: *(Nervioso)*. No sé, no deja de gritar y yo... yo... no puedo contestar. No sé qué hacer, siempre me grita y ...

JONÁS: Cálmate, cálmate. ¿Últimamente ha estado gritando mucho?

ISMAEL: Sí, todos los días, en las tardes y en las noches. A lo mejor...

JONÁS: ¿Qué, corazón?

ISMAEL: *(Asustado de decir cada palabra)*. A lo mejor... quiere que salga.

JONÁS: *(Exaltado, se aparta de Ismael)*. ¡¿Salir?! No, nosotros nos quedamos aquí... Quiere que salgas, voy a creer yo. Semejantes estupideces no oí desde papá. Ayúdame a atrancar la puerta. *(Jonás comienza a ver a todos lados de la habitación buscando a alguien más)*. Puede que sea un maníaco y esté cansado de que no le contestes. ¡Va a venir a visitarnos!

Jonás comienza a mover el mueble hacia la puerta, dejando el teléfono en el suelo. Se percata del olor extraño, pero lo ignora. Mientras, Ismael le pasa peluches para ayudarle a atrancar la puerta.

JONÁS: Con esto bastará. El mundo es inseguro, si lo sabré yo. En nadie confiamos, Ismael.

ISMAEL: En nadie.

El escenario se oscurece. Jonás enciende la luz del cuarto.

JONÁS: ¿Por qué no me habías visitado? ¿Por qué no me habías dicho esto?

ISMAEL: Pensé que te habías ido, ya te lo dije.

JONÁS: Pudiste revisar, asomar la cabeza. Digo, no sería difícil verme.

ISMAEL: Cuando todos se fueron pensé que tú también lo habías hecho, no te iba a buscar, estaba enojado. Pero ya estás aquí. *(Ismael se cuelga de Jonás, abrazándolo)*.

JONÁS: Ya... Pero... ¿encargarte tú solo de este problema? No sé en qué estabas pensando. Si te hubiera pasado algo... *(Jonás lleva a Ismael hacia su cama)*.

ISMAEL: Si me hubiera pasado algo, tú me estarías buscando, me defenderías.

JONÁS: No. Si no me buscas, yo no te puedo encontrar. *(Se sienta junto a él)*.

ISMAEL: Solo tienes que salir de tu cuarto. Oye, ¿no hueles algo raro en la habitación?

JONÁS: Sí, es tiempo de lluvias, ya sabes cómo se apestan la madera y el piso... y todo.

ISMAEL: Sí, pero nunca había oído humedad tan apestosa, y más en ese mueble. *(Ismael mira al buró que bloquea la puerta)*.

JONÁS: Nunca puedes oler nada, siempre estás resfriado. Ese mueble está podrido hasta el alma. A lo mejor es la primera vez que lo hueles, ya te estás vol-

viendo un chico fuerte. (*Jonás sonrío, tapa a Ismael y trata de levantarse, pero Ismael lo toma del brazo*).

ISMAEL: No te vayas.

JONÁS: (*Riendo*). No me voy, aquí estoy. (*Comienza a acariciarle las mejillas*).

ISMAEL: ¿Siempre, siempre?

JONÁS: Siempre, siempre. Nunca me fui, acuérdate. Cuando amanezca me verás de nuevo, si quieres.

ISMAEL: Te quiero tanto, tanto... me hiciste falta, no sé qué hacía sin ti. Realmente no lo sabía. Todo era tan confuso, todo era ruido, todo estaba mal y no sabía por qué. No podía pensar.

JONÁS: ¿Tenías miedo?

Ismael asiente con la cabeza.

JONÁS: Tú necesitas que te cuide, tú me necesitas a mí. (*Jonás acaricia el pelo de Ismael*).

Ismael asiente de nuevo y se duerme.

JONÁS: No me vuelvas a ignorar. (*Lo besa en la mejilla, se levanta, se acerca al mueble, abre el segundo cajón, saca unas llaves, se las guarda, apaga la luz y se vuelve a meter debajo de la cama*).

II

El cuarto de día, nuevamente acomodado como en un principio. Ismael y Jonás están tratando de escuchar a través de la puerta.

JONÁS: Se escucha un ladrido, debe ser un perro.

ISMAEL: ¿Cómo son los perros?

JONÁS: Creo que son como los gatos, pero, más perrunos.

ISMAEL: (*Mirando a los peluches*). Alguno de ellos debe ser un perro.

JONÁS: Es muy probable.

ISMAEL: Ellos también están encerrados, están sufriendo.

JONÁS: (*Se aparta de la puerta y toma un peluche*). Ellos no lo eligen, por eso sufren, son amados a la fuerza. ¿Te imaginas? (*Ismael niega con la cabeza*). No-

sotros estamos alejados por voluntad propia, somos... diferentes... ¿Crees que esto sea un perro? (*Le enseña el peluche que tiene en la mano*).

ISMAEL: (*Se aparta de la puerta*). Pues me siento igual que un perro, solo que aquí nadie nos detiene, nos detenemos solos. (*Le quita el peluche y lo vuelve a dejar en la cama*).

JONÁS: No es tan malo, estamos en esto juntos, sabemos por qué lo hacemos.

ISMAEL: Porque tú lo dices.

JONÁS: Obvio, porque yo sé que es lo mejor para ti.

ISMAEL: Eso no es un motivo.

JONÁS: Debería serlo.

ISMAEL: Me gustaría elegir.

JONÁS: Me gustaría hacerte pensar que me importa. Entre otras cosas más importantes, ya casi se van las lluvias y las cucarachas volverán, más fuertes, más rápidas, del tamaño de mi mano, tal vez.

ISMAEL: (*Sonriendo*). Las cucarachas... Me acordé de la Cathy.

JONÁS: Sí, qué bonito... Debemos proteger lo que nos queda de comida, buscar sus entradas. (*Jonás comienza a buscar en los rincones de la habitación*).

ISMAEL: Ella las mataba, escondía las cabezas, se comía lo demás... hacía puñitos con ellas...

JONÁS: (*Se vuelve hacia Ismael*). Yo tenía cucarachas muertas en mi cama, ¿era ella?

ISMAEL: (*Comienza a reírse*). A ella nunca le dije que dormías abajo... Tal vez.

JONÁS: (*Irritado*). ¿Y esa puta risa? ¿Es nueva o qué? ¿Eh?... Qué bueno que se fue. Lo que le hubiera hecho ahora que lo sé.

ISMAEL: Espero que regrese algún día. Era increíble estar con ella. Era tan única...

JONÁS: (*Molesto*). Tan única que te dejó. Toma las cosas como son. Una aprovechada y arrimada no tiene lugar en nuestra casa.

ISMAEL: Si quisiera volver, tendría un lugar, claro que lo tendría. (*Se tira en la cama*). Extraño cómo nos acurrucábamos en tiempos de frío y en tiempos de calor se apartaba, solo me miraba, pero nunca me dejó sin ella.

JONÁS: Te miraba la cara de pendejo, necesitaba quien la mantuviera hasta que encontrara a alguien mejor.

ISMAEL: No había nadie mejor. (*Se sienta en la cama*). Ella estaba por gusto... Por mí, me quería.

JONÁS: (*Queriendo llorar*). ¿Vas a seguir hablando de ella?

ISMAEL: Son solo recuerdos. Yo te quiero. No llores, porfa. *(Se levanta y le acaricia la cara a Jonás).*

JONÁS: *(Enojado, le retira la mano).* Pues no vuelvas a recordarla. Somos tú y yo, no hay más. Soy el único que se quedó a tu lado... Esa puta nunca me dio buena espina... sabía que se iría. Amores fugaces. Así se llaman...

ISMAEL: Amor fugaz... *(Sonríe).* Y el tuyo, ¿cómo se llama? *(Se recarga en su pecho mientras lo mira).*

JONÁS: Eterno. Por eso sigo aquí.

ISMAEL: ¿Puede uno ser mejor que el otro?

JONÁS: No sé... ¿Puede una arrastrada compararse conmigo?

ISMAEL: *(Hace una pausa y trata de permanecer tranquilo).* Son diferentes amores. No se sienten igual.

JONÁS: Tal vez uno es apego y el otro es verdadero *(Mientras dice eso, Jonás toma de los brazos a Ismael y le da un beso en la frente).*

ISMAEL: *(Sonríe y se voltea a la puerta).* Tal vez.

Ismael se acerca a la puerta y coloca su oreja en ella.

JONÁS: *(Vuelve a buscar entradas de cucarachas por el cuarto).* ¿Me vas a ayudar a buscar sus entradas o no?

ISMAEL: Si abriéramos la puerta un poquito, podríamos saber cómo son los perros, ¿no crees?

JONÁS: *(Mientras sigue buscando hoyos por el cuarto).* ¡Claro! También, si abriéramos la puerta, podríamos caer presa de bacterias come carne, así murió el tío Jonny. *(Jonás se persigna y mira al techo).*

ISMAEL: *(Voltea hacia Jonás).* Papá dijo que el tío Jonny murió cuando se desnucó en el baño.

JONÁS: *(Deja de buscar y voltea a ver a Ismael).* Sí. *(En tono arrogante).* Las bacterias «come carne» deben matar antes de comer. Sus métodos son desconocidos para muchos, Isma.

ISMAEL: Ándale, podríamos intentarlo. *(Vuelve a pegar el oído en la puerta).* No es malo, después de todo la gente no está muerta, escúchalos hablar. Solo tienes que quedarte calladito, aquí.

JONÁS: *(Se acerca a Ismael y le da un golpe fuerte a la puerta).* Papá un día salió y jamás regresó. Lo que hay afuera es malo, entiende de una vez.

ISMAEL: (*Se separa de la puerta, asustado por el golpe*). ¿Qué tal si ya no quiso hacerlo? Yo me aburro, él siempre pudo salir, hasta quiso que saliéramos, tú me convenciste de que no.

JONÁS: Pues claro que no, estaba loco, salir con tantos peligros... solo él lo podía hacer.

ISMAEL: ¿Por qué te da tanto miedo salir? Es por lo que decía mamá...

JONÁS: (*Lo toma del cuello de la camisa*). Sería mejor que cierres el hocico, cabrón. Estabas hablando de papá. (*Lo suelta*).

ISMAEL: (*Nervioso*). Tal vez se dio cuenta de que es más divertido afuera que adentro, por eso siempre regresaba feliz y aquí se enojaba.

JONÁS: Claro que no, él regresaba feliz porque sabía que nos iba a ver, se enojaba por tener que pelear con la puta, eso es diferente. Yo me hice la promesa de protegerte, de proteger nuestro modo de vida hasta que regrese papá.

ISMAEL: ¿Por qué se fue entonces?

JONÁS: Tenía algo que hacer, yo lo escuché. Pero no lo dudes, niño, él volverá. Sabrá que fue un error dejarme, dejarnos... Volverá. Mientras tanto (*Ismael arremeda a Jonás en la siguiente frase*), soy el hombre de la casa, él lo dijo.

ISMAEL: Pues ya va bastante tiempo, ¿cuánto más crees que tarde?

JONÁS: Eso es cuestión del Señor, solo él y papá lo saben.

ISMAEL: El Señor... siempre metes al Señor, pero nunca nos dice nada...

JONÁS: No tiene por qué.

ISMAEL: Sí, sí tiene. El Señor debería estar de nuestro lado, debería ayudarnos. Ayuda a los desamparados, esos somos nosotros, ¿no?

JONÁS: ¿Desamparados?

ISMAEL: No tenemos a nadie, todos se fueron, tenemos poca comida, tomamos agua de la llave, se viene una invasión de cucarachas...

JONÁS: Sí, ya sé, eso lo sé, tontito, pero, ¿cómo nos ayudaría si hemos pecado, corazón? Somos pecadores, los que pecan no son desamparados y hasta que no nos purifiquemos no nos querrá ayudar. Hasta puede ser que esto sea un castigo. (*Se vuelve a persignar y mira hacia el techo*).

ISMAEL: ¿Somos pecadores?

JONÁS: Así es, niño, ¿no lo recuerdas?

ISMAEL: ¡Sí! Bueno, desde que nacemos somos pecadores, y de ahí pa'riba. ¿Cómo nos purificamos?

JONÁS: Arrepintiéndonos de lo que hicimos. Con penitencia y sacrificio.

ISMAEL: ¿Y qué hicimos?

JONÁS: Nacer, después, pensar.

ISMAEL: Pero yo no decidí hacerlo, simplemente pasó y, aun así, no creo ser pecador.

JONÁS: ¿Quién te dice que no? Es algo obligatorio, no lo escoges. Siempre pecarás, en algún momento.

ISMAEL: Puedo sentir que no lo he hecho, ¿cómo pecar estando solo?

JONÁS: Pues con lo que piensas, ya te dije.

ISMAEL: Solo pienso en Cathy.

JONÁS: Eso es lujuria, pecado capital.

ISMAEL: Pero solo pienso en abrazarla mucho, mucho.

JONÁS: ¡Ugh! Mejor cállate. Me das asco solo de escucharte. ¿Qué no sabes que así se hacen los bebés?

ISMAEL: ¿En serio?

JONÁS: Algo así, lo vi en una revista que papá escondía. La perra me vio antes de seguir investigando, lo demás ya te lo sabes.

Ismael hace ademán de pegarle repetidamente a un trasero imaginario.

ISMAEL: Pero no creo que ella y yo...

JONÁS: ¡Que te calles!

ISMAEL: Bueno, de todas maneras, creo que soy lo bastante puro porque, cuando rezo, alguien viene a visitarme.

JONÁS: ¿Quién?

ISMAEL: ¿Dios? ¿Un ángel? Cuando tú duermes, a veces me tapo hasta la cabeza, comienzo a rezar y siento cómo mi cama se estremece. Alguien se sienta. Pero nunca me he quitado la sábana.

JONÁS: ¿Por qué no?

ISMAEL: Por miedo. A lo mejor no es lo que espero.

JONÁS: Él es todo lo que se puede esperar.

ISMAEL: ¿Y si no es Dios? Pienso que es alguien más... Tengo miedo, pero... se debe temer a Dios, ¿no? Por eso creo que es él.

JONÁS: Puede ser. ¿Te ha hablado?

ISMAEL: Cada noche me viene a visitar, pero nunca me ha hablado. Siempre llega con un miedo conocido, deja un frío que me congela.

JONÁS: Dios no puede ser frío, él es amor y pasión. El frío es para los muertos, y de entre ellos resucitó.

ISMAEL: Entonces, ¿quién es, si no es Dios?

JONÁS: (*Nervioso y persignándose*). Tanto hemos pecado que, el tratar de recurrir a él, solo se burla de los otros. Nunca debes descubrirte cuando eso pase, puede ser alguien que no quisieras ver.

ISMAEL: No, no debería, pero no prometo no hacerlo, es conocida esa sensación.

JONÁS: ¿Conocida?

ISMAEL: Siento que es mamá.

JONÁS: (*Harto*). Ya estuvo bueno de hablar de esa puta, ¿no?

ISMAEL: Solo digo que puede ser ella. No ha pasado mucho tiempo.

JONÁS: No digas estupideces. Gracias a Dios no puede entrar, tenemos todas las llaves. Así que no es ella.

ISMAEL: ¿Y si descubrió la manera? Además, no hables así de ella, desde niños nos enseñó muchas cosas, nos cuidó.

JONÁS: Ella era peor que Cathy. ¿Cuántas veces no me dejó tirado, hinchado a golpes? Lo único bueno que nos dejó fue a Dios.

ISMAEL: Y la comida, ella siempre dejaba comida.

JONÁS: (*Mira furioso a Ismael*). El día que no regresó, fue el día en el que sonreímos. ¡Ella no merece nada, ni siquiera tus pensamientos por ella! ¡Míranos ahora! Hombres de la casa. (*Se acerca y le da unas palmadas en la espalda a Ismael, este sonríe*). Nunca la necesitamos, ni una sola vez.

ISMAEL: Tal vez no... pero, ¿a dónde crees que fue?

JONÁS: ¿Yo qué voy a saber? Por fin se la tragó el diablo. Lo importante es que ya no está aquí, y nosotros hemos podido seguir solos.

ISMAEL: Tienes razón. (*Le aprieta el hombro mientras le sonríe*). Poco importa, a veces pienso que ella o Cathy volverán.

JONÁS: (*Le da un pequeño golpe en la cabeza a Ismael*). Mejor que se queden en donde están. Ven, ayúdame a buscar los hoyos. Estaba pensando: juntaremos huevos secos de cucaracha, los colgaremos de hilillos por todas las grietas. Si ven a sus familiares muertos, se la pensarán dos veces antes de venir aquí.

III

El cuarto, de noche. Ismael está buscando algo. De repente se detiene y comienza a golpear la base de su cama. Acto seguido sale Jonás, malhumorado.

JONÁS: ¿Qué horas son estas de despertarme?

ISMAEL: Son las 8 de la noche...

JONÁS: Ah... Buenas noches, ¿qué pasa?

ISMAEL: Necesito que me escuches.

JONÁS: (*Se tira en la cama de Ismael*). Te escucho.

ISMAEL: Ya van varios días y sigo sin encontrar algo que he perdido, me gustaría que me ayudes a buscarlo. (*Se coloca en medio del cuarto*).

JONÁS: ¿Algo como qué? (*Se para junto a él*).

ISMAEL: Algo como... que necesito encontrar, solo que no recuerdo qué es.

JONÁS: (*Confundido*). Entonces, ¿cómo sabes que lo perdiste, si no recuerdas qué es lo que perdiste?

ISMAEL: No lo sé, es como cuando tienes cosas que hacer y tu panza comienza a rugir, entonces te das cuenta de que no has comido en todo el día. Así siento desde la semana pasada, me falta algo, es como un hambre.

JONÁS: (*Vuelve a arrojararse a la cama y juega con un peluche*). Debe ser tu solitaria, está hambrienta. Desde que se fue la perra nadie viene con comida. Las lombrices también necesitan comer.

ISMAEL: No. No hablo de comida literal. Es algo más. Tengo ansiedad, debo encontrar eso que está perdido. No he podido dormir, no así.

JONÁS: Yo puedo ayudarte si no puedes dormir, corazón, sabes que si me dejas cargarte te arrullaré como nadie lo hace. (*Jonás sonríe y estira los brazos desde la cama*).

ISMAEL: No es tan fácil, mira, estuve pensando... ¿Alguna vez te has sentido feliz?

JONÁS: Siempre que estoy contigo.

ISMAEL: ¿Cómo lo sabes?

JONÁS: Porque me gusta estar contigo, cuidarte, platicar...

ISMAEL: Soy lo único que conoces, ¿qué tal si esto que sientes fuera mil veces mejor con alguien o algo más?

JONÁS: No creo que pueda querer a alguien más que a ti. (*Se levanta le toma de las manos y trata de llevarlo a la cama*). ¿Sientes que no estoy feliz contigo?

ISMAEL: (*Se quita a Jonás*). No me estás entendiendo. No puedes decir que eres feliz conmigo, porque soy lo único que tienes.

JONÁS: No necesito más, sé lo que tengo y lo que quiero.

ISMAEL: (*Se coloca en medio de la habitación nuevamente*). No necesitas más porque no hay nada más. Pero yo quise a Cathy, y me dejó. Tuve la opción de querer de otra forma, de elegir... lo que me refiero es que hace mucho que yo no soy feliz, quizás es eso, debo encontrar algo que me haga feliz.

JONÁS: (*Molesto*). O sea que... ¿yo no te hago feliz?

Suena el teléfono.

ISMAEL: ¿De qué sirve mentir? Tú alejas mis miedos, me proteges, pero este vacío sigue aquí, no sé qué hago aquí... por eso estuve pensando y decidí que debo hacer que pase algo... (*Voltea a ver el teléfono*).

JONÁS: (*Irritado*). ¿Algo? (*Jonás se acerca al teléfono, lo levanta y cuelga*).

ISMAEL: (*Frustrado*). ¡Sí, que por fin pase algo! Estoy harto de ver siempre lo mismo, de ver los mismos juguetes, de ver la misma puerta, la misma habitación.

JONÁS: (*Sorprendido y molesto, se acerca a Ismael*). ¿De verme a mí?

El teléfono suena de nuevo e Ismael se acerca al aparato.

JONÁS: (*Enojado*). ¿Qué estás haciendo?

ISMAEL: Es mi señal, esto es algo. (*Ismael levanta el teléfono, nervioso*). Hola... ¿A quién busca?... Habla su hijo Ismael... Sí... No, no, somos dos. Ismael, yo soy Ismael... ¿Cómo?...

Queriendo llorar, Jonás le arrebató el teléfono y cuelga, después toma a Ismael por el cuello.

JONÁS: ¡Es que tú sí estás pendejo! ¡Sabes lo que está prohibido!

ISMAEL: (*Con voz entrecortada*). Era una mujer, buscaba... Necesito hablar con ella.

JONÁS: (*Enojado, arroja a Ismael contra el piso*). ¡No necesitamos nada! ¡Necesito que te calles el hocico y obedezcas!

El teléfono vuelve a sonar y esta vez Jonás lo agarra, lo desconecta y lo arroja debajo de la cama.

ISMAEL: (*Todavía en el suelo*). ¡Estoy harto! ¡Harto! ¡De verte a ti, a tus putos peluches, solo quiero saber qué hay más allá, quiero saber qué es lo que se siente no estar encerrado!

JONÁS: (*Enojado*). ¡Afuera no hay nada que no puedas tener aquí! Solo hay mugre y gente mala. ¡Hay personas encomendadas por el mismo demonio para lastimarnos, para lastimarte! Hay mierda en cada puerta de cada casa. (*Jonás levanta a Ismael y lo arroja sobre la cama*). ¡Te vas a dormir y te vas a callar el hocico!

ISMAEL: (*Parándose en la cama*). ¡Afuera está el mundo, y la gente que lo mueve! Quisiera que alguien me enseñe lo que tú no puedes. ¡Quisiera saber qué tan diferentes son de mí y qué tan parecida es a ti la mierda que dices! ¡Y lo voy a hacer! ¿Dónde están las llaves?

JONÁS: ¡Sabes que no puedes abrir el cajón de las llaves, solo yo!

Ismael se acerca al cajón del buró en el que está el teléfono, mientras Jonás se pone nervioso y lo empieza a llamar. Al ver que Ismael no le hace caso se le acerca, pero este lo voltea a ver furioso y Jonás retrocede justo antes que Ismael comience a abrir el cajón. Jonás se mete debajo de la cama. Ismael se queda inmóvil frente al cajón y comienza a llorar.

IV

Ismael se encuentra acostado en el piso. Alrededor de él están sus peluches, rotos y deshilachados. Los cajones del teléfono están abiertos. Furtivamente, Jonás sale de debajo de la cama y observa todo en silencio.

ISMAEL: (*Acostado todavía*). No se había ido, aquí estaba...

JONÁS: (*Nervioso*). ¿Por qué hiciste esto?

ISMAEL: La envolviste con bolsas, pero... ese olor... eso tenía que salir.

JONÁS: (*Nervioso*). ¿Olor?

ISMAEL: De ahí venía, no era humedad, eran carne y gusanos... ¿quieres ver?

JONÁS: ¿Qué?

ISMAEL: (*Levanta su mano en dirección de los cajones del teléfono*). Perdón. ¿Quieres volver a ver lo que hiciste? A lo mejor se te olvidó.

Jonás, asustado, se acerca al cajón abierto y ve lo que contiene.

ISMAEL: Ya está engusanada. (*Queriendo llorar*). Sus patitas... sus ojitos... hinchados. ¿Le cortaste su colita antes o después de matarla?

Jonás sigue en silencio, Ismael se levanta.

ISMAEL: ¡¿Le cortaste sus orejas antes o después de matarla?!

Jonás comienza a levantar rápidamente los peluches mientras llora.

ISMAEL: ¡¿Qué sientes al verla así?!

JONÁS: Yo no sabía que...

ISMAEL: (*Le tira los peluches, y lo empuja*). ¡¿No sabías qué?! ¡Nunca se fue, nunca me dejó, siempre estuvo ahí! ¿No sientes nada? ¡Contesta!

JONÁS: (*Enojado*). ¡Yo solo quiero protegerte!

ISMAEL: ¿Protegerme de qué? ¡Era mi única amiga! (*Comienza a balbucear mientras se agarra la cabeza*). Cathy, Cathy, Cathy, Cathy...

JONÁS: ¡Yo conozco de la vida! Yo sé quién es bueno y quién no es bueno para ti. Yo la veía todos los días, cómo te seducía, cómo se te insinuaba, restregando su cuerpo. Tú solo sonreías y no veías lo que yo.

ISMAEL: ¡Era una gata!

JONÁS: ¡La había traído mamá, ella te quería controlar, para eso la traje! No podíamos tenerla aquí.

ISMAEL: ¡¿Controlar qué?!

JONÁS: ¡Quería controlarnos! (*Se acerca a Ismael y lo toma de los hombros*). ¡Quería que me dejaras por la gata, que ella fuera tu mejor amiga, quería separarme de mi hermano!

ISMAEL: (*Saca de su bolsillo unas tijeras, amenaza a Jonás con ellas y retrocede lentamente*). ¡Ella no había hecho nada malo! Solo me hacía feliz. (*Comienza a llorar*). Era la única que me hacía feliz.

JONÁS: ¡Ella te apartaba de mí! Todos los días te la pasabas jugando con ella, y yo... ¿Dónde estaba Ismael?

ISMAEL: ¡Ella era mi mejor amiga!

JONÁS: ¡¿Dónde estaba yo?!

ISMAEL: ¡Muerto! ¡Estabas muerto! Y no había nada que me hiciera recordarte cuando estaba con ella. ¡No te necesité, y eso fue lo mejor de todo!

JONÁS: ¿Ahora entiendes? Estabas siendo engañado, escucha como me hablas a mí, a tu hermano. (*Jonás se acerca lentamente a Ismael*).

ISMAEL: ¡Hijo de perra! Era un animalito, no te había hecho nada.

JONÁS: Era un animal, y me da gusto que ya no esté viva, no sé en qué te hubieras convertido si ella siguiera aquí.

ISMAEL: ¡Tal vez sería feliz, tal vez no te tendría que hablar, estaría ocupado viéndola, acompañándola! Estaría queriendo a alguien.

JONÁS: Estarías enfermo por ella.

Ismael se acerca mucho a Jonás, quien trata de quitarle las tijeras, pero falla.

ISMAEL: ¡No te vuelvas a acercar!

JONÁS: ¿Ves? Te enfermas por ella, te obsesionas, amenazas a tu hermano por ella.

ISMAEL: *(Se acerca a Jonás con las tijeras en alto)*. ¡Sería justo que te corte las orejas!

JONÁS: *(Nervioso)*. ¿Sí? ¿Y después qué? ¿Te vas a ir? ¿Cómo saldrías si no tienes llaves? Pendejo.

Jonás logra tomar a Ismael de las manos. Comienzan a forcejear y las tijeras salen disparadas fuera del alcance de ambos. Ismael toma a Jonás por el cuello y lo empieza a asfixiar. Continúan forcejeando. Cuando Jonás logra zafarse, comienza a llorar y se mete debajo de la cama. Ismael se queda en el piso, llorando. La luz comienza a disminuir, simulando la noche. Ismael se percata de esto, trata de tranquilizarse y se acuesta, llorando. Se tapa y comienza a rezar. La madre de Ismael sale de debajo de la cama, va hacia el cajón, lo observa y luego se sienta en la cama; comienza a acariciar a Ismael, quien se descubre la cara y la observa.

ISMAEL: Mamá, ¿por qué lloras?

MADRE DE ISMAEL: Por ti.

ISMAEL: ¿Por mí? Yo estoy bien... pero... Cathy.

MADRE DE ISMAEL: No, no lo estás. Cathy está bien, como yo. No me pidas perdón después de esto, que no podría soportarlo.

ISMAEL: ¿Por qué estás así? ¿Tienes algo?

MADRE DE ISMAEL: No corazón, yo estoy bien. He tenido tiempo para pensar, de pensar en ti. ¿Tienes hambre, mi amor? ¿Te sientes mal? *(Ismael asiente)*. Pobrecito, mi niño.

ISMAEL: ¿Por qué me hablas así?

MADRE DE ISMAEL: Porque te amo, ¿cómo que por qué?

ISMAEL: *(Llora)*. Jonás mató a Cathy, mamá.

MADRE DE ISMAEL: *(Comienza a llorar y lo abraza)*. Yo sé mi amor, yo sé.

ISMAEL: ¿Te vas a quedar?

MADRE DE ISMAEL: *(Susurrándole, con voz entrecortada)*. No, mi amor, no puedo. Vas a sufrir mucho sin mí, mi niño, pero quiero que sepas que siempre te veo.

ISMAEL: Quédate un poquito.

MADRE DE ISMAEL: Aquí estoy. *(Le susurra una canción de cuna. Ismael se queda adormilado)*.

La madre de Ismael se vuelve a meter debajo de la cama, pero Ismael alcanza a ver a dónde se va su madre. Después de unos segundos se baja de la cama y observa debajo de esta, se queda en silencio y se vuelve a acostar, asustado. Comienza a llorar.

V

La habitación, todavía con restos de peluches por todos lados. Ismael está recogiendo los restos de los peluches, de pronto se agacha, mira debajo de su cama y saca el teléfono, lo pone en su lugar y lo conecta. Después de unos segundos de estar conectado, el aparato empieza a sonar. Ismael se acerca y contesta.

ISMAEL: ¿Bueno? Sí, habla Jonás... Hola, tía... No, al contrario, me da gusto oírla. Perdón por lo del otro día. Sí, es que desconecté el teléfono, tenía unas fallas. Sí, sí... No creo... No, ella ya se fue. No... Lo mejor sería que no habláramos, tía... Porque no me va a perdonar. *(Comienza a llorar y cuelga el teléfono).*

Ismael se controla. Entre lágrimas, se acerca de nuevo a la cama, se agacha y saca unas llaves. Se acerca a la puerta y la abre. Ismael sonríe y respira hondo por un tiempo, después vuelve a cerrar la puerta, se acerca al teléfono y marca.

ISMAEL: Hola. ¿Tía?... Sí, perdón... No, no estoy bien... Disculpe, ¿usted podría hacerme un favor?... ¿Sí?... ¿Puede venir?... *(Balbucea)*. No, estoy mal... Es mamá... No... Yo sé dónde está *(Ismael mira hacia la cama y comienza a llorar)*. Yo la maté... Sí, está debajo de mi cama... También maté a mi gata, ¿puede venir? Gracias. *(Cuelga el teléfono)*.

El teléfono vuelve a sonar, pero Ismael lo desconecta. Acto seguido vuelve a abrir la puerta y se queda llorando delante de ella.

FIN

KENOPSIA

Fernanda Rodríguez (Mar)

A la vida que nos robaron.

Personajes:

Voz en *off*

Marru

Sombra 1

Sombra 2

Sombra 3

(Las tres sombras deberán tener la misma compleción. Estarán vestidas de negro para que el público no distinga las diferencias que hay entre ellas).

Psiquiatra

Sedante

Todas las escenas tendrán un formato similar: se iluminará únicamente el espacio del escenario donde ocurre la escena, mientras que todo lo demás estará en penumbras. Habrá unos pocos cambios, que serán especificados en la escena correspondiente. El color de la luz obedecerá al siguiente código: luz ámbar, el pasado (se empleará en todas las escenas de Marru en los espacios de su casa); luz blanca, el presente (será la única que se utilice en el consultorio de la psiquiatra).

I

Habitación de Marru

Marru se encuentra en un extremo del escenario; está echada en la cama con los pies subidos a la pared y la mente inmersa en su teléfono celular.

II

Cocina

En el extremo opuesto del escenario, las tres sombras discuten, a modo de pantomima. La luz parpadea y Marru es jaloneada por las sombras, todas desde distintas direcciones.

III

Gimnasio

Marru hace algún ejercicio, dos repeticiones. Toma agua, da saltos de cuerda.

IV

Comedor

Marru trapea el piso del comedor. Suena una alarma y la escena se oscurece, sin que el sonido de la alarma cese.

V

Oscuro, con alarma de fondo

VOZ EN OFF: Bienvenido a la Modalidad Covid-19. Estás en un espacio totalmente pensado para ti y para los que conviven en tu hogar. Has entrado en un nuevo formato del cual te sugerimos atender las siguientes recomendaciones: No salgas de casa.

Lávate las manos cada diez minutos.

Mantén la distancia entre todas las personas.

Si te sientes mal, acude a tu hospital más cercano.

Evita propagar cualquier tipo de virus (físico y mental).

¡No caigas en las tentaciones!

Te recordamos que esta es una modalidad de vida privada, por lo que podrás pagar el demo al terminar la prueba. Sigue las recomendaciones y evita los rumores de pánico. Gracias por tu preferencia. Bienvenido a la Modalidad Covid-19, que te diviertas y que gane el más fuerte. Advertencias: es posible que presentes alucinaciones y disociaciones, si esto ocurre, favor de mantener contacto con el establecimiento de atención al cliente más cercano o, en su defecto, hacer uso de las herramientas proporcionadas por la Modalidad Covid-19. ¡Tú tienes la última palabra!

VI

Comedor

Marru se encuentra arrodillada en el piso del comedor con las manos en los oídos, mientras la alarma suena. Repentinamente, el sonido se detiene; Marru se levanta y mira su teléfono. Hace un acto similar al de un mimo encerrado en una caja.

VII

Consultorio de la psiquiatra

La psiquiatra está sentada en una silla, mientras que Marru se encuentra recostada en un diván. Marru está descalza, como lo estará en todas las escenas que tenga con la psiquiatra.

PSIQUIATRA: ¿Entonces?

MARRU: Regresé de entrenar como a eso del mediodía. Parecía un típico viernes.

Después sonó la alarma, de esas que avisan de un sismo.

PSIQUIATRA: ¿Cómo te hizo sentir eso?

MARRU: Me dobló las rodillas por el dolor, de lo fuerte que sonaba. Apreté tanto los ojos que creía que se me botarían para adentro del cráneo...

PSIQUIATRA: ¿Y la voz?

MARRU: ... hasta que la alarma dejó de sonar y caí de lleno al piso, llegó un mensaje con la copia exacta de lo que había escuchado.

PSIQUIATRA: ¿Cuánto tiempo pasó, recuerdas?

MARRU: No sé, parecía como si todo se hubiera detenido.

PSIQUIATRA: ¿Puedes mostrarme el mensaje?

MARRU: No, lo borré.

PSIQUIATRA: Entiendo.

MARRU: ¡No me cree!

PSIQUIATRA: Cálmate Marru.

MARRU: ¡Estoy calmada, pero usted no me cree!

Entra Sedante.

MARRU: ¿Quién es este?

Sedante pone una mano sobre la frente y otra sobre la boca de Marru.

PSIQUIATRA: No patalees, relájate.

Marru duerme.

VIII

Sillón

Marru, sentada en un sillón con los audífonos puestos, mira hacia la nada. La alarma suena y el sillón tiembla; Marru se aferra a él con las uñas, pero finalmente cae y se lleva las manos a los oídos. Repite el acto del mimo dentro de una caja, mientras disminuye la luz, hasta que se hace oscuro.

IX

Una puerta a un extremo

Tres sombras entran por la puerta, la cierran, atraviesan el escenario y salen. Marru entra corriendo del lado por el que salieron las sombras, se detiene en la puerta y la abre, se queda mirando. La cierra. La abre y mira. La cierra. La abre y mira. La cierra.

X

Consultorio de la psiquiatra

MARRU: Ladrillos rojos.

PSIQUIATRA: ¿Detrás de la puerta?

MARRU: Húmedos, rojos, disparejos.

PSIQUIATRA: ¿Te causaba incomodidad que estuvieran disparejos?

Marru guarda silencio.

PSIQUIATRA: ¿Quieres hablar de ese perfeccionismo?

Marru guarda silencio.

PSIQUIATRA: Si te quedas en silencio, no vamos a avanzar, Marru.

MARRU: Así eran los primeros días.

PSIQUIATRA: ¿No avanzaban?

MARRU: Silenciosos.

PSIQUIATRA: ¿Era sanador? ¿Reconfortante, tal vez?

MARRU: Se te metía entre las capas de piel. Salía por entre los dientes.

PSIQUIATRA: Suena doloroso. ¿Te dolía el silencio, Marru?

MARRU: El rechinado de los zapatos sonaba más, y la voz...

PSIQUIATRA: ¿La grabación?

MARRU: La mía.

PSIQUIATRA: ¿Qué le pasaba?

MARRU: Se volvía punzante y brava.

PSIQUIATRA: ¿Punzante para quién?

MARRU: No debí haber borrado el mensaje.

PSIQUIATRA: No te culpes, tranquila.

Marru aprieta los ojos. Entra Sedante, pone una mano sobre la frente y otra sobre la boca de Marru.

PSIQUIATRA: Relájate.

Marru duerme.

XI

Escenario vacío

Marru y las tres sombras se encuentran formando una hilera a lo largo del escenario, viendo hacia el público, separadas entre ellas por un brazo de distancia. Suena la alarma. Las cuatro se caen al suelo. Posición fetal. Pataleo. Posición fetal. Ligeras convulsiones. La alarma se detiene y del techo caen cuatro sogas con nudos corredizos (las sogas se quedarán ahí en las escenas restantes de la obra, pero serán visibles únicamente en aquellas con luz amarilla). Las sombras se levantan, intentan levantar a Marru, pero ella se resiste y las sombras desisten. Marru se queda en el suelo, se acuesta boca arriba. Las sombras salen.

XII

Televisión en medio del escenario

La escena inicia en oscuro. La luz entra y aumenta su intensidad poco a poco. Sobre el escenario hay una televisión apagada. De repente, el aparato se enciende en un canal que no tiene señal.

VOZ EN OFF: *(Con interferencia)*. Han sido agregados 552 usuarios nuevos a la Modalidad Covid-19. No salga de casa, lo primero es su salud. Gracias por su preferencia. Que se divierta y que gane el más fuerte.

Oscuro.

XIII

Escenario

Marru está sobre el escenario, boca arriba. Las sogas se balancean. Marru asume posición fetal; se estira y se pone boca arriba, vuelve a la posición fetal, se lleva las manos al cabello, se da jalones. Las sogas se balancean otra vez. Marru aprieta los ojos, se para y toma una de las sogas.

XIV

Consultorio de la psiquiatra

PSIQUIATRA: Dices que sobresalían del techo, como si hubieran estado ahí siempre.

MARRU: ¿Cómo es eso posible?

PSIQUIATRA: No sé, Marru, tú dime.

MARRU: Las jalaba y no se caían. Y ese nudo...

PSIQUIATRA: ¿Qué hay con el nudo?

Marru guarda silencio.

PSIQUIATRA: Marru, ¿qué pasa con el nudo?

MARRU: No pude dormir por unos días. Quería arrancarlas, no verlas, no sentir las en mi piel. Cerraba los ojos con fuerza para no sentir el calor de mi miedo.

PSIQUIATRA: ¿Volviste a dormir?

MARRU: Solo hasta que me acostumbré al nudo psicológico en mi garganta.

PSIQUIATRA: Entiendo, tranquila.

Entra Sedante, forcejea con Marru.

MARRU: ¡No quiero más!

PSIQUIATRA: Relájate.

Sedante pone una mano sobre la frente y otra sobre la boca de Marru. Ella se duerme.

XV

Cocina

Al fondo, una estufa. Se escucha la alarma. Estallido de cristal. Vidrios en el piso de la cocina, al pie de la estufa. Marru entra corriendo por un lado del escenario. Se detiene en seco. Además de grito. Se detiene la alarma. Marru retrocede, se sienta en el piso y retira con cuidado los vidrios rotos que se le encajaron en las plantas de los pies. Recoge los vidrios con la mano, los avienta, los recoge, los avienta. Se pasa las manos con desesperación por la cara, el cuello y las muñecas. Recoge los vidrios.

XVI

Televisión en medio del escenario

La escena inicia en oscuro. La luz entra y aumenta su intensidad poco a poco. Sobre el escenario hay una televisión apagada. De repente, el aparato se enciende en un canal que no tiene señal.

VOZ EN OFF: *(Con interferencia)*. Han sido agregados 1232 usuarios nuevos a la Modalidad Covid-19. No salga de casa, lo primero es su salud. Gracias por su preferencia. Que se divierta y que gane el más fuerte.

Oscuro.

XVII

Consultorio de la psiquiatra

PSIQUIATRA: ¿Qué te pasó en los pies?

MARRU: Un día de alarma, la prueba eran vidrios en el suelo.
PSIQUIATRA: ¿Prueba?
MARRU: ¿No se ha dado cuenta todavía? Si la psiquiatra es usted.
PSIQUIATRA: ¿Cuál era la prueba?
MARRU: No cortarse... o cortarse. No sé.
PSIQUIATRA: ¿De dónde salieron los vidrios?
MARRU: ¿De dónde salieron las sogas?
PSIQUIATRA: Marru, las preguntas las hago yo.
MARRU: Buenas preguntas.
PSIQUIATRA: ¿Por qué corriste a la cocina?
MARRU: Me asustaba la alarma. Escuché el estallido del cristal, pero lo ignoré.
PSIQUIATRA: ¿Por qué?
MARRU: Necesitaba sentirlos bajo las uñas de los pies para saberlos reales, supongo.
PSIQUIATRA: ¿Te calmó el hecho de recogerlos?
MARRU: No.
PSIQUIATRA: ¿Por qué?
MARRU: Porque punzaban calientes en mis manos, vibraban sugestivos. Ardían.

Entra Sedante, forcejea con Marru.

MARRU: ¿Por qué?
PSIQUIATRA: Tranquila.
Sedante pone una mano sobre la frente y otra sobre la boca de Marru. Ella se duerme.

XVIII

Pared blanca

Se desprende un pedazo del techo. Por la pared corren cucarachas. Suena la alarma. Tiembla la pared.

XIX

Cama

Marru duerme en su cama. La escena se oscurece a medida que habla la voz en off.

VOZ EN OFF: ¡Buen día, usuario! Al tener cuenta de usuario activo, nos vemos en la necesidad de comunicarte algunas restricciones:

Voz

Creatividad

Serotonina

Electrodomésticos

Se recomienda extremo cuidado con la comida, lo más importante es tu salud.

Esperamos que no haya mucho inconveniente, pasa un bonito día y recuerda que estás a tiempo de encontrarte contigo mismo y ser productivo.

La luz se enciende poco a poco. Marru aún está acostada; mira su teléfono por unos segundos, se para intempestivamente y sale corriendo.

XX

Refrigerador

En escena, una de las sombras tiene las manos en la cabeza y la mirada fija en el refrigerador, que está abierto y del cual escurren líquidos y semisólidos. Marru llega, corriendo y se detiene al ver la escena. Llegan las otras dos sombras y cada una de ellas posa una mano en un hombro de Marru.

XXI

Consultorio de la psiquiatra

MARRU: La alarma duró más tiempo ese día, pero no pensamos más allá del techo y los insectos.

PSIQUIATRA: ¿Por qué?

MARRU: Pues porque no.

PSIQUIATRA: ¿Puedes enseñarme el mensaje que recibiste?

MARRU: Lo haría si no me quitaran el celular al entrar aquí.

PSIQUIATRA: Nadie te ha quitado el celular, Marru. *(Pausa)*. Mejor háganme de las restricciones.

MARRU: Se las he dicho un millón de veces.

PSIQUIATRA: Dime cuáles son las restricciones, Marru.

MARRU: *(Suspira, fastidiada)*. Creatividad, electrodomésticos, voz, serotonina.

PSIQUIATRA: ¿Cómo te afectó la última?

MARRU: ¿Cómo voy a saber algo así?

PSIQUIATRA: ¿Realmente perdiste la voz?

Marru guarda silencio.

PSIQUIATRA: ¿Cómo la recuperaste?

Marru guarda silencio.

PSIQUIATRA: Ese día no comiste.

MARRU: Nadie.

PSIQUIATRA: ¿Quién más, Marru?

MARRU: La comida se echó a perder, como si el refrigerador llevara días descompuesto.

PSIQUIATRA: Contesta la pregunta Marru, ¿quién más?

MARRU: Olía mal.

PSIQUIATRA: Marru, contesta la pregunta.

MARRU: No pude decir nada.

PSIQUIATRA: ¿A quién?

Sin contestar, Marru se pone de pie.

PSIQUIATRA: Vuelve a tu lugar.

Entra Sedante y, tras forcejear con Marru, la vuelve a recostar en el diván.

PSIQUIATRA: Todo va a estar bien.

Sedante pone una mano sobre la frente y otra sobre la boca de Marru. Ella se duerme.

XXII

Baño/regadera

Marru se encuentra bajo el chorro de la regadera, inmóvil, hay música instrumental de fondo. Suena la alarma. Marru se tapa los oídos, sus pies sangran de

nuevo. La alarma cesa, regresa la música, tenuemente. Marru mira hacia arriba, a un lado, al otro; sus movimientos son rápidos y secos. La música va aumentando de volumen, hasta llegar a la estridencia, mientras Marru trata de abrir las puertas de la ducha. Intenta cerrar la llave, pero quita las manos rápidamente. Marru realiza el acto del mimo encerrado en una caja, pero con más desesperación; el agua no deja de salir junto con vapor caliente. Marru comienza a rasguñarse la cara, el cuello y los brazos. Da un largo grito que no se escucha por el volumen de la música. La música se calla abruptamente, el agua deja de salir de la regadera, Marru cae al suelo.

VOZ EN OFF: Usted tiene un nuevo mensaje: «Usuarios estudiantes, se les recuerda que su derecho a estudiar implica también un deber. Las escuelas harán los cambios pertinentes para que puedan seguir estudiando desde la comodidad de sus casas. Lo más importante es su estudio y, por supuesto, su salud. Usted tiene cuarenta y ocho tareas nuevas, en seis plataformas distintas que lo ayudarán a desempeñar habilidades. Hay que ser productivo y positivo, la educación es el futuro del mundo».

Pausa.

VOZ EN OFF: ¿Desea apagar el teléfono?
Pulsar de nuevo para apagar.
Apagando...

Silencio.

XXIII

Televisión en medio de escenario

La escena inicia en oscuro. La luz entra y aumenta su intensidad poco a poco. Sobre el escenario hay una televisión apagada. De repente, el aparato se enciende en un canal que no tiene señal.

VOZ EN OFF: (Con interferencia). Han sido agregados 2 484 usuarios nuevos a la Modalidad Covid-19. No salga de casa, lo primero es su salud. Gracias por su preferencia. Que se divierta y que gane el más fuerte.

Oscuro.

XXIV

Oscuro

VOZ EN OFF: Usted tiene un nuevo mensaje personalizado: «Hola. Como usuario activo, se te ha encomendado una modalidad personalizada como a todos los demás usuarios. Recuerda mantenerte dentro y no caer en las tentaciones. Que te diviertas y que gane el más fuerte».

XXV

Consultorio de la psiquiatra

PSIQUIATRA: Marru, despierta. (*Pausa*). ¿Con qué te quemaste las manos?

MARRU: Intenté... (*Pausa*). Intenté cerrar las llaves de la regadera.

PSIQUIATRA: ¿Por qué?

MARRU: El agua estaba hirviendo.

PSIQUIATRA: No veo quemaduras en otra parte.

MARRU: Pues así fue, aunque no me crea.

PSIQUIATRA: Estoy aquí para ayudarte.

MARRU: No parece.

PSIQUIATRA: ¿Qué pasó?

MARRU: La alarma sonó mientras me bañaba, pero no sucedió nada, hasta tiempo después.

PSIQUIATRA: ¿Cuánto tiempo después?

MARRU: No sé.

PSIQUIATRA: Entonces, de repente, ¿el agua salió hirviendo?

MARRU: Sí.

PSIQUIATRA: ¿Cómo te sentías?

MARRU: El vapor caliente me llenaba los pulmones, no podía respirar.

PSIQUIATRA: ¿Y el agua?

MARRU: Impactaba en mi piel como agujas hirviendo.

PSIQUIATRA: ¿Lloraste?

MARRU: No. (*Pausa*). Sí.

PSIQUIATRA: (*Señala el cuello de Marru*). ¿Y eso?

MARRU: Grité, pero nadie me escuchaba, me rasguñé de la desesperación.

PSIQUIATRA: ¿Qué pasó después?

MARRU: No me acuerdo.

Silencio largo e incómodo.

PSIQUIATRA: ¿Quieres hablar de la escuela?

MARRU: No.

PSIQUIATRA: ¿Por qué no?

MARRU: No hay nada interesante en doce horas frente a la computadora en una batalla campal por ver quién deja más tarea.

PSIQUIATRA: Solo hacían su trabajo.

MARRU: No.

PSIQUIATRA: Fue una manera de ser productiva.

Marru guarda silencio.

PSIQUIATRA: Marru, necesitamos hablar de la modalidad personalizada que mencionaste antes.

MARRU: No quiero.

PSIQUIATRA: ¿Por qué?

MARRU: Porque no y ya.

PSIQUIATRA: Marru...

Marru se pone en pie.

PSIQUIATRA: Vuelve a tu lugar.

Entra Sedante y, tras forcejear con Marru, vuelve a recostarla en el diván.

PSIQUIATRA: Todo va a estar bien.

Sedante pone una mano sobre la frente y otra sobre la boca de Marru. Ella se duerme.

XXVI

Cama

Marru está acostada boca abajo sobre la cama, en ropa interior. No hay cobijas, ni sábanas, ni almohadas. Entra una de las sombras y se queda mirándola, al pie de la cama. Marru se despierta, pero no se mueve. La sombra avanza y se sienta sobre la cama. Marru no se mueve. Llegan las otras dos sombras y observan la escena. Marru no se mueve. La sombra que está sobre la cama se acuesta a un lado de Marru y le acaricia la espalda. Las otras dos sombras observan la escena por un momento y se van.

XXVII

Cocina

Marru lava los trastes mecánicamente. Llega una de las sombras con un vaso con agua. La sombra vierte el agua sobre la cabeza de Marru, luego deja caer el vaso cerca de ella. El vaso se rompe. Marru salta por el susto. La sombra le acaricia el cabello, la espalda, se detiene en las nalgas. Le da un beso en la cabeza y sale.

XXVIII

Escenario

Marru se encuentra al centro del escenario, sola. Oscuro. Luz. Marru en el centro del escenario con las tres sombras abrazándola. Oscuro. Luz. Marru en el centro del escenario con dos de las sombras abrazándola. Oscuro. Luz. Marru en el centro del escenario con una de las sombras besándole la mejilla. Oscuro.

XXIX

Sala

Marru habla con una de las sombras. Se abrazan. Llega otra sombra y se une al abrazo. Llega la tercera sombra y los otros se separan. Se miran. Se van dos de las sombras. La que queda abraza a Marru. Marru no la abraza, aprieta los ojos.

XXX

Mesa

Marru trabaja frente a la computadora, delante de ella se encuentra una de las sombras, mirándola. Marru solo mira la pantalla y teclea. La sombra se acaricia el cuello, el pecho, el abdomen, las piernas, la ingle. Marru no la mira. La sombra acaricia con el pie la pierna de Marru. La luz disminuye. Marru se endereza, alejándose un poco. La sombra se acerca a Marru. Suena la alarma. Oscuro. Se detiene la alarma. Luz. Marru queda sola, frente a la computadora. Oscuro.

XXXI

Cocina

Las tres sombras discuten a modo de mimos. Oscuro. Luz. Marru es jaloneada por las sombras, cada una de las cuales tira de ella en una dirección distinta. Oscuro.

XXXII

Cama más grande

Marru duerme al lado de una de las sombras. Se despierta, alterada, y se sienta en la cama. La sombra la calma. Marru tose. Oscuro.

XXXIII

Televisión en medio de escenario

La escena inicia en oscuro. La luz entra y aumenta su intensidad poco a poco. Sobre el escenario hay una televisión apagada. De repente, el aparato se enciende en un canal que no tiene señal.

VOZ EN OFF: (Con interferencia y eco). Hay ochenta y cuatro reportes de violencia doméstica en viviendas con Modalidad Covid-19. El noventa por ciento de las llamadas son falsas. Mantenga la calma.

Oscuro.

XXXIV

Consultorio de la psiquiatra

MARRU: No me di cuenta cuando transcurrieron los días siguientes.
PSIQUIATRA: ¿Por qué?
MARRU: Comencé a dormir en la otra cama, como antes.
PSIQUIATRA: Antes, ¿cuándo?
MARRU: A los cinco años.
PSIQUIATRA: ¿Qué más cambió?
MARRU: Las paredes se veían más largas que antes.
PSIQUIATRA: ¿Por qué?
MARRU: No sé.
PSIQUIATRA: Sí, sí sabes.
MARRU: Se respiraba un aire frío en la casa, pero al entrar a mi cuerpo se calentaba tanto que necesitaba toser.
PSIQUIATRA: ¿No podías respirar?
MARRU: No.
PSIQUIATRA: ¿Por cuánto tiempo?
MARRU: Hasta la fecha.
PSIQUIATRA: Marru, ¿qué pasó con las sombras?
MARRU: *(Pausa)*. La casa está vacía.
PSIQUIATRA: ¿Por qué?
MARRU: Y al árbol le quitaron las raíces.
PSIQUIATRA: Marru, contesta mis preguntas por favor.
MARRU: Las noticias anunciaban violencia a usuarios femeninos dentro de la modalidad.
PSIQUIATRA: ¿Usuarios?
MARRU: Así nos decían.
PSIQUIATRA: ¿Cómo te sentías con las noticias?
MARRU: Impotente y llena de eco.
PSIQUIATRA: ¿Por qué llena de eco?

Marru guarda silencio.

PSIQUIATRA: Necesito que me digas qué pasó con las sombras. ¿Hay alguna en específico de la que quieras hablar?

Marru guarda silencio.

PSIQUIATRA: Mírame, Marru, dime, ¿qué fue lo que pasó?

MARRU: No sé qué pasó.

PSIQUIATRA: ¿Eras parte del porcentaje?

MARRU: No. (*Pausa*). Los efectos de las alarmas se repitieron varias veces.

PSIQUIATRA: ¿Qué más?

MARRU: La casa se volvió más chica que antes.

PSIQUIATRA: Háblame de las pastillas.

MARRU: No sé de qué habla.

PSIQUIATRA: Las de Temazepam.

MARRU: Parece que sabe más que yo.

PSIQUIATRA: Marru, ¿qué hiciste con las pastillas? ¿Quién te las dio?

Marru se pone de pie.

PSIQUIATRA: Vuelve a tu lugar.

MARRU: Ya no quiero hablar con usted.

Entra Sedante y, tras forcejear con Marru, vuelve a recostarla en el diván.

PSIQUIATRA: Todo va a estar bien.

Sedante pone una mano sobre la frente y otra sobre la boca de Marru. Ella se duerme.

XXXV

Mensaje

VOZ EN OFF: Usted tiene un nuevo mensaje:

Usuario activo:

El primero de junio del presente año se dará por suspendida la Modalidad Covid-19 a la que estás suscrito. Espera indicaciones y no caigas en tentaciones.

XXXVI

Mesa

Marru, sentada a la mesa, saca fotografías de cuadros antiguos; en ellas aparecen las tres sombras. Suena la alarma. Marru se sobresalta y se le rompe el vidrio del cuadro. La alarma no cesa. Marru se tapa los oídos. Lloro desesperada. Toma

uno de los vidrios rotos y lo frota contra sus brazos, mientras aprieta los ojos. La alarma se detiene al mismo tiempo que los movimientos de Marru. Oscuro.

VOZ EN OFF: Usted tiene un nuevo mensaje personalizado: «Recordatorio para Usuario: no caigas en provocaciones, tentaciones, alucinaciones o disociaciones, recuerda que lo primordial es tu salud y tu productividad. Encuéntrate contigo mismo y mantente dentro. Modalidad Covid-19 como herramienta de interiorización y desafíos personales. Gracias por su preferencia».

XXXVII

Sala

Marru y una sombra están sentadas en el sillón. Marru va descalza, mira a la sombra sin decir nada. En escena hay un reloj que, en lugar de números, tiene por todos lados la leyenda «Primero de junio». Marru y la sombra se miran la una a la otra, y miran al reloj. La alarma suena un par de segundos y el reloj se cae. Oscuro.

VOZ EN OFF: Usted tiene un nuevo mensaje: «Usuario activo: bienvenido a la segunda etapa de Movilidad covid-19, es un placer que sigas con nosotros. Espera indicaciones, recomendaciones y restricciones. Gracias por tu preferencia».

La luz regresa. Marru y la sombra se miran. La sombra le da a Marru un montón de pastillas. La alarma suena. Las sogas del techo se balancean, suena el agua de la regadera, los vidrios están por todo el piso. Marru avienta las pastillas y cierra los ojos con fuerza. Oscuro.

VOZ EN OFF: Usted tiene un nuevo mensaje:

Advertencias: es posible que presentes alucinaciones y disociaciones. Si esto ocurre, favor de mantener contacto con el establecimiento de atención al cliente más cercano o, en su defecto, hacer uso de las herramientas proporcionadas por la Modalidad Covid-19. Tú tienes la última palabra.

Que te diviertas y que gane el más fuerte».

XXXVIII

Kenopsia

Refrigerador con la puerta abierta y la comida podrida desbordándose. Oscuro. Luz. La cama sin sábanas ni almohadas. Oscuro. Luz. El sillón. Oscuro. Luz. Las

fotografías en la mesa. Oscuro. Luz. habitación de Marru. Oscuro. Luz. La pared blanca con cucarachas. Oscuro. Luz. Pedazos de techo en el suelo. Oscuro. Luz. El escenario vacío. Oscuro.

XXXIX

Pecera

Marru, con los ojos cerrados, se encuentra adentro de una enorme pecera en la que nadan plácidamente hermosos peces con cola de velo.

MARRU: (*Voz en off*). Las piernas se me dormían, el cabello mojado en la espalda creaba ríos de angustia y los ojos enrojecidos se fijaban en un techo desconocido y lejano. El cansancio corporal se me había acumulado entre los genitales y el abdomen. Presentaba signos de pesadez y mala circulación en las piernas. Se me movía el piso a cada paso chiquitito que daba. Las letras se me revolvían falsas entre los dedos y se escondían bajo la cama para evitar ser vistas. Cerraba los ojos con la esperanza de abrirlos en un cuerpo distinto. No entendía nada y hubiera preferido no haber entendido nunca.

Oscuro. Se escucha el sonido de la pecera rompiéndose y el agua desbordándose. Las luces del teatro se encienden después de unos instantes. El escenario está vacío. Tras un efecto de corto circuito, se apaga todo el teatro.

XL

Teatro totalmente en penumbras, alarma.

VOZ EN OFF: ¡Emergencia sanitaria! ¡Emergencia sanitaria! Por favor, no se levanten de sus asientos y mantengan la calma. (*Interferencias*). Modalidad Covid-19 le da las gracias por su preferencia. Que te diviertas y que gane el más fuerte. (*Interferencias*). No se levanten de sus asientos, estamos cerrando el lugar para su mayor comodidad y seguridad, lo primero es su salud. ¡Emergencia sanitaria!

Se detiene la alarma. Las luces del teatro se encienden.

FIN

LA VIDA Y OTRAS COSAS ENCERRADAS EN CASA

Jesús Ramírez

Personajes:

Jonathan

Madre

Hermano

Hermana

Estela

Un maestro

Estudiantes de preparatoria

I. Es lo que tocó...

La escena se desarrolla en un cuarto poco iluminado, que solo permite distinguir a Jonathan, pero no a su interlocutor; las transiciones nos permiten inferir las preguntas que este hace.

JONATHAN: En retrospectiva, todo este asunto parece algo irreal. Recuerdo haber visto en las noticias que los primeros casos aparecieron en Wuhan. Por aquellos días no le tomé importancia. El problema parecía tan lejano. ¡Estaba hasta el otro lado del mundo, por Dios santo! Luego veía más y más preocupación. El caos era inmenso. Hubo videos de la gente desesperada por salir. Encerrados en sus departamentos y en sus hogares, miles de ciudadanos de Wuhan gritaban al unísono para, de algún modo, librarse de la desesperación que se apoderaba de ellos. Parecía ficción. Recuerdo que se los mostré a mi hermano. Me dijo que debían estar editados, que era una broma. (*Transición*). Por supuesto que no estaban editados. Todo fue real. El gobierno chino fue rápido en tomar medidas estrictas para el control del virus: una cuarentena forzosa, las calles eran limpiadas como si de una fuga de químicos tóxicos se tratara, los infectados eran aislados, atendidos por personas que usa-

ban trajes especiales para evitar el contagio. (*Transición*). Y entonces le dije a mi hermano: si esto llega aquí... será un caos mayor. ¡Imagina lo que podría pasar en esa situación! Pero no teníamos motivos para preocuparnos (*ríe*), eso ocurría muy lejos de nosotros. ¡Ah, la globalización! Bueno, el nombre ya es más que conocido. Covid-19, aunque a las personas les es más familiar llamarle coronavirus. Antes de que el pánico empezara, en mi escuela se teorizaba el origen del virus. «¡Los murciélagos, de ahí proviene!», decían. Claro, era lo más lógico; que las extrañas comidas de animales exóticos trajeran consigo una consecuencia de tres pares de cojones. (*Transición*). ¿Que qué pasó después? Lo que pasó fue que la vida cambió por completo. Si me hubieran dicho aquel jueves que sería el último día en que estaría afuera, que iría a la escuela, que vería a mi novia y a mis amigos, no les hubiera creído. La palabra que mejor describe cómo me sentí, y probablemente cómo se sintieron todos, es «desorientado». Te levantas para saber que las clases se han suspendido, que tienes que quedarte en casa con el fin de evitar la propagación del virus. Está aquí. Llegó el día. Fue entonces cuando pensamos: «mierda, esto es real». Así empezó. A partir de ese momento, mi vida y la de muchas otras personas se quedaron adentro de casa, encerradas, a la expectativa del final. ¿El final de la raza humana o el final de la cuarentena? Honestamente, no lo sé. (*Transición*). La única ocasión que viví algo similar fue por allá del 2009, en la epidemia de la influenza. Para ser justos, casi no recuerdo aquella época; era apenas un niño, iba a la primaria y no tenía idea de lo que ocurría en el mundo a mi alrededor. Como era de esperarse, terminó. Pudimos salir de nuestras casas y la vida retomó su cauce normal. Pero, ¿qué ocurrirá ahora? Vivimos en una era diferente; yo la llamo la era digital. Por medio de las redes sociales, uno puede enterarse de lo que ocurre en todo el mundo. La información está al alcance de un clic. Y aquí estamos, pegados al celular, a la computadora, haciendo nuestra vida en un mundo virtual. En realidad, ha sido de gran ayuda. Tenemos clases por medio de videollamadas, podemos mandar nuestras tareas a donde sea y estamos en contacto con cualquiera de nuestros familiares y amigos. Pero, ¿sabes qué? Nada de eso puede reemplazar el contacto humano. Extraño tener a aquellas personas a mi lado. Extraño la vida como la conocíamos. (*Transición*). Como dice mi hermano: «Es lo que nos tocó y hay que adaptarnos».

II. Algunas medidas

Jonathan, su hermana y su madre charlan en la cocina de la casa; es de noche.

MADRE: ¿Has tenido clases?

JONATHAN: Algunas. La mayoría de mis profesores dejan lecturas, para que después tengamos que entregar trabajos en Classroom.

HERMANA: No sé cómo le voy a hacer, en las clases de endocrinología se la pasan hablando de puras tonterías, no veo ni para qué conectarme. Lo bueno es que ya casi es Semana Santa.

JONATHAN: ¿Sí vamos a tener esas dos semanas de vacaciones? Hay rumores de que lo van a dar todo de corrido.

HERMANA: Nombre, están locos.

JONATHAN: ¿Cuánto tiempo crees que dure esto, má?

MADRE: Depende, si la gente hace lo que les dicen y se quedan en sus casas, tal vez dos o tres meses.

JONATHAN: Uh, la gente hace todo menos lo que se les dice. A como es este país, yo le veo que salimos por ahí de julio.

HERMANA: Me voy a volver loca. *(El hermano entra a la casa y llega hasta la cocina).*

MADRE: *(Al hermano).* ¿Cómo te fue en el trabajo?

HERMANO: Bien. Ya pusieron algunas medidas de distancia en la oficina, así que ya estamos más seguros. Claro, tuvimos que hacerlas entre nosotros, ya que el jefe no tenía para cuando.

MADRE: ¿Van a seguir trabajando?

HERMANOS: Hasta que nos digan que no.

JONATHAN: ¿Supiste que ya cancelaron WrestleMania?

HERMANO: Era de esperarse, Trump no iba a dejar que se arriesgaran a tanto con un evento de setenta mil o más personas. Ya estoy harto de este virus.

JONATHAN: Yo también, pareciera que el mundo entero se ha parado.

HERMANO: *(Ríe de forma nerviosa).* Así es.

MADRE: Por pura precaución, compré cubrebocas y guantes de látex para cuando salgan. Se los ponen y los lavan al llegar a casa.

HERMANA: *(A la madre).* Ya me voy.

JONATHAN: ¿Qué?

HERMANO: ¿A dónde? *(La hermana sale sin hacer caso).*

JONATHAN: Salió con su novio, ¿verdad? Se supone que deben evitarse reuniones y ese tipo de salidas.

MADRE: Pues sí, ¿pero qué quieres que le diga? Ya es una adulta y sabe lo que hace. Además, su novio viene en carro y no está tan propenso al contagio.

JONATHAN: Pero de su círculo de contagio no lo sabemos.

HERMANO: Ya ves. Algunos no pueden dejar de ver a sus novios por más de un día. Es casi como si no comieran.

MADRE: Ya, dejen de hablar de su hermana. Mejor siéntense a comer.

Todos se sientan a la mesa.

III. Los árboles

Jonathan y su hermano, sentados en los sillones, ven la televisión y conversan.

HERMANO: Se canceló el E3, se cancelan las filmaciones de las nuevas películas de Marvel, se cancela todo. Se me hace que ya nos fuimos.

JONATHAN: ¿Nos fuimos?

HERMANO: Que ya le bailamos. Que ya valimos verga.

JONATHAN: Ah, no creo. Es decir, sí, la cosa está muy mal, pero se va a solucionar.

HERMANO: Díselo a Italia, ahorita están críticos. Un chingo de muertos. Nosotros vamos para allá, espérate unas semanas. Con la gente saliendo a eventos, abrazándose y creyendo que son inmunes al coronavirus, saliendo a restaurantes y fondas, vamos a terminar bien jodidos.

JONATHAN: Eso sí, pero es que la gente no entiende.

HERMANO: Qué van a andar entendiendo. Ahí tienes a señores que dicen: «El coronavirus es un invento del gobierno, los que se quedan en casa son *icnorantes*, así, con ce lo dicen. Van a ser los primeros en morirse.

JONATHAN: Bueno, que conste que se les advirtió.

HERMANO: Yo creo que este es el fin de la humanidad.

JONATHAN: Lo dudo. Muchos morirán, pero el fin de los humanos es algo muy extremo. Ni la peste negra.

HERMANO: Pues al paso que vamos...

JONATHAN: Yo creo que acabamos como en el final de *Infinity War* e inicios de *Endgame*, con Scott Lang, que le pregunta qué pasó a un niño, en una calle

casi desierta; entonces, al niño se le sale una lágrima y se va. Todos saldremos de casa tristes y deprimidos.

HERMANO: ¿Perdimos, Stark?

JONATHAN: Casi, ja, ja.

HERMANO: ¿Qué haces todo el día? Te la vives como caballo seguramente. A paja y agua.

JONATHAN: ¡Ja!, para nada. He estado leyendo mucho. Es lo que más hago.

HERMANO: Nada más.

JONATHAN: Bueno, también de rato en rato hago tarea, escribo un poco, o me quedo viendo los árboles.

HERMANO: Suena a que no encuentras en qué perder el tiempo. (*Ríe*).

JONATHAN: Deberías hacerlo alguna vez. Resulta muy relajante observar el movimiento de las hojas, la danza que tienen, es casi como si pudieras estar afuera y sentir la vida fluyendo como antes.

HERMANO: No, compa, estás bien lurias. Recuerda que yo sigo saliendo.

JONATHAN: Cierto, qué vas a andar sabiendo de relajación.

HERMANO: Mejor me voy a poner a jugar.

El hermano enciende la consola y los dos se quedan con la mirada fija en el juego.

IV. ¿Hice lo correcto?

Jonathan entra al cuarto de su madre y la encuentra mirando el celular, acostada en su cama, con el televisor encendido. Todavía es de noche.

JONATHAN: Mi novia se enojó conmigo.

MADRE: Mmm.

JONATHAN: Se enojó porque le dije que no nos veríamos en un tiempo. Ella piensa que lo hago porque no la quiero ver, que la estoy evitando.

La madre sigue mirando el celular.

JONATHAN: En realidad no quiero que se enferme, ni que yo me enferme, luego correría el riesgo de que se enfermara su familia o la nuestra. No quiero que te contagies. Eso le dije.

MADRE: Pues qué te digo.

JONATHAN: No soy un mal novio.

MADRE: Yo nunca dije eso.

JONATHAN: Hice lo correcto. Me preocupo por su salud. Y luego me dice: «Ni tú ni yo tenemos coronavirus». Esa es la idea, si no tenemos, no contagiarnos.

MADRE: Pero hazle entender a las personas. Con que tú sepas que haces lo correcto.

JONATHAN: ¿Lo estoy haciendo?

MADRE: No lo sé.

JONATHAN: Yo tampoco. Bueno... me voy a dormir. Buenas noches. Descansa.

V. Todos a prueba

Jonathan y el interlocutor, escondido en las sombras del cuarto oscuro.

JONATHAN: La primera semana fue sencilla. Disfruté el tiempo a solas para pensar, para escribir y leer. Mi hermano no entiende lo que le conté de los árboles; pero, en serio, es fascinante. Hay algo mágico en el danzar de esos gigantes verdes. Es como que la naturaleza vibra y me trata de decir algo. Me pregunto si ese mismo sentimiento tuvo el rey Macbeth al observar el momento en que el bosque caminaba hacia él. No, lo suyo fue terror puro. En mi caso, es agradable y apacible ver los árboles. (*Transición*). Claro que me mortificaba saber el avance del virus en el país. Cada que veía las noticias me encontraba con algo que me causaba ansiedad. Las personas seguían tomando la situación como un juego. Es increíble, que en un mundo donde puedes saber lo que ocurre en cualquier parte, siga habiendo personas que viven en sus cuevas, creyendo que las sombras que se proyectan en la pared son toda la realidad. El coronavirus es un duelo, y uno grande; mi país estaba en la fase de negación. (*Transición*). No lo niego, me decepcionó un poco el desinterés de mi madre, pero así son las cosas, ¿qué se le va a hacer? Es por eso por lo que nunca hablo de mis problemas con mi familia. La verdad es que la relación que tenemos entre todos es media rara. Casi no hablamos, al menos, yo no hablo mucho ni con mi madre ni con mi hermana. La persona de la casa con la que más hablo es mi hermano. Supongo que se debe a nuestros gustos en común y a que dormimos en el mismo cuarto. Creo que esta situación nos puso a prueba para aprender a vivir juntos. Y sí, en realidad me preocupaba

la salud de mi novia. Es cierto que tuvimos unos cuantos problemas antes de la cuarentena; incluso pensé en terminarla aquel último jueves, pero no lo hice. Hubiera sido lo mejor, tal vez, quién sabe.

VI. Sana distancia

Jonathan, su hermano y su madre charlan en la cocina, es de noche.

HERMANO: Ahora sí cerraron la oficina y voy a tener que trabajar aquí, en la computadora.

MADRE: Ya era hora.

HERMANO: No lo iban a hacer. Casi que los obligaron a cerrarla. No se me vayan a acercar mucho, estuve en contacto con posibles contagiados.

JONATHAN: ¿Cómo lo sabes?

HERMANO: Resulta que a la oficina fueron unos clientes que estuvieron de viaje en Estados Unidos, unos cuatrocientos esquiadores que ahora están contagiados de coronavirus, y una compañera estuvo atendiéndolos. Casi no trabajé con ella, pero, aun así, pasarán diez días hasta saber si estoy infectado o no. Por lo pronto, van a tener que retirarse un poco de mí.

JONATHAN: Entonces ahora trabajarás en casa.

HERMANO: Así es, con el horario de siempre, solo que ahora puedo descansar, trabajar en ropa interior y nadie se dará cuenta. Al igual que ese reportero, Ricardo creo que se llama, el que estaba grabando en ropa interior y que quedó al descubierto al momento en que se le cayó la cámara.

JONATHAN: Lo bueno es que siempre desactivo la cámara en las clases virtuales, ja, ja.

HERMANO: *(Voltea hacia la puerta)*. Y no aprende. Sigue pegada al novio. Hasta que uno de nosotros esté enfermo.

MADRE: Otra vez...

HERMANO: Es que no son vacaciones, má. ¿De qué sirve que nosotros nos cuidemos si ella sigue saliendo?

MADRE: Ya lo sé, ya lo sé.

HERMANO: Mano dura, madre.

MADRE: Es una adulta.

HERMANO: No parece.

Jonathan se mantiene alejado, sin decir nada, y se retira.

VII. Y apenas vamos empezando

Jonathan, el hermano, la hermana y la madre están en la cocina. Es el desayuno del día siguiente.

HERMANA: ¿Qué hay para desayunar?

MADRE: Hay huevo, sírvete.

HERMANA: Mmm, pero de ese no me gusta.

HERMANO: Uy...

HERMANA: ¿Por qué te estás metiendo? A ti no te estaba hablando.

HERMANO: *(Sujeta a la hermana por un brazo)*. Ay, disculpa, groserita. Ni siquiera dije nada.

HERMANA: Pero ahí andas haciéndote el gracioso. *(Se zafa con violencia)*. ¡Suéltame, no me toques!

HERMANO: ¿Qué traes, pinche loca? Uno ya no puede decir nada porque empiezas. Eres una grosera y desconsiderada.

JONATHAN: Hey, hey. Vamos a calmarnos. Estaremos juntos durante mucho tiempo, así que será mejor llevarnos bien.

HERMANA: Ah, yo soy la grosera y desconsiderada. Tú nunca haces lo que te dicen y eres el primero en causarle problemas a mi mamá.

HERMANO: Mira quién habla de no hacer lo que le dicen: la que sigue saliendo a ver a su novio cuando le dicen que no debe salir.

MADRE: Fue suficiente.

HERMANA: ¿Qué te importa eso? Además, tú haces lo mismo y probablemente ya nos contagiaste a todos.

JONATHAN: Ya basta.

HERMANO: Entonces no voy a trabajar, como no es algo tan indispensable como ver al novio. Y tienes razón, no me importa. *(Se levanta)*. Ya estoy harto de vivir aquí. En cuanto pueda me largo. *(Sale)*.

La hermana se va a su cuarto.

JONATHAN: *(A la madre)*. Y apenas vamos empezando.

MADRE: Parece que fueran niños. Yo ya no me meto en sus broncas, ah, pero eso sí, siempre terminan enojados conmigo.

JONATHAN: No solo contigo.

MADRE: Siempre trataba de que no se pelearan de niños, pero ahora ya no. Estoy cansada y ustedes ya son adultos. Resuelvan sus problemas solos. Si no se quieren hablar, no lo hagan. *(Se retira a su habitación).*

VIII. Mejor ignóralos

Jonathan mira a través de una amplia ventana doble, mientras su hermano trabaja en la computadora.

HERMANO: ¿Por qué miras tanto por la ventana? *(Deja el trabajo un rato).*

JONATHAN: Ha pasado casi un mes que inició la cuarentena. Llevo casi un mes sin salir. Ver la calle, los árboles moviéndose y los rayos del sol en la acera me hace sentir... no lo sé... libre, quizá. Sentir los rayos de sol a través de la ventana me hace sentir como si estuviera afuera. Sabes que me gustaba salir y caminar; pues esta es mi forma de hacerlo, ahora que estamos confinados en casa.

HERMANO: Algo tienes de razón. Resulta más interesante que ver la pared por horas.

JONATHAN: Sí, y ya tuve horas enteras de eso. Sirve para pensar. Ver con fijeza el azul de la pared, como ver la blancura del techo.

HERMANO: Estoy seguro de que eso tiene otras intenciones.

JONATHAN: Disculpa, sacaba mi lado sensible. Es mi forma de distraerme y dejar de pensar en el mundo actual. Estoy harto de pelear con idiotas en el internet.

HERMANO: Cada uno tiene su pasatiempo, yo me ocupo del trabajo y dejo a un lado las redes sociales.

JONATHAN: Es que no me la puedo creer. Hay gente tan incrédula, al igual que Santo Tomás, hasta no ver, no creer. Quieren ver cuerpos apilados, un enfermo en sus casas y una crisis que nos deje a todos en la calle para empezar a creer que esto está ocurriendo. Dicen que el virus no existe.

HERMANO: La estupidez humana no tiene límites. Pero, hey, al menos esta será una buena forma de librarnos de idiotas así. El mundo se purificará de esa gente, la selección natural se hará cargo de matarlos.

JONATHAN: Van a seguir vivos, y van a contagiar a más y más gente. Es lo que no entienden. Dicen: «Vive y deja vivir», pero no tienen en cuenta que sus formas de vivir influyen en las de los demás.

HERMANO: ¿Para qué te mortificas? Mejor ignóralos.

JONATHAN: Sería mejor, para no volverme loco. ¿Siempre escuchas música de videojuegos mientras trabajas?

HERMANO: Cuando la relajante banda sonora de «Tetris Attack» no ayuda, pongo a clásicos, como los Dead Kennedys o a Jimmy Hendrix y su «Watchtower», pero ahora me deprime un poco la letra de esa canción.

JONATHAN: Muy adecuado para la situación.

HERMANO: Hago mejores cuentas con música. (*Regresa la vista a la computadora*). Es hora de ver cómo las ventas de estas empresas se desploman en todo el país. No quiero ni imaginarme mayo.

JONATHAN: ¿Tan mal está?

HERMANO: No tanto. Tengo mis ahorros y, debido a que no salgo, podré guardar un dinero. Sabiendo gestionarlo y utilizarlo, tendré unos doscientos mil al salir de esto.

JONATHAN: Hablo de la economía del país.

HERMANO: Ah... Puede que sí, puede que no. Habrá desempleo, algunas empresas pueden quebrar, se pondrá difícil la vida.

JONATHAN: Qué bueno que guardé lo de mi último trabajo. Pensaba regresar a la librería en estas vacaciones de verano, pero ahora... tengo miedo de que pueda cerrar. Ya tenían sus problemas económicos.

HERMANO: El tiempo lo dirá.

JONATHAN: ¿Y sigues enojado con...?

HERMANO: Ni me la menciones. Está loca. No sé cómo su novio la aguanta. Se comporta igual que su papá.

JONATHAN: Nuestro.

HERMANO: Será tuyo, compa. Ese pendejo no merece el título.

JONATHAN: Está bien. Pero, tenemos que aprender a convivir, si no, esto será más difícil de lo que ya es.

HERMANO: No se puede con esa loca. No necesito convivir con ella.

IX. Joder

Jonathan está recostado en un sillón, mirando la tele. A la distancia se escuchan las voces de Madre y Hermana.

HERMANA: Es que ya estoy harta de que siempre yo sea la loca. Siempre yo soy la que está mal.

MADRE: Los dos tienen su carácter, y tienen que aprender a tolerarse. Si no pueden, retírense y cada quien por su lado, sin hablarse ni nada.

HERMANA: Es que no hace nada de daño que yo vea a mi novio. Él sale a trabajar y se expone peor que yo.

MADRE: Pero no lo hace por gusto. Además, lo que le preocupa es que pueda llegar a contagiarse y pegarle el virus a su novia.

HERMANA: ¿Su novia?

MADRE: Pues sí, tiene las defensas bajas por una operación que le hicieron hace unos años. Si se enferma de coronavirus, podría ser muy peligroso.

HERMANA: No lo sabía... Yo entiendo, pero soy cuidadosa.

MADRE: Eso no me lo digas a mí. Él también quiere verla, por eso está tan enojado con que uno de nosotros se pueda enfermar. Tiene sus preocupaciones.

HERMANA: Yo también tengo las mías. Ahora que está en casa y usa la computadora toda la mañana y toda la tarde, no tengo dónde hacer mi tarea. Si sigo así, voy a reprobar. Necesito una *laptop* o algo.

MADRE: Te la voy a comprar en cuanto pueda.

HERMANA: No te estoy pidiendo que lo hagas. Ahorita no se puede.

MADRE: Veremos la forma.

HERMANA: ¡No! No quiero que gastes lo de la comida en mí.

Se escucha el cierre de una puerta y la conversación se hace inaudible.

JONATHAN: Joder.

X. Jonathan

Jonathan continúa la charla con la persona que se oculta entre las sombras de la habitación.

JONATHAN: Era de esperarse, ¿no? La tensión aumenta poco a poco. La desesperación por no salir, y ver y hacer lo mismo toda la semana los lleva a estresarse. Sé que yo me estreso lo suficiente, pero traté de llevarlo lo mejor que pude. Esta cuarentena es una prueba para medir nuestro nivel de tolerancia. Aprendemos a entender nuestras distintas personalidades, y a soportarlas. Mi hermana tiene un carácter difícil, similar al de mi padre. Mi hermano, bueno, tiene su forma de ser; es el mayor de nosotros y, aun así, en ocasiones pareciera ser un niño. (*Transición*). Sí, seguí hablando con mi novia y pareció entender la gravedad del asunto. Las cifras aumentaron en el país y la seriedad también. (*Transición*). Sí, qué bueno que lo preguntas. En efecto, aparte de mi acostumbrada apreciación del exterior y mi vista nostálgica al pasado que se refleja en la acera, leí cosas interesantes durante ese periodo. Volví a terminar *Drácula*, el clásico de Bram Stoker. Seguro que ya conoces la historia, pero te resumo el inicio. Mi tocayo, es decir, el joven Jonathan Harker, viaja al castillo de un misterioso conde de Transilvania. Más temprano que tarde, se da cuenta de que corre un grave peligro, ya que es prisionero de un poderoso vampiro. Creo que es muy fácil que nos podamos identificar con el pobre Jonathan. Estamos en una situación similar, encerrados, con miedo, pero nuestro motivo de terror no reside en nuestra casa, sino que está afuera; Drácula está afuera de nuestra casa y, si salimos a comprar el pan, nos va a transformar en un vampiro. Puede que le esté buscando una similitud a todo, pero así lo veo. Nosotros somos ese hombre asustado en el castillo. Nosotros somos Jonathan Harker. Tú eres Jonathan.

XI. Cualquiera lo hubiera hecho

Jonathan, Madre y Hermana están desayunando.

JONATHAN: Creo que necesitamos comprar agua.

HERMANA: Todavía hay dos garrafones.

JONATHAN: Sí, pero es viernes, y el señor del agua no pasa los fines de semana.

MADRE: Creo que estás exagerando. Los garrafones ajustan para los dos días.

JONATHAN: Bueno, solo digo. No me gustaría que nos quedáramos sin agua y creo que es mejor prevenir...

HERMANA: No se necesita. Si quieres, tú cómpralos.

JONATHAN: Estaba dando mi opinión, nada más.

HERMANA: Eres como esas personas que hacen compras de pánico y se llevan todo el almacén de rollo de papel.

JONATHAN: No, esas personas sí exageran.

HERMANA: ¿De qué sirve tanto papel?

JONATHAN: Mi punto es...

HERMANA: Seguro que quieren morir con el culo limpio.

JONATHAN: Ok, ya, me rindo. No compramos nada.

HERMANA: Uy, luego luego a enojarte.

JONATHAN: ¿Quién vergas se está enojando? Loca.

MADRE: No se peleen. De todos modos, no tengo para comprar el agua.

JONATHAN: ¿Cómo que no tienes?

MADRE: Me quedan doscientos pesos, y son para la comida de hoy.

HERMANA: ¿Y el dinero que te da mi papá?

MADRE: Uh, tu padre no ha venido desde hace un montón.

JONATHAN: Ya le dio coronavirus.

HERMANA: No digas eso.

JONATHAN: Tranquila, es broma. *(Sale de la cocina, hacia su habitación).*

HERMANA: Seguro toma sus precauciones porque es diabético. Si se llegara enfermar de corona, correría mucho peligro.

JONATHAN: *(Regresa y le entrega un billete de quinientos pesos a Madre).* Ten.

MADRE: ¿Qué es esto?

JONATHAN: Es dinero, para ayudarte con los gastos.

MADRE: No tienes que darme nad...

JONATHAN: Está bien. Es lo que gasto normalmente en una quincena para ir a la escuela y como ahora no voy, quiero dártelo a ti.

MADRE: Dios te bendiga y te lo multiplique.

JONATHAN: No es nada. Cualquiera lo hubiera hecho.

XII. Egoístas

Jonathan conversa con su madre mientras ven la televisión.

JONATHAN: Los idiotas hermanos de mi novia ya la enfermaron.

MADRE: ¿De corona?

JONATHAN: No lo sé. No, no quiero ni pensar que fue de coronavirus. Resulta que han estado saliendo a ver a sus novias, mientras ella se queda en casa.

Dice que son unos desconsiderados, que se la pasan gritándole. Ahora tiene que ir al doctor.

MADRE: Ahora que está enferma, ya no habría problema con ir a visitarla...

JONATHAN: Claro que sí. Nosotros no estamos enfermos, no quiero que lo estemos. Pasó el tiempo de incubación y resultó que mi hermano no nos contagió de nada.

MADRE: En estos momentos siento que da lo mismo. No soporto la espera. Estoy tan harta y tan cansada. Si me va a dar, que me dé, pero ya no quiero seguir con miedo. Así que, si quieres ir, hazlo. No te frenes por nosotros.

JONATHAN: No lo haré. La quiero, pero también a ustedes. Pero los idiotas de sus hermanos parece que no se quieren ni a ellos mismos.

MADRE: Estos tiempos sacan la bondad de cada uno. Sacan la verdadera cara. Mientras que unas personas ayudan, otras se vuelven egoístas y muestran su estupidez.

JONATHAN: Pareciera que hay más de los egoístas. ¿De qué sirve la acción del bondadoso si será arruinada por el egoísta?

Parece que Madre va a decir algo, pero solamente observa a Jonathan y guarda silencio.

XIII. Vacaciones

Jonathan, el hermano y la hermana están reunidos para hacer la comida. La cocina está conectada con el patio trasero mediante una pequeña puerta. El patio es un lugar extenso, con piso de concreto y tiene algunas macetas con plantas.

HERMANO: Parece que siempre sí habrá WrestleMania; sin gente, en un estadio de entrenamiento vacío. Pero es mejor que nada.

JONATHAN: Así que pediste un montón de carne para asar y sacaste el viejo asador.

HERMANO: Tengo el carbón, en el refrigerador se encuentran la cerveza, la carne, el queso, el chorizo. Tenemos de todo.

JONATHAN: ¿Se va a hacer o no se va a hacer?

HERMANO: Se tiene que hacer, compa. Ayúdenme mientras a preparar los chiles con queso. Tú, ayúdame a calentar las quesadillas.

JONATHAN: Enseguida

HERMANO: (*Pone música desde su celular*). Para ambientar la carne asada... «Holiday in Cambodia».

JONATHAN: Vacaciones en cuarentena.

HERMANA: ¿Les ayudo en algo?

HERMANO: Nos falta preparar el guacamole.

HERMANA: No es problema. Yo me encargo.

HERMANO: Si gustan, agarren cervezas. Con el calor que hace, nada mejor que unas chelas bien heladas. (*Cada uno toma una bebida*).

JONATHAN: Mira. (*Voltea al cielo y mira una avioneta que pasa; la aeronave emite una canción y arrastra una pancarta*).

HERMANA: Esa música deprime en lugar de alegrar a los que estamos en casa.

JONATHAN: Sí, parece la música de un funeral.

HERMANO: Motivo para subirle el volumen a mi fiesta personal. Hoy no es un día para estar triste. Hoy es el mayor evento del año: WrestleMania.

JONATHAN: Amén.

HERMANA: Este nuevo horario me tiene confundida.

HERMANO: Por su culpa me levanté bien tarde.

JONATHAN: Tarda en acostumbrarse, pero yo lo prefiero. En este horario son las ocho y todavía hay luz solar, lo que permite estar afuera más tiempo...

HERMANO: Sí, eso hacía.

JONATHAN: Eso era lo que me gustaba. Tener un tiempo más largo para andar afuera sin miedo a que salieran los rateros. Eso era antes.

HERMANO: ¿Me ayudas a mantener la flama intacta?

JONATHAN: Voy.

XIV. Ya nos chingamos

Jonathan y Hermano, sentados, ven WrestleMania.

JONATHAN: En definitiva, no es igual que todos los años; no es el evento enorme de lucha, con fuegos artificiales, gran escenario, miles de aficionados y entradas especiales, pero, a pesar de eso, no está nada mal.

HERMANO: Lo resolvieron muy bien, con lo poco que tenían. Trayendo entretenimiento a casa en crisis.

JONATHAN: Mis expectativas estaban bajas. Puede que por eso lo esté disfrutando tanto. No es el mejor evento de lucha, pero es el que tenemos en el mundo de ahora.

HERMANO: Es el mundo que nos tocó, hay que aceptarlo y hacer algo bueno con él. De lo contrario, hubiera sido mejor que el virus nos matara a todos.

JONATHAN: Gran referencia al Capitán América.

HERMANO: ¿Cuándo vas a ver a tu novia?

JONATHAN: Cuando se pueda.

HERMANO: A ver si no te deja antes. Saldremos hasta julio, casi.

JONATHAN: Pero ella entiende la situación. Además, no puedo. Tú mismo dijiste que no era algo necesario para vivir.

HERMANO: Lo es para no perder la cordura. Necesitamos salir y convivir con el mundo, o de lo contrario...

JONATHAN Y, ¿cuándo vas a visitar a tu novia?

HERMANO: No sé. Ella vive hasta Tlajomulco

JONATHAN: La mía hasta El Vergel

HERMANO: A la verga, bien lejos.

JONATHAN: Cualquiera de los dos tendría que tomar mínimo dos camiones.

HERMANO: Ya te chingaste, compa.

JONATHAN: Ya nos chingamos, querrás decir.

HERMANO: Sí, pues. Ya nos chingamos.

XV. Agua

En el cuarto oscuro, Jonathan le habla al interlocutor.

JONATHAN: Siempre me ha preocupado la posibilidad de quedarnos sin agua. Creo que es uno de mis mayores miedos. Estar encerrados lo aumentó. Me imaginé una situación desesperada en la que el señor de la moto ya no pasaría y nosotros estaríamos muriendo de sed. Pues no, más vale prevenirse a lamentar. (*Transición*). Mis hermanos hicieron las paces. Por lo menos durante WrestleMania. En verdad que fue un desahogo total. Tomamos cervezas, asamos una deliciosa carne de arrachera y comimos como si no hubiera un mañana. El sabor de la cerveza fría en la garganta nos hizo sentir, por lo menos a mí, que éramos libres. Olvidé todo lo que me rodeaba, toda la contingencia, el caos, la crisis y, por un instante, el mundo entero se redujo a un

trago de cerveza fría y a una canción de los Dead Kennedys. (*Transición*). Lo digo en serio. La lucha libre fue una forma de escapar de la realidad. La empresa le dio al mundo una pequeña distracción para volver a nuestra vida pasada. Hasta hoy, ese fue el mejor día de toda la cuarentena. Como dijo Joe al joven Pip: «Ya lo ves, después del escándalo, el silencio. Esta es la vida». ¹ Un silencio que no es eterno. Es la calma que precede a la tormenta. El silencio que antecede la continuación del huracán. Las aguas amainan para retomar sus violentas agitaciones y hundirnos a todos. Y la canción que mi hermano y yo entonábamos se torna diferente. Adquiere un significado oscuro. «It's time to taste what you most fear. Brace yourself, my dear, cause is a holiday in Cambodia, It's tough, kid, but it's life». ²

XVI. Día de Muertos

Jonathan se encuentra con Estela y algunos compañeros en el patio de la preparatoria. Muchos están vestidos con el uniforme rojo de la escuela y otros tantos visten de negro.

JONATHAN: Estela, hace mucho tiempo que no te veía.

ESTELA: Dos años. Desde que salimos de la escuela.

JONATHAN: ¿Qué hacemos aquí?

ESTELA: Aquí estudiamos. Ya sabes lo mucho que nos gusta estar aquí, rondando después de clases, solo para pasar el rato.

JONATHAN: Pero... la cuarentena...

ESTELA: ¿Quieres jugar voleibol, ajedrez? ¿Qué tienes? Pareces triste.

JONATHAN: No, yo... Todo está bien. Todo está perfecto.

ESTELA: ¿Quieres ir a ver los altares?

JONATHAN: No entiendo a qué te refieres

ESTELA: ¿Seguro que estás bien?

JONATHAN: Estela, ¿qué pasó con la cuarentena?, ¿qué pasó con el mundo?

ESTELA: Jonathan, eso fue hace un año. Ven, vamos a ver los altares.

1 El autor cita un diálogo establecido entre Joe y Pip, dos personajes de la serie de animación estadounidense *South Park*, creada por Trey Parker y Matt Stone. Véase: <<https://www.southpark.lat/legal/tkdxo6/elenco-y-equipo-de-produccion>>.

2 Dead Kennedys. (1980). «Holiday in Cambodia» [Canción]. En *Fresh Fruit for Rotting Vegetables*. United Artists Records.

JONATHAN: Ese de ahí es Manu, ¿qué hace su foto en un altar? (*A un estudiante*).

Tú, ¿por qué estás vestido de negro, con ese maquillaje en la cara?

ESTUDIANTE: Para conmemorar a mi familia.

OTRO ESTUDIANTE: Mi padre, mi madre... (*Rompe en llanto*).

JONATHAN: Usted también, maestro...

MAESTRO: Guardo respeto a mis compañeros de docencia.

JONATHAN: No. Esto no puede ser. Maestros, amigos, compañeros. Ahí está mi madre, y mi padre, mis hermanos. Todos están en el altar. ¿Qué está pasando, Estela? ¿Qué ocurre?

ESTELA: Es Día de Muertos, Jonathan.

JONATHAN: Eso no tiene sentido. Apenas estamos en abril.

ESTELA: Desde el año pasado, todos los días son Día de Muertos. Llevamos conmemorándolo por meses, luego de salir del confinamiento. Los días de muertos iniciaron hace mucho, cuando todos perdimos algo.

JONATHAN: Esto no puede ser posible. No, por favor.

ESTELA: No lo hagas más difícil. Todos pasamos por eso. Tratamos de seguir adelante.

JONATHAN: Pero, ¿qué hacemos aquí?

ESTELA: Siempre dijimos que la preparatoria fue la mejor etapa de nuestras vidas. Nos encantaba vivir aquí. Eran tiempos felices. Nos gusta vivir en los tiempos felices. Nos gusta regresar a los lugares felices. Los que podemos hacerlo.

XVII. No somos tan listos

Jonathan, su madre y su hermana conversan en la sala.

HERMANA: ¿Por qué usas la camisa de la prepa?

JONATHAN: Fue lo primero que encontré

MADRE: Estuviste durmiendo mucho rato

JONATHAN: Sí. Es por el horario de verano. Además, todos los sábados me levanto tarde.

HERMANA: Estamos a jueves.

MADRE: ¿No era miércoles?

HERMANA: Perdí la noción del tiempo.

MADRE: La cifra de casos aumentó de forma drástica. También las muertes.

JONATHAN: (*Susurra*). Día de Muertos.

HERMANA: Vi que en Ecuador no tienen dónde poner los muertos. Los dejan afuera de las casas. Viven entre cadáveres.

MADRE: Hasta que no estemos así. La gente no entiende, muchos siguen creyendo que es mentira. Siguen saliendo a comprar. ¿Tanta es la necesidad de comer mariscos, de festejar cumpleaños, de ir a la playa? La gente es estúpida. Y están los que atacan a los médicos. ¿Qué tienen en la cabeza? Atacan a las personas que tratan de ayudar, que los pueden salvar si están enfermos.

JONATHAN: Dejé de ver noticias hace mucho. Solo me ponen ansioso. Me hacen enojar y ya me cansé de vivir así.

HERMANA: Al menos esto sirve como una purificación. El planeta descansa por fin. Los animales pueden andar libres, las aguas están más limpias, los árboles más verdes. Sería mejor para el planeta si el humano se extinguiera.

JONATHAN: Puede que los conspiranoicos tengan razón. Me parece lógico un plan para salvar al planeta eliminando a gran parte de la humanidad. No, no somos tan listos para planear algo así.

XVIII. Recuerdos

Jonathan, sentado en un sillón, observa un álbum de fotos.

HERMANA: ¿Qué estás viendo?

JONATHAN: Algunos recuerdos de la prepa.

HERMANA: ¿Ahora por qué tan presente la prepa?

JONATHAN: Porque la extraño. Era un lugar en el que me sentía feliz, sin preocupaciones.

HERMANA: ¿Y la universidad?

JONATHAN: Es diferente. Sabes cómo es. En la universidad todo es una responsabilidad, ser adulto, tomar decisiones que definirán tu futuro. La prepa era diversión, juventud, despreocupación. No tener problemas y no complicarse la vida. Supongo que me he puesto nostálgico. Toda esta cosa de la cuarentena, la crisis, no lo sé.

HERMANA: Pasé menos tiempo que tú en la prepa. Te quedabas todo el día haciendo Dios sabe qué. Pero, era divertida. Sí, la extraño a veces. (*Tose*).

JONATHAN: ¿Estás bien?

HERMANA: Sí, es una gripa nada más. No porque alguien tosa significa que tiene coronavirus.

JONATHAN: No quise decir eso.

HERMANA: Pareció.

Madre tose a lo lejos.

HERMANA: Ella igual tiene gripe.

JONATHAN: No dije nada.

XIX. Hasta pronto

La hermana carga una maleta, mientras revisa su celular; se ve algo nerviosa, pero decidida.

HERMANO: Así que te vas.

HERMANA: Eso decidí.

JONATHAN: ¿Por qué?

HERMANA: Tienen algo de razón. Dije algo, no se emocionen. No puedo estar entrando y saliendo, viendo a mi novio, arriesgándolos a que se enfermen. Por eso, me voy a ir a vivir con él. Tiene un departamento grande. Volveré cuando esto termine y sea seguro.

MADRE: No tienes que hacerlo. Nadie te está obligando.

HERMANA: *(En medio de continuos ataques de tos)*. Quiero hacerlo. Es lo mejor. Además, como tenemos las mismas clases y tareas, será más fácil terminar el semestre.

HERMANO: Esa tos...

HERMANA: Ay, tú también. Les digo que no es nada. Ni cuando me voy me dejas en paz. *(Mira un mensaje en su celular)*. Ya llegó; me voy. Cuídense, los quiero a todos, en cierta forma. Nos vemos en unos meses.

Se despiden sin tocarse. Hermana sale.

JONATHAN: Lo hizo. Se fue.

MADRE: *(Entre ataques de tos)*. Como dije, es una adulta, ya puede hacer lo que quiera. Incluso, hacer su vida.

HERMANO: Qué se le va a hacer. Si es lo que quiere, allá ella.

JONATHAN: Oigan... sé que no he sido tan abierto los últimos años. Solo quería decir... que los quiero, a todos.

HERMANO: Y eso... ¿a qué viene?

JONATHAN: Quería decirlo. Sentí que quería hacerlo.

HERMANO: Gracias, yo también lo siento, y los quiero.

XX. Por todos nosotros

En el cuarto oscuro, Jonathan le habla al interlocutor.

JONATHAN: Me puse nostálgico, es verdad. La prepa es más de lo que le dije a mi hermana, pero no se lo revelé por miedo a que se burlara de mí. Estuve viendo muchos videos de ella, de mis amigos, de Estela. Estela era una buena amiga, éramos muy cercanos. Luego cada quién tomó su camino y nos dejamos de hablar. Me sentí culpable en parte. Siempre he sido algo retraído. Les daba poca importancia a los amigos. Me sentí como una mierda de persona. Estuve mandándole mensajes de disculpas por mis actitudes pasadas. Tuve una repentina necesidad de redención, de ser una mejor persona. Le dije a todas las personas cercanas, y no tan cercanas, lo mucho que las estimaba y las quería, lo mucho que los quiero. (*Transición*). Mi lugar feliz, sí. Me acostumbré a cerrar los ojos, visualizar los campos verdes de la prepa, las bancas llenas de estudiantes, las paredes pintadas de rojo y café, esa sensación de libertad, y luego... y luego me imaginaba a mí mismo, en aquellas épocas, como si nada hubiera cambiado. En un lugar donde todo es feliz y donde no hay de qué preocuparse. Un lugar en que las cifras de muertos no avanzan. (*Transición*). Seguían avanzando. La cantidad de muertos crecía y crecía. No solamente en mi país, en todo el mundo. Ecuador, sin duda, era preocupante; Italia agonizaba; Estados Unidos, considerada como la nación más poderosa del mundo, sufría sin excepción. El dolor, el sufrimiento podían palparse. No puedo entender a aquellos que se burlan, que no sienten un poco de esa pena que se carga en los enfermos, en los parientes de los fallecidos. ¿No creen que esto sea real? ¿Quieren ver los cuerpos? No, no sería suficiente. No lo creerían a menos que uno de sus familiares esté en una tumba, o en cenizas. (*Transición*). Todo esto me trae a la mente el poema de John Donne, aquel que inspiró a Hemingway. ¿Cómo dice?

¿Quién no presta oídos a una campana cuando por algún hecho tañe?
¿Quién puede desoír esa campana cuya música lo traslada fuera de este mundo?

Ningún hombre es una isla entera por sí mismo.

Cada hombre es una pieza del continente, una parte del todo.

Si el mar se lleva una porción de tierra, toda Europa queda disminuida, como si fuera un promontorio, o la casa de uno de tus amigos, o la tuya propia. Ninguna persona es una isla; la muerte de cualquiera me afecta, porque me encuentro unido a toda la humanidad; por eso, nunca preguntes por quién doblan las campanas; ellas doblan por ti.³

¿No las escuchas? Suenan ahora mismo, mientras tú y yo hablamos. Pon atención. Están doblando por España, por Italia, por Ecuador, por China, por México. Ellas doblan por ti. Doblan por mí. Doblan por todos nosotros.

XXI. Éramos felices

Jonathan conversa con Madre. Ella tose durante toda la escena.

MADRE: Parece que tu padre ya no va a venir.

JONATHAN: ¿Crees que se pudo haber contagiado?

MADRE: Dios no quiera.

JONATHAN: Si no viene para darte el dinero de la quincena, ¿cómo le vamos a hacer?

MADRE: Ya ni me digas. Todavía tengo que pagar el recibo de la luz. Quisiera que esto termine. O irme a una cueva, para ya no ver a nadie.

JONATHAN: Tenía mis ahorros para la escuela. No hay problema si los usamos para esta emergencia.

MADRE: No. (*Sufre un fuerte ataque de tos*). No quiero que gastes tu dinero en la casa. Tu padre es quien debería pagar esas cosas.

JONATHAN: Pero no está aquí y no sabemos si volverá. ¿Te encuentras bien?

MADRE: Sí. (*Otro ataque de tos*). Es solo que fuimos muy tontos.

JONATHAN: ¿Cómo?

MADRE: Éramos felices y no lo sabíamos. Teníamos salud, economía, libertad. Ahora, ¿qué nos queda?

3 John Donne. *Devotions Upon Emergent Occasions, Meditación XVII*.

JONATHAN: No sirve de nada pensar en eso. Mejor ve a descansar. Tienes que cuidarte esa... gripa. Tómate las pastillas y yo voy a pagar el recibo.

Madre sigue tosiendo al momento en que los dos se retiran.

XXII. Humanismo

Jonathan y su hermano se encuentran recostados, cada uno en su respectiva cama.

HERMANO: ¿Cómo se ven las calles?

JONATHAN: Solas.

HERMANO: Tuvimos que cambiar de fase y abarrotarnos de muertos, pero, al fin, la gente entendió.

JONATHAN: Tarde. Muy tarde. Ya llevamos dos... cuatro meses. Dejé de contar.

HERMANO: ¿No tuviste problemas para pagar?

JONATHAN: Ninguno. Tenemos un ejemplo de humanismo. «En estos tiempos duros, seguiremos abriendo las sucursales para que pagues tus servicios y deudas. ¡No te preocupes, nosotros conocemos tu dilema y te apoyamos para que nos sigas pagando!».

HERMANO: ¡Ja, ja!

JONATHAN: Pero es el mundo que nos tocó, ¿verdad?

HERMANO: ¿Recuerdas esa frase? Esa que dice: «Las plagas siempre han existido. Nos patean el trasero un rato y luego tomamos el control».

JONATHAN: Nos han pateado muy duro y por mucho tiempo. Creo que nos noquearon.

HERMANO: Pero podemos pedir la revancha. Toma esto. *(Le lanza una caja a Jonathan).*

JONATHAN: Casi me cae en la cara.

HERMANO: Malos reflejos.

JONATHAN: Una caja con dinero... ¿Qué significa esto?

HERMANO: Es por lo del pago de luz.

JONATHAN: Aquí hay muchísimo más que eso

HERMANO: Le puse un extra para que se lo des a mamá. Para ayudarla a solventar los gastos.

JONATHAN: ¿Por qué no se lo das tú?

HERMANO: No los aceptaría al saber que me voy. Pensaría que luego no tendría con qué vivir.

JONATHAN: Te vas...

HERMANO: ¿No te lo dije antes? Voy a ir a casa de mi novia. Me quedaré ahí hasta que esto termine.

JONATHAN: Pero el peligro que corre al contagiarse. Tú mismo te quejabas de eso con...

HERMANO: Sé lo que dije. Pero, es diferente. Ella se contagió. Voy a ir a cuidarla. Tengo que hacerlo.

JONATHAN: Nunca hablabas de tus novias. Nunca mostraste mucho interés en ninguna de ellas. Pero ahora... es diferente, ¿sabes?

HERMANO: Ella es diferente.

JONATHAN: Si tienes que ir, tienes que ir. El hecho de que te preocupe su salud significa algo.

HERMANO: Luego de que la cuarentena termine, buscaré ese departamento del que te conté.

JONATHAN: ¿En serio?

HERMANO: Oh, sí.

JONATHAN: Todo un independiente.

HERMANO: Era hora. Lo único que me mortifica es mamá. Pero, sé que la vas a cuidar bien.

JONATHAN: Confía en mí.

HERMANO: *(Entre risas)*. Eres el hombre de la casa ahora

JONATHAN: Te voy a extrañar, hermano.

HERMANO: Yo no tanto, de vez en cuando los voy a visitar.

Los dos jóvenes se ponen de pie.

JONATHAN: Cuídate.

Jonathan y su hermano se abrazan, emocionados.

XXIII. Susto

La madre camina hacia su habitación, mientras respira con dificultad, presionando una mano contra su pecho. Jonathan la intercepta y le ayuda a sostenerse, preocupado.

JONATHAN: ¿Todo bien?

MADRE: Sí. Tengo una flema atorada que me dificulta respirar.

JONATHAN: Si necesitas que te traiga algo, medicina, lo que sea, lo haré.

MADRE: Estoy bien. No te preocupes. ¿Ya no te han mandado mensaje tus hermanos?

JONATHAN: Mi hermana, en ocasiones. Mi hermano no me ha respondido en días...

MADRE: Debe estar ocupado.

JONATHAN: Seguro es el internet. Ha estado fallando.

MADRE: *(Tose mientras habla)*. Espero que sea eso.

JONATHAN: Tampoco me contesta mi novia. Desde hace unas semanas. Lo último que supe de ella es que estaba enferma.

MADRE: Deberías ir a verla. No pasa nada si me quedo sola, total, sola siempre he estado.

JONATHAN: No, claro que no haré eso. Seguro que no tiene electricidad. La colonia en la que vive tiene problemas de luz a cada momento.

MADRE: Todo este jodido país tiene problemas. Cada vez estamos peor. *(No para de toser y entra a su cuarto, cerrando la puerta en la cara de Jonathan)*.

JONATHAN: Mamá, ¿estás bien?

Jonathan escucha cómo su madre tose fuertemente. Toca la puerta. Trata de abrir, pero el seguro está puesto.

JONATHAN: Mamá... Mamá, hálbame.

Cesa la tos y no se escucha ningún sonido.

JONATHAN: ¡Madre! ¡Madre, por favor, di algo! *(Toca a la puerta con más intensidad y forcejea con el picaporte. No hay respuesta)*. ¡Mamá! ¡Mamá! *(No hay respuesta)*. Dios mío...

MADRE: Estoy bien. No quiero enfermarte de gripe. Me acosté y creo..., creo que me estaba quedando dormida. Voy a descansar. No te preocupes.

JONATHAN: Bu... Bueno. Si necesitas cualquier cosa, aquí estaré.

Jonathan se retira a su habitación.

XXIV. Hágase la luz

En el cuarto oscuro, Jonathan le habla al interlocutor.

JONATHAN: Y eso es lo que ha pasado hasta ahora. Fue en la tarde de hoy que mamá no respondía a la puerta y me dio el peor susto de toda mi vida. ¿Tiene coronavirus? No lo sé. No quiero pensar que sí. Seguiremos con la ilusión de la gripe y esperaremos lo mejor. La verdad es que tengo miedo. Lo he tenido desde hace meses y quiero dejar de tenerlo. *(Transición)*. Por supuesto que quisiera ver a mi novia. Ojalá me respondiera para saber que todo está bien. No soy un cobarde, ni nada parecido. ¿Qué tratas de decirme? Mis hermanos fueron con sus parejas. Ellos tuvieron el coraje de hacerlo, pero mi responsabilidad está aquí, con mi madre. No, no es que no ame a Marifer, pero tengo mis prioridades claras y tuve que tomar una decisión. Mi decisión la puedes ver. Mi hermano exageraba. Mi cordura no se pierde al no tener contacto con otras personas. Claro que me encantaría ver a mi novia, abrazarla, amarla, pero no puedo. No puedo, así es la vida. *(Transición)*. ¿Que qué hago ahora? Leer, pensar, quién sabe. Con tanto tiempo a solas, me he dedicado a darle vueltas al asunto. Siempre pensé que la gente era estúpida, un montón de idiotas; en serio, estoy completamente seguro de que la principal causa de la depresión es vivir en un mundo de idiotas. Hubo un periodo en que me consideré loco. Tal vez yo soy el idiota y los demás sean normales; soy un bicho raro que no puede ser feliz. Entonces llegó esto, llega el coronavirus y mis dudas se aclararon. Mi teoría se confirmó: todos somos idiotas. Sí, todos, nosotros también. No es posible que nos negáramos a ver qué estaba pasando. Dejar que el mundo se jodiera. Ignorar el problema y fingir que todo era normal. Atacar a los médicos, atacar a los periodistas, no quedarse en casa. Dios, las crisis humanas sí que saben exponer las deficiencias de nuestra especie. Tenemos una rara necesidad por hacer cosas a sabiendas de que nos harán daño. Creo que exigimos una erradicación. Queremos peligro, queremos dejar nuestra vida rutinaria, aburrida y feliz, por una apocalíptica. Todos somos idiotas. Los que no creyeron, los que no les importó, los que querían contagiarse, los violentos, los saqueadores, los que permitimos eso. Sin excepciones, cada persona aportó su grano de arena para el desértico futuro. *(Transición)*. Mi momento favorito del día era la hora de dormir. Las primeras semanas, mi sueño era profundo. Luego de muchos años, volví a soñar. Soñaba con lugares mejores, lugares que ya no existen. Soñaba con

personas que me hacían recuperar la alegría. Todo lo olvidaba al despertar, pero valía la pena. Sin pena, afirmo que me hubiera gustado dormir todo lo que esta cuarentena abarcó y abarcará. Pero perdí el sueño. Así comencé a meditar y a pensar por las noches. Luego de noches sin dormir, llegué a la conclusión de que, a pesar de que todos son idiotas, los extraño. Es algo similar a lo que narra Holden Caulfield, al final de *El Guardián entre el centeno*.⁴ El tipo se pasa el libro entero quejándose de todo. Odia su vida, odia a sus conocidos. Se pelea con un compañero de su escuela, con su novia, con su hermana. Pero, ¿sabes qué hace al final? Luego de recordar a todos y contar su historia, comienza a echar de menos a todo el mundo. A todos con los que se peleó. Si cuentas tu historia, comenzarás a echar de menos a todo el mundo. Tiene razón. Extraño a mi hermana, aunque no me llevara bien con ella. Extraño a mi hermano, que no responde, y lo único que me queda es desear que esté bien, que sea feliz, que tenga salud. Lo mismo va para mi novia, mi Marifer, que amo con todo mi corazón. Joder, cómo extraño al mundo y mi vida. Mi madre tenía razón: éramos felices y no lo sabíamos. (*Transición*). Si te cuento esto es porque necesito expresarlo. No queda más. Ya que hemos terminado, intentaré dormir. ¿Sabes por qué me gusta tanto dormir? Siento que, si lo hago, llegará una ocasión en la que despierte por mi alarma de las seis de la mañana. Estaré mareado y confundido, pero me apresuraré para no llegar tarde a la escuela, mientras, de camino al tren, me voy olvidando de esa terrible pesadilla. Por años odié levantarme temprano, pero ahora, ruego por regresar a esa rutina, a esa vida. Duermo con la esperanza de despertar en un tiempo en que todo haya terminado. Mira, encenderé la luz y así sabré si estoy despierto o estoy dormido. Al hacerlo, decidiré mi siguiente acción: salir de esta pesadilla, o acostarme para amanecer en un futuro mejor. (*Se para y enciende la luz, mostrando que no hay nadie más con él*). Eso pensé. Buenas noches.

FIN

4 *El guardián en el centeno* (*The Catcher in the Rye*) es una obra del autor estadounidense Jerome Dave Salinger, fue publicada por primera vez en 1951.

LOS PROCRASTINADORES

Valeria Cruz

Personajes:

A (*el nervioso*)

B (*el enojón frustrado*)

C (*el objetivo y concreto*)

D (*el de las ideas locas*)

E (*el intenso*)

Voz de señora 1

Voz de señora 2

Escenario: Desde el techo cuelgan focos, también los hay en el suelo, pero solamente en las orillas izquierda y derecha.

Observaciones: Cada vez que alguien dice una idea, se prende una sección de los focos.

A, B y C son de la parte derecha; D y E son de la parte izquierda.

Advertencia: Cualquier parecido con la realidad es solo una coincidencia.

Entran dos personas, se colocan al centro del escenario y se sientan en el suelo, viendo hacia el público.

A: Nos están viendo. ¿Por qué nos están viendo?

B: Yo qué voy a saber.

A y B se quedan en silencio por unos segundos.

A: ¿Crees que nos están juzgando?

B: Probablemente, pero, ¿qué importa?

A: Tal vez lo saben

B: (*Le tapa la boca a A*). Si no cierras tu boca, lo sabrán, idiota.

C: (*Entra*). ¿Qué hacen aquí? Deberían estar pensando cómo rayos haremos la obra.

B se golpea la frente y A mira hacia todos lados, visiblemente nervioso. C se sienta a un lado de A.

B: Eres un idiota.

C: ¿Ahora qué hice?

A: (*Nervioso*). Se supone que ellos no deben saberlo.

C: (*Despreocupado*). En algún momento lo sabrán, dejen de ser gallinas. Mejor pensemos en una idea para la obra de 20 cuartillas.

Los tres se quedan pensando. Mientras, D aparece y gatea hacia ellos.

D: ¡Tengo una idea!

Los tres se sobresaltan, se retiran y dejan a D en el centro.

B: Este pendejo otra vez.

A: ¿En serio tienes una idea? ¿Es buena?

D: Es genial, una idea... ¡millonaria!

C: Ya pues, dila

D: Tenemos una ciudad, ¿cierto? Y hay un veneno que está matando a todos y obviamente tiene que estar una heroína.

B: En realidad, no.

D: Pues ella se encarga de todo y salva a todos.

Todos guardan silencio.

A: Es una buena idea... pero hay un pequeño problema.

B: Apesta.

A y C: ¡No!

C: Es solo que... necesitamos una idea corta, y eso puede llegar a ser novela.

B: La única regla que tenemos es no hacer novela.

D: (*Nervioso, tartamudea*). Pero... esta idea es genial, ya verán, lo haremos corta y...

A: No dijimos que sea mala, solo que sería mejor como novela.

D: Pero no les he contado la parte del dragón.

B se levanta, A se tapa la boca, sorprendido, y C se rasca la cabeza. Entra E, camina hasta donde están los demás mientras ve a su alrededor, para después quedarse viendo al público.

E: (Sonríe). Hola. (Regresa la vista a los personajes). ¿Ya tienen algo?

B: (Sarcástico). Ya vino el hippie.

C: ¿Tienes alguna idea?

E comienza a caminar por todo el escenario, con aire despreocupado, sin prisa. Da una vuelta alrededor, hasta volver con los otros.

B: Aquí viene.

E: En realidad, podríamos hablar de lo que sea, mis amigos; hablemos del amor, una relación como debería serlo, sin celos, engaños ni enojos o por todo lo contrario, dar a conocer una relación tóxica, para evitarlas.

D: ¡Que la novia se vuelva loca y mate al novio!

Todos: ¡No!

E: O una familia que tiene problemas, tal vez están por perder su casa.

D: ¡Y que explote en llamas!

B le golpea la cabeza a D.

A: Déjenlo terminar, tal vez salga algo.

B: Todo eso me suena aburrido.

C: ¿Y si hacemos algo de comedia? Siento que tenemos muchas anécdotas muy estúpidas.

E: ¡Ya sé!

Todos ponen atención.

E: Dos familias arreglan el matrimonio de sus dos primogénitos y ambos tienen que evitarlo, eso puede ser bastante cómico.

Los demás comparten una mirada de inseguridad.

B: Estamos jodidos

D: Que ella sea una princesa en una torre, ¡y llega un dragón!

TODOS: ¡Ya cállate!

B: ¡Uy, ya sé! (*Se acerca, saltando*). En una escuela hay un asesinato y debemos descubrir quién fue. Nos gustan mucho los temas de misterio, podríamos leer algo de Sherlock Holmes.

A: No, a mí me gusta más la idea de algo romántico. Tal vez dos personas que se conocen desde niños y en alguna parte se separan, pero el destino los junta y se enamoran.

D: No me gusta, no tiene dragones o fuego.

B: No, ya estoy harto de las cursilerías.

E: Ya he escuchado esas ideas en todas las películas de Netflix.

D: ¿Y si lo hacemos en la época de los vikingos?

B: ¡Ya deja de decir cosas de fantasía, quedamos en que no haríamos nada de eso!

D: (*Se levanta*). ¡Tus ideas tampoco son buenas, tú solo te quejas de todo!

B: (*Se levanta también y enfrenta a D*). ¡Al menos yo soy realista!

D: Es lo mismo que ser aburrido.

B: No soy aburrido, si siguiéramos tus estúpidas ideas, reprobaríamos todas las materias.

D: ¡Es lo que le gusta a la gente!

B: ¡Es lo que siempre está en la tele!

A: ¡Ya basta! Los dos, ¡cada quien en un rincón!

B y D obedecen y se alejan.

A: Pelear no resolverá nuestro problema.

E: Podríamos hablar sobre cómo salvar el medio ambiente. (*Se sienta en el suelo*). O de algún adolescente que debe encontrar su lugar en el mundo, o por qué estamos aquí. ¿Alguna vez se han preguntado por qué estamos aquí? ¿En verdad existimos? ¿O es como aquella película de Matrix y alguien está controlándonos?

C: Estamos perdidos.

A: Vamos, no perdamos la cabeza, solo... tenemos que encontrar un objetivo.

C: Tienes razón. Debemos idear un plan. ¡Oh! (*Salta con emoción y reúne a todo el grupo al centro del escenario*). Leí en una página de internet que para iniciar un proyecto tenemos que ver primero qué es lo que necesitamos.

B: Aprobar la clase de teatro.

C: Obviamente, pero velo como algo más pequeño. ¿Alguna idea de la época en la que queremos hacer nuestro texto?

D: ¡Vikingos! No. ¡Edad media! No. ¡El futuro! No.

B: Cállate.

A: ¿Y si lo hacemos acerca de algo actual? Podríamos poner referencias de las cosas que nos gustan, ya saben, como guiños.

C: Me gusta. ¿Alguna otra idea, además de las que ya ha dicho D?

Todos deniegan.

C: Bien, vamos progresando. ¿Cuántos personajes tendremos? ¿Quién o quiénes serán los protagonistas?

D: Una chica, y que tenga amigos, tal vez más adelante un interés amoroso...

E: Por fin dices algo que no involucre fantasía.

D: ¿Quieren un dragón?

TOODOS: ¡No!

C: Vamos bien, no se alteren. Sigamos.

E: Obviamente debemos poner un perrito.

B: Eso suena bien.

E: ¿Se imaginan que algún día ganemos un concurso o que a alguien le gusten tanto nuestras obras que quiera publicarnos?

A: Sería genial.

D: Y que a la gente le guste mucho y compre nuestros libros.

A: No nos preocuparíamos por el dinero nunca más.

B: Podríamos salir de la escuela.

C: Pero volveríamos, o tal vez a una mejor.

B: Como sea.

D: ¡Uy! Y que alguien quiera hacerlas películas, ¿se imaginan?

Todos se sientan en el suelo.

A: Pero tal vez el director o productor no nos tome tanto en cuenta; venderíamos los derechos, después de todo.

B: Nah, lo arreglaríamos. Debemos encontrar a las personas adecuadas para hacer tratos.

E: Las películas serían un éxito.

D: Viajaríamos por todo el mundo. Y encontraríamos al amor de nuestra vida. ¡Todo estaría resuelto!

E: ¿Saben? No tenemos que terminar la obra ahora, tenemos mucho tiempo.

Los demás asienten.

A: Sí, ¿cuánto tiempo nos queda? Dos meses.

B: ¿Entonces por qué nos estamos molestando tanto?

C: Debemos hacer otras tareas, las demás materias no se aprobarán solas.

D: Ojalá lo hicieran.

E sale de escena.

A: Estoy aburrido, ¿será normal que no quiera hacer nada de tarea?

C: Sí, pero es nuestro deber hacer algo, tenemos que ser productivos.

B: ¿Quieres dejar de preocuparte tanto? No somos los únicos en esta situación.

D: Mejor veamos *Harry Potter* otra vez.

B: El loco tuvo una buena idea.

El ciclorama, o en su caso la pared posterior del recinto donde se presente la obra se ilumina con varios colores que cambian constantemente, mientras se escucha el tema de la película Harry Potter. Los personajes se dan la vuelta y, durante algunos minutos, simulan ver una proyección de cine.

E: (*Entra corriendo*). ¡Oigan, chicos! (*Nadie le presta atención*). ¡Oigan! (*Levanta las manos y se pone enfrente de la «proyección»*). Aplauda varias veces y el escenario vuelve a la normalidad).

B: Era mi parte favorita.

A: Siempre es emocionante verla.

E: Tengo noticias más importantes que la película.

C: ¿Cómo puede ser eso posible?

D: Ya, solo habla.

E: (*Preocupado*). Estuve escuchando las ideas de otras personas acerca de su obra para la clase.

A: ¿Y?

Los jóvenes se levantan uno a uno.

E: Son muy buenas ideas, mejores que las que tenemos.

D: ¿Qué?

- E: Ya saben, algunos tienen más experiencia, algunos son poetas, o simplemente son mejores que nosotros, ¿qué vamos a hacer?
- C: No, espera. No entremos en pánico. Tal vez algunos son geniales, pero nosotros también tenemos nuestro sello.
- A: Pero algunos ya han hecho obras antes, saben de qué se trata esto, nosotros ni siquiera hemos leído una obra de teatro. Es más, ¡tampoco hemos visto una!
- B: Cálmate, seguramente sí lo hicimos. El... otro día.
- A: Eso no es cierto, no estamos preparados para esto y lo sabes.
- C: Pero esto solo es para una tarea, no exageren.
- A: Pero, ¿y si es tan mala que el maestro no la quiera aceptar? Puede pasar, seguramente le pasó a alguien.
- E: No, no puede hacer eso... ¿o sí? No. No debí preguntar a otras personas, ahora nos gobernará la ansiedad. Pero la ansiedad es algo muy humano, es parte de la vida, sobre todo de los estudiantes.
- C: No creo que eso esté ayudando.
- A: Seguramente será aburrida y nadie querrá leerla, nuestros sueños serán destruidos.
- D: ¿Ya nos seremos famosos?
- E: ¡Ya no seremos famosos! Nunca tuvimos la oportunidad, escuché que alguien tenía la idea de matar a un personaje y todo se centra en eso, otro busca un enfoque de los sueños, todos tienen temas muy interesantes o divertidos. ¿Qué tenemos nosotros?

A, D, y E comienzan a llorar.

- C: No, esperen. No lloren, todo va a estar bien, solo debemos continuar trabajando.
- A: ¿Para qué? Si no servimos para esto.
- B: Ya basta, no voy a permitir que esto pase. (*Hace que los otros se sienten y los enfrenta*). Todos los demás tal vez tengan buenas ideas, pero ese es su problema, no el nuestro; dejen de llorar como un grupo de bebés y pónganse a trabajar.
- A: ¿Eso se supone que nos debe animar?
- C: Estoy seguro de que B trata de decirnos algo realmente importante e inspirador, ¿cierto?
- B: (*Sarcástico*). Sí, claro. (*Suspira*). Nosotros elegimos nuestro camino, sabemos muy bien que las otras carreras no son para nosotros. Estamos en esta situación por nuestras decisiones y yo estoy seguro de que no fueron un error. To-

das esas ideas que escuché pueden ser geniales y todo lo que quieran, pero nosotros debemos dejar de llorar y seguir con la nuestra. La inspiración no va a llegar de la nada, debemos poner nuestro trasero en la silla y empezar a escribir. Tenemos tiempo, debemos aprovecharlo. A, eres el más nervioso de nosotros, tú puedes hacer la escena en donde la protagonista esté en una situación tensa. C, tú serás la voz de la razón cuando el personaje intente hacer algo tonto. D, usa esas ideas tan locas y crea una escena muy peligrosa. E, con todos esos cuestionamientos que sabes hacer debe salir algo para cuando el personaje entienda la verdadera razón de todas las situaciones que vive y asuma las consecuencias de sus acciones.

C: B, tú serás genial con las emociones del personaje.

B: Obviamente.

A: Eso suena bien.

D: ¡Eso es excelente! Creo que podremos lograrlo.

C: Todo estará bien. ¡Oh! Tal vez pueda encontrar algo que nos ayude en un libro. Puedo preguntarle al profesor.

E: Esperen, pero necesito al menos ver otra cosa mientras pienso qué debo hacer.

C: Usa el método que quieras, solo que al final, al menos escribe algo.

E: ¡Oh! Hay una nueva serie en Netflix, eso me servirá. No se preocupen por mí. Tendré mi parte, pronto.

A: C, ¿puedo estar contigo mientras hago mi parte? No quiero estar solo.

C: Claro.

B: Yo sí me aplastaré en la silla, estoy seguro de que algo saldrá, no me levantaré hasta que termine mi parte... o me parta la espalda. Lo que pase primero.

D: ¡Yo voy con E!

Cada uno se va a diferente lugar del escenario; todos se ponen a trabajar. E y D ven una serie. A y C están con varios libros a su lado y B se sienta en una silla.

C: ¿Puedes pedirle a E que le baje al volumen?

A se acerca a E y D.

A: Dice C que si le pueden bajar, estamos tratando de concentrarnos.

Se escucha un gran estruendo, proveniente de la serie.

D: ¡Eso fue genial! Podríamos ponerlo para la obra.

E: ¿Una explosión? Podría funcionar.

A: ¿Qué están viendo?

D: Deberías sentarte con nosotros, esta serie es muy buena.

A se queda con D y E. Al poco rato, el trío ríe, grita y aplaude ante las escenas de la serie. Se acerca C, visiblemente contrariado.

C: ¿Qué está pasando? Se supone que estamos trabajando en nuestra obra.

E: Qué bueno que llegas, el actor que te gusta aparece en esta escena.

C: (*Cambia su actitud, se sienta*). ¿En serio? ¿Se quita la camisa o algo?

A, C, D y E se quedan viendo la televisión. Se acerca B.

B: ¡No puedo creer que ya tengan otra distracción!... Esperen... ¿Es el mismo director de mi película favorita?

A: Únete al club.

Todos se sientan y muestran distintas reacciones y emociones, hasta que concluye la serie.

D: Eso fue intenso.

E: Debo escribir mi opinión sobre esto y criticar a quien sea que no la esté viendo.

B: Debo admitir que fue una obra maestra, no esperaba menos de ese director.

C: Yo también pienso que fue genial

A: Oigan, en los créditos dijeron que el argumento está basado en un libro.

D: ¡Debemos comprarlo!

C: Esperen, no. Se supone que debíamos seguir trabajando en nuestra obra.

B: Todavía tenemos mucho tiempo.

E: El tiempo es relativo, hermanos.

C: No, si seguimos así, estaremos un día antes llorando porque no la terminamos.

D: Está bien, relájate, lo haremos a tiempo, pero, ¿sabes qué tenemos que hacer antes de todo esto?

C: ¿Qué?

D: Comer. No podemos ser creativos con el estómago vacío.

B: Tiene razón.

C: Bien, comeremos algo, pero luego terminaremos esto. ¿Qué se les antoja?

A: ¡Tacos!

B: Hamburguesa.

D: Mejor pizza.

E: Para mí un atún, quiero cuidar mi salud.

C: Esto será más complicado de lo que pensé.

Salto de tiempo. Los cinco personajes se encuentran acostados por todo el escenario. Cada uno en su pequeño mundo. El sonido de una notificación resuena. E se levanta y sale del escenario por unos segundos. Vuelve con una computadora portátil.

E: Miren, la revista que nos gusta ha subido un test nuevo.

A: Amo esas actividades.

Todos se ponen enfrente de la computadora.

B: Espero que no pongan otra vez esas tonterías de los signos zodiacales.

D: Por eso eres sagitario.

E: Yo primero, luego les paso el mismo test.

La computadora recibe una nueva notificación.

C: ¡Oh, es cierto! Los del podcast ya subieron un nuevo capítulo, después de hacer esto, deberíamos escucharlo... Y luego hacemos la obra.

E: Claro.

Por unos minutos los cinco solo se dedican a la computadora. En la pared del fondo se refleja un reloj, cuyas manecillas corren con rapidez; los personajes hacen caso omiso al paso del tiempo.

B: ¡Oh, miren! La nueva película ya está en plataforma, deberíamos verla.

C: Solo esta película y ya.

A: Sí.

Las manecillas del reloj continúan su carrera.

C: Bien, ya es tiempo de hacer nuestras tareas.

D: Creo que estoy ciego.

Cierran la computadora. Se escucha el sonido de un timbre.

B: Oh, no. Llegaron las tías.

E: ¡Chisme de tías!

Los cinco se sientan en la orilla del escenario y se escucha la grabación de una animada conversación entre señoras. Los jóvenes juegan entre ellos a anticipar lo que las mujeres van a compartir.

SEÑORA 1: A que no adivinas quién se embarazó.

B: Su vecina del departamento de abajo.

SEÑORA 2: No me gustan estos juegos, solamente dime.

A: Su nieta.

E: Seguramente están hablando de la novela.

SEÑORA 1: No seas aburrida, vamos.

C: Su sobrina.

D: ¡Sht!

SEÑORA 2: ¿Su hija?

SEÑORA 1: ¡Claro que no! Ash, no eres buena en este juego. No, Claudia Sofía, la de la novela.

E: Les dije.

SEÑORA 2: ¿Y cómo sabes? La novela pasa hasta la noche.

SEÑORA 1: Oh, pues ya ves, mi nieto es un genio con eso de las computadoras, y me enseñó un... ay, un... No sé cómo le llaman.

SEÑORA 2: Inténtalo, luego le pregunto bien a mi hijo.

SEÑORA 1: Ay, es que no sé cómo es... «esplo» ... a mí me recordó a espátula, pero no se parece tanto... «espoer»... no sé.

E: Esperen, ¿está tratando de decir *spoiler*?

SEÑORA 2: Seguramente es una espátula informática, ya ves cómo les ponen nombres clásicos a las cosas de la computadora, como «la ventana» o «el ratón».

SEÑORA 1: Debe ser, pero el caso es que era como una foto y decía lo que pasaba en el capítulo siguiente. Mi nieto me dijo que a veces pasa y algunas personas se enojan cuando encuentran esas cosas.

SEÑORA 2: Órale, pues no sabía eso. ¿Así que Claudia Sofía está embarazada? ¿De quién?

SEÑORA 1: Eso sí no lo sé, mi nieto dijo que ya no quería arruinarme todo el capítulo.

B: Ya no quiero escuchar esto, ni siquiera vemos esa novela. Mañana vemos los memes.

D: Sí, pero, ¿saben a quién me recuerda?

A: ¿De qué hablas?

D: De aquella chica, nuestra compañera de la secundaria, que salió embarazada. La chica de la novela también estaba en secundaria.

E: Ah, sí. Pero ahora está casada con otro hombre, se le ve feliz. O al menos eso dice su Facebook.

B: (*Sarcástico*). «Compañera»... ni siquiera iba en nuestro salón.

D: Bueno, conocida. Aun así, nos impactó la noticia.

C: Ni tanto, la noticia de la modelo que salió embarazada fue más impactante.

A: Pero al menos el padre se quedará con ella.

B: No me gustan esos chismes, saquen otros.

Otra notificación se escucha, pero ahora proviene de un teléfono celular; A saca el suyo del bolsillo de su pantalón, los demás se acercan.

A: No van a creer esto.

B: ¿Chisme bueno?

A: Nuestra mejor amiga ya volvió con su ex.

E: ¿Qué? ¿Es una broma?

A: No, ella nos está mandando mensajes de «perdón».

B: Ella no entiende.

C: No durarán mucho, en menos de una semana, volverá llorando.

A: Le pedí una explicación.

E: Siempre es lo mismo: «Me dijo que iba a cambiar»... «Sí me quiere»...

D: Esto no pasaría en nuestra historia. Nuestra protagonista no necesitaría de nadie.

B: Creí que habíamos quedado que sí tendría amigos y un interés amoroso.

D: Son situaciones diferentes.

A: Ojalá esta vez sea la última. Sí, me dijo lo mismo de siempre, que ella no cambiaría.

B: Como digas.

E: Oigan, ya es bastante tarde, será mejor ir a dormir.

C: Pero no hemos hecho gran cosa de la obra.

- D: Todavía hay tiempo.
A: Solamente nos dormiremos veinte minutos.
C: No creo que sea una buena idea.
B: Yo leí en un artículo que dormir bien ayuda a desarrollar la creatividad.
C: ¿En dónde leíste eso?
B: No sé, ¿qué importa? A dormir.

Los cuatro se acuestan en el suelo.

- C: *(Enciende la computadora por unos minutos, pero luego la cierra).* Ellos tienen razón, esto solo logrará que me altere o que tenga mucho estrés.

Todos se quedan dormidos, mientras las manecillas del reloj caminan. Después de unos minutos, el sonido de un reloj envuelve el escenario, intensificando la idea de que los minutos pasan de prisa.

- B: ¿Alguien puede detener ese maldito sonido?
A: ¿Eso es un reloj? ¿Nos estamos quedando sin tiempo?
E: Todavía falta mucho tiempo, ya déjenme dormir.
C: Esperen, ¿ese reloj estaba ahí antes?
D: Nunca lo había visto.
C: Creo que marca la fecha también. *(Se acerca al reloj y cuando logra ver los números, salta en su lugar).* ¡Nos quedan dos días para entregar la obra de teatro!
B: ¿Qué?
E: Eso no es cierto, no puede ser...
C: ¡Ahí dice!
D: ¿Cuántas cuartillas llevamos?
C: ¡Dos!
B: Estamos perdidos. ¿Ya para qué la hacemos? Ya no tenemos tiempo.
C: No digas eso, vamos, arriba, es nuestro momento de brillar. ¿Qué esperan?

Todos comienzan a trabajar, mientras las manecillas del reloj siguen avanzando rápidamente.

- D: Tengo hambre.
E: No, no comeremos hasta que tengamos al menos seis cuartillas.
C: Tienes que relajarte, ¿te hago un masaje?

E: No te me acerques, y vuelve a trabajar.
A: ¿Puedo ir al baño?
C: ¿Es muy urgente?
A: Sí.
C: No tardes.
E: No vamos a lograrlo...
C: Solamente escriban lo que se les ocurra, vamos.
B: Si nos presionan, menos saldrán las ideas.
C: Eso lo hubiéramos pensado antes de distraernos con cualquier cosa.
D: Ni los dragones podrán salvarnos.
B: Oh, no empieces con los estúpidos dragones.
D: Dijeron que cualquier idea.
B: Buenas ideas, no tonterías.
D: ¿Qué tienes en contra de los dragones?
B: Mi problema no es con los dragones, es contigo.
D: Ah, ¿sí?
E: Basta, sus discusiones me alteran los nervios.
B: Oh, tú también deberías callarte, ¿no que siempre tratas de estar en armonía?
E: No te metas conmigo.
C: Dejen de pelear y solo escriban.
D: Lo dice la persona perfecta... tú tampoco has hecho nada.
C: Porque tengo que vigilarlos.
B: No somos bebés.
A: *(Regresa del baño)*. ¿De qué me perdí?
E: Ahí está el verdadero bebé.
C: Basta.

Todos se juntan en el centro del escenario y comienzan a discutir; el volumen de las voces y el tono de la discusión suben cada vez más.

VOZ DE UNA CHICA: *(Muy alterada)*. ¡No!

Tras el grito, la discusión cesa; el telón cae, pero se sigue moviendo, como si algo pasara dentro de la escena. Se escucha una melodía y después de unos momentos se levanta el telón, dejando ver a una chica, sentada en una cama. La muchacha respira agitadamente y voltea hacia todas partes. Alguien toca a la puerta y, antes de que la joven conteste, entra una mujer.

MAMÁ: ¿Estás bien, cariño? ¿Tuviste una pesadilla?

CHICA: Sí, estoy bien, es solo que... tuve un sueño muy extraño (*Revisa su reloj*). ¡Oh, no!

MAMÁ: ¿Qué sucede?

CHICA: Ya casi es hora de ir a la escuela y aún debo terminar de escribir mi obra de teatro.

MAMÁ: ¿De qué hablas?

CHICA: (*Trata de levantarse de la cama, pero su madre la detiene*). Mamá, ¿no lo entiendes? ¡No la terminé y es mi trabajo final, por favor!

MAMÁ: Pero, hija, estás de vacaciones...

CHICA: ¿Qué?

MAMÁ: (*Ríe de buena gana*). Hoy empiezan las vacaciones, ya terminaste el semestre y, según me habías dicho, tuviste una buena calificación con tu obra de teatro.

CHICA: ¿Vacaciones?

MAMÁ: Sí.

CHICA: ¿Dices que ya había terminado mi obra de veinte cuartillas?

MAMÁ: Sí, hija... ¿Estás bien? Te ves pálida.

CHICA: Sí, yo solo... ya, ya... me voy a dormir.

MAMÁ: ¿Segura?

CHICA: Sí.

La madre sale de la habitación.

CHICA: Maldita escuela... ni en mis sueños me deja en paz.

La chica se acuesta y se envuelve en las cobijas. Tras una pausa, A, B, C, D, y E aparecen y rodean la cama.

A: (*Al público*). ¿Cómo ven, ahora sí la despertamos de verdad?

La escena se oscurece poco a poco, mientras se escucha el tic tac de un reloj, que se va tornando frenético.

FIN

NOTA ROJA

Paola Rodríguez

Personajes:

Sophia Evans (*detective*)

Esther López (*escritora de best sellers*)

Daniel Davis (*detective*)

Jackson Williams (*editor*)

I

Sala de interrogatorios en el Departamento de Policía de Los Ángeles. Paredes grises, puertas dobles con una pequeña ventana cada una y dos lámparas en el techo; una de ellas se apaga en mínimos lapsos. En el centro de la habitación, Esther se encuentra sentada frente a una mesa de madera color caoba; hay dos sillas vacías del otro lado. Esther viste jeans claros, un saco negro azabache y tacones, su apariencia es impecable a excepción de su cabello castaño, el cual lleva amarrado en una simple coleta con varios mechones que se salen de esta. Esther tamborilea los dedos sobre la mesa y cruza las piernas. La detective Sophia Evans ingresa a la habitación, atrayendo la mirada de la mujer. Lleva un gran bulto de carpetas bajo el brazo que deja sobre la mesa; viste pantalón formal y un suéter beige.

DETECTIVE EVANS: Buenas tardes, señorita López.

ESTHER LÓPEZ: Estoy aquí por lo de los homicidios, ¿no es así, detective?

DETECTIVE ELLIS: ¿Por qué supone eso? (*Se sienta frente a Esther*).

ESTHER LÓPEZ: Por favor, la prensa encontró la conexión hace una semana. Desde entonces no han dejado de fastidiarme cada maldita hora del día, acusándome de ser un fraude.

DETECTIVE EVANS: ¿Y no lo es?

ESTHER LÓPEZ: (*Juega con el bolígrafo en su mano derecha*). Por supuesto que no, todo lo que he publicado es completamente mío y de mi autoría.

DETECTIVE EVANS: (*Sarcástica*). ¿Todo? ¿Está segura? No sé, quizá un día la musa la abandonó y, ya sin material, usted decidió infiltrarse en los expedientes

de la policía y buscar algunos casos sin resolver para «inspirarse»... y ¡boom!
Surgió *Nota roja*.

ESTHER LÓPEZ: (*Molesta*). Esa es una grave acusación, detective.

DETECTIVE EVANS: Un homicidio también es cosa grave.

ESTHER LÓPEZ: Escuche. Crecí en un país en donde la muerte está doblando la esquina. No necesito de algo más que mis experiencias para crear una historia.

DETECTIVE EVANS: Entonces, me está diciendo que sus libros sí tienen una base real.

ESTHER LÓPEZ: Lo que estoy diciendo es que la inspiración tiene muchos caudales y bueno, la experiencia puede hacer que ese río se desborde. Créame, detective. Si hablamos de horror, la realidad le gana con creces a cualquier cosa que yo pudiera inventar.

DETECTIVE EVANS: Eso suena muy poético, señorita López, pero creo que no estoy de acuerdo con usted.

ESTHER LÓPEZ: (*Cruza los brazos y se recarga en la silla mientras habla*). No me importa si no me cree, solo crea lo que ese maldito enfermo que está robando mis ideas le muestra.

DETECTIVE EVANS: Estos casos no suelen ser comunes.

ESTHER LÓPEZ: Ah, ¿no? ¿Por qué no se lo pregunta a Salinger?

El detective Davis entra sin tocar.

DETECTIVE DAVIS: Hemos encontrado algo, detective.

DETECTIVE EVANS: ¿Qué?

DETECTIVE DAVIS: Es imposible que la señorita López haya robado información para escribir las novelas.

ESTHER LÓPEZ: (*Burlesca*). No quería decir «se los dije», pero... «se los dije».

DETECTIVE EVANS: (*Evidentemente molesta, suelta un suspiro y se dirige al detective Davis, sin dejar de mirarlo a los ojos*). ¿Qué? ¿Por qué estás tan seguro?

DETECTIVE DAVIS: (*Sostiene nervioso el informe, mientras alterna la mirada entre la detective y Esther*). Porque los homicidios que investigamos fueron cometidos un día antes de que fuera publicado cada libro; es imposible que dejara un manuscrito listo para publicar en ese tiempo.

ESTHER LÓPEZ: Así es, ni siquiera Stephen King podía escribir tan rápido.

DETECTIVE DAVIS: Entonces, ningún fanático excesivamente entusiasta de *Nota roja* asesinó a esas personas.

ESTHER LÓPEZ: Vaya, al menos ya no tendré que llevar chaleco antibalas a las firmas de libros.

Ambos detectives miran a Esther.

ESTHER LÓPEZ: ¿Qué? Hay muchos dementes en este país, sobre todo si eres latina. Tengo fans que dan mucho más miedo que cualquier psicópata que yo pudiera crear.

DETECTIVE EVANS: Eso nos deja sin sospechosos, en un punto muerto.

ESTHER LÓPEZ: Es una pena, en serio me estaba interesando por el desenlace de este caso. *(Junta las manos sobre la mesa y recarga su cabeza en ellas).*

DETECTIVE EVANS: *(Mirando la mesa).* Debe haber algo que no hemos visto.

Silencio.

ESTHER LÓPEZ: Bien, fue un estupendo interrogatorio, pero como ya no hay ningún caso en mi contra, voy a proceder a retirarme.

Esther se levanta y camina hacia la salida. La detective Evans aún mira la mesa, perdida en sus pensamientos; de pronto, levanta la mirada y mira a Esther, quien está a punto de tocar la manija de la puerta.

DETECTIVE EVANS: Espere, señorita López.

ESTHER LÓPEZ: *(Entre impaciente y socarrona).* ¿Qué sucede, detective? ¿Quiere un autógrafo antes de que me vaya?

DETECTIVE EVANS: *(Se levanta de la silla y señala a Esther con el bolígrafo, mientras camina hacia ella).* Los libros no fueron publicados hasta un día después de los homicidios, eso quiere decir que usted no robó información, pero también deja claro que ningún lector puede ser el culpable de los asesinatos, porque en el momento en que se cometieron los crímenes la única persona que tenía esas retorcidas ideas en la cabeza era usted.

ESTHER LÓPEZ: *(Niega con la cabeza, con la mano aún sobre la manija de la puerta).* ¿De qué está hablando, detective?

DETECTIVE EVANS: Dígame, señorita López: ¿En dónde estuvo los días en los que se cometieron los homicidios, entre las 6:30 y las 8:00 horas?

ESTHER LÓPEZ: *(Muy molesta).* Asesinato, ¿es en serio?

DETECTIVE EVANS: Conteste la pregunta, por favor.

ESTHER LÓPEZ: Está bien. *(Suelta la manija y levanta las manos en señal de rendición)*. Esto ya no es divertido, creo que llegó el momento de que llame a mi abogado. *(Camina hasta la mesa, se sienta en una silla y mira directamente a la detective)*.

DETECTIVE DAVIS: *(Sorprendido)*. ¿Tiene un abogado?

ESTHER LÓPEZ: *(Sin despegar la mirada de la detective Evans, quien no se la rehúye)*. Por supuesto que tengo un abogado, soy una figura pública.

DETECTIVE EVANS: ¿Por qué no lo llamó antes?

ESTHER LÓPEZ: Porque no era necesario. Además, como le dije antes, estas experiencias me ayudan a darle verosimilitud a lo que escribo y creo que acabo de darme cuenta de que le he dado demasiado mérito a la policía en mis novelas. Un desafortunado error que no volveré a cometer, por supuesto. Ahora, si me disculpan, debo hablar con mi editor. *(Se levanta y se dirige de nuevo a la salida)*.

DETECTIVE EVANS: *(Incorporándose)*. ¡Alto, no de un paso más!

ESTHER LÓPEZ: No me puede retener sin pruebas detective, conozco mis derechos. Siempre quise decir eso. *(Susurra esto último al detective Davis, quien está parado a un lado de ella)*.

DETECTIVE EVANS: Yo sé que no, pero creo que tenemos otro sospechoso.

ESTHER LÓPEZ: *(Regresa a su asiento)*. ¿En serio? ¿Quién?

DETECTIVE DAVIS: ¿Quién, detective?

DETECTIVE EVANS: El editor de la señorita López, por supuesto.

ESTHER LÓPEZ: ¿Jack? Él es demasiado idiota para cometer un asesinato.

DETECTIVE EVANS: Eso no lo determina usted.

ESTHER LÓPEZ: No, pero solo intento ahorrarle tiempo. Cuando estaba en el proceso de investigación de mis novelas conseguí una visita a la morgue y el cobarde no fue capaz ni de entrar al edificio. *(Cruza los brazos y se recarga en la silla)*.

DETECTIVE EVANS: De igual manera, me gustaría hablar con él, ¿sabe en dónde podría estar él en este momento, señorita López?

ESTHER LÓPEZ: Está en la editorial, jugando Mario Bros., o en su casa, comiendo helado mientras llora porque su novia lo dejó.

DETECTIVE DAVIS: ¿En serio?

ESTHER LÓPEZ: Claro, sé que suena patético, pero en eso se ha resumido su vida los últimos seis meses. *(Se encoge de hombros)*.

DETECTIVE EVANS: Detective, ya sabe a dónde ir. Tráigalo.

El detective Davis sale. Ninguna de las dos mujeres despega la mirada de la puerta y el silencio se extiende por la habitación durante algunos momentos.

ESTHER LÓPEZ: Vaya, esto se está volviendo interesante.

DETECTIVE EVANS: (*Regresando su atención a Esther*). Ahora, señorita López, dígame en dónde estuvo el día anterior a cada uno de los homicidios.

ESTHER LÓPEZ: (*Molesta*). Vamos, otra vez con eso.

DETECTIVE EVANS: Simplemente, prefiero que no queden cabos sueltos.

Silencio incómodo.

ESTHER LÓPEZ: (*Suspira*). Está bien: estaba en mi casa ensayando lo que iba a decir en las presentaciones del día siguiente.

DETECTIVE EVANS: ¿Es en serio?

ESTHER LÓPEZ: (*Susurrando*). Sí.

DETECTIVE EVANS: ¿Hay alguien que pueda confirmar su coartada?

ESTHER LÓPEZ: (*En tono de broma*). Solo si cuenta a mi perro. Le diré que él se toma su papel de espectador muy en serio.

DETECTIVE EVANS: Ya, en serio.

ESTHER LÓPEZ: La vecina lo puede confirmar.

DETECTIVE EVANS: (*Confundida*). Pero, no entiendo. ¿Por qué ensaya?

ESTHER LÓPEZ: Tengo pánico escénico y necesito ensayar si no quiero desmayarme a media presentación.

DETECTIVE EVANS: Vaya, jamás lo hubiera creído. En la presentación del tercer libro se veía muy tranquila y segura frente al escenario.

ESTHER LÓPEZ: (*Sarcástica*). Entonces, sí ha leído mis libros.

DETECTIVE EVANS: Me atrapó.

ESTHER LÓPEZ: Lo sabía y... ¿qué le parecen?

DETECTIVE EVANS: Sus tramas son muy buenas y Penny Anderson, la protagonista es... sensacional.

ESTHER LÓPEZ: Bueno, gracias. Usted se parece a ella, ¿sabe?

DETECTIVE EVANS: (*Voltea a ver a Esther, sorprendida*). ¿De verdad lo cree?

ESTHER LÓPEZ: Claro, ambas son inteligentes y obstinadas... también son ligeramente irritantes.

La detective Evans se limita a sonreír, mientras niega con la cabeza. Mientras tanto, el escenario se sumerge en la oscuridad.

II

Es la misma habitación, solo que ahora Esther López y la detective Evans están sentadas frente a Jackson Williams, un hombre rubio que ronda los cuarenta años; lleva camisa a cuadros, lentes de pasta gruesos y una barba corta, que luce irregular. Está evidentemente nervioso, sus manos sudan y no deja de mover las piernas. El detective Davis está en el fondo, junto a la puerta.

DETECTIVE EVANS: Señor Jackson... *(Alarga la última sílaba, esperando que el hombre le diga su apellido).*

JACKSON WILLIAMS: Williams. *(Su voz suena un poco más aguda de lo normal).*

DETECTIVE EVANS: Bien, señor Williams, ¿me puede decir en dónde estaba el día anterior a las presentaciones del tercer y cuarto libro de la señorita López?

JACKSON WILLIAMS: *(Tartamudea al hablar).* Yo... no lo recuerdo.

DETECTIVE EVANS: Eso no es una respuesta.

JACKSON WILLIAMS: *(Habla mientras se quita los lentes, sus manos tiemblan).* Tal vez visité a mi madre o hice la compra, no estoy seguro...

DETECTIVE EVANS: *(Mirando intensa y directamente a Williams).* Señor, necesito que lo recuerde, estamos hablando de dos homicidios y usted podría ir a la cárcel.

JACKSON WILLIAMS: *(Intimidado, se hunde en su asiento sin despegar los ojos de la mirada de la detective).* Yo, yo, yo...

ESTHER LÓPEZ: *(Irritada).* ¡Ay, Jack, por favor!

JACKSON WILLIAMS: Está bien, está bien. Fui a ver a Kendall. *(Lo dice con tristeza, mientras mira los lentes que sostiene entre sus manos; luego los limpia con la manga de la camisa).*

ESTHER LÓPEZ: *(Susurrando).* Qué patético.

La detective mira con reproche a Esther, pero ella no se inmuta. Después, la detective niega con la cabeza y, soltando un suspiro, regresa su atención a Jackson.

DETECTIVE EVANS: ¿Ambos días estuvo ahí?

JACKSON WILLIAMS: Voy una vez a la semana

DETECTIVE EVANS: ¿Su exnovia puede confirmar su coartada?

JACKSON WILLIAMS: No es mi exnovia, solo estamos dándonos un tiempo. Yo sé que somos almas gemelas y quería hacerla entrar en razón.

ESTHER LÓPEZ: *(Tratando de ser condescendiente).* Jack...

JACKSON WILLIAMS: (*Interrumpiéndola*). ¡Sé que me ama! Ella solo está confundida.

ESTHER LÓPEZ: (*Se levanta bruscamente de su asiento, tirando la silla hacia atrás*). ¡Por favor, Jack! Lo que había entre ustedes se acabó. Supéralo y sal con alguien más, adopta un gato... o algo. (*Dice lo último mientras recoge su silla y se vuelve a sentar*).

Jackson comienza a llorar mientras cubre su rostro.

DETECTIVE EVANS: (*Severa*). Señorita López, si vuelve a gritarle al interrogado, tendré que pedirle que se retire.

ESTHER LÓPEZ: Ya, lo siento. No volverá a pasar. (*Se cruza de brazos*).

DETECTIVE EVANS: Jackson, ¿Kendall podría confirmar la coartada?

JACKSON WILLIAMS: Sí, detective. Estuve todo el día con ella.

DETECTIVE EVANS: Ahora, explíquenme. Si ninguno de ustedes cometió los homicidios, ¿quién lo pudo haber hecho? (*Parece que hace la pregunta más para sí misma que para los demás*).

ESTHER LÓPEZ: (*Mientras contesta, se para y camina de un lado a otro en la habitación*). No lo sé, detective. Nadie más conoció las historias hasta el día de su publicación y solo nosotros trabajamos en la editorial.

JACKSON WILLIAMS: (*Tartamudea de nuevo*). Detective, yo creo saber quién fue.

Ambas dirigen su mirada a Jackson. Esther deja de caminar.

DETECTIVE EVANS: Hable, Jackson.

JACKSON WILLIAMS: Hace seis meses, cuando Kendall me terminó, le di regalos bastante costosos con la esperanza de que me aceptara de vuelta y...

ESTHER LÓPEZ: (*Canturreando*). Patético.

DETECTIVE EVANS: No interrumpa.

Esther suspira y tuerce los ojos.

JACKSON WILLIAMS: Y yo... me llené de deudas. Yo... (*Observa a las dos mujeres y mira de nuevo sus lentes, mientras susurra*). Vendí los manuscritos inéditos.

Esther dirige su mirada a Jackson y, un segundo después, camina hacia él y lo toma por el cuello de la camisa, levantándolo de la silla. La detective Evans también se pone de pie, atenta a lo que sucede.

ESTHER LÓPEZ: (*Masculla, furiosa*). ¡¿Hiciste... qué cosa?!

JACKSON WILLIAMS: (*Implorando*). Yo, yo estaba desesperado y él me ofreció mucho dinero.

ESTHER LÓPEZ: (*Sin soltarlo y acercando cada vez más su rostro al de él*). Yo te voy a ofrecer un pase... directo al panteón.

DETECTIVE EVANS: (*Alterna la mirada entre Esther y Jackson*). Cállese, señorita López.

Esther avienta a Jackson con fuerza y se sienta, cubriendo su cara con las manos.

DETECTIVE EVANS: ¿Quién le compró los manuscritos?

ESTHER LÓPEZ: (*Susurrando*). No puedo creerlo, yo confíé en ti.

JACKSON WILLIAMS: Fue Connor, Connor Miller. El presidente del club de fans de *Nota roja*.

DETECTIVE EVANS: Muy bien, tenemos que buscar a ese Connor antes de que...

ESTHER LÓPEZ: ¡Esperen!... (*Se quita las manos de la cara y mira a Jackson*). Jack, dime que no le has dado el manuscrito del libro que presentaremos mañana.

JACKSON WILLIAMS: Lo siento.

ESTHER LÓPEZ: (*Se pone de pie, visiblemente asustada*). ¡Mierda!

DETECTIVE EVANS: ¿Qué sucede, señorita López?

ESTHER LÓPEZ: Sucede que, por ser el último libro de la saga, decidí hacerlo más interesante y poner a la protagonista como el blanco del criminal.

Todos dirigen su atención a Esther.

DETECTIVE EVANS: ¿Eso qué significa?

ESTHER LÓPEZ: Que, probablemente... haya una bomba en este edificio.

El escenario se oscurece.

III

Todos los personajes entran a la oficina de la detective Evans. Hay un escritorio sencillo al fondo de la habitación; sobre él, una computadora y varios papeles desordenados. También hay un par de libreros. Todos empiezan a buscar el artefacto.

DETECTIVE EVANS: *(Mientras habla, saca libros de los estantes y los tira al piso).*

¿Y por qué en mi oficina?

ESTHER LÓPEZ: No sabía que era su oficina cuando lo escribí. *(Revisa las cosas que están del escritorio).*

DETECTIVE EVANS: Eso espero.

ESTHER LÓPEZ: *(Ve las hojas que están sobre el escritorio).* Vaya, podría sacar material para otros dos libros de aquí.

DETECTIVE EVANS: Deje esos papeles.

ESTHER LÓPEZ: *(Lo hace, masculla).* Aburrida.

DETECTIVE EVANS: ¿Dónde podría estar?

ESTHER LÓPEZ: Esperen... si Connor fue igual de preciso que en mis últimos dos libros, la bomba debería de estar en... el tercer cajón de su escritorio.

Todos dirigen la mirada al escritorio de la detective, pero este no tiene cajones.

ESTHER LÓPEZ: *(Tratando de no perder la calma).* Detective... ¿por qué su escritorio no tiene cajones?

DETECTIVE EVANS: Porque guardamos el archivo en otra sala.

ESTHER LÓPEZ: *(Desesperada).* ¡Ah, maldita sea! *(Dirige su atención a Jackson y hacia él).* Jackson, te voy a matar cuando esto acabe.

El detective Davis le toma las manos de Esther López e intenta tranquilizarla.

ESTHER LÓPEZ: Estoy bien, ya me tranquilicé. Ahora piensen, ¿en dónde más pudo esconder una bomba un chico de dieciocho años?

DETECTIVE DAVIS: En primer lugar, ¿cómo un chico de dieciocho años puede armar una bomba?

JACKSON WILLIAMS: Quizá porque el chico es un prodigio y está estudiando un doctorado en bioquímica avanzada.

DETECTIVE DAVIS: *(Susurra).* Demonios.

ESTHER LÓPEZ: Así es. Debemos darnos prisa, en el libro la bomba explotaba a las 8:30, es decir, en once minutos.

DETECTIVE EVANS: Siguiendo su lógica, ¿en qué otro lugar pudo esconder la bomba?

JACKSON WILLIAMS: (*Dirige su mirada a Esther, esperanzado*). Esther, las notas.

ESTHER LÓPEZ: Claro, ¿por qué no lo pensé antes?

DETECTIVE EVANS: (*Confundida*). ¿Cuáles notas?

ESTHER LÓPEZ: Como es el último libro de la saga, decidí poner al final notas sobre cosas que consideramos agregar, pero que al final fueron descartadas. Como curiosidades.

DETECTIVE EVANS: Y eso, ¿cómo afecta nuestra situación?

ESTHER LÓPEZ: (*Mientras camina al escritorio y busca tras la silla*). Es que, al principio, tenía planeado poner la bomba pegada en el respaldo de la silla de Penny. Aquí está.

Esther toma un pequeño cubo que tiene luces parpadeando en una cara y lo coloca en el escritorio, todos se acercan para verlo.

DETECTIVE DAVIS: ¿Por qué cambió de opinión?

ESTHER LÓPEZ: Creí que sería demasiado fácil ver la bomba, al parecer me equivoqué.

DETECTIVE EVANS: (*Nerviosa*). Muy bien, muy bien. Daniel, ¿cuánto tiempo nos queda?

DETECTIVE DAVIS: (*Echa un vistazo al reloj que lleva en su muñeca*). Cuatro minutos.

DETECTIVE EVANS: ¿Cómo la desactivo?

ESTHER LÓPEZ: Es fácil, abra la tapa y corte el cable azul.

La detective Evans abre la tapa y mira el interior durante unos segundos que parecen horas.

ESTHER LÓPEZ: ¿Por qué no lo corta? Estoy segura de que es el azul.

DETECTIVE EVANS: Tenemos otro problema.

ESTHER LÓPEZ: ¿Qué? ¿cuál?

DETECTIVE EVANS: No hay un cable azul.

DETECTIVE DAVIS: (*Revisa su reloj*). Un minuto.

ESTHER LÓPEZ: ¿Cómo?

DETECTIVE EVANS: No hay un cable azul...

JACKSON WILLIAMS: Oh, olvidé decírtelo, lo cambié. En el libro puse que era amarillo.

ESTHER LÓPEZ: (*Irritada*). ¿Por qué?

JACKSON WILLIAMS: (*Como si fuera lo más obvio*). Porque es mi color favorito.

ESTHER LÓPEZ: Estás despedido, por si no te había quedado claro.

Esther regresa su atención a la bomba y mira junto a la detective el interior.

ESTHER LÓPEZ: Está bien, cable amarillo

DETECTIVE EVANS: (*Busca en el interior de la caja*). Cable amarillo, cable amarillo.

DETECTIVE DAVIS: Diez segundos.

ESTHER LÓPEZ: (*Señala dentro de la caja*). ¡Aquí está, rápido!

La detective Evans corta el cable y las luces de la bomba se apagan, indicando que está desactivada. Esther y la detective suspiran aliviadas.

DETECTIVE EVANS: Listo.

ESTHER LÓPEZ: Daniel, Connor debe estar en el edificio de enfrente.

DETECTIVE DAVIS: Voy en seguida.

Esther le dirige una mirada de odio puro a Jackson y él, asustado, se dirige a la puerta.

JACKSON WILLIAMS: Yo le ayudo, detective.

El detective Davis sale de la habitación, seguido por Jackson.

ESTHER LÓPEZ: (*Viendo cómo se retira Jackson*). Aún siento ganas de matar a ese idiota.

DETECTIVE EVANS: (*Ríe, mientras deniega con la cabeza*). ¿Cómo sabe que Connor está enfrente?

ESTHER LÓPEZ: El criminal siempre regresa al lugar del crimen

DETECTIVE EVANS: (*Juguetonamente*). Eso es muy cliché.

ESTHER LÓPEZ: (*Divertida*). Tal vez lo sea, pero me funciona.

Silencio. Las dos mujeres se miran intensamente, es evidente que experimentan una admiración mutua.

ESTHER LÓPEZ: Ahora, ¿debería decirte «detective Evans» o «detective Penny Anderson»?

DETECTIVE EVANS: Sophia está bien.

ESTHER LÓPEZ: En ese caso, llámame Esther.

DETECTIVE EVANS: Me gustaba «señorita López».

ESTHER LÓPEZ: Bien Sophia, vamos por un café tal y como lo haría mi protagonista después de resolver un caso. *(Se dirige a la salida).*

DETECTIVE EVANS: No me gusta el café, «señorita López».

ESTHER LÓPEZ: *(Se detiene y mira incrédula a la detective).* ¿Qué?

DETECTIVE EVANS: El sabor es horrible.

ESTHER LÓPEZ: ¡No puedo creerlo!

DETECTIVE EVANS: Prefiero beber un licuado, o un té.

ESTHER LÓPEZ: ¿Cómo te levantas por la mañana?

DETECTIVE EVANS: Acostándome temprano.

ESTHER LÓPEZ: *(Fingiéndole que se sintió ofendida).* Está bien, ya no puedes ser Penny.

DETECTIVE EVANS: Oye, eso no se vale.

ESTHER LÓPEZ: *(Desde la puerta).* Claro que se vale: yo soy la escritora.

Ambas salen mientras ríen animadamente, al tiempo que el escenario se oscurece.

FIN

NUEVO HOGAR

David Suárez

Personajes:

A

B

C

Voz en el teléfono

I

C: Volveré en un par de días, necesito un lugar donde dormir, sabes bien que mi departamento no es suficiente para nosotras dos.

B: Si te deshicieras de esa niña, todo sería más fácil. No estudia, y la cantidad que inviertes en ella apenas y te alcanza con tu sueldo quincenal.

C: No me desharé de ella. Aun si me quedara en la calle, seguiría conmigo.

B: Está bien, de igual manera, no es mi hija.

II

Casa de C. Mientras esta sigue fuera, A se cuestiona el porqué de su situación y de qué manera puede librarse de los tormentos de B.

A: *(Para sí misma)*. Mi mami me dijo que el señor de la casa grande es feo, lo imagino como un ogro de las películas de miedo que salen en la tele de niños pero que dan miedo, y que comen niños que dicen que son llorones. Sí me da miedo. Me da miedo que me vaya a comer a mí también, y yo lloro mucho porque me da pena decir que quiero hacer pipí y me hago en mis calzones, pero nadie me ve. Si lloro, él me va a comer también y no quiero que lo haga. Tal vez si me quito mi cabello, ya no me quiera, he visto a veces en la tele que los niños sin cabello son feos, y a veces otros niños les dicen groserías, pero a mí nadie me va a decir esas cosas, yo no tengo amigos. Bueno, solo uno. Mi mejor amigo es Kimy. Duerme conmigo siempre y nunca me dice groserías,

y también jugamos juntos. Dice que todo es más fácil si bebo café como mi mamá. Aquí está la máquina de cortar cabello, sí sé cómo se hace, mi mami se lo ha cortado a muchas personas y yo veo cómo lo hace. Kimy dijo que no me corte el cabello, dice que así me veo bonita, y que mejor me vaya con él a la calle, pero me da miedo. Si lo hago, no sé a dónde ir, y me da miedo estar solita; pero tal vez me divierta, ya no voy a tener que arreglar mi casa ni juntar mis juguetes ni voy a tener que ver al señor de la casa grande, y además Kimy viene conmigo. Mejor sí me voy, mi mami no está y no va a saber. Pero sí me da miedo, qué tal que haya más señores ogro afuera y me vayan a comer. Desde la ventana veo perros buscando comida en la basura y niños llorando con sus mamás. Tal vez ellas no los quieren, y el señor ogro vaya a comérselos, y no quiero que me coman también a mí. Mejor me quedo aquí en mi casa y me quito mi cabello para que el señor de la casa grande no me vaya a comer. Mi mami nunca me ha dicho que soy bonita, y tal vez no lo sea, porque siempre está triste y no sé por qué; creo que no le gusta cómo soy y por eso llora cada que me ve, pero no le digo nada porque dicen que cuando las mamás lloran es porque algo no les gusta, y por eso llora siempre que me ve. Ya la conecté y no sirve. Ah, ya, es con el botón. Me raspa la cabeza. Mi mami sabe hacerlo bien, pero no está, no va a saber, y si llega, me va a ver y va a llorar. Sí soy fea, mi mami nunca me dice nada, pero Kimy me dice que me veo bonita. Quiero mucho a Kimy, es mi mejor amigo. Ya está mi cabello nuevo, así el señor de la casa grande no me va a comer, soy más fea. Me voy a lavar bien para que mi mami no vea lo que hice. También me voy a ir a ver tele, mi mami tal vez llegue en un rato más.

Pasadas unas cuantas horas, C llega a su casa y encuentra cabellos esparcidos por el suelo y la maquinilla fuera de su lugar; se ve mortificada, pero ignora el asunto y se va directo a dormir.

III

Por la mañana.

C: *(Para sí misma)*. Desde antier que B no me dice nada. De todas maneras, debo volver para pasar el fin de semana. *(Se dirige a A, imperativamente)*. ¡Hija!, ¡Vámonos a casa de tu padre! ¡Trae a Kimy contigo si quieres!

A: ¡Ya voy, mami! *(Toma un gorro y se lo pone antes de bajar)*.

- C: Hija, ya vámonos, se hace tarde y tu padre nos está esperando para comer.
- A: Yo no quiero ir, mami, me da miedo ese señor, qué tal que es un ogro de las películas de niños que salen en la tele.
- C: No es así, él es un hombre serio. Sí, se ve enojón, pero no es malo. Él fue el que compró a Kimy y me lo dio para que yo te lo diera a ti. ¿Te gusta mucho tu Kimy?
- A: *(Abrazándolo)*. Sí, mami, lo quiero mucho.
- C: ¿Ves? Él no es malo, solo se ve feo porque su ropa está sucia y su casa es muy grande, como de película de vampiros, pero es bueno.
- A: ¿Pero no me vas a dejar sola?
- C: No, mi niña, iremos juntas. Vas a conocerlo mejor y vas a ver que te va a gustar su casa, tiene muchas cosas interesantes que te pueden gustar, como sombreros, pipas viejas, tapetes de figuras, cuadros de aves muy bonitas, un reloj de péndulo que hace tic tac de lado a lado y que te pone a dormir, y muchos peluches en su habitación.
- A: Está bien, mami. Vamos. Quiero ver los peluches y escuchar el tic tac.

IV

A y C tocan dos y tres veces a la puerta de B.

B: Pasen.

A se sorprende al ver el lugar y mira atónita a su alrededor. B, de igual manera, se sorprende de ver a la niña de la que tanto había escuchado hablar.

- C: *(Discretamente, a B)*. Ella es mi hija, no la menosprecies, por favor.
- B: Claro que no, es igual de hermosa que tú, cómo podría.
- C: Sí, es muy bonita, pero es bastante tímida, así que no vayas a querer sorprenderla con tus manías.
- B: No es problema, veo que lleva el peluche de la última fiesta de la colonia. En una habitación tengo más, seguramente querrá verlos.
- C: Hija, ¿quieres ver algunos de los peluches que tiene tu papá? Yo iré mientras a servir de comer y haré un agua de sandía, ¿te gusta el agua de sandía?
- A: Sí, mami.
- C: Anda, yo los llamo para que vengan a comer.
- B: Vamos, hija.

B toma a A de la mano, suben al segundo piso y la conduce a la planta alta.

A: ¿De verdad que tú eres mi papá?

B: Sí, niña, ¿a poco pensabas que no?

A: Es que yo nunca te había visto.

B: Tu mami no te lo decía porque lo guardaba como una sorpresa para ti. Ya sabes que yo te quiero mucho y que algún día nos íbamos a conocer. Yo tampoco te había visto antes, y aquí estamos juntos para jugar con todos los peluches que tengo para ti. ¿Sí los quieres?

A: Sí que sí. Y mi mami va a hacer agua de sandía, es mi agua favorita.

B: Tu mami también te quiere mucho, ¿verdad?

A: Nunca me lo ha dicho, y siempre se pone a llorar cuando estamos en la casa y me ve. Eso lo hace cuando vuelve de afuera. Me dice que va a ir a ver a mi papá y que vuelve en un rato más.

A y B llegan a la habitación.

B: Tal vez llore porque te extraña, pero ya está muy cansada y quiere estar sola.

A: Pero yo sí la quiero mucho, ella me hizo este gorrito.

B: Ya veo, de verdad que a veces no tiene nada qué hacer.

A: Pues siempre está fuera, tal vez esté trabajando.

B: Sí, ella trabaja mucho, pero lo hace porque te quiere y te quiere dar lo mejor.

B sienta a A en la orilla de la cama y le quita el gorro sin que ella pueda evitarlo. B se sorprende de ver a la niña casi calva, pero finge que no se da cuenta y le indica el closet donde están guardados los peluches.

B: Espérame, voy por unos cuantos para que los veas. Recuéstate un momento, esa cama es muy cómoda.

A obedece. B apaga la luz, se acerca a A y la rodea con sus brazos.

A: ¡Tengo miedo! ¡Enciende la luz!

B: ¡Se fue la luz, hija! No tengas miedo, conmigo vas a estar segura.

A abraza a B buscando protección, pero este le tapa la boca mientras desliza su mano por debajo de su vestido. Se escucha el sonido de una licuadora a lo lejos,

que viene desde la cocina. A, pasmada, solo siente cómo la mano de B se desliza por su entrepierna, mientras le acerca la cara al cuello.

A: (Afónica). P... papá... (Balbuceante). Ma... ¡Mamá! (Llora levemente).

B: (Excitado). Espera, solo déjame ver... ¿Quieres que encienda la luz?

A se queda callada, mientras B continúa tentando por unos segundos hasta que esta pide que la suelte.

A: (Asustada). Papá, ya no más, por favor, ¿qué haces?

B, de tan extasiado, comienza a perder la razón y trata de quitarle la blusa, pero A forcejea por salir de ahí. B parece tomar consciencia de lo que está haciendo; se ve sudoroso y jadeante, pero la suelta.

A: (Entre lamentos). Papá, ¿por qué hacías eso? Le diré a mi mami.

B: (Mientras se levanta para encender la luz). Dile, a ver si te lo cree. Yo le voy a decir que me tiraste patadas y mordidas porque no te quise regalar los peluches. Y si ella no me cree, también la voy a castigar, y más feo que a ti.

A sale corriendo del cuarto y baja a la cocina.

V

A: Mami, ¿vamos a estar mucho tiempo aquí?

C: Solo hasta mediodía, hija. Comeremos en casa porque saldremos a comprar zapatos para ti. Hoy es martes, recuerda. Ya casi está listo, ¿quieres?

A: Mami, ¿puedo estar aquí contigo?

B: Sí, hija. ¿Ya fuiste a ver los peluches de tu papá?

A: Sí, mami, pero quiero ayudarte a cocinar. ¿Dónde está Kimy?

C: Lo dejaste allá en la mesa.

A va por Kimy y regresa corriendo a la cocina.

A: Mami, quiero ayudarte, ¿sí puedo?

C: Que sí, hija. Ve por tu papá y ayúdale a acomodar la mesa.

A: Se quedó en el cuarto, mami.

A comienza a temblar, pero C mantiene la vista en lo que está haciendo y no se percata de ello.

C: Sí, hija, pero ve por él para que monten la mesa.

A: (*Angustiada*). Mami, ya me quiero ir.

C: Ya, no te pongas necia y háblale a tu papá.

A: Mami, por favor...

C: Ya, pues, siéntate, yo le hablo. Pero no nos iremos hasta que hayamos desayunado todos juntos.

A llora en silencio y sale de la cocina. Luego se sienta a la mesa.

VI

B está sentado en la cama de la habitación, meciéndose rítmicamente.

B: (*Para sí mismo, oliéndose los dedos*). Maldita niña.

C: (*Desde la cocina*). ¡El desayuno está listo!

B: Joder. (*Aspira profundamente, se levanta de la cama y sale de la habitación*). Malditas mujeres.

VII

Ya a la mesa, frente a A, C responde una llamada telefónica. A continúa agachada con recelo, mientras B juega con un trozo de servilleta sucia, observando a la niña fijamente.

C: (*Intentando no ser escuchada*). Sí, claro. No, hoy es martes, recuerda. Desde el mediodía, más o menos, ¿por qué? Tengo a mi niña conmigo, no puedo.

B: (*Inquisidor*). ¿Con quién hablas?

C: Permíteme. (*Cubre el auricular con la mano*). Es un viejo amigo, nada más.

B: ¿Y qué quiere?

C: Solo habla para saber cómo estamos, ¿por qué?

B: Te ocultas.

C: No, pero no es de tu incumbencia.

B se levanta de la mesa y se acerca a C. A, asustada, comienza a llorar y se levanta para abrazar a su madre.

B: Tú eres de mi incumbencia. Cuelga y sírvenos.

A: ¡Mami!

Se escucha una voz proveniente del teléfono.

Voz: Oye, ¿sigues ahí?

B sujeta firmemente la muñeca de C.

C: ¡Suéltame!, ¡necesito contestar!

A se sujeta a la cintura de su madre.

B: Y nosotros necesitamos comer.

C: Lo sé, pero puedes ayudarme a servir los platos en lo que respondo la llamada.

B: No tienes por qué hacerlo, no es el momento.

B está furioso y C preocupada. A tropieza con el pie de su madre y se golpea la cabeza en la orilla de la mesa.

Voz: ¿Bueno?... Bueno...

C quita la mano del auricular, cuelga el teléfono y se apresura a abrazar a su hija.

C: (Afligida). Hija, hija, ¿estás bien?

A: (Llora). Sí, mami. (Se soba). Mi cabeza...

En el ínter, B va a la puerta de entrada para asegurarse de que no haya nadie cerca y la cierra con seguro. Luego vuelve con una vara de metal entre las manos. C le pone un paño tibio en la cabeza a A y la levanta.

C: Ven, hija. Ya te sirvo tu plato.

B: ¿Ya terminaste?

Suena de nuevo el teléfono de C y B rápidamente lo toma y contesta. C está en la cocina con los platos en la mano.

B: *(Fingidamente amable)*. ¿Bueno? *(Esconde la vara detrás de su cuerpo. Nadie contesta)*. ¿Quién habla? *(No hay respuesta)*. Usted dígame quién es, por favor. *(No hay respuesta)*. ¡Dígame qué necesita, responda, carajo!

C: *(Nerviosa, pero tratando de mantener la calma)*. Dame mi teléfono, por favor.

A: Mami, ¿ya vas a venir a comer?

C: Sí, hija. Ya voy.

B cuelga el teléfono y lo pone sobre la mesa, lejos de C. Ella va hacia A, mientras B se le acerca sigilosamente, como un animal que acecha a su presa; trae la vara de metal entre sus manos. A, aterrada, mira cómo B se acerca amenazadoramente a su madre.

A: ¡Mamita, el ogro!

La siguiente escena se desarrolla en cámara lenta. B levanta la vara y golpea fuertemente la cabeza de C, quien cae sin alcanzar a defenderse. A se pone a Kimy junto a la oreja, como si lo escuchara decir algo, y corre hacia la sala de estar. A abraza fuertemente a Kimy y queda de espaldas a B. A medida que este se aproxima a la niña su sombra crece, tornándose en una suerte de monstruosa aparición.

A: *(Se acucilla, sollozando)*. Los ogros sí existen, Kimy.

Se escucha «New Home (Slowed)», de Austin Farwell, mientras que una mezcla de golpes secos y sollozos infantiles llenan el ambiente. Al mismo tiempo, las luces se atenúan hasta que la escena se oscurece completamente.

FIN

POR MANO PROPIA
(EL CONDENADO MÁS
DICHOSO DEL MUNDO)

Salvador Pérez

Personajes:

Justino (*abogado*)

Arcano (*acusado*)

Amador (*padre de Arcano*)

Ixchel (*madre de Arcano*)

Malia (*hermana de Arcano*)

Paulo Costa (*hijo de una familia poderosa en Costa-
legre y el Estado del Litoral*)

Edmundo Plata (*diputado local*)

Voz de víctima 1

Voz de víctima 2

Ladrón

El escenario estará dividido en dos partes: una con poca luz, otra que se ilumina a plenitud en algunos momentos de la obra. Al iniciar la representación, Arcano deambula en la zona lúgubre; fuma mientras le da la espalda a Justino

JUSTINO: ¿Qué intentaba lograr con lo que hizo?

ARCANO: Gracias por el tabaco.

JUSTINO: Ayúdeme y le dejo toda la cajetilla.

ARCANO: Qué generoso me salió usted.

JUSTINO: ¿Qué quiere a cambio, entonces?

ARCANO: Solo justicia.

JUSTINO: Esa no se la puedo dar yo.

ARCANO: Ya sé. Ni usted, ni nadie. Por eso se las arrebaté.

JUSTINO: Entonces, le llama justicia a lo que hizo. ¿Qué me dice de las familias afectadas, los huérfanos, las viudas?

ARCANO: ¿Qué me dice de mis padres, abandonados en su vejez y su tristeza?

JUSTINO: Pudo ser su consuelo, pero decidió aumentar sus pesares.

ARCANO: A mis padres ya no los animaba nada. Que yo estuviera con ellos no ayudaba.

JUSTINO: ¿Están mejor sin usted?

ARCANO: Estarían mejor con mi hermana, pero ella no volverá. Eso es lo que realmente me gustaría, lo que solucionaría las cosas. ¿Sabe usted cómo traerla de vuelta?

JUSTINO: No.

ARCANO: Lo ve. Una cosa es decirlo y otra hacerlo. La gente como usted es buena para hablar.

JUSTINO: Aun así, creo que a sus padres les hubiera venido bien tenerlo cerca.

ARCANO: Me tuvieron cerca por más de tres años. Los lejanos eran ellos. Yo le rogaba a mi padre que me explicara cómo sanarle su pena, que me revelara cómo ayudarle a cargar esa cruz. Pero sus pensamientos ya estaban en otro mundo. Se habían ido junto con los recuerdos de su hija. Intenté de todo, pero nunca pude arrancarlo del silencio.

JUSTINO: ¿Su padre fue siempre callado?

ARCANO: Qué va. Era un hombre alegre. Disfrutaba todos los gustos de su época. Se alegraba con cubas. Era bueno tocando la guitarra. Fanático de las mujeres, les componía boleros.

JUSTINO: ¿Su madre que opinaba de eso?

ARCANO: Le causaba gracia. Lo reñía. Se burlaba de él. Le decía que les cantaba a las mujeres porque la voz era lo único que le servía. Lo chantajeaba, le decía que, si no la llevaba a la playa en Semana Santa, les contaría a sus pretendientes lo cansino y enclenque que era.

JUSTINO: ¿Qué hacía su padre?

ARCANO: Cada año viajábamos a la costa. Eran los momentos más felices. Nos bajábamos del camión en la mañana y visitábamos alojamiento tras alojamiento. Siempre terminábamos en algún lugar de Armadillo, en el bungalow más barato. Algunos tenían alberca, otros no. Disfrutábamos el mar. Teníamos cámaras de llanta que usábamos como salvavidas. Mi madre cargaba con la despensa de la semana y preparaba la cena en la cocineta.

Se ilumina la mitad opuesta del escenario. En ella, una mesa con tres comensales: Amador, su esposa Ixchel y su hija Malia.

AMADOR: Ya estoy viejito, mujer. ¿Qué chingados vamos a hacer en el futuro?

IXCHEL: Lo que siempre hemos hecho, viejo: seguir trabajando.

Arcano se acerca y participa en la conversación.

ARCANO: Ya sabe que yo lo alivianaré.

AMADOR: Ay, hijo. Primero ayúdate tú, luego piensas en nosotros.

MALIA: Tan pronto terminemos la universidad, le irá mejor a la familia. Ya verá.

AMADOR: No está fácil la cosa. Ojalá de veras que cuando salgan de la escuela les vaya bien. Con que les ajuste para vivir a ustedes, con eso me doy por bien servido. Ya si les sobra algo, y les nace de corazón, ahí nos dan tan siquiera para un refresco.

ARCANO: Le digo que, en cuanto trabajemos en nuestra profesión, vamos a ayudar a la familia. Siempre le digo lo mismo y no entiende.

AMADOR: Ya estoy viejito, Ixchel. Cuando ya no pueda trabajar, ¿qué chingados vamos a hacer?

IXCHEL: Lo que siempre hemos hecho, viejo: seguir trabajando.

Se apagan las luces de la mitad del escenario. Arcano regresa con Justino.

JUSTINO: ¿Entonces no los ayudó?

ARCANO: No.

JUSTINO: Lo dicho. Sus padres lo necesitaban cerca.

ARCANO: Mientras estuve libre nunca les faltó sustento. Pero ya no era eso lo que les preocupaba. Se habían sacrificado para darnos buena educación. Se quitaban el taco de la boca para que nos alcanzara para los camiones, las impresiones, las fotocopias. El último semestre de la facultad fue terrible. No me podía concentrar. Estaba triste, cansado, me dormía todo el tiempo. Yo quería que terminara cuanto antes. Me frustraban las tareas, los exámenes. Me aterraba no encontrar trabajo. A duras penas terminé. Cuando finalizaron las clases, no tenía dinero para los trámites de titulación, ni para la fiesta de graduación. Para solventar eso, me conseguí mi primer trabajo. Un profesor se conmisero de mí. Me vio pálido, mal comido, desesperado. Me dio una carta de recomendación con la que me aceptaron como administrativo del Ministerio de Salud de Costalegre. Yo era apenas un pasante, pero me pagaban salario de titulado. Me arrumbaron en la oficina de un centro de salud, haciendo el vaciado estadístico de las brigadas contra el dengue. Imagínese, estudiar administración de empresas para terminar capturando el número de tinacos

desaguados por los inspectores, los criaderos encontrados, los cacharros volteados, las llantas colocadas bajo techo, las toneladas de recipientes recolectadas por el camión de carga. Pero el sueldito era una bendición. Con el primer cheque, llegué a la rosticería y compré un pollo, papas, ensalada, tacos, arroz. Era el favorito de mi padre. Pero para entonces, ya no disfrutaba nada. Le serví un plato copeteado, le presumí los billetes. Le puse mil en el bolsillo de la camisa. Le di tres mil a mi mamá de chivo. Nos sentamos a comer y él solo miraba el plato. «¿No va a probarlo?», le pregunté. «No me gusta el pollo», me respondió. Pero yo sabía que sí le gustaba. También le gustaba el dinero, las mujeres y tocar la guitarra, pero ya nada de eso le interesaba. Lo que deseaba era tener a su hija de vuelta.

Se oscurece todo el escenario. Tras una breve transición, Justino y Arcano aparecen en la mitad iluminada.

JUSTINO: Entiendo su situación, licenciado. Solo le pido paciencia. Honestamente, su caso es complicado.

ARCANO: Por supuesto que lo es. De otra forma no estaría aquí.

JUSTINO: Me refiero a que tendremos problemas para demostrar la culpabilidad del sujeto.

ARCANO: ¿Qué clase de problemas? Hubo testigos. Es un secreto a voces en todo Costalegre. Incluso tenemos una grabación...

JUSTINO: No es suficiente.

ARCANO: ¿No es suficiente contar con un delito videograbado para demostrar su existencia?

JUSTINO: No. Estos casos requieren habilidades y conexiones políticas para resolverlos.

ARCANO: Las imágenes hablan por sí solas.

JUSTINO: Será un juez quien dictamine el caso, no unas imágenes.

Arcano camina hacia la otra mitad del escenario, la cual se encuentra escasamente iluminada y luce lúgubre.

ARCANO: Hice lo que me pidió, ¿recuerda? Acudí con las autoridades. Me pidieron que les contara todo lo que sabía. Se los repetí una y otra vez. Sí, Ma-lia es mi hermana. La reconozco. Sí, salió un jueves por la noche a cenar con una amiga. No, no era alcohólica. No, no consumió ni había consumido nun-

ca ninguna droga. Sí, era soltera. No, no tenía ningún enemigo. No se metía con nadie. ¿Cuántas veces tengo que contar la misma historia? Me lastima. Siento como si la viviera otra vez, como si el pasado estuviera tan solo a unos pasos. Les he firmado tamaños oficios tantísimas veces. Todos con las mismas letras, las mismas verdades. ¿Qué más quieren de mí? ¿Eso me devolverá a mi hermana?

Justino camina hacia la parte lúgubre del escenario y acompaña a Arcano.

JUSTINO: Todo eso fue necesario para impartir justicia. Son procesos que se deben cumplir. ¿Sabe cuántos pícaros hay en nuestra sociedad? No digo que su hermana, ni sus padres. La gente buena como su familia se mueve en una caja de cristal. Caminan en el mundo sin tocarlo. Los que trabajamos haciendo cumplir la ley sabemos lo capaz que es la gente de hacer maldades. Para ese tipo de persona, para la que finge, para la que acusa sin justificación, para la que quiere meter gente a la cárcel como venganza política, existen los procesos. Con ellos podemos garantizar que, quien es declarado culpable, realmente lo sea.

ARCANO: ¿Qué hacen con los declarados inocentes?

JUSTINO: ¿Cómo dice?

ARCANO: ¿También se aseguran de que los declarados como inocentes realmente lo sean?

JUSTINO: No se puede proceder contra el que demuestra su inocencia.

ARCANO: ¿Se demostró la inocencia de Paulo Costa?

JUSTINO: No necesariamente...

ARCANO: ¿Usted aseguraría que es inocente?

JUSTINO: Nadie que se apellide Costa lo es; todos en el Litoral lo sabemos. Pero, en el caso que nos compete, no hubo manera.

ARCANO: Hay un video...

JUSTINO: No se presentó a tiempo. El oficio estaba pésimamente redactado. No se fundamentó la evidencia con los artículos correctos. Se excedió el tiempo legal.

ARCANO: Las imágenes muestran como...

JUSTINO: No se presentaron las periciales pertinentes para comprobar la veracidad de las imágenes. Lo visto contradecía el reporte de los oficiales y de varios testigos...

ARCANO: Según el video, los testigos mienten...

JUSTINO: ... por lo que el juez no pudo certificar la grabación como una prueba válida.

ARCANO: Para eso se deben cumplir los procesos...

JUSTINO: ¿Cómo dice?

ARCANO: ... para ocultar lo que resulta evidente, lo que todos saben.

JUSTINO: Las cosas no funcionan así. No hay ninguna evidencia válida que compruebe...

ARCANO: Se lo quise explicar a mi padre, eso del proceso. Le dije que todo mundo sabía lo que pasó. Que todo el mundo vio lo que nosotros. Que el video circulaba en cada celular del país. Dudé, pero decidí mostrárselo. Por fin, después de meses, rescató su mirada de la nada y la posó sobre mi teléfono. Lo primero que salió de sus ojos fueron lágrimas, luego indignación, rabia. Por último, esperanza. «Encuétrala», me dijeron esos ojos. «Hazlos pagar». Y yo le explicaba lo del debido proceso, lo del procedimiento y los tiempos legales, y esos ojos me seguían diciendo que la encontrara, que los hiciera pagar. Todo le cuadraba, siempre y cuando cumpliera la exigencia de su mirada. Aquello le dio una razón de vivir. Todos los días despertaba con ánimos de odiar. Aquella era su esperanza. Yo lo mantenía al tanto de todo: me volvieron a citar a declarar. Cotejaron mi versión con la de los testigos. Hubo un careo. Sí, papá, ya entregamos el video como evidencia. Sí, conseguimos que uno de los testigos hable a nuestro favor. No, papá, de lo del abogado no te preocupes. Estuvo enterado de todo el proceso.

Se ilumina la otra mitad del escenario. Aparece Amador sentado. Arcano camina lentamente hacia él.

ARCANO: Al final, tuve que confesárselo todo. No quería notificárselo. Hubiera preferido que pasara el resto de sus días con esa flaca ilusión. Que odiara y creyera en la venganza los días que le restaban de vida. Pero mi madre no tuvo corazón para dejarlo en el engaño. Me obligó a notificarle el resultado del «debido proceso». Y ahí me tienes (*Arcano se pone de rodillas frente a su padre y lo toma fuertemente de las manos*), avisándole que lo que todos vimos no es prueba suficiente, que los testigos se echaron para atrás, que los policías cambiaron su declaración, que en el careo nuestra versión de los hechos no coincidía con la de los presentes, que el juez no había certificado las pruebas, los tiempos legales, la oportunidad, la fundamentación, las firmas y el recurso de inconformidad. ¡Vamos a apelar, papá, te lo juro! ¡El asunto lle-

gará hasta la Suprema Corte de Justicia...! (*Amador le da un puñetazo en la cara a Arcano, quien cae hacia atrás y se incorpora lentamente*). Su puño en mi mandíbula, los ojos ictericos, inyectados de sangre, su agitación, su pecho yendo y viniendo, fueron las últimas señales de vida antes de que su mirada regresara a la nada.

Se oscurece todo el escenario. Transición. En la parte iluminada del escenario aparece Edmundo Plata, viste un traje formal. Arcano habla con él.

ARCANO: ¿Está seguro de que lo que le pido es posible?

EDMUNDO PLATA: Delo por hecho. ¿Conoce mi trayectoria?

ARCANO: La conozco, pero no quiero abrazar falsas esperanzas.

EDMUNDO PLATA: Lo mismo dijeron los que pedían que se entubara el río que desembocaba en el puerto, o que se investigara lo de los mineros desaparecidos en la Candela. Todos esos casos se legislaron gracias a mí.

ARCANO: Diputado, va a pensar lo peor de mí...

EDMUNDO PLATA: ¿Qué pasa? Hay algo más, ¿verdad?

ARCANO: Los litigios que pagué durante tantos años fueron todos en vano. Terminé mal parado y con deudas. Va a creer que soy un tacaño.

EDMUNDO PLATA: Entiendo. No tiene nada de qué preocuparse. Lo que haré no cuesta nada, lo paga el erario. Eso sí, debo aclararle lo siguiente: cuando se sesiona una propuesta de ley, siempre termina uno teniendo que poner un billetito aquí y otro por allá. Eso no lo paga el Estado. Si quiere que la cosa camine, va a tener que invertirlo. Piénselo y organícese. Más no puedo hacer por usted.

Edmundo Plata abandona la mitad iluminada del escenario. Entra Ixchel.

IXCHEL: ¿Qué planeas, Arcano?

ARCANO: No planeo nada, madre.

IXCHEL: Algo tienes entre manos, hijo. No me mientas.

ARCANO: No sé de qué hablas.

IXCHEL: Por lo que más quieras, no se lo digas a tu padre. Déjalo esperar la muerte en silencio. No lo ilusiones más.

ARCANO: No hay nada qué decirle a mi padre.

IXCHEL: Es más. No me lo digas tampoco a mí. Si algún día llegara a mirarme, no sabría ocultarle la verdad. Es mejor no saber nada.

ARCANO: Nada sabrás porque nada pasa.

Arcano abandona la parte iluminada del escenario, la cual comienza a oscurecerse. En la otra mitad, Justino lo espera.

JUSTINO: ¿Eso es lo que quería? ¿Se da cuenta de lo que logró? Ya estará contento. Se ha hecho justamente como ha dispuesto.

ARCANO: Lo estoy.

JUSTINO: Mentiroso. Hipócrita. Se muere de miedo. No puede con la vergüenza. El suyo es el caso más patético nunca visto. Es la burla del Litoral. Los periodistas que dieron a conocer su noticia no pueden hacer menos que esbozar una pequeña sonrisa...

ARCANO: Son todos unos vendidos.

JUSTINO: Abundan los memes con su cara. Es el nuevo chico mala suerte. La ignominia de todo el país.

ARCANO: Hay quienes admiran mis actos. Los imitan...

JUSTINO: Es usted aterrador a los ojos del pueblo. La gente no se explica cómo puede alguien ser capaz de tanta maldad.

ARCANO: ¿No se lo explican? Todos en Litoral me conocen. Saben que lo hice por...

JUSTINO: Abundan las víctimas en los noticieros, en las redes sociales. Numerosos testimonios, lágrimas, familias destruidas.

ARCANO: Como la mía. Pero todas culpables.

JUSTINO: Se convirtió en aquello que tanto odia. Es peor que Paulo Costa. ¿Con qué cara exige justicia?

ARCANO: ¡Yo soy la justicia!

JUSTINO: ¡Usted es la venganza! ¿Quién le ha nombrado juez de la humanidad?

ARCANO: La justicia se hizo carne y habita en mí.

Las voces de las víctimas gritan.

VOZ DE VÍCTIMA 1: ¿Dónde está mi papá?

VOZ DE VÍCTIMA 2: Me desaparecieron a mi esposo.

JUSTINO: Está loco. Delira. Es el terror y la ira.

VOZ DE VÍCTIMA 1: Me mataron a mi hijo. Era buen muchacho.

ARCANO: Todos lo merecían.

VOZ DE VÍCTIMA 2: Sí, robaba, pero nomás para que comiéramos.

JUSTINO: Usted no es quién para decidir. Eso le corresponde a la ley.

VOZ DE VÍCTIMA 1: Él se dedicaba a robar casas. Un día salió a trabajar y ya no volvió. Exijo que lo encuentren.

ARCANO: Yo soy la ley.

VOZ DE VÍCTIMA 2: Y ahora cómo le voy a hacer. Él era el sostén de la casa. Me dejó con cuatro niños chiquitos.

JUSTINO: Eres un criminal.

VOZ DE VÍCTIMA 1: La policía me dijo que, por la forma y la cantidad de las heridas, a mi hijo lo mataron con rencor.

ARCANO: El que me conoce a mí, conoce la justicia.

VOZ DE VÍCTIMA 2: Mi hijo merecía cárcel, no esto. Exijo que intervenga Derechos Humanos.

JUSTINO: El que lo conoce a usted, conoce a la muerte.

ARCANO: En efecto.

La otra mitad del escenario se enciende. En ella se encuentra Edmundo Plata sentado. Arcano entra lentamente.

EDMUNDO PLATA: Arcano, qué bueno que lo veo. Le tengo noticias de su asunto. Me temo que no son buenas.

ARCANO: No hace falta que me las diga. Ya las conozco.

EDMUNDO PLATA: Lamento informarle que la propuesta de ley no fue aceptada por el Congreso.

ARCANO: Lo supuse.

EDMUNDO PLATA: La decisión fue tomada...

Arcano habla al mismo tiempo que Edmundo, pronunciando exactamente las mismas palabras.

EDMUNDO PLATA Y ARCANO: ... la Cámara declaró no constitucional la petición, toda vez que carece de fundamento legal y atenta contra el marco jurídico nacional y los tratados internacionales.

Arcano se aleja lentamente hacia la mitad lúgubre del escenario, dejando a Edmundo Plata hablar solo; la voz de este se va apagando.

EDMUNDO PLATA: Lamento que su solicitud haya sido desechada. De antemano, quiero garantizarle que todos los movimientos del proceso fueron tramitados como corresponde. También le hicimos llegar su estipendio a quien debía entregarse. Desafortunadamente...

ARCANO: Con la poca fuerza que me quedaba, intenté explicarle a mi madre lo ocurrido. Ella no quiso saber nada. Madre, hice todo lo que pude.

IXCHEL: *(Su voz se escucha en la oscuridad)*. No me interesa.

ARCANO: Si por mí fuera...

IXCHEL: Déjame sobrellevar los días que me restan.

ARCANO: Todo lo que está en mis manos y hasta lo que no.

IXCHEL: No quiero hablar más del tema.

ARCANO: Ella también se fue. Se encontraba en un lugar distante, donde ya no era madre de nadie, donde nunca había perdido a una hija.

Se apagan las luces del escenario. Transición. Vuelven las luces; Justino se encuentra en la mitad lúgubre del escenario, Arcano en la iluminada.

JUSTINO: El primero fue un hombre llamado Víctor Sánchez.

ARCANO: Falso. Víctor Sánchez apareció cuando ya llevaba por lo menos una decena.

JUSTINO: ¿Entonces quién fue?

ARCANO: Nunca supe su nombre. Nadie lo buscó.

JUSTINO: En todo caso, sus maneras fueron siempre las mismas. Una navaja al cuello, unos tiros en la frente.

Aparece un ladrón en la parte iluminada del escenario. Se dirige a Arcano.

LADRÓN: Eh, compa. Saque unos cinco varos para un cigarro.

Arcano saca unas monedas y se las da.

LADRÓN: Nel, compa. Mejor saque la cartera, el celular, el reloj, si no quiere que le dé unos fierrazos.

Arcano le entrega el celular, luego se quita el reloj y se lo entrega; mientras el ladrón se lo abrocha, Arcano saca una navaja y se la clava en el abdomen al bandido, quien cae.

ARCANO: El primero fue diferente. Estaba enojado y nervioso. La primera se la puse en el abdomen. El tipo estaba muerto de miedo. Se quedó congelado. Cayó boca arriba. (*Arcano ejecuta todas las acciones que narra*). Me le tiré encima. Lo vi pálido, incrédulo. La camisa se pintó de rojo. La segunda también fue al estómago, y la tercera y la cuarta. Le di abajo hasta que me cansé. Luego lo apuñalé en el pecho. Qué frágiles resultan ser las costillas. Luego le atravesé el cuello. No le tracé ninguna herida. Todas fueron penetraciones. Le hice decenas de boquetes. Por fin me sentí escuchado, como liberado de un peso, de un rencor.

JUSTINO: A eso se le llama sadismo.

ARCANO: Se le llama justicia.

JUSTINO: No hay justicia sin un juicio imparcial.

ARCANO: «El malvado huye sin que nadie lo persiga». Proverbios 28:1.

JUSTINO: Sus actos no tienen decencia, no digamos coherencia matemática. Mató a decenas de personas a cambio de una.

ARCANO: Mi trabajo es preventivo. Evito que otras familias sufran lo que la mía.

JUSTINO: Ha destruido decenas de hogares.

ARCANO: Nidos de víboras donde se incubaba maldad.

JUSTINO: ¿Quién le ha nombrado juez?

ARCANO: Su incapacidad de procurar por nosotros.

Se apagan las luces. Transición. Ahora todo el escenario es lúgubre. Arcano está sentado en una silla eléctrica. Las voces de los personajes se escuchan en la oscuridad.

VOZ DE VÍCTIMA 1: Era tan buen muchacho...

VOZ DE VÍCTIMA 2: Heredaría los negocios de su padre...

VOZ DE VÍCTIMA 1: Pulcro, educado, guapo, de buena cuna...

VOZ DE VÍCTIMA 2: Todos le auguraban una excelente carrera política...

VOZ DE VÍCTIMA 1: Todo por compadecerse de una corriente...

VOZ DE VÍCTIMA 2: Una de tantas resbalosas que querían sacarle dinero...

VOZ DE VÍCTIMA 1: Solo ella supo a dónde se dirigía después de haberlo sonseado...

VOZ DE VÍCTIMA 2: Seguramente encontró su merecido aquella noche...

EDMUNDO PLATA: Lo que ocurrió es inconcebible. Una tragedia. Yo mismo me he encargado de proponer a la Cámara la reforma inmediata al código penal

que permita restituir la pena de muerte en el Litoral. La aceptación por unanimidad del proyecto de reforma que yo mismo redacté no se hizo esperar.

Entra Justino. Arcano se dirige a él.

ARCANO: ¿Ha visto el video? Se observa un carro blanco. El número de placas coincide con el auto de Paulo Costa...

JUSTINO: Felicidades. Logró su cometido.

ARCANO: La puerta del copiloto está abierta. El cristal, semiabierto, de manera que el cuello de mi hermana se sostiene atrapado...

JUSTINO: Será el primer ejecutado. Quizá bauticen la reforma con su nombre...

ARCANO: Quien la mancilla viste las mismas prendas que mostró Paulo Costa en sus redes sociales durante la fiesta...

JUSTINO: Pudo continuar su cruzada hasta la eternidad, pero se metió con la persona equivocada...

ARCANO: Ni qué decir del tatuaje que se muestra en su antebrazo izquierdo. Es el signo que se marcan todos los de la familia Costa...

JUSTINO: Se asegurarán de destruir su imagen antes de mandarlo al otro mundo. Así operan ellos...

ARCANO: Ella todavía respiraba y podía sostener sus piernas, pero estaba notablemente tomada...

JUSTINO: Me llevó entre las patas. Estoy arruinado. Nunca debí aceptar el litigio...

ARCANO: Me lo encontré por casualidad, cayéndose de borracho, en una gasolinera cerca de la zona de tolerancia. No dudé un instante...

JUSTINO: Hasta nunca, Arcano. Ojalá no encuentre el descanso. Maldito sea.

ARCANO: Fue glorioso. Cada puñalada era como pisar un peldaño en dirección al paraíso.

Justino se aleja. Arcano queda solo por unos minutos. Lentamente, Amador entra a escena y se le acerca. Le pone un brazo sobre un hombro, luego sobre el otro. Lo abraza. Se apagan las luces y el escenario queda en oscuridad total.

ARCANO: Antes de que se extinguiera la luz, pude ver sus ojos inyectados de bolleritos, mujeres y rabia. «Encuéntrala», me dijo.

FIN

RECUERDA, MAMÁ

Mar Saes

Personajes:

Doña Luisa

Dora (*hija menor de doña Luisa*)

Armando (*hijo mayor de doña Luisa, hermano de Dora*)

Victoria (*mejor amiga de Dora*)

Javier (*exprometido de Dora*)

Vecina 1

Vecina 2

Vecina 3

Vecina 4

I

Afuera de la casa de doña Luisa; es un edificio de una planta, pintado de amarillo pálido, tiene un jardín muy bien cuidado y un cancel pintado de blanco, la ventana de la recámara de doña Luisa está abierta.

VECINA 1: (*En un susurro chismoso*). Ya le digo, comadrita, desde que volvieron, hace dos semanas, la pobre está como loquita.

VECINA 2: (*También susurra*). ¡Ay, pero qué mala eres, comadrita! A mí no me gusta juzgar por juzgar. Ayer la vi tomando el sol, aquí afuerita, y la noté normalita, normalita.

VECINA 1: Ya te dije, comadrita, se ve normal, pero a la pobre ya se le fue la canica. Loca, loca quedó. ¡Hasta habla sola!

VECINA 2: Pero, ¿tú la has visto hablar sola? A lo mejor estaba rezando un rosario o cantando.

VECINA 1: ¿Y tú por qué no me quieres creer? ¿Eh, comadrita?

VECINA 2: ¡Ay! Es que se me hace muy triste eso, pobrecita.

VECINA 1: Es muy triste sí, pero así es la vida a veces.

Entra Dora, viene cargada con la bolsa del mandado. Abre el cancel de la casa de su madre: doña Luisa. Dora es muy guapa y atractiva, viste muy elegantemente, como una gran ejecutiva. Conforme se cambie de escena, su ropa y su aspecto evidenciarán, cada vez más, informalidad y descuido.

DORA: Buenos días.

VECINAS: Buenos días, Dora.

DORA: ¿Buscaban a mi madre? (*Apenada*). Le tienen que tocar muy fuerte para que reaccione.

La vecina 2 se esconde detrás de la vecina 1 y mira a Dora fijamente.

VECINA 1: (*Duda*). Solo queríamos saber cómo sigue tu mami.

DORA: (*Suspira*). Pues un poco mejor, la recuperación de un derrame es muy lenta, y difícil, pero ahí va.

VECINA 1: Paciencia y resignación, Dora.

Las vecinas salen cuchicheando entre ellas, Dora tuerce los ojos y entra a la casa.

II

Dentro de la casa de doña Luisa, las paredes son de color rosa pálido; la sala es de diseño sencillo, pero está bien cuidada; el comedor, de cuatro lugares, igual. Las paredes están llenas de fotos, cuadros y cruces. Una pantalla de televisión, demasiado grande para el mueble donde reposa y para el presupuesto de esa casa, alumbra a doña Luisa, una mujer de aproximadamente 65 años, quien se encuentra en pijama, sentada en una mecedora, mientras mira sin ver un programa de variedades.

DORA: Buenos días, madre. ¿Descansaste?

DOÑA LUISA: Mmm.

DORA: Voy a preparar el desayuno.

DOÑA LUISA: Quiero pozole.

Dora sonríe con tristeza.

DORA: No hay pozole, madre, pero te puedo preparar un plato con frutita y yogurt.

DOÑA LUISA: ¡Pozole!

DORA: (*Cruza los dedos*). A lo mejor en la noche.

DOÑA LUISA: (*Contenta*). Hoy es el final de la novela. ¡La vas a ver conmigo!

DORA: (*Suspira*). Sí, madre.

Le acerca un plato tan pequeño que parece el plato de una muñeca, lleno a rebosar de fruta y yogurt; la mujer comienza a comer con mucho apetito. Dora se sienta en el suelo, frente a doña Luisa.

DORA: (*Tensa, como si ya hubiera tenido esta conversación miles de veces*). Madre, te quería preguntar algo muy importante, ¿te acuerdas en dónde guardaste la carpeta de cuero que antes era de mi abuelo?

DOÑA LUISA: (*Duda*). ¿La carpeta tan bonita de mi papá? (*Dora asiente, doña Luisa se emociona*). ¡Qué carpeta tan más bonita, Dorita! ¡Y olía delicioso! Quinientos pesos, le costó, y en esos tiempos quinientos pesos eran una fortuna, pero mi papá había ahorrado mucho para poder comprarla. La quería para guardar todos los documentos importantes: el acta de matrimonio, las actas de nacimiento, y de bautizo, y de confirmación de tu tía Mechita, y de tu tío Adal, y de tu tía Alicia, y de tu tío José María y las mías. También era para guardar los documentos de los terrenos y de sus negocios... ¡Ay, mi papaíto tan organizado! Y cuando se murió, Dios lo tenga en su santa gloria, me dejó a mí su carpeta de cuero, entre otras cositas. Y tu papá, en paz descanse, y yo, ahí guardábamos todos los documentos importantes, y...

DORA: (*Suspira, paciente*). Sí, madre, sí. Me acuerdo de lo rico que olía, pero, ¿en dónde quedó?

DOÑA LUISA: (*Fastidiada*). Pues bien guardada, Dora. Está llena de documentos importantísimos, ¡no iba a dejar que estuviera rondando por ahí!

DORA: Hay un documento que Armando y yo necesitamos sacar de ahí. Por eso te pregunto.

DOÑA LUISA: (*Pensativa*). Armando no ha venido a visitarme.

DORA: Armando vino antier, madre. También vinieron Armandito y Julián, y tu nuera Mirna.

DOÑA LUISA: (*Feliz*). ¡Ah, sí!

Doña Luisa sigue viendo su programa sin prestar atención.

DORA: ¿Madre?

DOÑA LUISA: ¿Mmm?

DORA: ¿La carpeta?

DOÑA LUISA: ¡Ya te dije que está bien guardada, niña!

DORA: Armando y yo la necesitamos, necesitamos algunos papeles de ahí.

DOÑA LUISA: ¿Qué papeles? No quiero que se pongan a jugar con mis cosas y las pierdan, mejor yo luego...

Doña Luisa se queda ausente, solo ríe de vez en cuando según lo que pasa en la pantalla de la televisión. Dora se limpia un par de lágrimas y después de darle sus pastillas deja a doña Luisa entretenida y feliz, mientras ella se dispone a limpiar la casa.

III

Dentro de la recámara de Dora, las paredes son de color lila, hay una cama matrimonial recargada contra una de las paredes, una mesa de noche, un escritorio cubierto de papeles, una silla cubierta de ropa y otra silla, vacía, el tocador también está cubierto de papeles, además de cremas, maquillaje, etc. El clóset está abierto y muy ordenado. Dora, sentada en su cama, habla por teléfono con Armando.

DORA: (*Frustrada*). En la mañana volví a intentarlo, Armando, pero madre no quiere cooperar, no me dice en dónde está la carpeta.

ARMANDO: (*Preocupado*). Ya déjalo, Dora...

DORA: (*Interrumpe*). No es solo por los papeles. Madre no está recuperando la memoria tan rápido como nos dijo su doctor, me mortifica mucho.

ARMANDO: Dora...

DORA: (*Vuelve a interrumpir*). Pero siento que si logro que recuerde en donde está la mentada carpeta, tal vez eso active los engranes de su cerebro y todo comience a mejorar, ¡por eso insisto tanto!

ARMANDO: Deberías salir, Dora. ¿Hace cuánto que no ves a Javier? Necesitas desestresarte, tomar aire...

DORA: (*Dura*). Terminé con Javier.

ARMANDO: ¡¿Qué?! Dora, ¿y la boda?, ¿y tu futuro? Mamá está...

DORA: Madre está bien, sí, y va a mejorar y va a volver a ser la misma, pero no terminé con Javier por eso... Me estaba engañando con Fernanda, la de la universidad.

ARMANDO: (*Sorprendido*). ¿Fernanda no estaba casada...?

DORA: ¿Y eso cuándo le ha impedido a alguien ser infiel? Tienes a papá como ejemplo.

ARMANDO: (*Suspira*). ¡Ay, Dora! Lo siento mucho, mucho. El domingo voy a la casa y platicamos, ¿sí? Pero tienes que relajarte un poco...

DORA: Nada de eso, ahorita lo que tengo que hacer es enfocarme en madre, en que mejore. Luego ya veré.

ARMANDO: ¡Ay, Dora!

IV

Dentro de la sala de la casa de doña Luisa, la mujer, sentada en el suelo, mira la televisión; lleva pijama, una distinta a la anterior. Dora sale de su recámara, ya está vestida para ir al trabajo.

DORA: Buenos días, madre. ¿Descansaste?

DOÑA LUISA: Mmm.

DORA: Voy a preparar el desayuno.

DOÑA LUISA: Quiero tacos de suadero.

Dora sonríe con tristeza.

DORA: No hay tacos de suadero, madre, pero te puedo preparar un plato de frijoles con queso Cotija.

DOÑA LUISA: ¡Tacos de suadero!

DORA: (*Cruza los dedos*). A lo mejor en la noche.

DOÑA LUISA: (*Contenta*). Hoy es el final de la novela. ¡La vas a ver conmigo!

DORA: (*Suspira*). Sí, madre.

Le acerca un plato tan pequeño que parece el plato de una muñeca, lleno a rebosar de frijoles con queso Cotija, la mujer comienza a comer con mucho apetito. Dora se sienta en el suelo, frente a doña Luisa.

DORA: (*Tensa, como si ya hubiera tenido esta conversación miles de veces*). Madre, te quería preguntar algo muy importante, ¿te acuerdas en dónde escondiste la carpeta de cuero que antes era de mi abuelo?

DOÑA LUISA: (*Duda*). ¿La carpeta tan bonita de mi papá? (*Dora asiente, doña Luisa se emociona*). ¡Qué carpeta tan más bonita, Dorita! ¡Y olía delicioso!

Quinientos pesos, le costó, y en esos tiempos quinientos pesos eran una fortuna. Mi tío Enrique, el hermano de mi papá, le dijo que mejor se comprara un coche, pero mi papá había ahorrado mucho para poder comprarla. Me contó que de niño tenía un jefe, que era muy rico, que tenía una carpeta así, y desde entonces se prometió que algún día sería rico y tendría una carpeta igual. Y una vez que se casó y le comenzó a ir mejor, ahorró para la carpeta; la quería para guardar todos los documentos importantes: el acta de matrimonio, las actas de nacimiento, y de bautizo, y de confirmación de tu tía Amalia, y de tu tío Heriberto, y las mías. También era para guardar los documentos de los terrenos y de sus negocios, tenía muchos negocios tu abuelo, creció pobre y se convirtió en un gran señor... ¡Ay, mi papáito, tan organizado! Y cuando falleció, Dios lo tenga en su santa gloria, me dejó a mí su carpeta de cuero, entre otras cositas. Y tú papá, en paz descanse, y yo, ahí guardamos todos los documentos importantes: las actas, los testamentos, las compraventas de terrenos...

DORA: (*Suspira, paciente*). Sí, madre, ya me has platicado... ¿Sabes? Hace mucho que no la veo, ¿me la enseñas? Si quieres, dime en donde está y voy por ella y seguimos platicando de mi abuelito... ¿En dónde está?

DOÑA LUISA: (*Fastidiada*). Pues bien guardada, Dora. Está llena de documentos importantísimos, ¡no iba a dejar que estuviera rodando por ahí!

DORA: Hay un documento que mis hermanos y yo necesitamos sacar de ahí. Por eso te pregunto.

DOÑA LUISA: (*Pensativa*). Emma no ha venido a visitarme.

DORA: Emma está viviendo en Inglaterra, madre. Recuerda que está estudiando su doctorado.

DOÑA LUISA: (*Feliz*). ¡Ah sí! ¡Mi hija la doctora, no médica!

Doña Luisa deja de prestarle atención a Dora y sigue viendo su programa.

DORA: ¿Madre?

DOÑA LUISA: Mmm.

DORA: ¿La carpeta?

DOÑA LUISA: ¡Ya te dije que está bien guardada, niña!

DORA: Necesitamos algunos papeles de ahí.

DOÑA LUISA: ¿Qué papeles? No quiero que se pongan a jugar con mis cosas y las pierdan, mejor yo luego...

Doña Luisa se queda ausente, solo ríe de vez en cuando según lo que pasa en la pantalla de la televisión. Dora se limpia un par de lágrimas y, después de darle sus pastillas, deja a doña Luisa entretenida y feliz, mientras ella se dispone a desayunar.

V

Sala de la casa de Victoria, mejor amiga de Dora; está decorada con estilo minimalista, las paredes son blancas y los sillones se ven algo incómodos, pero muy estéticos. Ambas mujeres toman café.

VICTORIA: (*Preocupada, pero feliz*). Me da mucho gusto que te hayas tomado el tiempo de venir, Dor, no nos veíamos desde lo de tu mamá... (*Suspira*). ¿Cómo... cómo te sientes?

DORA: (*Suspira, algo triste*). Ha sido difícil. A veces se porta como si tuviera cinco años otra vez, olvida muchas cosas, e inventa otras. Luego parece casi normal... Pero tengo que estar muy atenta todo el tiempo. Gracias al cielo, Chave la cuida todos los días cuando me voy a la oficina.

Victoria parece estar incómoda con la plática.

VICTORIA: ¿De qué hablas, Dora?

DORA: ¿Cómo que de qué habló? Pues no puedo renunciar a mi trabajo para quedarme todo el día con mi madre, por eso contraté a Chave, y hasta ahora se ha portado muy bien con ella, es una muy buena enfermera. La trata como si fuera su familiar.

Silencio. Victoria mira intensamente a Dora.

DORA: Yo sé que siempre dije que nunca iba a dejar que algún desconocido se encargara de mi madre, pero nadie nos esperábamos esto... Y mis hermanos están de acuerdo en que no puedo dejar a la deriva mi vida y mis planes, y te juro que Chave es un amor... Sí, siento algo de culpa cada que me voy, pero no hay de otra, Vic, no hay de otra.

VICTORIA: No sabía que... Que todo era tan complicado últimamente.

DORA: No tienes ni idea. Y ahorita con Armando, que no me deja en paz con eso de que me relaje y la fregada...

VICTORIA: Tal vez...

DORA: Tengo el firme propósito de hacer que madre recuerde en dónde escondió una carpeta en la que guarda muchos documentos importantes, no porque los necesitemos ya de ya... Bueno, sí los necesitábamos, pero Armando arregló eso con un notario. De ahí se me ocurrió que si lograba que se acordara en donde la guardó, tal vez, tal vez así comenzaría a mejorar... Pero para Armando y Emma eso significa que estoy obsesionada y quieren que me vaya unos meses a Inglaterra, con Emma, como si no entendieran que lo hago por madre y por todos nosotros. Necesitamos a madre.

VICTORIA: (*Deja su taza, la cual no había soltado desde el principio de la conversación, en la mesa del centro, y toma las manos de Dora*). Dor... Dor, no tengo ni idea de qué decirte, no puedo ni imaginar lo que estás pasando ahora, pero quiero estar para ti, para lo que sea, amiga, lo que sea. No sé... No sé cómo ayudarte... Y aparte lo de Javier, no entiendo, ¿qué pasó entre ustedes?

DORA: ¿Pues qué pasó? Me puso el cuerno, ¡eso pasó! ¡Y con Fernanda, para terminarla de cagar!

VICTORIA: (*Incrédula*). ¿Con Fernanda Azpeitia? (*Dora asiente*). ¿Fernanda Azpeitia, la esposa de Salma de la Torre? (*Dora vuelve a asentir*). ¿Fercha, la lesbiana?

DORA: Pues muy lesbiana no puede ser, la verdad, si no, no se habría metido a la cama con Javier... ¿Crees que debería contarle lo que sé a Salma? Me da mucha pena verla tan enamorada de esa cualquiera.

VICTORIA: Ellas viven en Vallarta desde que se casaron en diciembre del año pasado. Dora, ¿cómo te pudo poner el cuerno Javier con ella si ni siquiera vive aquí?

Dora se encoge de hombros.

DORA: Yo sé lo que vi, Vic... De seguro vino a visitar a sus papás o no sé. Y la verdad no quiero seguir hablando de Javier, es cosa del pasado.

VICTORIA: ¿Y la boda...?

DORA: No seas ridícula, Victoria ¡No me voy a casar con un infiel! Ya cancelé todo... ¿Sabes qué es lo peor? ¡Que se metió con ella cuando yo estaba tan preocupada por mi madre, tan vulnerable! ¡Maldito, maldito, maldito, maldito!

VICTORIA: ¡Ay, Dora!

VI

Dentro de la sala de doña Luisa, quien, sentada en el comedor, mira la televisión; está vestida de domingo. Dora entra a la casa cargando una bolsa llena de comida, se puede ver que sobresale el tallo de un brócoli.

DORA: Buenos días, madre. ¿Descansaste?

DOÑA LUISA: Mmm.

DORA: ¡Qué guapa te ves hoy!

DOÑA LUISA: Pienso ir a misa de doce, ¿me acompañas?

DORA: (*Suspira, triste*). Hoy no es domingo, madre, es jueves.

DOÑA LUISA: (*Confundida*). ¿Hoy es jueves...? ¡Vaya, qué tonta! Pues igual me apetece ir a misa, ¿vienes?

DORA: Debo ir al trabajo... Si quieres, el domingo vamos.

DOÑA LUISA: (*Severa*). ¡Siempre tienes una excusa, niña!

DORA: (*Tuerce los ojos*). Sabes que siempre que puedo te acompaño. En fin, voy a preparar el desayuno.

DOÑA LUISA: Quiero una torta ahogada.

Dora sonríe con tristeza.

DORA: No puedes comer torta ahogada, madre, pero te puedo preparar un jugo verde y un omelette de claras.

DOÑA LUISA: ¡Torta ahogada!

DORA: (*Cruza los dedos*). A lo mejor cuando el doctor te dé permiso de comer cerdo.

DOÑA LUISA: (*Contenta*). Hoy es el final de la novela. ¡La vas a ver conmigo!

DORA: (*Suspira*). Sí, madre.

Le acerca un plato tan pequeño que parece el plato de una muñeca, con un omelette blanco y un vasito a juego con jugo verde; la mujer comienza a comer con mucho apetito. Dora se sienta a la mesa, al lado de doña Luisa.

DORA: (*Tensa, como si ya hubiera tenido esta conversación miles de veces*). Madre, te quería preguntar algo muy importante, ¿te acuerdas en dónde escondiste la carpeta de cuero que antes era de mi abuelo?

DOÑA LUISA: (*Molesta*). ¡Claro que sé en dónde está la carpeta, Dorita! ¿Me crees una vieja desmemoriada? Haz de estar esperando a que de verdad me dé algo para largarme en un asilo. Mocosa malagradecida.

DORA: (*Casi llorando de felicidad*). No, no, no. Jamás te haría algo así, madre. ¿De verdad te acuerdas en dónde está? ¡Ay, qué alegría! ¡Qué felicidad me da escucharte decir esto, madre!

DOÑA LUISA: (*Aún molesta*). ¡Deja de gritar, Dora! ¿Y para qué quieres mi carpeta, de todas formas? ¿No querrás cambiar el testamento para tú quedarte todo? ¿O vender los terrenos? No, no, jamás te diré en dónde está. No confío en ninguno de ustedes tres, ni porque los parí... Más bien, no confío en ustedes justo porque los parí.

DORA: (*Resignada y acostumbrada a esos tratos*). No quiero nada de tu carpeta, madre, solo quería comprobar que aún recuerdas dónde está.

Una pausa en la que ambas solo ven la televisión.

DOÑA LUISA: (*Atenta al programa*). Hoy van a preparar chiles en nogada, quiero comparar su receta con la mía, seguro que a mí me quedan mejor.

DORA: (*Terca*). Pero, ¿de verdad recuerdas en dónde está la carpeta?

DOÑA LUISA: (*Ausente*). ¿Cuál carpeta, Emma?

DORA: (*Suspira*). Soy Dora, madre. La carpeta de cuero...

DOÑA LUISA: (*Sin dejar de ver la pantalla*). ¿La carpeta de cuero de mi papá? ¡Huele tan bonito, Dora! ¿Te conté alguna vez cómo fue que tu abuelo consiguió el dinero para comprarla? Tuvo que trabajar muchas horas extras, pero a él no le importaba porque tenía la idea de que una vez que la comprara, su suerte en los negocios cambiaría. Él y tu abuela ya estaban casados, de hecho, tu abuela estaba embarazada de tu tío Teodoro, y a ella le enojaba mucho que su esposo pasara más tiempo en el trabajo que con ella. Pero él lo hacía porque tenía muy metida la idea en la cabeza de la fortuna que le traería la carpeta de cuero, «Ya verás, vieja, cómo todo va a mejorar, solo aguántate tantito más, tantitito más, y luego hasta me vas a agradecer, mi vida». El caso es que nació tu tío Teo, y justo ese día, tu abuelo pudo comprar la carpeta de cuero. ¿Y qué crees? ¡Se encontró en la calle un boleto de lotería y ganó mucho, mucho dinero! La suerte cambió para la familia ese día, y tu abuelita jamás se volvió a quejar de que tu abuelito trabajara mucho... Además de que la carpeta era muy útil para guardar todos los documentos importantes de la familia: las actas de bautizo y...

Doña Luisa se queda ausente, habla sin emoción y no despega la mirada del programa matutino de variedades.

DORA: (*Suspira, triste y algo llorosa, pero paciente y determinada*). Sí, madre, ya me has platicado... ¿Sabes? Hace mucho que no la veo, ¿me la enseñas? Si quieres, dime en donde está y voy por ella y seguimos platicando de mi abuelito... ¿En dónde está?

DOÑA LUISA: (*Reacciona un poco*). Pues bien guardada, Dora. Está llena de documentos importantísimos, ¡no iba a dejar que estuviera rodando por ahí!

DORA: Hay un documento que Emma necesita para un trámite. Por eso te pregunto.

Doña Luisa chasquea los labios, juega con su vaso de jugo y, después de unos segundos, mira con atención a Dora.

DOÑA LUISA: (*Pensativa*). Hace mucho que no veo a Javier.

DORA: (*Sorprendida. No esperaba ese comentario*). ¿Javier? Ah... Javi ha estado muy ocupado con el trabajo, pero me prometió que venía el domingo a comer.

DOÑA LUISA: (*Confundida*). ¿Hoy no es domingo?

DORA: (*Suspira*). Es jueves, madre.

DOÑA LUISA: (*Feliz*). ¡Ah! Pues tenemos tiempo de planear un festín.

Doña Luisa continúa viendo su programa y deja de prestarle atención a Dora.

DORA: ¿Madre?

DOÑA LUISA: Mmm.

DORA: ¿La carpeta?

DOÑA LUISA: ¿Cuál carpeta?

DORA: La de cuero...

DOÑA LUISA: No sé de qué me hablas, Emma.

DORA: (*Resignada*). Soy Dora.

Doña Luisa se queda ausente, solo se ríe de vez en cuando según lo que pasa en la pantalla de la televisión. Dora se limpia un par de lágrimas y, después de darle sus pastillas, deja a doña Luisa entretenida y feliz, mientras ella se arregla para ir al trabajo.

VII

Un parque vacío. Hay una banca de hierro en la que está sentado Javier, en actitud de espera. Hay algo de basura en el suelo, y muchas hojas secas. A lo lejos se escuchan niños jugando fútbol. Javier usa lentes, es algo alto y muy guapo, usa ropa deportiva, una mochila descansa en el suelo, a su lado. Entra Dora, carga su portafolio y una caja de pizza, de color naranja.

JAVIER: *(Se para de un brinco, sin ocultar su entusiasmo y alivio)*. ¡Dora! ¡Qué felicidad encontrarte por fin!

Dora lo ignora, y sigue caminando.

JAVIER: *(Desconcertado)*. Amor, ¿qué pasa?

Dora se para en seco, se da la vuelta y se acerca a Javier, se ve fúrica. Él, asustado, se aleja un poco de ella.

DORA: *(Muy alterada)*. ¡¿Cómo te atreves a preguntarme que qué pasa, maldito infiel de mierda?!

JAVIER: *(Sorprendido)*. ¿De qué rayos hablas, Dora?

DORA: *(Cada vez más alterada)*. ¡¿De qué rayos hablo?! *(Deja su portafolio y la caja de pizza en la banca)*. ¡¿De qué rayos hablo?! ¿Te metes con una zorra cualquiera y ahora vas a fingir demencia? ¡Maldito perro infiel! *(Javier, indignado, intenta hablar, pero Dora no para de gritar)*. ¿Creíste que no me iba a enterar? Creíste que te ibas a salir con la tuya, ¿verdad? Pues por suerte tengo buenos amigos que me mostraron todo: el cochino video, los mensajes, las fotitos... ¡todo, todo lo vi, Javier!

JAVIER: *(Enojado y confundido)*. Dora. Dora... No entiendo...

DORA: ¿Qué no entiendes, Javier? ¿No entiendes que me enteré de todo? ¿Que sé que me pusiste el cuerno con Fernanda? ¿Que arruinaste nuestro matrimonio antes de que comenzara, y de paso el de Fernanda y Salma...?

JAVIER: *(Aún más confundido)*. ¿Azpeitia? ¿La lesbiana?

DORA: ¡No me importa si la mujer esa es lesbiana, o monja, o qué! Me importa que tú te metiste con alguien que no era yo, mientras yo estaba en el hospital, cuidando de mi madre que casi se nos muere. *(Comienza a llorar)*. Me importa que, cuando más te necesitaba a mi lado, decidiste acostarte con una mujer casada. ¡Pasé noches enteras al lado del lecho de mi madre, llorando,

preguntándome si alguna vez volvería a despertar, y tú... ¡Y tú estabas divirtiéndote de lo lindo con Fernanda! ¡Te odio!

JAVIER: *(Aún más confundido)*. ¿Casi...? Dora... Dora, ¿te sientes bien?

DORA: *(Vuelve a tomar sus cosas)*. Vete a la mierda, Javier. *(Sale)*.

JAVIER: *(Derrotado)*. ¡Ay, Dora!

VIII

Cocina de la casa de doña Luisa; las paredes son blancas, todos los electrodomésticos lucen como nuevos, de acero inoxidable. Las encimeras y los gabinetes son algo anticuados y viejos, el escurridor de trastes está lleno a rebosar, al igual que la tarja. Doña Luisa está sentada en el suelo, con ropa de diario y un mandil azul de cuadritos. El piso de la cocina está lleno de ollas, trastes, un par de vasos rotos, ingredientes, comida pasada... es un desastre. Doña Luisa le da vueltas a una olla llena de agua y pedazos de tortilla con una cuchara de madera, tararea. Desde la sala se escucha la televisión. Una de las llaves del gas está un poco abierta. Entra Dora.

DORA: *(Revisa su celular y no le pone atención al desastre)*. Hola, madre, ya llegué del trabajo, se me hizo un poquito tarde. Ya se fue Chave, ¿verdad? *(Doña Luisa asiente con la cabeza sin dejar de tararear y batir)*. Espero que no te hayas quedado sola mucho tiempo. *(Levanta la mirada de la pantalla y observa el estado de la cocina, conmocionada)*. ¡Madre! ¿Qué pasó aquí? ¿Estás bien? ¿Qué rayos? Madre, deja te ayudo a levantarte.

Dora se acerca a su madre, pero doña Luisa le da un golpe en la mano con la cuchara.

DOÑA LUISA: *(Sigue batiendo la olla)*. ¡Estoy cocinando, Dora! Chave me dijo que hoy íbamos a cenar el picadillo que tú preparaste, pero yo no quiero picadillo, ¡no me gusta! Así que voy a hacer chiles en nogada. Son nuestros favoritos.

DORA: *(Casi llorando, mientras comienza a recoger el desastre)*. Madre... ¡Ay, madre! ¿Qué hago? *(Mira hacia el techo, como si una respuesta fuera a llegar de ahí)*. ¿A qué huele? *(Olfatea)*. ¡Gas! ¡Ay no, ay no! *(Cierra la llave que estaba abierta)*. ¿Cuánto tiempo tiene esto abierto? *(Se recarga en la pared, sostiene su frente con una mano)*. ¡Tengo que ventilar la casa! *(Abre las ventanas)*. Doña Luisa sigue «cocinando», Dora decide que la tiene que sacar de ahí pa-

ra que respire aire fresco). Ven, madre, ¿no quieres sentarte en el jardín a tomar el fresco?

DOÑA LUISA: Estoy cocinando, Dora. Mejor al rato, después de cenar, y vemos las estrellas.

DORA: Es que... Hoy se me antoja comer... ¡Pozole! ¿Quieres?

DOÑA LUISA: (*Interesada*). ¿Pozole...? ¡Pozole! ¡Quiero pozole! (*De pronto se pone triste*). Pero no tenemos ingredientes para hacer pozole, Dora, me hubieras dicho desde la mañana, niña tonta.

DORA: (*Ayuda a doña Luisa a ponerse de pie*). No te preocupes madre, lo pedimos a domicilio.

DOÑA LUISA: (*Dejándose guiar*). Ni que fuera una pizza, Dora.

Salen las dos.

IX

Dentro de la sala de doña Luisa. Ella mira la televisión apagada; sentada en el sillón individual, está envuelta en una manta tejida, tiene frío, lleva un camisón blanco. Dora sale de su recámara, ya está vestida para ir a trabajar.

DORA: Buenos días, madre. ¿Descansaste?

DOÑA LUISA: Mmm.

DORA: Voy a preparar el desayuno.

DOÑA LUISA: (*Sin dejar de mirar la pantalla*). Quiero menudo.

Dora sonríe con tristeza.

DORA: No hay menudo, madre, pero hoy voy a hacer chilaquiles.

DOÑA LUISA: ¡Menudo!

DORA: (*Cruza los dedos*). A lo mejor el sábado.

DOÑA LUISA: (*Grita, sin dejar de ver la pantalla*). ¡No! ¡Hoy! ¡Tacos de suadero!

DORA: (*Paciente*). Creí que querías menudo...

DOÑA LUISA: (*Más alterada, casi en un berrinche*). ¡No, no, no, no! ¡Quiero desayunar tacos de suadero y de barbacoa!

DORA: Madre...

DOÑA LUISA: (*Grita con más fuerza*). ¿Por qué no me das lo que quiero?

DORA: Madre, por favor, ahora solo tengo ingredientes para preparar chilaquiles.

DOÑA LUISA: (*Aún sin dejar de ver la pantalla*). ¿Verdes o rojos?

DORA: (*Aliviada*). De los que quieras.

DOÑA LUISA: Verdes.

DORA: Enseguida están.

DOÑA LUISA: (*Contenta*). Hoy es el final de la novela. ¡La vas a ver conmigo!

DORA: (*Suspira*). Sí, madre.

Le acerca un plato tan pequeño que parece el plato de una muñeca, lleno a rebosar de chilaquiles verdes; la mujer comienza a comer con mucho apetito. Dora se sienta frente a doña Luisa, en el sillón más grande.

DORA: (*Tensa, como si ya hubiera tenido esta conversación miles de veces*). Madre, te quería preguntar algo muy importante, ¿te acuerdas en dónde escondiste la carpeta de cuero que antes era de mi abuelo?

DOÑA LUISA: No. Nunca he tenido esa carpeta.

DORA: (*Desesperada*). ¡Claro que sí, madre! La carpeta de cuero café, es como un archivero. Mi abuelito te la dio de regalo de bodas, para que te diera fortuna como se la dio a él...

DOÑA LUISA: Mi papá nunca tuvo una carpeta así.

DORA: (*Susurra para sí misma*). Hoy está peor. (*A doña Luisa*). Madre, claro que sí. Acuérdate, por favor. Recuerda que tu papá era muy pobre de niño, y trabajaba para un señor muy rico que siempre iba cargando una carpeta de cuero llena de papeles importantes, y él pensaba que cuando fuera grande tendría una igualita, hasta con los papeles, porque él quería ser así de importante...

DOÑA LUISA: No. Papá siempre fue rico.

DORA: No, no, madre. Tal vez cuando tú naciste, sí. Pero él creció pobre, ¡siempre nos contaron eso! Y comprar la carpeta fue lo que lo motivó a salir de la pobreza. ¡La carpeta costaba quinientos pesos! Eso era muchísimo dinero para la época, y su hermano le dijo que mejor se hubiera comprado un carro, o dado el enganche de un terreno, o comprado cosas para el tío Teodoro que estaba por nacer...

DOÑA LUISA: Yo no tengo un tío Teodoro. Tenía un hermano Teodoro, Dios lo tenga en su santa gloria.

DORA: (*Llora*). Madre... Mamá, por favor, por favor, reacciona. Armando y Emma decidieron que es mejor que vivas en un asilo... Cometí el error de contarles de tu incidente con el gas de la semana pasada. Creen que no mejoras y que yo no estoy capacitada para cuidarte. Pero, escucha, mamá... Mamá,

por favor, mírame, deja de ver la tele. (*Doña Luisa la ignora, en ningún momento ha dejado de mirar la pantalla apagada*). Mamá, si me dices en dónde está la carpeta, les probaremos a mis hermanos que estás mejorando y así te vas a poder quedar aquí.

DOÑA LUISA: ¿Quiénes son Armando y Emma?

DORA: Son tus hijos, mamá.

DOÑA LUISA: Pues no los he visto ya.

DORA: Mamá, por favor, mamá. (*Con esperanza*). ¿Te acuerdas de que siempre me decías que, si alguna vez me pedían mi acta de nacimiento, la podía encontrar en la carpeta del abuelito? ¿En dónde está? Me pidieron un acta en el trabajo.

DOÑA LUISA: (*Sin despegar la mirada de la pantalla, inexpresiva*). ¿En dónde está qué?

DORA: Mamá, mamá, mamita... La carpeta de cuero café.

DOÑA LUISA: No, no.

DORA: (*Desesperada, conteniendo el llanto, casi gritando*). ¡Recuerda, mamá! Recuerda, por favor. La carpeta que olía riquísimo. Donde antes mis abuelitos guardaban todos los documentos importantes: el acta de matrimonio, las actas de nacimiento, bautizo, y confirmación de mis tíos y tuyas, los documentos de compraventas, todo, todo. Y te dio la carpeta el día de tu boda, para la buena fortuna, y cuando papá lo perdió todo: la casa, los terrenos, sus negocios, y nos dejó por otra mujer, tú te aseguraste de que la carpeta no te la quitaran. ¡Mamá, por favor, reacciona! Reacciona, mamá. Recuerda, mamá...

DOÑA LUISA: No.

DORA: (*Grita*). Mamá, mamá, mami, mamita... (*Se levanta del sillón y zangolotea a doña Luisa*). Por favor, no me hagas esto. ¡Te van a llevar lejos si no recuerdas! ¡No quiero que te vayas! ¡Te necesito! Mamá, por favor, recuerda la carpeta de cuero café de mi abuelito. Si recuerdas, nos podremos quedar juntas. Quédate, por favor, mamá.

Doña Luisa cierra los ojos.

X

Afuera de la casa de doña Luisa, se escuchan de fondo los gritos de súplica de Dora.

VECINA 1: Ya está gritando otra vez la pobre.

VECINA 2: Yo todavía no me recupero del susto que nos sacó con eso del gas.

VECINA 3: ¿Quién diría que esto le iba a pasar a Dorita? Tan lista que era.

VECINA 1: Pues mira, comadrita, si a mi madre también le pasara eso de forma tan fea y repentina, y justo después de haber tenido una pelea con ella... pues también me pondría medio mal.

VECINA 4: ¿Se pelearon ese mero día?

VECINA 2: (*Chismosa*). ¡Uy! Y hubieras escuchado los gritos... Peores que ahorita.

VECINA 3: (*Severa*). Ya, no hablen mal de la pobre de Dorita, ni de doña Luisita, que en paz descanse. ¡Ay, no! Pobres de Armandito y de Emma, tantas desgracias que les han pasado... perder de esa forma tan fea a su mamá, y ahora tener que internar a su hermana menor en un hospital psiquiátrico.

VECINA 4: Yo preferiría morirme en lugar de ir a un loquero.

VECINA 3: No digas tonterías, comadre.

VECINA 1: Yo creo que es lo mejor, se convirtió en un peligro para ella y para todos. Hasta se la pasaba injuriando a su exprometido... Pobre niña.

VECINA 2: ¡Qué destino tan horrible!

VECINA 3: Dios nos proteja.

VECINA 4: ¿Saben qué se me hace bien raro? Dorita no deja de gritar sobre una carpeta de cuero, y a mí doña Luisa me dio a guardar una así hace muchos años, cuando recién se cambiaron acá.

VECINA 1: ¡No digas! ¿Y qué le hiciste?

VECINA 4: ¿Pues qué le iba a hacer? Cuando fui al velorio, se la entregué a Emma, fue lo primero que quise hacer, por si necesitaban algún documento, y ella se la dio a Armando, creo que él se encargó de todas esas cosas, ya ven que es notario.

DORA: (*Grita*). ¡Recuerda, mamá!

Las vecinas se asustan con ese último grito y cada una se va para su casa.

FIN

SAKKARA

Valeria Gómez Nuño

Personajes:

Edith (*mujer de entre 28 y 30 años*)

Sombras (*se trata de actores a los que no se les ve el rostro ni las extremidades, representan los recuerdos de Edith. Todos interpretan su papel, pero las sombras que corresponden a los yos pasados de la protagonista; no hablan, sino que es ella quien narra cada encuentro y da voz a sus otras versiones*).

Cinthia (*excompañera de la preparatoria*)

Hombre

Sobrecargo (*varón*)

Sobrecargo (*mujer*)

Edith adolescente

Ella (*novia con la que soñó Edith*)

Mamá

Papá

Edith niña

Niña 1

Niña 2

Niño 1

Niño 2

Job (*compañero de la primaria*)

Escenario: una ciudad que poco a poco se transforma en un desierto. También puede emplearse cámara negra. Se abre el telón. La escenografía representa una calle común, pero hay arena en el suelo. Es de noche. Se abre una de las puertas y sale Edith, muy bien vestida; trae puestos un abrigo, un sombrero, guantes, falda, camisa con cuello de tortuga y unos tenis desgastados; voltea despacio hacia ambos lados de la calle; baja la cabeza y suspira; mira al público fijamente, con expresión neutra.

EDITH: ¿Te gusta mi abrigo? Déjame decirte que es muy caro, ¿eh? No lo puedes ir a comprar al mercado. Claro que hay imitaciones, pero nada qué ver las telas, todas maltrechas, hasta huelen a meados. En fin, salí para refrescarme un poco, mi depa se sentía un poco apretado. ¿Caminas conmigo?

Avanza y el fondo cambia, se mueve con ella.

EDITH: Hace tiempo que no te veía por aquí, no es como que me importe mucho dónde estás, tampoco te creas indispensable en mi vida, ¿eh?, ni al caso, pero apuesto que tú sí has pensado en mí, igual y hasta por eso volviste. Siempre hacen eso, no pueden evitar regresar a mí, parezco un hoyo negro. (*Ríe*). ¡Ay, era un chiste!, riéte tantito. Bueno, te voy a decir la verdad: sí estuve pensando un poquito en ti. Me acordé de cuando íbamos en la prepa, fue una época genial, ¿no? Éramos libres a pesar de estar atados a tanta tarea, aunque casi no nos hablábamos, tampoco es como si nos habláramos todos los días ahora, ¿verdad? Pero, pues... al menos nos veíamos más seguido. Hace mucho que no veo a Cinthia, sabe qué estará haciendo, ya ves que era bien mandona. Pero eso sí, se consiguió al cuarentón ese. ¿Cómo se llamaba? ¿Saúl? Traía un buen coche, yo creo que por eso le gustó, aunque no era tan feo. ¿Sabes qué pasa? Es que era de esos feos que sí están feos, pero son como atractivos, se veía bien machote, así como un hombre hecho y derecho. Sabe, esa Cinthia era como bien mensa con él. Bueno, dejada, sumisa, «sumensa», diría mi mamá. Aunque eso sí: tenía muchos problemas en su casa. Recuerdo que un día íbamos caminando de la prepa a la plaza...

Edith se quita los guantes y los lanza a un lado. Salen dos figuras femeninas detrás de ella, van vestidas con uniformes, pero no se les ve la cara ni la piel, parece que las prendas que llevan van flotando. Las ropas se mueven de acuerdo con la narración de Edith. Son sus recuerdos.

EDITH: Ese día nos habían dejado salir temprano, o nos habíamos hecho la pinta, no recuerdo bien, total que íbamos caminando.

CINTHIA: ¿Qué piensas de ese vestido rojo que vimos el otro día? Estaba bonito, ¿no?

EDITH: Pues normal, no lo usaría.

CINTHIA: Bueno, yo tampoco, pero sí estaba bien bonito, así como para salir en una cita con el profe, porque el corte es como de niña bien.

EDITH: De todos modos, es muy caro para ti, Cinthia. Además, ¿cuál profe? Tas loca.

CINTHIA: ¡Ay!, ¿pues cómo que cuál profe? El profe Rogelio, está súper guapo. ¡No, y no te conté! El otro día nos quedamos solos en el salón, que porque quería hablar conmigo, y yo toda volada, pues ahí, esperándolo. Sabe qué tanto me dijo, la verdad ni me acuerdo, pero al final me agarró la mano y me acompañó a la parada del camión.

EDITH: (*Al público*). En eso se nos acercó el carro del señor este, era un carro caro y se veía del año, así bien nuevecito. Yo empecé a caminar más rápido, pero la necia de Cinthia seguía embobada contándome del profe, por suerte ya estábamos cerca del centro comercial y no pasó nada, pero algo me dice que Cinthia sí se topó con ese señor después porque a la semana ya estaba esperándola afuera de la prepa, ¿no te acuerdas? Sabe qué habrá sido de ella, ya ves que no terminó el ciclo con nosotros, dizque se iba a mudar a San Luis Potosí. Igual ya era mayor de edad, por eso su mamá la dejó ir, tampoco es como que a esa señora le importara mucho Cinthia, la verdad, y ya ves que su familia ganaba una miseria, igual para ella fue un alivio, ya ves lo que dicen: una boca menos que alimentar.

Edith se sienta en la arena. Se rasca con fuerza el brazo. Se estira un poco y suspira.

EDITH: Como que me cansé de repente, no estoy acostumbrada a caminar tanto, quiero que sepas que siempre voy en carro, nomás que se me descompu-so y pues está en el taller.

Se queda viendo un punto fijo en el suelo y se acaricia la zona en la que se rascó.

EDITH: A veces me pregunto qué habría sido de mi vida si me hubiera conseguido un marido rico. Digo, no es como que lo necesite o como que no pueda conseguirlo ahorita, porque, si quiero, me voy a un bar lujoso y salgo de ahí mínimo con un anillo de compromiso, pero qué flojera ir ahorita. ¿Tú no has pensado qué sería de tu vida si hubieras conseguido una pareja millonaria? Habría que ver si tiene esos millones de forma legal o no, aunque, al final, el dinero sirve para lo mismo, ¿no? Yo de seguro estaría en Milán o Mónaco, porque qué flojera estar con un millonario y vivir en San Luis Potosí, la verdad.

Se levanta de un salto y sacude con mucho cuidado el abrigo. Ya no hay edificios detrás de ella, todo lo que se ve es la arena y un fondo azul simulando la noche.

EDITH: Sigamos, bueno, yo voy a seguir, todavía no tengo ganas de regresar a mi casa, además la noche está súper a gusto, ¿no te parece? Mmm, sigues sin hablar mucho, ¿verdad? Apenas te iba a preguntar por tu profesión, si siempre sí estudiaste, ¿qué querías? Era algo con matemáticas, ¿no? La verdad, a mí nunca me gustaron las matemáticas, se me hacían muy complicadas, pero bueno, nada que una buena sesión de estudio no quite. Se supone que estudié técnica dental, pero no terminé; en parte porque no quise y en parte porque mis papás estaban invirtiendo en un negocio, no es como que por el negocio no me pudieran pagar, pero ya ves cómo andaba el país cuando estábamos en la universidad, todo patas arriba.

Edith se quita el sombrero, lo ve y lo deposita con cariño en el suelo, como si se tratara de un cachorro. El sombrero sale volando por un viento y desaparece del escenario. Edith lo sigue con la vista.

EDITH: Todo estaba patas arriba, pero eso ya lo sabes. Creo que por esa época fue cuando dejé de hablar con los de la prepa. ¿Qué tendría yo? Unos 20, creo... Te voy a contar un secreto ahorita que nomás estamos tú y yo, pero, aguas, ¿eh? Donde me entere de que le dijiste esto a alguien más, te destruyo la reputación. Bueno. Sí eran tiempos difíciles para mi familia. Yo estaba estudiando inglés además de la carrera porque quería irme a Canadá, tenía mi ahorrito y todo, pero hicieron recorte de personal en la empresa de mi papá y con lo que ganaba mi mamá de sus bordados no nos alcanzaba. Tuve que darle todo mi dinero a mi papá para que completara el enganche de un carro más nuevo y se metió de taxi, bueno, en una de esas aplicaciones. Aún recuerdo el día que mi papá nos avisó, fue en la noche; yo estaba haciendo tarea y mi mamá estaba terminando un bordado que le habían encargado.

Los recuerdos salen de nuevo. La madre, el padre y Edith. Ella y su mamá están sentadas una al lado de la otra en el sillón, Edith sombra tiene una laptop entre las piernas. El padre entra abruptamente a la escena.

PADRE: Están muy calmaditas ahí. ¿Ya hicieron la cena?

MADRE: Te dejé unos molletes en el microondas, con eso de que no se sabe a qué hora vas a llegar. ¿Por qué te tardaste tanto?

PADRE: El licenciado quería hablar conmigo.

MADRE: ¿El licenciado? No me digas, ¿por fin te dieron el aumento que te han estado prometiendo? Con ese dinerito podríamos irnos de vacaciones a un lugar decente este año, no como la otra vez que nomás nos fuimos a un hotelucho en la playa. ¿Qué? ¿Por qué me miras así? Era un hotelucho bien feo.

PADRE: Qué hotelucho ni qué nada. Tendremos suerte si de aquí a las vacaciones tenemos con qué comprar el pan y las cosas que le piden en la escuela a esta muchacha.

MADRE: ¿Qué? ¿Te rebajaron el sueldo? ¿Cómo pudiste dejarlos que te hicieran eso? Tantos años trabajando en esa empresa y nomás no te reconocen, ni has aprendido a pedir las cosas, siempre te da pena.

Se hace silencio en la escena. La Edith del recuerdo se levanta y abraza a su padre.

MADRE: ¿Qué traen? No pasa de que nos arreglemos con la miseria de sueldo que le dejaron, igual y ya estaba pensando en subir los precios de mis bordados, con eso lo compensamos.

PADRE: ¡Que no hay sueldo! ¡Entiende, mujer!

MADRE: ¿Cómo que no hay sueldo? ¿Vas a trabajarles de a gratis o qué?

PADRE: ¡Me corrieron, con una fregada!

El padre comienza a llorar y Edith, que en ningún momento lo ha soltado, lo consuela. La madre se levanta y sale de la escena.

EDITH: Ya encontraremos qué hacer, papá, no te preocupes, hay muchos trabajos nuevos en los que te pueden contratar, además, tienes muchos años de experiencia.

PADRE: Perdón, hija, te voy a seguir pagando la escuela lo más que pueda.

Los recuerdos desaparecen de escena.

EDITH: Obvio que mi papá no iba a poder seguir pagándome la universidad, porque esa era una universidad de paga. Pudimos haber pedido un préstamo o pedirles un plazo para pagar cuando yo terminara, pero pues ni al ca-

so, qué pena estar endeudados con una institución tan importante. Imagínate que me hubieran puesto a trabajar ahí, ay no, qué pena servirles el desayuno a mis compañeros o darles los libros que necesitaban de la biblioteca. Por eso, a ellos les dije que me iba a dar un año sabático para reencontrarme conmigo misma, que me iba a ir a Italia; se lo creyeron, y como eran unos hipócritas, ninguno se molestó en buscarme después de dos meses de que me había «ido del país». Qué bueno que tú no viviste esa humillación, tú sí pudiste terminar la universidad, en la pública, pero la terminaste, aunque no trabajas en lo que estudiaste, pero bueno.

Edith se sienta, se ve un poco apenada pero no baja la cabeza. Comienza a ras-carse la cabeza, para quedarse jugando con su cabello.

EDITH: Después de eso pasó lo que ya te conté con el dinero, pero no fue suficiente. Mi mamá apenas y ganaba para comprar media despensa, mi papá ganaba una miseria y tenía varias deudas con las tarjetas, así que me tuve que meter a trabajar. De pura suerte sé manejar varios programas básicos de computadora como el Excel y pues cualquiera puede contestar el teléfono, así que cumplía todos los requisitos para ser una secretaria. Debo admitir que no me va mal y he estado subiendo poco a poco, claro que nomás cambio de jefe, pero el salario es diferente y ahora me alcanza para comprar de esta ropita buena; ni con el trabajo anterior de mi papá lo hubiera conseguido.

Edith se recuesta. Se escucha un avión pasando sobre ella. Edith se tapa los oídos rápidamente y grita muy fuerte, hasta que el ruido termina.

EDITH: ¿No odias esas cosas? Van llenas de gente y dentro el aire se recicla una y otra vez. Además, lo frágiles que son: si se les atraviesa un pájaro, se caen. No te recomiendo que te subas a uno, si quieres viajar al otro lado del mundo, mejor vete en un crucero. En esos barcotes vas descansando todo el tiempo, todos te consienten, el aire que respiras es aire limpio y ni siquiera tienes que ver el mar si no quieres.

Edith se sienta y se quita el abrigo, lo pone en sus piernas y comienza a acariciarlo como si fuera un gatito. Tiene la mirada perdida.

EDITH: Una vez me subí a un avión. El servicio fue horroroso, los pasajeros olían mal y todo era muy pequeño. Demasiado pequeño, nomás de acordarme, ay no, me dan escalofríos. Es que imagínate poder ver las nubes, pero estar en un lugar tan chiquito. No tiene sentido. El cielo debería ser el lugar donde más libres nos podemos sentir. Literal no hay nada. Solamente nubes. No hay paredes, no hay un techo, no hay suelo, ni siquiera un final. Cuando atardece parece una pintura. Si los ángeles existieran, definitivamente tendrían la mejor vista. Recuerdo que una parte de mí quería levantarse y abrir la puerta para poder abrazar una nube, y otra parte de mí me recordaba que eso era imposible, ¿cómo se puede abrazar una nube? Literalmente son agua y contaminación en estado gaseoso... No te recomiendo subirte a un avión, la vista que tuve no valió tanto la pena porque únicamente podía verla por una ventana minúscula. Igual, si te da curiosidad ver lo que te acabo de contar, que no debería, porque de seguro ya has visto muchas fotos, tendrías que pagar miles de pesos, escoger un destino al que probablemente no quieras ir, hacer varias filas y rezar por dos cosas: que el despegue y el aterrizaje salgan bien; y que no te toque al lado de una persona extraña, pero extraña, de esas que dan mala vibra.

Edith abraza el abrigo efusivamente, toma aire y lo suelta despacio por la boca. Repite esto otras dos veces. Los recuerdos salen. Un sobrecargo (que permanece de pie), Edith de unos catorce años y un hombre en sus treintas (ambos van sentados, Edith va del lado de la ventana).

EDITH: Tendría unos 14 años. El plan era que me fuera a la capital para encontrarme con mi tía y mi prima, iba por vacaciones de semana santa. Era la primera vez que me subía a un avión y a mi papá se le ocurrió la genial idea de comprarme el asiento de la ventana; no pensó que ese asiento tiene una vista bonita, pero, al mismo tiempo, te deja encerrado. A mi lado se sentó un sujeto bastante extraño.

HOMBRE: ¿Es la primera vez que te subes a un avión?

EDITH: No le contesté, fingí que estaba escuchado música, por suerte tenía los audífonos puestos.

HOMBRE: Niña, te estoy hablando.

El hombre sacude el hombro de la Edith pequeña, ella voltea de reojo.

HOMBRE: Que si es la primera vez que te subes a un avión, te estoy preguntando.

EDITH: Disculpe, no lo había escuchado. No, no es mi primera vez. No debería hablar con usted, así que lo mejor será que cada quien se ponga sus audífonos.

HOMBRE: ¡Ja, ja, ja! Ahora resulta que me vas a decir qué hacer. No te voy a lastimar, nada más quería hablar con alguien porque me pongo nervioso en los vuelos. Imagínate, tengo que volar muchas veces al año, pero sigo poniéndome nervioso cada que despegas y aterriza el avión, pero por lo que veo tú tienes la situación bajo control.

EDITH: No dije nada, ¿qué le podía decir?

HOMBRE: Estoy seguro de que el avión se va a caer. Muy seguro. Hace un par de años mi mamá estuvo en un accidente aéreo, salió viva casi de milagro, pero casi casi no la andaba contando. El accidente fue en esta misma aerolínea.

EDITH: Ya te imaginarás lo que estaba pensado. Apenas nos estábamos moviendo en la pista, pero el avión hacía un ruido algo fuerte, así que el hombre tenía que hablar más alto.

HOMBRE: ¿No has pensado cómo te quieres morir? Yo sí, quisiera que este avión se cayera ya mismo, bueno, cuando ya estemos a una altura considerable. Así, cuando toquemos el suelo no sentiremos la muerte, pero antes gritaremos a todo pulmón. Es cómo una montaña rusa con final feliz.

El hombre toma de la mano a Edith y se la pone en el pecho.

HOMBRE: ¿Te irías conmigo? Dime que sí, por favor, dime que sí.

EDITH: Suélteme, por favor, me lastima.

HOMBRE: Pero tienes que decir que te irías conmigo.

EDITH: Para ese momento ya nos encontrábamos a bastante altura y habían dicho que nos podíamos desabrochar los cinturones. El asistente de cabina estaba atendiendo a una mujer unas cuantas filas delante de nosotros. En ese momento empezaron las turbulencias.

CAPITÁN: (*Voz en off*). Queridos pasajeros, estamos experimentando unas pequeñas turbulencias, no hay de qué preocuparse, es solo el viento. Pondré la señal de los cinturones de nuevo. Por favor, no se los desabrochen hasta que esté apagada de nuevo. Los asistentes de cabina pueden seguir en sus labores.

HOMBRE: (*Gritando*). ¡No es cierto, no es cierto! ¡El avión se va a caer, se va a caer y nos iremos todos juntos al infierno! ¡Niña!, ¡niña!, ¡niña, no te vas a poder escapar de mí! ¡Nos vamos a ir juntos al infierno, levántate!

El hombre jala de un brazo a la Edith del recuerdo y la levanta, pero la Edith del presente cambia lugares con ella. El asistente de cabina corre a donde ellos están y empieza a forcejear con el hombre.

EDITH: Para ese punto yo ya estaba llorando, no podía respirar y el avión me quedaba bastante pequeño, ni siquiera podía pararme derecha. Los demás pasajeros empezaron a asustarse también, pero no hicieron nada. Las turbulencias seguían.

HOMBRE: *(Gritando)*. ¡Usted también se va a ir al infierno, no trate de detenerme! ¡Esta niña es mía, se va a ir conmigo!

El sobrecargo tira al suelo al hombre, pero este arrastra a Edith con él. Con mucho trabajo, el asistente consigue separarlos. Entra una sobrecargo y ayuda a separar al hombre.

MUJER: Ven conmigo, niña, te cambiaré de lugar.

HOMBRE: ¡No se la lleve!, ¡ella me calma, ella me calma!, ¡es mi sobrina, ella me calma!

MUJER: No lo mires.

Los recuerdos desaparecen.

EDITH: El hombre siguió gritando y la aeromoza me llevó al área de primera clase. El morete que me salió tardó un tiempo en desaparecer, usé manga larga para no tener que estar viéndolo. Por suerte, mi tía y mi prima prepararon un viaje por carretera desde la capital hasta mi ciudad y no tuve que subirme a un avión de nuevo. Así que no, no vale la pena ver las nubes a través de una ventana tan pequeña.

El abrigo sale volando de la escena. Edith lo mira alejarse, se levanta y se pone a hacer estiramientos.

EDITH: Pero mira, si tú soportas esa clase de cosas, adelante, no te detendré. Igual y la persona con la que te toca ir no está loca, pero yo no me arriesgaría, la verdad. ¿Ya te llegó el cansancio? A mí no, además, me gusta estar afuera a esta hora. Mira el cielo, tan despejado, si no fuera por la gravedad, podría jurar que estoy allá arriba, ¿tú no?

Edith se queda con la mirada perdida en el cielo. Cierra los ojos y toma una bocanada de aire. Tiene una expresión neutra.

EDITH: Hace poco soñé con una mujer que nunca he visto.

Edith se quita la falda y la hace bolas en sus manos. Debajo trae ropa interior que simula desnudez. Una silueta femenina sale del otro lado del escenario y avanza hasta que queda frente a Edith, quien levanta una mano para tocarla; es un contacto bastante ligero que va aumentando de intensidad hasta que terminan entrelazadas en el suelo con manos y piernas.

EDITH: Era muy atractiva y era mi novia. Soñé que vivíamos lejos de este país, es más, ni era mexicana, quien sabe de dónde sería, pero mexicana no era. Se llamaba Ella. Teníamos una relación muy linda, ambas estudiábamos y trabajábamos en lo que nos gustaba, viajábamos mucho, en fin, una vida en paz. Creo que nunca me había sentido tan en paz al lado de alguien. Esa plenitud en el pecho, como estar completa, pero lo curioso es que es una entereza que ya tenía, solo que nunca la había sentido, o no era consciente de ella.

El nudo de cuerpos se deshace y quedan frente a frente de nuevo, comienzan a bailar un vals.

EDITH: Eres hermosa.

ELLA: ¿Hermosa como una flor o hermosa como el cielo?

EDITH: Como ninguna de esas. Eres hermosa como tú.

ELLA: Ya lo sabía, pero gracias por recordármelo.

EDITH: ¿Qué soñaste anoche, querida?

ELLA: Soñé que íbamos a la ópera y que nadie nos miraba cuando entrábamos.

EDITH: Nadie nos mira cuando entramos, son ideas tuyas.

ELLA: Claro que nos miran, solo que lo disimulan muy bien.

EDITH: Hablemos de algo más feliz. Cuéntame de tu pintura.

ELLA: Avanza, pero avanza muy lentamente.

EDITH: Estoy segura de que pronto la terminarás.

ELLA: No tengo ninguna prisa por terminarla.

EDITH: Entonces ojalá la termines cuando te sientas satisfecha.

ELLA: Querida, cuéntame qué soñaste.

EDITH: No te puedo decir qué soñé.

ELLA: ¿Por qué no? Nunca quieres compartir lo que sueñas conmigo.

EDITH: A veces son sueños tristes, y no quiero ponerte triste.

ELLA: Soñaste algo triste, entonces.

EDITH: Yo lo llamaría agrídulce.

ELLA: ¿Por qué? ¿Qué soñaste?

EDITH: Soñé que nada de esto estaba pasando. Soñé que no eras real.

ELLA: Yo soy real.

EDITH: Eso no es todo... también soñé que en realidad esto era un sueño, me podía ver a mí misma acostada en la cama, soñando este mismo momento.

ELLA: ¿Qué cara tenías cuando te viste?

EDITH: Estaba sonriendo, pero era una sonrisa bastante tranquila, como una sonrisa de paz.

ELLA: ¿Qué tal si estabas alcanzando el nirvana?

EDITH: Si hubiera sido el nirvana, ya te hubiera contado cómo era. Te digo que me soñé soñando este momento. Estaba acostada en una cama, sola, en un departamento bastante sobrio.

ELLA: Te aseguro que no estarás sola en ningún momento. Yo estoy aquí. Incluso cuando no esté físicamente a tu lado, siempre voy a estar aquí.

EDITH: Yo lo sé.

Ambas figuras terminan de bailar el vals y se hacen un ovillo juntas. Ella se sienta primero en el suelo para después dejar que Edith se siente sobre sus piernas. Ella está dando la espalda al público, Edith descansa su cabeza sobre el hombro de la chica.

EDITH: Luego me desperté, pero, por alguna razón, yo la sentía ahí conmigo, a mi lado en la cama, mientras me preparaba el desayuno, con decirte que hice dos porciones sin darme cuenta. El resto de la semana se quedó conmigo, hasta que un día en la tarde ya no sentía su presencia. Me di cuenta de mi soledad.

Rompe el lazo bruscamente y lanza la falda fuera del escenario. Con sus movimientos transmite desesperación.

EDITH: Y ni siquiera fue una soledad que no conociera antes, claro que la conozco, pero supongo que nunca quise aceptar eso. Me cansé de creer que hay alguien para mí. No hay nadie para mí. Hay muchas personas, de todos puedo aprender algo, con todos puedo compartir mi vida, pero no existe nadie para

mí. No existe nadie para nadie. El universo no crea «la pareja ideal», eso es una mentira que nosotros nos inventamos, como la religión. Piénsalo. Se nos dice que en algún punto conoceremos a alguien especial, alguien que nos va a llenar, alguien que será nuestra roca y, como yo, muchos transitamos por esta vida esperando que eso sea cierto. Cuando alguna relación falla, nos decimos: «No pasa nada, ya habrá alguien». Claro que habrá alguien, pero no alguien en específico, solo alguien. Alguien para llenar ese hueco, alguien en quien depositar un amor que no podemos depositar en nosotros mismos. Supongo que es una mentira para evadir nuestra propia soledad. Míranos, estamos aquí, entre el cielo y el desierto, tú y yo, y aun así estamos solos. Compartimos nuestra soledad en este instante, pero estamos solos. Si no es porque puedo tocarte, diría que, en realidad, te inventé, pero no, te conozco, sé que eres real, la arena en mis zapatos me lo confirma.

Edith se mira los pies, se saca los zapatos en un solo movimiento y los lanza con coraje fuera del escenario.

EDITH: Mucho mejor. ¿No quieres quitarte los zapatos? La arena está fría, es muy agradable.

Edith se recuesta boca arriba sobre el escenario y comienza a hacer ángeles de arena. Toma la arena a puñados y la lanza sin ningún cuidado. En un punto se queda quieta, se sienta para quitarse con cuidado la arena del cabello.

EDITH: Es curioso cómo los niños pueden ser tan crueles, ¿no? Lo peor es que muchas veces no se dan por enterados del daño que están haciendo. Siempre voy a odiar esa parte de mi infancia. ¿Tú te perdonarías? Al infante que eras, me refiero. Yo no sé. Lo miro en retrospectiva y me quiero engañar diciéndome que no sabía el daño que causábamos, pero eso no es cierto, yo sabía que dañaba y era parte del regocijo. Estoy bastante segura de que los demás también lo disfrutaban. Todo era una especie de catarsis donde disfrutábamos el hecho de no ser él, donde nos sentíamos mejor con nosotros mismos, nos sentíamos superiores.

Aparecen los recuerdos. Un niño con el uniforme sucio y lentes, se llama Job. Dos niños con el uniforme limpio y tres niñas, una de ellas es Edith. Niñas y niños rodean a Job, Edith se queda un poco atrás de ellos.

NIÑA 1: ¡Ugh! Como que huele mal, ¿no?

NIÑA 2: Sí, huele como a popó.

NIÑO 1: Yo digo que le revisemos el pañal que le pone su mami.

NIÑO 2: No, yo digo que mejor lo tiremos a la basura, como la comida que se pudre.

NIÑA 2: ¿Ya te echaste a perder, cosa?

JOB: Cállate, tú estás bien mensa, no sabes nada.

NIÑA 1: ¿Ya viste cómo te dijo? Te dijo tonta.

NIÑO 2: Con mi amiga no te metas, bizco pobre.

NIÑO 1: Ni ha de saber a quién le dice las cosas. ¿Nos ves doble, bizco?

JOB: Claro que no te veo doble, pero de seguro tú sí.

NIÑA 1: ¿Así es como te defiendes?

NIÑA 2: Déjalo, está tontito. ¿No ves esa cicatriz que tiene en la cabeza? Yo creo que se le cayó a su mamá.

JOB: ¡Cállate! Mi cicatriz es por una cirugía.

Job intenta salir del círculo, pero Niño 2 lo agarra por el cuello. Niño 1 lo pateo en el estómago y lo tira al suelo. Niña 1 toma sus lentes y los rompe de un pisotón.

NIÑA 2: ¡Ven, Edith! ¡Pégale, pégale al bizco!

JOB: ¡Déjenme! ¡Los voy a golpear a todos!

NIÑO 1: A mí no me vas a amenazar, pobretón.

Edith se acerca y le pateo las piernas a Job. Niño 2 golpea en la cara a Job y hace que le salga sangre de la nariz.

NIÑA 1: ¡Menso, ya le sacaste sangre! ¡Vámonos antes de que venga la maestra!

Los niños salen corriendo, la pequeña Edith se queda al lado de Job, él le tiene la mano.

JOB: Edith, ayúdame, por favor. Me duele mucho.

Edith lo mira desde arriba, le da una patada en la mano.

EDITH: No ayudo a bizcos pobres.

Los recuerdos se desvanecen. La Edith adulta rompe a llorar.

EDITH: (*Consternada*). Le habían hecho una cirugía en el cerebro hacía apenas un año. Después de que lo golpeáramos se lo llevaron en ambulancia. No nos acusó, nunca quiso decir nuestros nombres. Lo dejé tirado en el piso, ¿entien-des? ¡Lo dejé tirado en el piso! Tenía ocho años, lo acabamos de golpear y me pidió ayuda... ¡y lo dejé tirado en el piso! Nunca regresó a la escuela, le pasó algo y no nos dijeron. ¡Pudimos matarlo! Pudimos matarlo...

El recuerdo de Job entra de nuevo a escena, tiene la camisa llena de sangre. Se para delante de Edith y le acaricia la cabeza. Edith levanta la mirada y lo abraza.

EDITH: ¡Perdón, Job, perdón! ¡Perdón, perdón, perdón... perdón!

Job se separa con mucho trabajo del abrazo de Edith, le jala el cabello y sale corriendo del escenario. Edith se acuesta en posición fetal.

EDITH: Jamás me voy a perdonar, jamás.

Edith solloza hasta que poco a poco se calma y se queda en silencio por un rato.

EDITH: Soy una impostora.

Edith se quita la camisa, se la pone en la cara y grita.

EDITH: Mírame, soy alguien que no conocías, soy alguien que no sabe quién es. He lastimado mucho, he mentido, he dicho mentiras. Mi vida es mi infierno, cometí pecados y los estoy pagando en este mismo lugar.

Se levanta rápidamente, lanza la camisa al suelo y la pisa.

EDITH: Por favor, dime quién soy. Te traje aquí para mostrarte lo que te he mostrado, para que dictes un juicio sobre mí. Dame mi castigo, pero dime quién soy, dime qué clase de persona soy. Me conoces, ahora me conoces mejor de lo que me conozco a mí misma, dime quién soy. Me da miedo estar aquí sola, los recuerdos me atacan y ya no sé qué es real y qué no, pero tú sí eres real, yo sé que eres real. Dime: ¿yo soy real? Hace mucho tiempo que me siento una mancha gris, un punto que se podría borrar con lápiz... ¿eso soy?

Comienza a escucharse el ruido del viento, parece lejano, pero le desacomoda levemente el cabello a Edith.

EDITH: La última vez que vine le pregunté al desierto qué pensaba de mí, le mostré exactamente lo mismo que te mostré, pero no tuvo una respuesta. También le pregunté al cielo, pero él fue peor conmigo, me ignoró por completo. Tú no me has ignorado, ¿verdad? Tú sí escuchaste todo lo que tenía por decir. Dime por favor que no tengo la culpa de lo que pasó con Job, dime por favor que la falta de dinero en mi familia es por alguna casualidad y no por karma, dime por favor que mi soledad sí tiene cura. Dime por favor que no me voy a ir al infierno con ese hombre. Dime. Dime. Dime. ¡Dime!

Se pone la camisa sobre los ojos y, con las mangas, se la amarra alrededor de la cabeza.

EDITH: No soy de aquí ni de allá. Tengo cosas que parecen buenas, pero solo es para engañarme a mí misma. Soy una impostora. Toda la vida quise engañar a los que me rodeaban, pero no me podía engañar a mí misma. Cuando me conociste en la preparatoria, ¿te engañé? ¿Te creíste todo lo que trataba de proyectar? Yo sí me lo creí por un tiempo; por unos segundos en el día me sentía todo lo que quería ser, porque soy todo lo contrario.

Se sienta hecha un ovillo con las rodillas apoyadas en el pecho y los brazos rodeando las piernas.

EDITH: Siempre he estado sola. Soy una impostora.

Se pone de cuclillas, con los brazos rodea su cintura.

EDITH: Aún puedo ser la Edith rica, la Edith buena, la Edith que no está sola. ¿Verdad que aún puedo serlo? ¿Verdad que aún no es tarde para encontrar el lugar al que pertenezco? ¿Verdad que soy especial y no solo un punto feo?

Los recuerdos salen de todas partes del escenario. El viento es más fuerte. Los recuerdos comienzan a jalar a Edith, algunos le tiran del cabello, otros pellizcan sus brazos y piernas.

EDITH: (*Gritando*). ¡Déjenme! ¡Por favor, díles que paren! ¡Detenlos, detenlos!

Los recuerdos le arrancan a Edith la camisa con la que cubría sus ojos y la patean hasta que ella queda nuevamente en el suelo, en posición fetal. El viento resuena con más fuerza cada vez.

EDITH: Al menos... dime quién soy.

HOMBRE: Eres arena, ilusa.

El sonido del viento se torna estruendoso, los recuerdos cubren de arena a Edith, hasta que ella parece una duna. Se cierra el telón.

FIN

SERÁ DESEADA O NO SERÁ

Daniela Gz Vega

*Yo siempre estuve a favor de la libre elección, pero
jamás pensé que sería yo quién tendría que tomarla.*

Testimonio anónimo¹

Personajes:

Belén niña

Juan

Belén

Mamá de Belén

Belén adulta

Niño

Doña Guille

Niña

Comadre

Belencita

Sala comedor de la casa de Belén. Es de noche y solo hay dos personas en la habitación. A la derecha hay una mesa con cuatro sillas, en una de ellas se encuentra sentada una niña, no mayor a catorce años, haciendo tarea. Tiene varias hojas regadas en la mesa. Del lado izquierdo hay un sillón, una silla y una mesa con una televisión encendida. En el sillón, viendo la televisión, hay un señor sentado con una cerveza en la mano; cada vez que este va a darle un sorbo voltea a ver a la niña sin que esta se dé cuenta por estar concentrada en lo que hace; el hombre se le queda viendo unos segundos, y regresa su mirada a la televisión.

¹ Sedgwick, J. (11 de julio de 2018). «No podía decirle a nadie»: mujeres cuentan sus historias de aborto. *The New York Times*. <<https://www.nytimes.com/es/2018/07/11/espanol/aborto-prohibicion-despenalizacion-embarazo.html>>.

JUAN: Belencita, yo creo que vas a ser más linda que tu mamá.

Súplica

En el centro del escenario se observa el interior de una capilla; las bancas, con sus respectivos reclinatorios, están de frente al escenario. Entra Belén, quién viste falda, suéter y camisa de uniforme de secundaria; lleva calcetas blancas y zapatos negros. Belén camina hasta donde están las bancas y deja su mochila en una de estas para después hincarse, viendo hacia el público. Sus ojos se encuentran llorosos, pasa sus manos por sus mejillas para limpiarlas y después las pone en la típica posición que se les enseña a los niños en el catecismo para que recen. Belén cierra sus ojos y comienza a hablar.

BELÉN: Hola, soy yo, Belén. Quiero pedir tu ayuda, por favor. Si no me ayudas, mi mamá me va a matar. Tú eres mamá y puede que lo entiendas. Sé que todos dicen que tener un hijo es un milagro, pero no para mí. Si llego a tener un hijo, mi mamá me va a matar, va a creer que andaba de regalada. Tú que vives en el cielo debes saber que no fue así, Dios lo sabe todo, se lo puedes preguntar. Yo quiero estudiar, quiero viajar, dicen que Australia es un lugar precioso. Yo no quiero a la pareja de mi mamá. Por favor. Tengo miedo. *(Abre los ojos, se queda viendo al frente unos segundos y los cierra de nuevo)*. No puedo estar en mi casa. No puedo ver a mi mamá. No duermo. En las noches, cuando cierro mis ojos, comienza a suceder de nuevo.

La capilla comienza a oscurecerse. Un cambio de iluminación revela el lado derecho del escenario, donde se ve lo que parece una recámara, la luz es muy tenue y no se distingue bien lo que hay en ella, aunque se percibe una pequeña cómoda con algunos peluches, una lámpara y algunos libros encima. También hay un ropero y una cama. No se distinguen más que siluetas, pero es evidente que hay alguien en la cama y que una figura corpulenta se acerca a ella. El intruso se sube a la cama y murmura cosas que no se alcanzan a escuchar. Quien estaba en la cama comienza a pelear y moverse con clara incomodidad. Se escuchan súplicas y llantos. El intruso no contesta y con una mano inmoviliza a quien está sobre la cama, mientras que con su mano libre comienza a quitarle la ropa, para después colocársele encima. La silueta deja de moverse y comienzan a escucharse sollozos. Al mismo tiempo, desde el centro del escenario, se escucha la voz de Belén.

BELÉN: Es como si estuviera en una pesadilla de la cual no puedo despertar. Me encuentro en mi cama, a punto de quedarme dormida, cuando la puerta de mi cuarto se abre y él comienza a subirse a la cama. Te juro que yo no lo provoqué; estaba usando una de las pijamas viejas de mi mamá y una playera del PRI. Se suponía que él amaba a mi mamá, qué él solo se quedaba en las noches para cuidar la casa hasta que ella llegara para que yo pudiera dormir sin preocuparme. Aun así, él comenzó a besar mis mejillas, mi cuello, mis labios. Intenté quitarme y él se colocó sobre mí. Yo sentía que me iba a vomitar. No importaba cuanto me movía él comenzó a usar más fuerza y al final... *(Su voz se entrecorta, suspira y abre los ojos, levanta la mirada, sus facciones muestran dolor, no despega la mirada del público)*. No sé cuánto tiempo pasó, me quedé inmóvil, esperando a que el dolor se fuera, a que todo terminara. Se sintieron como años, pero antes de que llegara mi mamá, él ya se había ido. No importa cuántos días pasen, aún siento sus manos en mi cuerpo. ¿Cómo me quito su sabor de mi boca? ¿Cómo evito que pase de nuevo? Te juro que yo no quería que esto pasara. Yo solo quería olvidar, pensé que iba a poder olvidar. Que si pretendía que no pasó, todo volvería a ser como antes. Que yo sería la misma de antes. Sentí que así iba a ser, hasta el otro día que me hice la prueba.

La intensidad de las luces comienza a bajar hasta que todo se sumerge en la oscuridad.

Comunicación

Anochece. La mamá de Belén está en la cocina, lavando los platos, de espaldas al público; no se logra distinguir cómo viste. Hay una mesa en el centro y dos sillas. Entra Belén, vistiendo su uniforme de la escuela. Deja su mochila en una de las sillas y se acerca a su mamá.

BELÉN: ¿Ma? ¿Puedo hablar contigo? *(Juega con las puntas de su cabello, sus manos tiemblan un poco y mejor las junta en su regazo)*.

MAMÁ DE BELÉN: Estoy ocupada. ¿Qué quieres? *(Sin voltear a verla, continúa fregando los trastes)*. Si es para salir, la respuesta es no. Una muchachita no tiene nada que hacer en la calle a esta hora. Solo las putas salen a esta hora y, por cómo usas esa falda, no quiero que te confundan con una.

BELÉN: No soy una puta y no quiero salir. Hay algo que quiero decirte.

MAMÁ DE BELÉN: No me vayas a salir con tus cosas, ya viste lo que le pasó a la hija de doña Tere, salió con su domingo siete y desgració a toda la familia. Si yo fuera doña Tere, la hubiera corrido de la casa. Aquí estamos nosotras como madres, matándonos para que tengan una vida decente, y salen ustedes con sus cosas de *millennials* para arruinar nuestro trabajo.

Belén se aleja de su mamá, se acerca a la mesa y toma su mochila.

MAMÁ DE BELÉN: *(Se enjuaga las manos y voltea a ver a su hija)*. ¿De qué querías hablar?

BELÉN: Nada, mamá, solo quería dinero para comprar un libro, pero mejor lo descargo. MAMÁ DE BELÉN: Tú y tu pedidera de dinero. Está bien, mañana vete al cine y lo descargas. Ya vete a hacer la tarea y después a dormir, recuerda que las niñas buenas no se quedan despiertas hasta tarde.

Belén sale de escena y la mamá de Belén se vuelve a girar para continuar lavando los platos. Las luces se atenúan poco a poco, hasta quedar en oscuro.

Sin berrinches

Sala comedor de la casa de Belén, anochece. Del lado izquierdo hay un sillón y una mesa de centro. Del lado derecho se halla una mesa rodeada de cuatro sillas; está cubierta con un mantel y en su centro hay un florero lleno de flores marchitas. Belén niña está sentada en una de las sillas, la mamá de Belén está de espaldas a ella, moviendo unas cosas en el sillón.

MAMÁ DE BELÉN: Porque yo lo digo y punto.

BELÉN NIÑA: Pero, ma *(alarga la palabra con tono de súplica)*, yo me puedo quedar sola, no es necesario.

MAMÁ DE BELÉN: Te dije que se hace lo que yo digo y fin de la discusión *(se gira de golpe para enfrentarla, jala la silla hacia ella para mostrar su postura firme)*.

BELÉN NIÑA: ¡No! *(Sus ojos comienzan a llenarse de lágrimas)*. Mami, por favor no me hagas quedarme con él.

MAMÁ DE BELÉN: ¿Me estás haciendo berrinche? Ya estás bastante grandecita para eso.

BELÉN NIÑA: Entonces déjame quedarme sola, prometo no abrirle a nadie e irme a dormir temprano

MAMÁ DE BELÉN: Que no. He dicho. Juan va a venir a cuidarte y tú lo vas a obedecer si te pide algo.

BELÉN NIÑA: *(Se jala un poco el cabello de manera desesperada)* ¡No, no, no, no! ¡No! ¡Ma! Por favor no, te lo ruego no me dejes con él.

MAMÁ DE BELÉN: Ay hija, no entiendo por qué te pones así, no seas payasa.

BELÉN NIÑA: No me gusta cómo me mira, mami, me da miedo, me hace sentir rara. Dice cosas raras. No me cae bien.

MAMÁ DE BELÉN: Ya vas con tus cosas, déjate de tonterías y ve a ponerte tu pijama, que ya casi llega y yo ya me voy.

BELÉN NIÑA: Mami... *(Llorando)*. Créeme por favor, algo en él no está bien.

MAMÁ DE BELÉN: ¡Cállate si no quieres que te dé una buena! Llorar no va a hacer que te cumpla tu caprichito, no te quedas sola y punto. Juan te va a cuidar mientras trabajo, no quiero ni una sola palabra más al respecto. Ahora ve a ponerte tu pijama. Tienes dos minutos o así te va. *(Sin esperar respuesta se vuelve a girar al sillón y continua con lo que estaba haciendo)*.

Belén se levanta de golpe y empuja la silla contra la mesa. Se le queda viendo un par de segundos a su mamá, y al ver que esta no se inmuta, sale de escena. Las luces comienzan a bajar su intensidad hasta el oscuro total.

Pijama

Sala comedor. Es de noche y solo hay dos personas en la habitación. Del lado izquierdo hay un sillón, una silla y una mesa con una televisión encendida. Belén niña está sentada en el piso, frente a la televisión, haciendo tarea. Del lado derecho hay una mesa con cuatro sillas; en una de ellas está Juan, sentado con una cerveza en la mano y un plato de cacahuates frente a él, mientras presta atención a lo que están pasando en la televisión. Después de unos segundos, Belén niña se levanta, camina hacia la mesa del comedor y deja su cuaderno sobre la mesa.

BELÉN NIÑA: ¿A qué hora llega hoy mi mami?

JUAN: No sé, Belencita, cuando cierran la fonda. ¿Ya terminaste tu tarea? Siéntate aquí conmigo un ratito

BELÉN NIÑA: Ya es tarde, me tengo que ir a poner mi pijama y dormir o mi mamá se va a enojar.

JUAN: Yo no le diré. ¿Quieres cacahuates? *(Toma el plato con cacahuates y se lo extiende, en ningún momento separa la mirada de ella).*

BELÉN: *(Extiende la mano para tomar un par de cacahuates).* Gracias, pero ya me quiero ir a dormir. Buenas noches, Juan.

JUAN: *(Extiende su mano para tocar la mejilla de Belén y la deja ahí un par de segundos).* Bonita noche, Belencita, sueña lindo.

Belén retrocede un par de pasos, hace una mueca de incomodidad, deja los cacahuates que había tomado sobre la mesa y se gira para salir del lugar. Las luces del escenario se apagan y queda todo sumergido en oscuridad.

Un sueño

BELÉN: *(Se peina frente a un espejo).* No sé si me gustó mi sueño de anoche...

Se ilumina otra zona del escenario, dejando a Belén como espectadora de su propio sueño; en este se observa una habitación desordenada. En el centro hay una cama y sobre esta se encuentra sentado un niño de entre diez y once años con un cuaderno en las piernas, haciendo lo que parece tarea. Viste un uniforme deportivo. Fuera de escena, se escucha el sonido de una puerta al cerrarse y el golpe de unas llaves contra una mesa. Tras unos segundos de silencio entra a escena Belén adulta.

BELÉN ADULTA: Hola, ya llegué. ¿Puedo hablar contigo? Anna me contó lo que pasó en el entrenamiento.

NIÑO: Ya estás aquí, ¿no?

BELÉN ADULTA: ¿Cómo te he dicho que debes tratar a las niñas? *(El niño no responde, cierra el cuaderno y lo deja a un lado. Belén lo toma como invitación y se sienta en la cama junto a él.)* Te he dicho que no importa si están jugando, si alguien dice que ya no, es que ya no.

NIÑO: No es justo, solo porque le dolía el pie quiso dejar de jugar y perdimos. Es una chillona, el otro equipo lo dijo.

BELÉN ADULTA: Y si seguía jugando, se pudo haber lastimado más. Lo importante no es ganar, y no debería importarte lo que diga el otro equipo, tú tienes que defender a tus amigos, apoyarlos. Mañana vas a ofrecerle disculpas por decirle cosas feas junto al otro equipo. Y no vas a ver televisión hoy.

NIÑO: (*Refunfuña y hace una mueca*). Estoy seguro de que, si tuviera papá, él se pondría de mi lado. Eres una exagerada solo porque ella es niña.

El niño le da la espalda, toma el cuaderno de nuevo, lo abre y continúa con lo que estaba haciendo. Ella se levanta y sale de escena; cuando comienza a caminar las luces comienzan a apagarse hasta dejar la escena a oscuras.

BELÉN: La verdad, no sé si me gustaría ser mamá.

Otra súplica

Interior de un templo o capilla, con las bancas viendo hacia el público. Belén viste falda y camisa de uniforme de secundaria, lleva calcetas blancas y zapatos negros. Sigue hincada en uno de los reclinatorios, de frente al público; su mirada está fija y de sus ojos salen unas cuantas lágrimas.

BELÉN: Virgencita, te juro que yo no quería que esto pasara. Sé que mi mamá va a creer lo contrario, pero tú tienes que creerme, no he podido dejar de pensar en eso todo el día, toda la semana. Ayúdame, por favor. No tengo con quién más ir. Tengo miedo. Estuve investigando, hay opciones, varias. No sé qué es lo correcto, tampoco sé que es incorrecto. Estoy tan confundida. ¿Cómo sé si mi decisión será la correcta? Me siento sola, volteo para todos lados y, aunque encuentro personas, sé que ninguna podría ayudarme. Estoy sola en esto. Odio sentirme sola. Me aterra, quiero dejar de sentirme así. Por favor, ayúdame. ¿Tú qué harías? Lo correcto es decírselo, ¿cierto? Lo he intentado, pero no me escucha. Temo que se enoje, que me vaya a culpar. Que me obligue a hacer algo que yo no quiero. Me aterra que él vaya a decir algo. Siento que en cualquier momento va a hablar. Que me quitará también la decisión de hablar. Quisiera que mi mamá me abrace, que me escuche. La soledad me invade mientras esto crece en mí. Me siento rota. Sucia. Invadida. Abandonada. Te lo ruego, ayúdame a que mi mamá me crea, que no piense que fue mi culpa, que no se enoje conmigo. ¿Cómo se lo digo sin romperle el corazón? Se supone que él la amaba, ella lo ama. Yo la amo. Yo solo quiero que me dé un abrazo y me diga que, no importa lo que pase, estaré bien. (*Las lágrimas se deslizan por sus mejillas, su voz se rompe y deja de hablar; cierra sus ojos, mientras el escenario se oscurece lentamente*).

Culpa

Del lado izquierdo del escenario se ve lo que parece un comedor. Hay una mesa con cuatro sillas, en una de ellas está sentada la mamá de Belén, hojeando un periódico. Belén se levanta, toma su mochila de la escuela y camina hacia su mamá; deja la mochila en una de las sillas y jala la otra para sentarse junto a ella.

BELÉN: ¿Mami, puedo hablar contigo?

La mamá de Belén sigue con lo suyo, ignora a Belén, como si no la escuchara o se diera cuenta de que ella está ahí.

BELÉN: Ma, estoy en problemas. Necesito ayuda, no sé qué hacer. Me da miedo cuando alguien se me acerca. Cuando salgo de la escuela y los hombres me siguen con la mirada. Me siento observada todo el tiempo, como si todo mundo supiera lo que pasó. Me da miedo estar sola, de nuevo le temo a la oscuridad. A veces siento que esto fue solo un mal sueño, otras no recuerdo lo que pasó. Me siento extraña en mi cuerpo. Me siento como una niña pequeña con miedo a todo y, al mismo tiempo, siento que esto hizo que dejara de ser una. *(Belén hace una pausa para tomar aire; su voz comienza a cortarse, estira su mano para tocar la de su mamá; intenta tomarla, pero la mamá sigue hojeando el periódico, ignorando su existencia)*. Mami, sé que la vida no ha sido fácil para ti y que haces lo que puedes. Que te esfuerzas, que todo lo haces por mí. Me has dado lo necesario y más. Sé que eres de esta forma porque querías evitar que me pasara lo mismo que a ti. He escuchado lo que dicen las vecinas, he visto cómo nos ven los vecinos. Sé que sus palabras han dictado nuestras vidas, quieres probarles lo contrario. Soy tu hija, no puedo decirte como ser, pero a veces me encuentro deseando que las cosas sean diferentes, que tú fueras diferente. Estas últimas semanas lo he deseado más que antes. *(Pone las manos sobre su regazo. Las lágrimas empiezan a deslizarse por sus mejillas, pero no deja que su voz se escuche entrecortada)*. No puedo dejar de pensar, de desear que todo fuera diferente. Mi mente es como un tornado, hay cosas volando por todos lados. Intento encontrar la respuesta de cómo llegué hasta aquí. Me atormenta pensar que quizá lo pude haber evitado. Desearía que me hubieras creído. Si me hubieras escuchado todas esas veces en las que te dije cómo me sentía, todo sería tan diferente. Sé que no fue tu culpa, pero no puedo sacarme esa sensación de que eres culpable. *(Pare-*

ce que va a intentar de nuevo tomar la mano de su madre, pero se detiene y se pone de pie. La mamá sigue en lo suyo, es como si el tiempo se hubiera congelado). «Belén, las calcetas flojas se ven provocadoras». «Belén, si usas la falda muy corta pareces sexoservidora». «Belén, no te vistas así, es una invitación para los hombres». «Belén, no hables con chicos, pueden mal interpretar tus intenciones». Mamá, ¿qué crees? Tus pantalones de pijama y las playeras feas que regalan también los provocan. Sobre todo al hombre que metiste a la casa. ¿Llegaste a pensar que el problema no es como me visto? Desearía que me prestaras atención, aunque sea cinco minutos. Te amo, pero a veces, como en estos momentos, desearía tener una madre diferente. Quisiera otra mamá. Alguien que me abrace, que seque mis lágrimas. Una consejera, alguien que me ayude. Alguien que no me vaya a regañar por lo que pasó. Espero que algún día estés lista para escucharme.

Belén se aleja de su madre lentamente, hasta que sale del escenario. La mamá de Belén deja de hojear el periódico, levanta la mirada y observa el lugar en el que estaba su hija. Las luces del escenario se apagan.

Medianoche

Pasa de la medianoche, todo está sumido en la penumbra. En el centro de la habitación hay una cama, se ve la silueta de una persona sentada en ella: es Belén, quien estira un brazo hacia el buró y enciende la lámpara que reposa en él. Con la habitación un poco más iluminada, Belén se queda uno segundos sin cambiar su posición para cerciorarse de que no hay nadie despierto en las otras habitaciones de la casa; ya que está segura, extiende su mano de nuevo al buró, abre un cajón, remueve un par de cosas y saca una caja con pastillas. Toma un par de pastillas y empieza a susurrar oraciones ininteligibles, las cuales parecen entre disculpas y rezos. Belén mete las pastillas en su boca y se queda así unos cuantos minutos, para después volver a estirar su mano al buró y agarrar la botella de agua que se halla junto a la lámpara; le quita la tapadera, la lleva a sus labios y toma un par de tragos; cuando termina de tragar las pastillas regresa la botella a su lugar y se recuesta sobre la cama; voltea su mirada a la ventana y susurra algo que parece una disculpa. De sus ojos comienzan a deslizarse lágrimas silenciosas; sin limpiarlas, Belén vuelve a extender su brazo a la lámpara para apagarla. Después se cubre con el edredón, tras lo cual la escena se oscurece por completo.

Doña Guille

Sala comedor de la casa de doña Guille. Hay una mesa redonda con sus sillas; en una de las sillas está hincada Belén niña. En la mesa hay esparcidas varias crayolas de colores y hojas de papel; ella colorea un dibujo sin prestar atención a nada ni nadie más. Junto a la mesa hay un sillón y, junto a este, una pequeña mesa, en la cual reposa la base de un teléfono. Doña Guille está sentada en el sillón, con una libreta sobre las piernas y el auricular del teléfono pegado a la oreja; habla casi a gritos.

DOÑA GUILLE: Sí, comadre, no le digo. Aquí estoy otra vez, cuidándola, su mamá fue por ella a la escuela y me la trajo antes de correr de nuevo al trabajo. *(Hace una pausa y voltea a ver a Belén para después regresar la mirada a la libreta)*. Pobrecita, es una niña hija de esas mamás luchonas, como les dicen, no va a conocer papá; la mamá no lo supo amarrar bien. Dicen por ahí que ya trae a otro, pero, ¿quién la va a querer si ya está usada? Luego ni se da una manita de gato, anda a la corre y corre de un lado a otro, pidiendo favores a toda la cuadra. *(Deja de hablar unos segundos y hace sonidos nasales, como afirmando. Voltea a ver a Belén una vez más)*. Eso es lo que pasa cuando se quieren hacer las que crecen rápido, se ponen a hacer tonterías y terminan con su domingo siete, desperdiciando su vida y dando problemas solamente. *(Pausa. Al parecer, recibe una respuesta de la persona con la que está hablando)*. ¡Uy, no, comadre! Ni tiempo de ponerle atención tiene. Se la pasa trabajando día y noche. No tiene tiempo de nada. Sí se ve que le pesa, yo estaría igual. Perder la oportunidad de tener una familia de bien solo por andar de resbalosa... Es que las muchachitas se creen que pueden y no. También pobre de la chamaca, ella no tiene la culpa de que su mamá sea así. Varios vecinos dicen que ni ha de saber quién es el papá, imagine que vaya siendo un bueno para nada. Ay, no, mejor sola. Ojalá la niña no termine siendo como su mamá, aunque bueno, se ve que al menos la está educando bien. *(Pausa)*. Sí, comadre, la dejo, que ya va a empezar la novela, a ver qué hace ahora la tuerta esa de Catalina.

Las luces se van atenuando hasta que se apagan por completo.

Asfixia

Centro del escenario. Interior del templo con las bancas de frente al público. Belén todavía sigue hincada en uno de los reclinatorios, viendo hacia el público. Con la mirada fija, se pasa las manos por las mejillas para quitar las lágrimas y las seca en la falda de su uniforme. Baja un poco la mirada y su voz sale como un susurro.

BELÉN: No sé qué voy a hacer cuando mi mamá quiera traerlo de nuevo a la casa, ¿cómo fingiré que no pasó nada?, ¿él lo va a fingir también?, ¿lo usará para chantajearme? ¿Y si lo usa para ponerme en contra de mi mamá? Él sabe que no tenemos una buena relación. Ay, mi Zapopana, no sé qué hacer. Siento que, no importa qué decida, todo tendrá una consecuencia negativa. También me pregunto por qué lo hizo. ¿Habré hecho yo algo para provocarlo? ¿Habrà sido culpa mía lo que pasó? ¿Se habrá enojado con mi mamá y se desquitó conmigo? Quizá debí cerrar la puerta de mi cuarto y así él no habría entrado, pero mi mamá se enoja si lo hago. Me gustaría dejar de tener miedo y ser valiente, preguntarle el por qué, ¿es solo para demostrar que tiene poder sobre nosotras? ¿Sobre mí? ¿Por qué pensó que mi cuerpo era suyo para probarlo cuando quisiera? ¿Por qué yo? ¿Por qué no alguien de su edad? ¿Qué hice? Tengo sueños, bueno, más bien pesadillas, pero se sienten reales, creo que ya no duermo, él está en ellas, siempre viéndome, esperando. Quisiera enfrentarlo, preguntarle, golpearle, pero sé que al final no podría hacerlo, le tengo miedo y él lo sabe. Sabe que estoy sola. Ayúdame, por favor. Siento que no puedo respirar.

La respiración de Belén se vuelve acelerada y un sollozo sale de su garganta. Sus manos empiezan a temblar y lágrimas salen de sus ojos, una tras otra. Lleva sus manos a su boca para impedir que otro sollozo salga y cierra sus ojos, apretándolos como si así se fueran a contener las lágrimas. La escena comienza a oscurecerse hasta quedar en oscuridad total.

Juan

Del lado izquierdo se prende una luz tenue. Parece ser una recámara. Hay un sillón dando su frente al público y la espalda a la cama. Juan está sentado en el sillón, tiene en la mano izquierda una cerveza de la cual toma tragos ocasionales

y con la izquierda sostiene el celular. Su mirada parece estar fija en una pantalla. En la cama está acostada Belén, quien viste un pantalón visiblemente desgastado y una playera del PRI; su mirada está fija en el respaldo del sillón. Se mantiene así por unos cuantos segundos para después sentarse en la cama, mirando el respaldo del sillón. Sus piernas cuelgan por el borde de la cama. Abre y cierra su boca varias veces, pero no salen palabras de ella sino hasta después de varios intentos.

BELÉN: ¿Por qué? Nunca he hablado mucho contigo, siempre me sentí intimidada por tu presencia. Me dabas una vibra mala y siempre traté de evitarte, pensé que eso iba a ser suficiente. Que de cierta forma estaba a salvo. Qué tonta, ¿no? Desde niña supe que no iba a tener una fiesta de quince; el dinero no alcanza y nunca fue algo que me llamara la atención. Siempre he querido viajar, estar sentada en un avión, viendo cómo las casas y los árboles se van encogiendo hasta ser un puntito que se pierde a lo lejos y queda cubierto por el manto blanco de las nubes. Faltan unos cuantos meses para mi cumpleaños, le iba a pedir a mi mamá que me diera un poco de dinero para ahorrarlo y algún día poder subirme a un avión, o ver las playas; he visto en internet que las de Australia son hermosas, solía soñar con eso: yo, viendo la playa por primera vez, sintiendo el agua fría entre mis pies. ¿Sabes con qué sueño ahora? Cuando hablaba con mis amigas de querer ser grande y hacer cosas de gente grande, nunca pensé en esto. ¿Sabes el terror que sentí cuando me di cuenta del retraso? Mi mamá es la encargada de las compras y de pronto tuve que ir al otro lado de la ciudad para evitar que alguien me viera comprar la maldita prueba. Cuando pensaba en crecer era en cumplir quince años, entrar a la preparatoria, estudiar algo. Nunca fue tener que esconderme en el baño de la escuela a orinar sobre un pedazo de plástico. Tampoco pensar en lo que haré cuando mi mamá se dé cuenta, o si llega a correrme de la casa. *(Belén está temblando, su voz se rompe tanto por la furia como por la tristeza. Se levanta bruscamente y camina a la silla, cuando está a punto de alcanzar el sillón se detiene de manera abrupta quedando parada junto al respaldo).* ¿Qué esperabas ganar con esto? Tus malditos cinco minutos de placer han jodido mi futuro. *(Levanta las manos y estas quedan sobre la cabeza de Juan que sobresale del respaldo, parece que lo va a golpear, pero al final solo las lleva a su cara, cubriéndola, para dejar salir lo que parece un grito mezclado con un sollozo).* ¿Sabías que tenía sueños? Quería estudiar, tener un buen trabajo, viajar, conocer Australia, ver la nieve, ir a conciertos, tener una casa grande. Y ahora... no sé qué haré. ¿Por qué lo hiciste? ¿Qué ganabas con

eso? ¿Qué querías probar? ¡Te odio! ¡Por tu culpa ya siempre tengo miedo! *(Juan, sin inmutarse, da un trago a su cerveza. Belén se aleja unos pasos, sollozando, y se deja caer sentada en el borde de la cama. Su voz sale ronca por el llanto).* ¿Cómo esperas que le diga a mi mamá? ¿Esperas que me calle? ¿Qué va a pensar de mí? Yo ya ni sé qué pienso de mí. A veces siento que ese día no solo me arrebataste mi niñez, sino también lo que yo era. Me veo en un espejo y solo escucho el eco de mi nombre, pero ya no siento que me pertenezca; se siente sucio, tiene el sonido que salía de tus labios mientras me lastimabas. Siento como si me estuviera pudriendo por dentro. ¿Cómo se supone que lo oculte? Con cada día que pasa se volverá más notorio. Todos dirían que es un milagro, pero se siente más como una maldición, un castigo. Siempre traté de ser buena, no contestarle mal a mi mamá, esforzarme en la escuela, obedecer en todo, ¿y?, ¿de qué me sirvió? *(Se levanta una vez más y se acerca al sillón, quedando junto a él, levanta las manos de nuevo para golpear el respaldo y se detiene antes de que estas choquen con él; las lleva a su rostro y las pasa por sus mejillas de manera furiosa. Rodea la silla, colocándose frente a esta, y observa fijamente a Juan. El enojo se refleja en sus ojos y colorea las palabras que salen de su boca segundos después).* Nunca fuiste un padre para mí. Nunca intentaste hablar conmigo. Ni preguntar cómo estaba. Nunca ayudaste. ¡Ni sé qué haces en la casa! *(Da un paso adelante quedando cerca de él y con un manotazo le tira la lata de cerveza que tiene en la mano).* Siempre estás cuando ella no. ¿Por qué mejor no te vas? ¡Arruinaste mi vida! ¡Déjanos en paz! ¡Déjame en paz! ¡Te odio! No quiero volver a verte nunca. Yo no debería ser la que se siente mal, la que se siente culpable.

Juan levanta la mirada, se le queda viendo a Belén por unos segundos y regresa la mirada a su celular, sin decir nada. Belén abre la boca como si quisiera decir algo más y la cierra sin dejar que salgan las palabras. Suelta un suspiro de derrota y camina hasta la cama, se sube a ella y se acuesta para después cubrirse con la colcha. Las luces que iluminan la cama se apagan y en el escenario solo es visible Juan, sentado en el sillón. Pasan unos segundos y la escena se oscurece por completo.

Lágrimas

El centro del escenario comienza a iluminarse poco a poco revelando la pequeña capilla y a Belén, quien se encuentra hincada en el reclinatorio. Sus ojos están

cerrados y sus mejillas húmedas. Jala las mangas de su suéter y seca con estas sus mejillas. Coloca sus manos en el respaldo de la banca a la que pertenece el reclinatorio en el que está hincada y se queda viendo fijamente al público sin decir nada, procesando todo lo que dijo, lo que imaginó y lo que le queda por decir. Las luces se apagan y todo queda a oscuras.

Otro sueño

BELÉN: *(Se peina frente al espejo).* Volví a soñar que era mamá. Pero ahora tenía una niña. Dicen que es mejor ser niño que ser niña. A mí me gusta ser niña...

Se ilumina otra zona del escenario, dejando a Belén como espectadora de su propio sueño. Aparece una sala. Hay un sofá al centro de la escena y a su lado una mesa en la que reposan una bolsa y una pequeña mochila. Una niña que no aparenta más de cinco años entra corriendo y, tras algunos intentos, logra subirse al sillón. Viste uniforme escolar y va peinada con dos coletas.

NIÑA: ¡Mami! ¡Córrele, ya es tarde!

Belén adulta entra a escena, carga un par de moños en sus manos. Camina hasta estar frente al sillón, dando la espalda al público, y se arrodilla frente a la pequeña.

BELÉN ADULTA: ¿Qué te he dicho de correr aquí adentro? Todavía tenemos tiempo. *(La niña sonríe, mientras Belén le abrocha los zapatos. Cuando termina de hacer esto, Belén se levanta y se sienta junto a la niña para comenzar a poner los moños en sus coletas).* Recuerda lo que te he dicho. Nunca hables con personas que no conozcas, si un desconocido te habla, finge que no lo escuchaste; si un señor te quiere dar dulces, aléjate de ahí; si alguien te molesta o te quiere hacer algo, grita y pide ayuda; y si te pasa algo malo, tienes que decírmelo.

NIÑA: Sí, mami. La maestra siempre regaña a los niños malos.

BELÉN ADULTA: No hay niños malos, hay niños traviosos. Pero recuerda que hoy no solo van los niños, también van a estar los grandes, y esos sí pueden ser malos. Nunca te separes de tu maestra, y no te quedes solita en ningún lado. Yo pasaré por ti cuando se acabe el festival. *(Se levanta y toma su bolsa y la mochilita).* Vamos, que ahora sí se va a hacer tarde.

NIÑA: *(Se baja del sillón dando un salto y toma la mano de Belén)*. Sí, mami. ¿Te puedo preguntar algo?

BELÉN ADULTA: Claro, siempre puedes preguntarme lo que quieras. *(Cuidadosamente, le estira un brazo para ponerle la mochila)*.

NIÑA: ¿Por qué nunca te quedas a verme bailar el Día del Padre? Las mamis también pueden verlo, las mamis de muchas de mis amigas van.

BELÉN ADULTA: *(Hace una pequeña mueca, pero la cambia rápidamente para dedicarle una sonrisa a la pequeña)*. Tengo que trabajar, pero estoy segura de que bailarás de una manera hermosa.

La niña alza su mano para que Belén adulta la tome y juntas comienzan a caminar hasta salir de escena. La escena se queda iluminada unos cuantos segundos, antes de quedar sumergida en negro.

BELÉN: En mis sueños, mis hijos no tienen papá. Pobres, se siente feo eso.

Vándalas

Sala comedor de la casa de Belén, hay una mesa con el típico mantel de cuadritos y un florero vacío en el centro. En una de las sillas se encuentra la mamá de Belén y en otras, muy cerca de ella, está su comadre. Ambas visten mandil y están conversando animadamente, mientras una pica un jitomate y la otra un manojo de cilantro. También es visible en la escena el sillón con la mesa de centro; en el piso, entre esos dos muebles, está Belén sentada, haciendo tarea. Belén se apoya en la mesa sin poner mucha atención a la conversación, solo se limita a hacer ciertas muecas cuando hablan de ella como si no estuviera ahí.

MAMÁ DE BELÉN: ¿Vio las noticias? Ay no, no queda duda de que cada día estamos peor.

COMADRE: ¿Habla de las marchas? Puras vándalas, quieren justicia y se ponen con payasadas, si quieren rayar cosas, deberían ir a la escuela.

MAMÁ DE BELÉN: Y justificar lo que hacen solo porque mataron a una chamacaca, ¿por qué no hacen eso cuando matan a los hombres? Estas «feminastis» están locas.

COMADRE: Así son hoy en día las chamacas: se creen muy grandes y se van con los novios sin avisar, y ya cuando las violan, se quejan. O se visten como pi-

rujas y andan reclamando que los hombres les digan cosas. Quieren ser iguales y quieren hacer todo, pero les dicen algo y se ofenden.

MAMÁ DE BELÉN: Tiene razón, comadre, ojalá a mi Belén no se le metan esas ideas ridículas. No la dejo salir, pero el internet es lo que está contagiando de esas ideas a las niñas.

COMADRE: Qué horror, comadre, no vaya a ser que al rato llegue toda tatuada o rapada. Cuídela, ya ve que las «feminastas» esas andan encueradas por todos lados. Y se quejan de que las violan. Hágame favor.

MAMÁ DE BELÉN: No, comadrita, mi muchachita sabe que si me llega con alguno de esos tatuajes o que si se rayonea, ya no la dejaré ir a la escuela. Si el Juan ya no quiere que vaya, pero luego es puro pleito entre los dos si ella está en casa.

COMADRE: Ay, Lupita, yo por eso estoy reteagradecida de que me haigan salido varones. Los hombres nunca dan problemas mientras una les dé de comer y les tenga cervezas en el refri. Pobre de usted con esa niña.

MAMÁ DE BELÉN: Ni me diga, comadre, ya no sé qué hacer con ella. Le pido todos los días a la Virgencita que me la haga mansita y no me vaya a salir con una de esas cosas o con su domingo siete.

COMADRE: Yo también pido por usted, comadre. Que Dios me la ampare y su hija no salga con una burrada. Ya ve que luego solo andan viendo a ver qué hacen en la escuela.

MAMÁ DE BELÉN: No, comadre, mejor ya ni hablemos de eso. No vaiga ser de mal augurio.

Belén gira sus ojos con una mueca de molestia, pero no dice nada. Ambas señoras continúan picando los vegetales y cambian su conversación a un tema banal. Las luces del escenario se apagan.

Tranquila

Habitación de Belén. La iluminación es tenue. En el centro del cuarto se encuentra la cama de Belén; como de costumbre, está tendida y tiene un par de peluches recargados en la almohada. En ella está sentada su mamá, su rostro luce inexpressivo y entre sus manos sostiene un periódico abierto, en el cual tiene la vista fija, como si llevara ya bastante tiempo así, leyendo su contenido una y otra vez, como si fuera a cambiar algo. En el fondo del escenario se ve la proyección del periódico que la señora tiene entre las manos. Bajo el nombre, junto al encabezado de la

noticia, se puede ver una fotografía de Belén vistiendo su uniforme. Se puede leer el encabezado: «Joven muere desangrada en secundaria de Guadalajara por practicarse un aborto». Entre comillas, bajo la imagen y con tipografía grande, se lee: «Nadie sabía que estaba embarazada». Desde fuera de la escena y el escenario se escucha la voz de Belén, quien comienza a leer la noticia.

BELÉN: Joven muere desangrada en secundaria de Guadalajara por practicarse un aborto. Guadalajara, México. El día de ayer, en una escuela secundaria, murió una alumna de catorce años por una excesiva pérdida de sangre. Los forenses concluyeron que fue debido a que se practicó un aborto ella misma. Esto sucedió durante el turno vespertino, cuando la estudiante, de nombre Belén Hernández, pidió permiso a su maestra de español para salir de clase porque necesitaba ir al baño y ya no regresó. Cuando la maestra notó que su ausencia se había prolongado bastante, le pidió a un par de compañeras de Belén que fueran a buscarla para ver si se encontraba bien. Una de sus compañeras relata que llegaron al baño y vieron en el último cubículo a su compañera Belén tirada en el suelo con su falda del uniforme y sus calcetas teñidas de distintas tonalidades de rojo y marrón por la sangre. «Ella tenía los ojos cerrados y parecía que no respiraba. Había mucha sangre, parecía lo de varios periodos, era demasiada, me puse muy nerviosa y no sabía cómo ayudarla. Le dije a mi otra compañera que fuera por la maestra y pidiera ayuda, pero ella estaba igual de asustada que yo. Me hiqué junto a Belén y traté de hacer que abriera los ojos, pero no sirvió, se sentía muy fría». Cuando la ambulancia llegó, ya era demasiado tarde, no pudieron hacer mucho, pues la joven ya se encontraba sin vida; los médicos forenses declararon horas después que su muerte se debió a un aborto autopracticado. Ana María Hernández, madre de Belén, asegura que no sabía que su hija estaba embarazada y que no tiene idea de quién pudo ser el padre o qué fue lo que llevó a su hija a tomar esa decisión. «Creo que nadie sabía que estaba embarazada. Mi Belencita siempre fue una niña muy tranquila, no tenía problemas, no sé qué pudo haber pasado, nunca me mencionó que tuviera novio, no salía. Nunca me comentó nada, desearía que las cosas hubieran sido diferentes. Mi pareja y yo habríamos encontrado una forma de apoyarla». La familia de Belén no era grande. Hija de madre soltera, no conoció a su papá, ni tuvo una relación con su abuela. Su mamá trabajaba gran parte del día y de la noche sin tener mucho tiempo para ella, su pareja fue la única figura paterna que Belén conoció. Ahora solo esperan a que el Ministerio Público le dé la autorización al

Servicio Médico Forense para la liberación y entrega del cuerpo a su familia para que puedan realizar los servicios funerarios.

Después de que Belén termina de leer la introducción a la noticia, la imagen proyectada cambia a una imagen de Belén de niña, luego a otra de Belén con su mamá. Mientras Belén sigue leyendo, también se proyectan imágenes de las marchas y protestas feministas, de distintas noticias de muertes por abortos clandestinos, abandono de bebés, negligencia infantil, feminicidios y mujeres desaparecidas. Belén termina de leer la noticia, su mamá levanta la mirada del periódico y se queda viendo fijamente al público, comienza a doblar la publicación y la coloca a su lado. Se deja ir de espaldas, quedando acostada sobre la cama. No hace ni intenta decir nada más. Su mente es un tornado de ideas y posibilidades mezcladas con la falta de sueño y el estrés de tener que planear un funeral. Las luces del escenario bajan su intensidad un poco más y se quedan así unos segundos. En el proyector se muestra de nuevo la foto de Belén. Se apaga el proyector y, segundos después, las luces.

La decisión

Interior de la capilla. Belén está hincada, viendo al público, con las manos sobre el respaldo de la banca. Lentamente, se pone de pie unos segundos, abre su boca como si fuera a decir algo y la cierra. Se sienta en la banca, junto a su mochila, sin separar sus ojos del público, inhala y al momento de exhalar, los cierra. Se lleva las manos al vientre y comienza a hablar.

BELÉN: Generala, hoy te pido que me ayudes, por favor, por favor, no dejes que el producto que hay dentro de mí nazca. Te lo ruego. Arranca esto de mi vientre, es mejor que no viva. Te lo suplico. No lo quiero, no puedo tenerlo. Madre mía, tengo miedo, lo sabes. No puedo ser madre. Es mejor que viva contigo. Imagina la vida que tendrá conmigo, viviendo con un monstruo. Por favor. Arráncame. Ayúdame. Te lo imploro. Te dije que estuve investigando, vi las opciones, vi los riesgos y aun así... Tú sabes cuál quiero, sabes que no puedo traerlo a este mundo. ¿Tú qué harías? Sé que a ti te preguntaron, pero, si no te hubieran preguntado, ¿tú qué habrías hecho? No soy buena como tú, lo he intentado, soy egoísta. Querer una vida distinta me hace egoísta, ¿cierto? Todos dicen eso, he visto lo que les dicen a las que lo hacen. Leí. Dicen que no

duele, son como cólicos. Tampoco le dolerá, aún no tiene sistema nervioso, ni capacidad de sentir. Le dolería más tener que vivir conmigo como su madre. No puedo quererle, lo he intentado. Mi Virgencita, me es imposible, no creo llegar a hacerlo. Te lo juro. Lo prometo. Intento e intento, pero no. Cuando intento imaginarlo, tiene sus ojos. Esos ojos que tanto miedo y asco me dan. Trato, pero todo lo que aparece es el recuerdo de ese día. Intento eliminarlo. Me acecha. Me persigue. Me impide quererlo. Lo que cargo siempre me lo va a recordar. Madre mía, ¿tú qué harías? ¿Qué me vuelve peor persona?: ¿No querer que nazca o darle vida sin ser capaz de amarle? También me pregunto si teniéndolo dejaría de sentirme así. No hay opción buena. Sé que me iría al infierno, siento que ya vivo uno, y es solo el comienzo. ¿Por qué me castigan, si yo no hice nada mal? Yo solo quería una vida mejor. Quiero una vida mejor. Zapopana, se acaba el tiempo, respóndeme. ¿Por qué tú pudiste elegir y yo no? *(Las lágrimas comienzan a salir de sus ojos una vez más, se desliza por la banca hasta quedar hincada de nuevo. Su voz sube un poco de volumen y sale algo ronca, entrecortada)*. Quiero ser buena. No más infierno, por favor. Te lo pido. Perdóname, por favor, ya no me castiguen. Creo que sabes cuál es mi decisión, siento que realmente no fue una. Lo siento, cuando le veas dile que lo siento, que me perdone. Pero es lo mejor. Sé que hay riesgos y me aterran, pero no tanto como él, estoy dispuesta a tomarlos. Esta decisión tiene que ser mía, no puedo dejar que me la quiten; y... algún día estaré lista para serlo. Solo que ese día no está cerca y no será como este. Pero hoy no. No puedo ser madre. No quiero serlo.

Belén jala una vez más las mangas de su suéter para secarse las lágrimas. Cierra sus ojos unos segundos para persignarse y los abre al terminar. Se pone de pie y da la espalda al público para tomar su mochila, se la cuelga y regresa su mirada al público durante algunos segundos. Posteriormente, se da la vuelta y comienza a caminar entre las bancas de la capilla hacia el lado izquierdo del escenario, hasta que sale de escena. Las luces se difuminan hasta que solamente queda una enfocando el lugar en el que estuvo Belén. Un minuto después, esa luz se apaga y todo el escenario queda sumido en la oscuridad.

FIN

UN FIN DEL MUNDO PERDIDO (23 MINUTOS PARA QUE CAIGAN LAS BOMBAS)

Manuel JPG

PERSONAJES

Stanislav Petrov (*teniente coronel soviético*)

Buck Turgidson (*general norteamericano*)

Presentador (*voz fuera de escena*)

El escenario está ligeramente iluminado. Estamos en un bunker partido en dos: el Occidente, con la bandera de EEUU, y el Oriente, con bandera de la URSS. En el medio hay una mesa de ping-pong acomodada de manera perfectamente simétrica. Sobre la mesa flota una pelota que cuelga de un hilo y emula el juego, pero sin que nadie esté golpeando la pelota. Petrov está del lado oriente, escribiendo a máquina, mientras su paleta de ping-pong flota sobre la mesa. Turgidson está leyendo el periódico y con la otra mano finge jugar, aunque solo da golpes al aire. Sueña jazz de elevador.

PETROV: (*Escribiendo*). Bunker Serpukhov-16, 26 de septiembre de 1983 a las 12:06. Reporte 1/24 del día. No se reportan anomalías. Firma: Teniente Coronel Petrov, de las Tropas de Defen...

Mientras Petrov escribe, la bola sigue flotando sobre la mesa. Aunque no haya ningún golpe del otro lado de la mesa, se escucha como si la bola hubiera sido golpeada con mucha fuerza e impactara contra la mesa, cayera al suelo e incluso rebotara. Petrov deja de escribir. La bola de verdad se queda congelada del lado oeste. Hay tensión en el ambiente. Se encienden las alarmas del lado oriente, son exageradamente estridentes. Luces rojas que se encienden y apagan. Petrov se levanta de golpe y mira la mesa. Toma la raqueta flotante. Es lo más nervioso que ha estado en su vida.

PETROV: Tranquilo, tranquilo. Puede ser falsa alarma.

Se escucha un segundo tiro falso.

PETROV: ¿Y si no lo fuera?

Se escucha un tercer tiro falso. Turgidson se pone el periódico en la cara, extiende las piernas y se duerme. Petrov golpea el aire intentando dar a una pelota que no existe. Petrov mira el teléfono rojo al final del búnker.

PETROV: Si no es una falsa alarma, cada segundo que pasa disminuye cualquier vestigio de victoria.

Se escucha un cuarto tiro falso.

PETROV: ¿Qué estoy diciendo? Ya son cuatro tiros. *(Camina hacia el teléfono y regresa a la mesa)*. Alguno será para Moscú. No hay forma en que sobreviva nadie de mi familia. Aunque les llamara a mis padres, a mi pareja, a mis hermanos. Todos ya están muertos.

Se escucha un quinto tiro falso.

PETROV: Los vecinos y los niños de las escuelas. Sus padres y cada trabajador. Todas las personas que conozco. Todas las personas que pudiera conocer: muertos, muertos todos.

Petrov se sienta y se lleva las manos a la cara; las mueve como si se fuera a arrancar la piel.

PETROV: Cinco tiros.

Petrov se ríe por nervios. Se levanta y saca una caja de plástico transparente llena de pelotas de ping-pong. Apaga la alarma.

PETROV: ¿Cómo respondería? *(Mira al teléfono rojo)*. Si no es falsa alarma, en 23 minutos se acaba este juego. Podría quedarme sentado aquí y pasar los peores 23 minutos de mi vida. Esperar a que sea una falsa alarma y, si me equivoco, condenar a mi nación. ¿Pero si respondo y no hay nadie del otro lado? Los niños y todas las personas que pudieron conocer en sus vidas serán pol-

vo. Nada podrá vivir en esa tierra en décadas. Y aunque llueva ácido, la tierra estará seca como desierto y no dará ni una papa. No habrá casa que cubra del frío porque las paredes se caerán una y otra vez. Y ni siquiera sabemos los efectos de la radiación a largo plazo. Eso es lo que nos espera si no respondo. Si me quedo aquí esperando el fin, deseando que no lo sea, no habrá represalias, solamente mi silencio. Pero, si ya se hicieron los tiros, qué diferencia hace responder.

Se apagan todas las luces. Cuando estas regresan, la atmósfera ha cambiado. Ahora la iluminación es más artificial, incluso llega a ser un poco inquietante. Petrov levanta el auricular del teléfono y comienza a marcar un número.

PETROV: ¿Sí? Habla el teniente coronel Stanislav Petrov, de las Tropas de Defensa, desde el búnker Serpukhov-16. Comunícame con el coronel. ¿Con qué razón? Es una emergencia, ha habido cinco tiros norteamericanos que han caído sobre nuestro cuadrante. No, no es un juego. Necesito hablar con el coronel para que me autorice el uso de...

El operador de llamadas pone en espera a Petrov y suena el mismo jazz de elevador del principio. Hay una espera incómoda.

PETROV: ¿Y si es una falsa alarma? Tanto sufrimiento que se puede evitar.

La música se detiene y Petrov se incorpora.

PETROV: ¡Coronel! Ah, sí, gracias. Sigo esperando.

Otra vez el jazz.

PETROV: Y aunque sean tiros verdaderos, ¿cómo sé qué estoy haciendo lo correcto? Creo que en este punto ya no hay bien o mal. Soy una extensión del Estado soviético, sí, una herramienta, un peón en el juego de la historia. En este momento deja de importar el nombre de Petrov y solo existe la revolución. Los cientos de miles de vidas son el precio del progreso hacia la verdadera libertad.

Se detiene la música.

PETROV: Coronel. Disculpe, no sabía que estaba dormido. Claro, solamente le hablaría a estas horas si fuera estrictamente necesario. Sí, sí, yo sé lo que le recomendó el doctor. Sobakevich, de verdad es algo urgente. No, yo sé que eres un militar excelente, incluso el mejor del Departamento de Defensa. Ajá. No, no sabía que mañana tiene que ir temprano al médico. Sí, claro que hice todos mis reportes. ¡Espere! Esto no es algo que pueda esperar a un reporte. Sobakevich, pasó algo gracioso. Curiosísimo, mire: tengo la información suficiente para creer que se han hecho cinco tiros sobre nuestro cuadrante. Sí, justo ahora mismo. Claro. No sé. (*Mira su reloj de pulso*). 18 minutos. Sí, Sobakevich. Espere, antes de que se vaya, comuníqueme con el general de División. Sí, ajá. Gracias, Sobakevich. Suerte en su viaje. Yo también le quiero.

Otra vez se escucha la música de jazz.

PETROV: (*Otra vez para sí mismo*). Pero, ¿y si es una falsa alarma y por mi culpa mueren cientos de miles de personas? ¿Y vale la pena la guerra por la paz que promete? Dos males no hacen un bien. Tal vez estoy siendo muy idealista, se tiene que reducir al mínimo el sufrimiento, esto es una defensa genuina, no un ataque. Cada una de esas vidas perdidas es una historia tan interesante y valiosa como la de cualquier rey o general. La historia no la hacen los héroes, la hacemos las masas. Aún recuerdo ese poema de Brecht que leí en la academia:

¿Quién construyó Tebas,
la de las Siete Puertas?
En los libros figuran
solo los nombres de reyes.
¿Acaso arrastraron ellos
bloques de piedra?
[...]
Hasta en la legendaria Atlántida,
la noche en que el mar se la tragó,
los que se ahogaban
pedían, bramando, ayuda a sus esclavos.
El joven Alejandro conquistó la India.
¿El solo?
César venció a los galos.

¿No llevaba siquiera a un cocinero?
Felipe II lloró al saber su flota hundida.
¿No lloró más que él?¹

¿Cómo sería la obra de este incidente si la dirigiera Brecht? Recuerdo haber visto uno de sus textos montado en el teatro de Moscú... (*Mira al público*). Si Brecht hiciera esta obra con todos sus esfuerzos, buscaría recordarles a los espectadores que esto es teatro. ¿Qué importa el drama, cientos de miles de personas muertas escritas solo en papel, si saliendo no saben si regresarán a sus casas? Esto no es una amenaza, ojalá lo fuera. El único poder del teatro es esta conversación, véanme a los ojos. Solo soy (*el actor —o la actriz— dice su nombre*), ahí dice en el póster, afuera de la sala. Si las cosas hubieran tomado el rumbo que está tomando mi historia, ninguno de nosotros estaría aquí, se los aseguro. De qué le sirve a los (*menciona el gentilicio del lugar en el que se lleva a cabo la representación*) que hable de la URSS, Estados Unidos y la Guerra Fría, eso ya no pasa. Mis miedos están en otra parte. La aniquilación se encuentra en otro lado. Muerte, muerte, muerte, muerte, muerte, muerte, muerte... podría repetirla tantas veces hasta que ya no tenga sentido, hasta que solo sea ruido. Hasta que solo queden mis gritos huecos, mi furia. Muerto, muerta, muertos. Nacer aquí es ya estar muerto, el Paraíso está en el norte... ¿Qué podemos hacer? ¿Alguna pequeña batalla ha cambiado algo? Esto es usar las armas del enemigo para dispararnos en el pie. ¿Qué hacemos? (*Se encoge de hombros*). Esperen esta llamada conmigo.

Petrov se sienta y pone su puño en el mentón, con la otra mano golpea la mesa rítmicamente con cada dedo, deja de ver al público. Deja de sonar ese espantoso jazz.

PETROV: ¡General! Sí, disculpe ¿No le avisó de nada el coronel? Ahora mismo no puedo hacer el reporte de inicio de trámite de reporte de comunicación. De verdad es urgente. Sí, sí. Le prometo que no volverá a pasar. Es sobre... Sí, entiendo perfectamente el protocolo, pero, ¿no hay forma de brincarlo, solo por esta vez? No, claro, los protocolos son lo que le da forma a nuestro Estado y mantienen el orden social; claro, es muy importante. No, no puedo marcarle en 30 minutos, es urgente... General, general. No, yo sé que se debe

1 Bertolt Brecht. *Preguntas de un obrero que lee*.

quedar registro para el futuro, sin documentos seríamos menos que cerdos. Yo sé, sí, sí. General... General. Es sobre unos posibles tiros de los norteamericanos... ¡Claro! Por qué no haberlo dicho antes, qué distraído yo. ¿Me va a transferir? Claro, espero en la línea.

Suena el mismo jazz. Petrov juega con el cordón del auricular mientras espera.

PETROV: (*Mira al público*). ¿Seré recordado como un héroe? Mi nombre como el teniente coronel que lideró la Tercera Guerra Mundial. ¿Y si no hago nada, me olvidarán? Cuarenta años en el futuro, cuando ya esté muerto, ¿habrá algo que valga la pena comentar acerca de lo que está pasando en este escenario? Si ataco, y es lo correcto, ¿mi nombre se perderá en una lista de Wikipedia? Aún me puedo retractar, colgar el teléfono y no hacer nada. Creo que si no hago nada y es falso, será solo una historia divertida, algo que contaría en la cena de año nuevo. Definitivamente, si es falso, lo correcto es no responder. Esa sería la moraleja de la historia, ¿no? No responder a la amenaza de posible violencia con más violencia... La cosa es que ya no estamos en la guerra fría, es Historia, no Lógica. Lo que quiero decir es que esto no es una analogía de la invasión de Rusia a Ucrania. No es una repetición, en todo caso sería una rima. Suena parecido, pero los errores o aciertos del pasado ya no caben en el rompecabezas. No puedo asegurarles que esto les enseñe algo sobre el estado policiaco actual, pero al menos sí les puedo asegurar que a nadie le gusta la burocracia. No confío en la gente que dice que sí, que claro, y que incluso necesitamos más burocracia: «Eso arreglará las necesidades de las personas». Al menos, ya me está empezando a gustar la tonadita.

Petrov baila lentamente al ritmo del jazz, cuando se detiene la música. Se escucha que la llamada se transfiere un par de veces más.

PETROV: ¿Presidente Andrópov? Señor, disculpe el inconveniente... Mire que tengo la información suficiente para sospechar que los Estados Unidos... ¿Ya sabe? ¿Está enterado? Claro, tiene acceso a todo lo que sucede en todas las instalaciones militares. Disculpe la molestia... Pero, ¿por qué no había dado ninguna orden? Claro, la URSS no necesita otro líder genocida, entiendo, conejillo, sí. ¿Que si le pido permiso para comenzar con un servicio de ping-pong? Señor Andrópov... ¿Yuri? Yuri, quisiera solicitar permiso para comenzar con

un servicio contra el cuadrante de los Estados Unidos de Norteameric... Claro, entiendo. Descanse, Señor

Petrov se levanta y abre la caja de plástico, que era tan sencillo como levantar la tapa. Toma la paleta. Se vuelve a sentar y se queda viendo a la nada. Mira su reloj, faltan unos tres minutos para el impacto.

PETROV: tres minutos.

Petrov se encoge en la silla y pone sus manos en su cabellera, está nervioso otra vez. Se levanta. Toma una de las pelotas, la observa detenidamente. La eleva en el aire, una, dos, tres veces. Respira hondo. Del otro lado, Turgidson está roncando. Tira la pelota al aire, pero su golpe falla, una, dos, tres veces. Respira hondo. Mira al público. Mira a Turgidson. Comienza el servicio, las luces le apuntan, le da a la pelota y resuena el golpe con mucho estruendo. La pelota rebota en el suelo. Petrov se está hiperventilando. Silencio. Por primera vez suena el teléfono del lado norteamericano. Turgidson, aun con el periódico en la cara, levanta el teléfono y contesta.

TURGIDSON: General Turgidson. (El general escucha algo que lo espanta y se reincorpora a la silla). ¡Señor presidente!... Entiendo.

Petrov toma otra pelota y comienza a flotarla en el aire. La golpea.

TURGIDSON: No creí que llegaría el día.

Petrov está a punto de hacer su tercer servicio. Turgidson se levanta y se prepara para responder. Saca una caja de plástico aún más grande y con más pelotas. Las luces cambian. Se escucha la voz del presentador.

PRESENTADOR: El juego más esperado del siglo. De este lado tenemos al general Dick Turgidson, representando a los Estados Unidos, y de este otro a Petrov. El juego será a 11 tantos, con diferencia de 2 en caso de empatar a 10.

Petrov hace su servicio, pero Turgidson responde. Comienza el juego. Todos los demás diálogos se desarrollan durante el juego. Cuando se llegue al empate de diez tantos, uno suma y luego el otro. Así para ir alargando el juego. Al principio, el presentador va llevando la cuenta. Mientras más avanzan, menos respuestas hay y so-

lo toman pelotas de la caja para lanzarlas. El presentador ya no dice nada. Suenan explosiones y gritos, aullidos.

PETROV: ¿Has pensado que el ping-pong o cualquier otro juego funciona como un microestado? Las reglas son las leyes y los jugadores somos los actantes legales, el campo de juego es el territorio y también hay fronteras. Tal vez las naciones son una representación del juego. Como la vida lo es del teatro, y no al revés, diría Shakespeare. Si alguien pregunta por qué Turgidson no habla, es porque esta historia no es su historia. Mucho se ha escrito, mucho se ha dicho, pero un árbol sí cae, aunque no haya nadie que esté ahí para ver u oír su caída.

Turgidson sale y regresa disfrazado de golfista, comienza a lanzar las pelotas con un palo de golf. Petrov se amarra de los pies y comienza a jugar colgado. El juego continúa hasta que se acaban las pelotas. Petrov se detiene y mira el escenario, que luce lleno de pelotas.

PETROV: Mentiría si les digo que sé cuántas personas representa una pelota. ¿Una, dos, seis o diez mil? Tal vez más, algo como 251342.

Petrov mira una pelota que tomó con cuidado y comienza a recoger otras. Turgidson hace lo mismo. Ambos salen y entran con escobas y recogedores. Comienzan a barrer. Petrov mira al público.

PETROV: Si ya se quieren ir, tienen que ayudar a recoger las pelotas.

Petrov se acerca al público, hace entrega de pelotas a algunas personas e incentiva a las demás para que ayuden a recoger el resto. El público debería subir al escenario para recoger las pelotas; al final, los actores indican a los presentes que se pueden llevar una por persona. La idea es que el escenario quede despejado con la ayuda del público. Cuando todo está recogido se encienden las luces, se abren las puertas y cada espectador puede irse con su pelota.

FIN

ACERCA DE LOS AUTORES

Cinthia Vargas (Cinthia Alejandra Sandoval Vargas)

Guadalajara, Jalisco, 2000. Es amante incondicional de autoras como Mary Shelley, Mariana Enríquez y Samanta Schweblin.

Daniela Gz Vega (Daniela González Vega)

Guadalajara, Jalisco, 2000. Es una poeta, dramaturga y aspirante a novelista que ama escribir en los momentos que no se encuentra trabajando y/o estudiando; sus escritos se enfocan en el amor, la familia, la salud mental y la aventura de crecer en México. Daniela fue finalista del concurso Luvina Joven 2019, su poesía y cuentos se han publicado en distintas antologías; ama compartir en sus redes sociales las nuevas voces de la literatura juvenil, así como recomendar las historias que le apasionan, se le puede encontrar en Instagram como @metamorphodani.

Daniela Zenteno (Brenda Daniela Zenteno Gutiérrez)

Guadalajara, Jalisco, 2000. Tiene publicaciones en la revista digital *Sangría* y ha participado en varias recopilaciones por publicar de la Universidad de Guadalajara. A Daniela le gusta escribir horror y ciencia ficción, en cualquier formato que se le ponga enfrente.

David Suárez (David Emanuel Suárez Herrera)

Guadalajara, Jalisco, 1999. Ha publicado un par de textos y tiene predilección por la poesía libre o vanguardista. David trata de dirigirse hacia donde el arte lo lleve y se ha trazado como meta dejar huella tanto en la sociedad como en los corazones de los amantes del arte.

Fernanda Rodríguez (Mar) (María Fernanda Rodríguez Mercado)

Guadalajara, Jalisco, 2000. Cuenta, entre otras publicaciones, con un cuento infantil en Ediciones Culturales Internacionales (ECISA), en el libro *Nuestras historias también cuentan* (2008), y un cuento de horror en la revista literaria *Al Margen* (2021). Fernanda es aficionada a leer y escribir narrativa de *thriller* psicológico, poesía y drama; a la par de la literatura, tiene pasión por el Crossfit y el cine, ámbitos en los que también aspira a llegar muy lejos.

Isabel Verdín (Isabel Alejandra Verdín González)

Guadalajara, Jalisco, 1992. Antes de estudiar la licenciatura en Escritura Creativa, terminó la carrera de Arquitectura en la Universidad de Guadalajara y tomó algunos talleres en la Sociedad General de Escritores de México (Sogem), en *Cursiva* (Penguin Random House) y por parte de la Editorial Paraíso Perdido. Isabel ha publicado cuentos en *La Crónica de Hoy Jalisco* y en la antología de *Caleidoscopio* de la Sogem, obtuvo mención honorífica en el Festival Rulfiano de las Artes 2019 y heredó de su abuelo el amor por la literatura. Para ella escribir es un viaje en donde puede encontrarse a sí misma.

Jesús Ramírez (Jesús Octavio Estrada Ramírez)

Guadalajara, Jalisco, 1999. Ha participado en espacios digitales como *Sangría* (*Revista de terror y novela negra*) y *Librópolis* (blog de la Universidad Nacional Autónoma de México). En mayo de 2022, ganó el segundo lugar en el XVI Concurso de Cuento Biestatal (Jalisco-Colima), realizado en honor a Juan Rulfo.

Manuel JPG (José Manuel Pulido Gómez)

Guadalajara, Jalisco, 1998. Ha publicado en blogs, compilaciones de creación joven, revistas como *Enchiridion*, de la Universidad Autónoma de Querétaro, y en el fanzine *Maremoto*, de Guadalajara.

Mar Saes (Mariana Tlahui Sánchez Espinoza)

Nacida por accidente en Madrid, España, un 20 de febrero. Descubrió su vocación de escritora a los dos años de edad, cuando le dictó su primer cuento a su mamá; desde entonces no ha parado de escribir, ya sea en papel o solo en su mente. Escritura Creativa es el tercer intento que hace por obtener un título universitario, antes intentó ser arquitecta y después matemática (en realidad entró a esas carreras mientras esperaba, sin saberlo, que Escritura Creati-

va existiera y ahora no piensa desistir hasta terminarla). Mar prefiere escribir novelas o ensayos, pero también disfruta cuando incursiona en el cuento y el drama.

Óscar Rodríguez Romero

Guadalajara, Jalisco, 1969. Inició su actividad teatral en 1988. Desde entonces, a la fecha, ha participado como actor, director, diseñador, dramaturgo o escenógrafo en más de cien puestas en escena. Es licenciado en Artes Escénicas para la Expresión Teatral por la Universidad de Guadalajara y profesor de las asignaturas relacionadas con la escritura dramática en el Departamento de Estudios Literarios del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades. De 2013 a 2019 laboró en el Centro Universitario del Sur (CUSur) en Ciudad Guzmán, donde sumó a su actividad docente los cargos de director general de la Compañía de Teatro del CUSur y director de Casa del Arte Dr. Vicente Preciado Zacarías. Aunado a ello, fue coordinador general del Encuentro TeatroSur Zapotlán y del Premio Nacional de Dramaturgia Universitaria Hugo Salcedo, iniciativas originadas en la tesis con la que obtuvo el grado de Maestro en Gestión y Desarrollo Cultural por la Universidad de Guadalajara.

Paola Rodríguez (Paola Lizbeth Rodríguez Gómez)

Tepatitlán de Morelos, Jalisco, 1999. Es amante de la literatura y del arte en general, también disfruta pintar en su tiempo libre. Los textos de Paola han sido publicados en la revista literaria *Al Margen*, además de realizar otras colaboraciones en diversas revistas independientes.

Regina Barragán (Regina Barragán González)

Tala, Jalisco, 1999. Es narradora, ensayista, guionista y dramaturga. Los textos de Regina, en los que aborda temas universales que van desde lo espiritual hasta lo absurdo, con un toque de humor negro, han sido publicados en las revistas *Luvina*, de la Universidad de Guadalajara, y *Cultura Jalisco*, de la Secretaría de Cultura de Jalisco.

Salvador Pérez (Salvador Pérez Pérez)

Guadalajara, Jalisco, 1988. Además de dedicarse al ejercicio de la medicina del trabajo y la docencia, se desempeña como buscador de historias, que descu-

bre en la literatura, la música, el teatro, los videojuegos, y en cualquier formato que las contenga.

Samael Rivera (Eduardo Samael Rivera Alvarado)

Zapopan, Jalisco, 1998. Siempre se ha interesado por escribir acerca de los conflictos internos de las personas, pues opina que «más allá del hombre aparente, están escondidas las bestias». Enamorado también de la docencia, ha creado e impartido cursos de escritura en la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco y en la Escuela Preparatoria Núm. 7 de la Universidad de Guadalajara.

Valeria Cruz (Valeria Cruz Romero)

Guadalajara, Jalisco, 1998. Ama la literatura fantástica y la creación de mundos; es experta en ver la vida de manera cómica y sin sentido.

Valeria Gómez Nuño

Guadalajara, Jalisco, 2000. Ha escrito desde los nueve años y a los catorce ganó un premio en la primera edición del concurso El Pequeño Gran Escritor; su cuento fue ilustrado por Yazz Casillas y se presentó en el marco de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara 2014. En 2016, Valeria participó en el panel «Jóvenes lectores: Leer es un acto de rebeldía», organizado por el Programa Universitario para el Fomento a la Lectura Letras para Volar; y en 2017 formó parte del jurado finalista para la cuarta edición del certamen El Pequeño Gran Escritor. Parte de la obra de Valeria aparece en la antología *Ágapes y fuegos*, publicada por la Universidad de Guadalajara.

Vania Chairez (Vania Chairez Ahumada)

Zapopan, Jalisco, 1999. Escribe cuentos de horror, novelas y poesía. Vania fue ganadora en la categoría Luvina Joven/Cuento con la obra «Lo que quedó de nosotros», publicada en la revista *Luvina* en 2018 y ha participado en varias antologías literarias de la LESC.

Florecer en la incertidumbre.
Dieciséis creaciones dramáticas en tiempos de pandemia
se terminó de editar en septiembre de 2023
en Editorial Página Seis, S.A. de C.V.,
Teotihuacan 345, Ciudad del Sol,
C.P. 45050, Zapopan, Jalisco.
Tels. (33) 3657-3786 y 3657-5045,
<www.pagina6.com.mx>, <p6@pagina6.com.mx>.

La edición consta de 1 ejemplar.

Diagramación y corrección: Editorial Página Seis.

Los textos dramáticos que integran este volumen son producto del talento de dieciséis integrantes de la primera generación de la licenciatura en Escritura Creativa de la Universidad de Guadalajara y fueron escritos durante el confinamiento ocasionado por la pandemia de la covid-19, dentro de la coyuntura de la emergencia sanitaria declarada en Jalisco el 17 de marzo de 2020. La pandemia se reflejó en algunas creaciones, mientras que otras abordaron asuntos como la violencia contra las mujeres, la desaparición de estudiantes o los impactos negativos de las redes sociales; otras más se constituyeron en reflexiones sobre la existencia, sin dejar de lado las críticas a la cultura y sus contradicciones; tampoco faltaron los ejercicios meramente gozosos de escribir bajo la guía de una preferencia o afición personal.